Memorias del P. Arrupe

MISIONERO EN EL JAPON

II-2
Ar697

BV 3457 .A66 M4 1955
Memorias del Padre Arrupe
PART OF PRINCETON
JAN 20 1981
THEOLOGICAL SEM

"MISION"

REINA 463

le ofrece:

YO VIVI LA BOMBA ATOMICA, por el Padre Arrupe, S.J., médico superviviente de la Bomba Atómica de Hiroshima. Narración histórica y palpitante del trágico acontecimiento atómico. **$1.00.**

HACIA EL JAPON, por P. José María Sancho, S.J., interesantes y sugestivas narraciones vividas por un joven Misionero, descubriendo el alma y costumbres de un pueblo oriental. **$1.00.**

RECE Y PROPAGUE EL ROSARIO MISIONERO. Su importe de **$0.40** o **$2 00**, puede enviarlo por giro postal, cheque o sellos de correos sin usar

Pedidos a "MISION", Padre López, S.J., Reina número 463, Teléfono A-6480, Habana y Calle 23 número 356, entre J y K, Vedado.

Envíe sus sellos usados al

Centro Misional del Sello

Sé Misionero del Sello. Envía por correo ordinario los sellos usados al P. López S.J., Reina 463, o calle 23 No. 356, entre J y K, Vedado, Habana.

"Salvar sellos es salvar almas".

THEOLOGICAL SEM

MEMORIAS DEL PADRE ARRUPE

Pedro Arrupe

SEGUNDA EDICION

MISION

REINA 463 HABANA

NIHIL OESTAT:
Mons. José M. Domínguez,
CENSOR

IMPRIMI POTEST
Daniel Baldor de la Vega, S. J.
PRAEP. VPROV. ANTILL.

Habanae. 6 Mali 1955

IMPRIMATUR

Emmanuel, Cardinalis Arteaga,
ARCHIEPISCOPUS HABANENSIS

Impreso por "Editorial Neptuno" :: Neptuno No. 559 :: Habana.

Unas Palabras al Lector

Llevaba yo unos doce años en Japón cuando crucé su puerta de salida. Clavado en él durante tanto tiempo, lo miraba con la simpatía de una segunda patria y no me había puesto a reflexionar si alguna vez volvería a dejarlo. Pero Dios había decidido que durante un año recorriera nuevamente Europa y América para que al volver reviviesen en mí con vigor doble los sentimientos de un pasado que ya se desdibujaba.

La sacudida me hizo pensar. El contraste dos veces vivido de mundos tan distintos me hizo depurar mis experiencias. Y el deseo de que otros puedan beneficiarse de ellas me ha hecho coger la pluma para escribir.

Viviendo se aprende, es cierto. Pero también leyendo, porque un libro puede condensar lo que haya de valor en una experiencia de largos años.

Si hubiese escrito hace dos años lo que entonces era vida y ahora es recuerdo, el fondo hubiera sido el mismo, pero la perspectiva diferente.

Creo que la pintura del conjunto hubiera sido menos exacta, tarada con los esfuerzos violentos de las situaciones difíciles, y los colores rabiosos de las impresiones sin sedimentar.

Hoy puedo juzgar de otro modo el pasado. Los átomos de polvo que el tiempo ha ido desprendiendo sobre él han limado sus aristas violentas y han suavizado los contrastes de excesiva luz y sombra, de-

jando solamente lo que en el fondo es cierto, y por estar formado de verdades, siempre perdurable.

Habrá quizás más objetividad en mi relación, porque el tiempo compensa el predominio que nuestra alma pretende dar al subjetivismo.

Si hoy empezase a vivir mi vida misionera, muchas de mis orientaciones variarían. Siempre empleé —como todo el mundo hace— los métodos que me parecieron más conducentes a mi fin.

Ahora puedo ver sus pros y sus contras con más serenidad, con visión quizás más amplia, tal vez, sin embargo, con tintes muy personales. Pero pensando que lo vivido en estos años puede ser útil a alguien, me he decidido a robar unas horas a mi trabajo en Japón, pensando que serían de provecho para el mismo Japón.

Por eso, porque la experiencia me ha enseñado algunas verdades que antes ignoraba, si se diese el imposible, de reencarnarse en el yo de hace un decenio largo, ni volvería a andar igual camino, ni me alejaría excesivamente de él. Avanzaría por el término medio que siempre hay entre nuestros fracasos más dolorosos y nuestros éxitos más halagüeños.

Queriendo escribir sobre mi trabajo en Japón, comencé a bogar río arriba en la corriente de mis recuerdos.

Un trabajo en Misiones supone una vocación; una vocación tiene una génesis; esa génesis es una trampa admirable de la Providencia, y tirando, tirando de los hilos de ese tejido de amor y sabiduría, llegué impesadamente a Madrid, a San Carlos, a Lourdes... Por eso me ha parecido oportuno comenzar estas memorias desde la época de estudiante de medicina.

Madrid, Lourdes, Loyola, Valkemburg, Viena, Cleveland, New York, Tokio, Hiroshima, es una tra-

yectoria en zig-zag, pero en la que se descubre el hilo ininterrumpido de la amorasa Providencia de Dios.

Sirvan, pues, estas líneas para mostrar al Corazón de Cristo mi humilde agradecimiento por su magnanimidad, junto a la contrición más sincera por mi ingratitud.

Al mismo tiempo, sean un testimonio del amor filial para esa Compañía de Jesús, verdadera Madre que durante estos veinticinco años me ha engendrado y formado para Jesucristo.

Nagatsuka, 15 de enero de 1952.

Pedro Arrupe, S. J.

Fiesta de mis 25 años de vida religiosa en la Compañía de Jesús.

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/memoriasdelpadre00unse

I

Mientras Fraguo
el Ideal

I

JUVENTUD

Las miradas vueltas al pasado tienen siempre un dejo de nostalgia. Pasan los años inclementes, y en todas las almas queda la cicatriz mansa de las penas.

Solamente atrás, muy atrás, en aquellos días en que se era un niño, o en los siguientes de plena juventud, se encuentra el hombre con un remanso en el que todavía apenas apuntaba la idea de que la vida es dura.

Tal vez sufrió entonces... porque se sufre siempre, pero el ideal deslumbrante de lo que se sueña dominaba con su claridad las sombras cargadas de lo que se vive.

Al coger hoy la pluma para hilvanar con ella pedazos desgajados que fueron míos, pero que ya no han de pertenecerme más, no puedo olvidar aquellos años, desbordantes de juventud.

Fué una época feliz, a la que Dios ha querido sigan otras muchas más felices todavía. Aquélla con una felicidad por así decirlo natural, éstas más sobrenaturales porque la Gracia del Señor me quiso trazar un camino en el que estaba El siempre a la vista.

MADRID

Después de terminar el Bachillerato en Bilbao, la primera vez que pisé las calles de la Corte experimenté la emoción nueva del que se ve lanzado de repente del seno del santo invernadero de una familia cristianamente austera, en el vértigo sin freno de una vida juvenil y de gran urbe, pero como también en los afectos entra la rutina, muy pronto dejé de sentir esa vibración. Perdió su vigor la Historia de los que ante mí vivieron, para dejar en primer plano, mi historia, con una minúscula de intrascendencia, pero con palpitaciones de vida propia.

Quien haya leído la "Casa de la Troya" conoce ya casi todos mis años de estudiante. Distinto lugar, pero el mismo ambiente de alegría sana. Cuarenta universitarios que durante el día frecuentaban las aulas, durante la tarde se divertían y durante la noche dormían en invierno y estudiaban en primavera.

Yo iba a la Facultad de San Carlos para cursar medicina, y estudiar lo suficiente para poder salir airosamente, pero sin que el esfuerzo fuese de los que matan.

El recuerdo que mejor sobrenada en mi memoria, de todos los de aquellos años, es el siguiente:

Junto con varios de mis compañeros, me hice socio, no sé con qué motivo, de las Conferencias de San Vicente Paúl.

Con asiduidad, sin faltar un solo día, fuimos visitando, cuando nos tocaba, a esas pobres familias que han caído bajo el expolio de la miseria.

Aquello, lo confieso ingenuamente, fué un mundo nuevo para mí. Me encontré con el dolor terrible de la miseria y del abandono. Viudas cargadas de hijos que pedían pan sin que nadie pudiera dárselo. Enfermos que mendigaban la caridad de una medicina sin que ningún samaritano se la otorgase. Y, sobre todo, niños, muchos niños, medio abandonados unos, maltratados otros, insuficientemente vestidos la mayor parte, y habitualmente hambrientos todos.

—¿Qué estás merendando? —le pregunté un día a un rapacillo.

—Nada, —me contestó con aplomo mientras mordía con satisfacción un boniato.

—Entonces, ¿qué estás haciendo? —le pregunté sonriendo.

—Desayunar, —me respondió con una seriedad que me heló la risa en los labios.

—Pero ¡si son las cuatro de la tarde!

—Ya lo sé, pero es la primera vez que como. Para Ud. sería la merienda, pero para mí es el desayuno.

Y en su voz vibró algo que no sé si era ingenuidad forzada o rencor contenido.

—¿Os ha faltado hoy la comida? ¿no trabaja tu padre

—Nos ha faltado como siempre, pero no más, porque nunca comemos más que una vez y mi padre no trabaja porque no tengo.

¡Con qué frialdad hacía el análisis de su miseria y de sus hambres! Como un perro famélico recorría las

calles recogiendo pedazos de pan reseco y sucio y con ellos reforzaba el mísero jornal de su madre viuda y con varios hijos.

Pero hubo otro caso que se me clavó mucho más adentro, porque reflejaba no un dolor aislado, sino una dosificación del mismo concentrada hasta el extremo.

Ocurrió en Vallecas. Iba con mi buen amigo Enrique y nos embargaba a ambos la emoción nerviosa de lo nuevo. Nos tocaba visitar a una familia desconocida que por primera vez entraba en los fastos de nuestra vida. Y si es verdad que cuesta mucho mendigar cuando la necesidad obliga, también es duro dar cuando se teme herir con la limosna. ¡Y se hace esto tantas veces cuando se descuida la delicadeza!

Nos acercamos al lugar indicado, pero faltaba precisión a nuestro avance. Para salir de dudas nos arrimamos a una viejecita encorvada que trabajaba junto a un portal de su casa.

—Ud. perdone, —le dijimos—, pero ¿sabe dónde vive doña Luisa...?

Y le dimos todos los datos que poco antes nos habían dado a nosotros.

—Pues no faltaba más, —nos respondió con satisfacción, y al hacerlo dejó silbar las palabras por el hueso vacío de un diente roto—. La Luisa vive en ese portalón de ahí enfrente. El de la casa grande. Entren dentro y suban por la escalera de mano izquierda. Es el segundo piso habitación 18.

—Muchas gracias, con sus indicaciones no me parece que tardemos mucho en encontrarla.

Y ya nos retirábamos cuando nos obligó a quedarnos gracias a la facundia con que Dios la dotó.

—Sí, la Luisa es muy buena. Y con ella vive la Luciana, la otra viuda.

—También a ella queremos verla.

—¿Son Uds. de las Conferencias? Sí, no me lo digan, porque lo sé ya. Les he visto tantas veces a los socios que a la legua los reconocería. ¡Jesús! ¡Y qué guapos mozos están Uds. hechos!

Y por sus dientes rotos saltó explosivo su piropo octogenario.

—Por Dios, señora, no es para tanto...

Y sin darle tiempo a continuar analizando nuestro físico, nos despedimos hacia el portal de "la Luisa" y "la Luciana", como allí las llamaban.

Al cruzar el portal nos encontramos a un rapacillo que nos dió los últimos datos. Con despejo de barrio bajo no exento de cierto respeto, nos dijo rápidamente:

—Por ahí señoritos. Arriba, núm. 18. Pero cuidado con los escalones porque por en el primer rellano hay unos agujeros que si pisan en ellos aterrizan abajo.

—Gracias, chavea. Y esto para ti.

Y le alargué un caramelo gigante que tal vez había salido del mostrador de la "India", famosa pastelería de la que éramos asiduos parroquianos.

Empezamos a subir. Oscuro y sucio daba asco arrimarse a las paredes. La pobreza y el abandono lo dominaban todo. En todo el recorrido no encontramos ni una sola nota de alegría.

Al fin llegamos al núm. 18. Una puerta baja como todas, y dentro una gritería ensordecedora en la que sobresalía de vez en cuando el timbre destemplado de una mujer.

—Perico, esto parece una grillera, —me dijo Enrique escuchando un momento.

—Mientras sea sólo eso, no va mal. Peor será que nos encontremos con una leonera llena de cachorros. Los gritos son de los que hacen época.

Nos decidimos a llamar, y a la tercera vez alguien nos dijo:

—¿Qué pasa?

Nos miramos sin saber qué hacer, porque no nos habían invitado a entrar, y desde el pasillo no nos sentíamos con ganas de empezar a dar explicaciones a través de la puerta.

—No contestes y vamos a llamar otra vez, —me dijo Enrique.

Lo hicimos así y nos gritaron desde dentro.

—¡Vamos, hombre! pero ¿quién es?

Nos decidimos a dar una explicación gráfica y para ello abrimos la puerta. Todas las miradas se volvieron hacia nosotros y un silencio profundo acogió nuestra entrada. Seis rapaces desmelenados y medio desnudos se dividieron en un doble grupo de tres y se replegaron prudentemente hacia las faldas maternas. Las dos mujeres se pusieron en pie y se acercaron hacia nosotros.

Al ver que no éramos de la vecindad manifestaron una curiosidad evidente, y al enterarse de que éramos de las Conferencias una alegría justificada.

Empezamos a hablar y el ambiente de desconfianza que había creado el silencio de la gente menuda fué desapareciendo cuando vieron que íbamos en son de paz. Unos buenos puñados de caramelos acabaron por disipar todos los recelos que nuestra presencia había levantado.

El cuarto era espacioso, pero muy viejo y apenas amueblado. Una cama grande con una colcha pobre cubriendo el colchón, una mesa coja que se balanceaba en el centro, varias sillas con un número variable de patas y estabilidad proporcionada al mismo y un par de alacenas pobladas de los elementos más heterogéneos.

Nuestras miradas quisieron ser prudentes, pero no supieron cumplir su intento. Por eso la Luisa nos dijo con un gracejo que resultaba heroico en medio de aquella pobreza.

—¿Qué les parece nuestro palacio?

—El cuarto es grande, —contestó no sé quién de los dos—. No está mal, depende de cómo sea lo demás de la casa.

—¿De qué casa? —preguntó tranquilamente "la Luisa".

—De esta, de la de Uds., —aclaramos en seguida—. Si las otras habitaciones son iguales... no está mal del todo.

—Son tan iguales, —volvió a intervenir la Luisa—, que son esta misma. Porque aquí, donde Ud. nos ven, comemos y dormimos, y juegan los rapaces, y trabajamos nosotras y nos rompen la cabeza con sus gritos los días de lluvia que no pueden salir. Ya habrán oído la gritería conforme se iban acercando.

—¿Los ocho viven aquí? —preguntamos sin haber querido preguntar—. ¿Y dónde duermen?

—¿Dónde vamos a dormir? En la cama.

—¿Los ocho?

—Sí, los ocho.

Nos quedamos en silencio. Aquello parecía un imposible tan claro que la duda se reflejó en nuestras miradas. Para sacarnos de ella dijo amablemente una de las mujeres.

—Pronto se ve eso. ¡A ver! Todos a la cama y cada cuál a su sitio. Que vean estos señores cómo dormís.

Y como una bandada de pájaros salieron corriendo los seis rapacillos camino de su nido. Un momento después estaban tendidos sobre la colcha raída y de un rosa desvaído que daba angustia, unos manchones negros que daban vida.

Se habían echado tres con nuca en la cabecera de la cama, y los otros tres en los pies de la misma. En los dos quedaban dos huecos que eran para las madres que habían de dormir completando la formación de sus respectivos hijos.

—¿Qué les parece? Medio equipo de futbol metido en una estera. Y allí duermen toda la noche sin rebullir y sin despertase nunca. Nosotras somos las que no podemos hacerlo bien, porque los críos pesan poco y se nos caen encima del hueco que nuestros cuerpos forman. Mucho molestan, pero como son hijos, —terminó con cariño—, todo se les perdona.

Antes de que nosotros nos animásemos a decir nada interesante, intervino la otra mujer.

—Y eso de la cama, es lo de menos, porque los chicos al fin y al cabo duermen. Lo peor es lo de la co-

mida. Figúrense Uds. que no tienen las pobres criaturas más que lo que nosotras les podemos dar sin viudedades, sin pensiones, y sin más entradas que las de nuestro trabajo. Y como siempre tiene que quedarse alguna de las dos aquí para atender a los críos y a la casa...

—¿Qué comen los chicos?, —pregunté con un soplo de voz y unos remordimientos que sin cesar me arrastraban hacia los pasteles tantas veces devorados en "La India".

—Pues casi nada. A la mañana y a la noche una sopa de ajos, con algo de pan si se encuentra. Y al mediodía un plato de alubias o de garbanzos con otro poco de pan.

—Y ¿salen a la calle así, como están ahora?

—¡Claro que sí! ¿Cómo les vamos a comprar abrigos o jerseys? Cuando hiela mucho procuramos que se estén todo el día en la cama tapados con la única manta que tenemos, pero eso es difícil. Ya saben Uds. lo que son los chicos.

Seguimos hablando de cosas sin importancia, y les dimos nuestra limosna, repartimos más caramelos entre la gente menuda que nos vitoreaba y salimos procurando no caernos al piso de abajo por los escalones de junto al descansillo.

Salimos a la calle y avanzamos un buen trecho sin hablar ninguno de los dos. Yo iba muy impresionado al ver tanta miseria, pero me parece que mi amigo Enrique iba todavía más. Al fin le pregunté lentamente.

—Enrique, ¿sabes lo que estoy pensando?

—¿Qué?

—Que nos vamos a quedar sin una cosa.

—¿Qué cosa?

—Dulce, con santillí y emplazamiento oriental.

—¿"La India"?

—La misma. Con qué cara nos gastamos todo el dinero en pasteles? Habrá que hacer un reajuste en el presupuesto. ¿No te parece?

—De acuerdo.

—¿Empezamos hoy?

—Como quiera.

Así se iban pasando los días. Con alternadas de humor y de estudio que cubrían siempre la honda preocupación que me embargaba.

Entonces empecé a preguntarme cada vez con más frecuencia. ¿Para qué he venido yo al mundo? ¿Para vivir unos cuantos años de estéril anonimato y enfrentarme con la otra vida sin haber hecho nada que merezca la pena?

Toda la culpa de estas interrogantes que me asediaban la echaba yo, en mi ignorancia de entonces, a aquellos seis golfillos de Vallecas. Si no me hubiera impresionado tanto su pobreza, me repetía siempre, y seguiría avanzando feliz en mi carrera universitaria. Y no sabía que esta idea era totalmente falsa. Tan falsa que al llegar al Japón he podido comprobar que la incógnita que más aflige a los paganos que me rodean es precisamente la misma de misma años de dudas, aunque dando distintos alcances a las palabras.

¿Para qué he venido yo al mundo? Se dicen ellos con angustia. ¿Para vivir unos años de estéril anonimato y...? Al llegar aquí callan. No saben cómo seguir, porque dudan de la existencia de una vida posterior.

Ellos y yo, tenemos todos dentro del alma una ansia inmensa de superación. A mí me angustiaba ahogarla en una vida egoísta sin rendimiento divino. A ellos el temor de que se deshaga con el polvo y la tumba que algún día se tragarán sus huesos.

Más tarde ví que aquellos pobres golfillos de vida dura llena de cicatrices, no habían hecho más que descorrer ante mis ojos el velo de la ignorancia. Me hicieron pensar. Me obligaron a caer en la cuenta de que además de mi mundo existía otro en el que había aun mucho que hacer. Despertaron ese anhelo de aspiraciones grandes que hasta entonces había arrastrado perdido en la corriente de mi inconsciencia y me dieron el primer alerta en el camino descuidado de mi vulgaridad.

Fué un beneficio inmenso de Dios. Ni el estudio ni las diversiones pudieron nunca borrar el indeleble trazo afectivo que aquella visita a Vallecas había dejado vigorosamente estampado en mi alma.

Estuve a punto de cruzar el puente de mi juventud sin saber remontarme a lo alto. Sólo porque El quiso, pude detener mi marcha para orientarla en una nueva dirección.

UNA CALAVERA EN EL PATIO

A partir de aquel día rara vez era plenamente feliz. Dios había metido en mi vida la cuña de una preocupación indefinible que me quitaba la paz, sin que lograse adivinar hacia donde quería conducirme.

¡Cuántas veces me encontraba delante del libro con la mirada perdida en el vacío y una vaga nostalgia penetrándome el alma! Mis ojos inexpresivos resbalaban sobre los objetos, recordándome con frecuencia las caras sucias de los chicos de aquel número 18 de Vallecas. Y, detrás de ellos, como una procesión triste de dolientes sin esperanza, me obsesionaban los miles y miles de infelices que, sin duda, viven como ellos, junto al bienestar de una gran ciudad y sin que sus labios pudiesen apurar nunca la copa de un placer que les estaba vedado.

No sé cuántas veces luché contra mi mismo para matar este pensamiento que antes jamás me había atormentado. Pero era imposible porque arrollaba ampliamente las fuerzas de mi voluntad. Dios me lo había clavado y yo no podía librarme de su desgarradura.

¿Para qué habría ido allí?, me preguntaba cuando el desaliento me invadía después de una estéril lucha por alejar mi pesadilla. Y, a renglón seguido, con una energía machacante, oía la voz de la conciencia dándome la respuesta que menos deseaba: "Egoista, porque temes las consecuencias que puede traerte el conocer a fondo y responder plenamente a las obligaciones que te impone el dolor ajeno".

Procuraba estudiar cada vez más para embriagarme en la lucha y en el triunfo. Y después intentaba divertirme para matar con el rugido externo de una vida trepidante el murmullo de abejorro que sentía en mi interior.

De aquella época fué el primer premio de Anatomía que me procuró 500 ptas., una verdadera fortuna para un estudiante de entonces, y el viaje a Covadonga y... donde un compañero mío tenía la novia. Quería ver si dejando correr hacia el Norte la poten-

te cilindrada de mi vida, lograba sumergirme en el vértigo del olvido. El puso el coche de su casa. Yo el dinero de mi premio. Pero a la vuelta todo seguía igual. Paz aparente cubriendo con su antifaz de indeferencia los estragos que hacía en mi alma la galerna de aquella borrascosa inquietud.

Dios quería algo y yo no sabía qué.

No crea al lector, por los párrafos anteriores, que me estaba volviendo taciturno. Al contrario; al menos al exterior aparentaba tener más alegría que nunca Y para ver si conseguía que se trasvasase a mi espíritu de una manera sedante tomaba parte en todas las bromas que no estuviesen en pugna con mi conciencia.

Una de las que entonces hizo época fué la de las calaveras...

Se iban acercando los exámenes finales. Día y noche teníamos los codos clavados en la mesa en una perfecta rendención de penas por el trabajo. A las once y media de la noche nos reuníamos todos para tomar unas tazas de café y charlar por unos minutos, terminados los cuales volvíamos a retirarnos para estudiar hasta que nos rendía el sueño. A la mañana nos levantábamos, la mayoría, un par de horas antes de la entrada de la Universidad para tener tiempo de ir a Misa y comulgar en la vecina iglesia del Carmen.

En aquella tensión de nervios que apenas nos dejaba un respiro de descanso, nos crispaba todo aquello que pudiera producirnos una perturbación. Por eso ¡ay del que tuviese la audacia de molestar a los demás! En su pecado iba el peso de una penitencia que le sería impuesta con severidad inflexible.

Sin embargo, había veces en que los perturbadores de la paz se encontraban fuera de nuestro alcance directo y, por lo tanto, habíamos de actuar contra ellos por medio de una sutil astucia.

Esto nos sucedió el día en que un matrimonio que vivía tres pisos más abajo nos declaró la guerra. Por el patio interior del edificio nos comunicábamos perfectamente y habíamos estado siempre en armoniosas relaciones. Pero llegó un momento fatídico en que la mujer quiso tentarnos y Dios sabe que lo consiguió.

Hacía ya muchos años que habían sido jóvenes. Se les había ido aquella época, supongo para ellos también feliz, sin que el cielo les concediese un hijo. En cambio les otorgó un piano de cola, que para la vecindad era lo mismo. Porque ¿qué diferencia hay entre estar oyendo a todas horas el lloriqueo moscón de un rapaz caprichoso o las escalas monótonas y rítmicas de un piano cansado?

El marido era aficionadísimo a oir a su mujer tocar. Durante el curso, como no nos matábamos estudiando, abríamos con freceuncia las ventanas y nos uníamos en espíritu al cuadro encantador de aquel matrimonio feliz que se sentía tan unificado en los acordes melodiosos de la música. Pero al llegar la primavera les habíamos suplicado por todos los santos del cielo que se considerasen en una época de luto en la que el piano debía quedar reducido a un silencio sagrado.

En general se portaba bien porque comprendía que era imposible meterse en la cabeza una clasificación anatómica al son valiente de una polonesa casi siempre preciosa de Chopin, o escuchando la lucha de notas medio discordes de una sinfonía wagneriana. Y

peor todavía si se remontaba por las cumbres nunca igualadas de Beethoven o si se internaba por el romanticismo sentimental de Schubert o de Strauss.

Por eso firmamos un pacto de mutua no agresión que fué Dª Remedios, conste, quien la rompió.

Una tarde preciosa del mes de Mayo con aromas de sol pero sin calores de trópico rompió el silencio de nuestro piso alto un pasodoble torero. No le dimos beligerancia a aquel acto de hostilidad, que confiábamos no se prolongaría. Pero fué un error. Después de imaginarnos sangre y arena de un ruedo con sol, empezó a teclear con fuerza patriótica el "Gibraltar", trasladándonos a todos, como a un sólo hombre, a la plaza fuerte del peñón.

Aquello se iba poniendo cada vez más candente. Rompió con un tango, que debió pulverizar a los enamoradizos, y al terminarlo ya nos encontrábamos dos docenas de estudiantes reunidos en un cuarto para parlamentar desde él con la pianista.

Abrimos la ventana. Sacamos bandera blanca y a gritos suplicamos a la ilustre matrona que nos permitiese optar al aprobado por medio de un sacrificado estudio que a nosotros era a lo que menos nos apetecía sujetarnos.

Nunca supimos por qué pero no quiso atender a nuestro mensaje de paz. Se asomó un momento a la ventana, nos miró con olímpico desprecio y altanero desafío y se dirigió al piano para tocar aquel célebre "Trágala, trágala" que durante la invasión francesa se hacía tragar a cada invasor.

Aquello ya no era la actitud de una potencia neutral. Después de romper el pacto se manifestaba insul-

tante y agresiva, en vista de lo cual nos dispusimos a corresponder cargando todas las baterías.

Silbidos, gritos y pelotas de papel que aspiraban a rozar a la pianista se fueron sucediendo con una furia siempre creciente. Al fin, viendo que nuestra agresividad se desbordaba optó por levantarse y, desafiando un momento a los objetos que volaron hacia ella con profusión, cerró la ventana decididamente, nos miró un momento burlándose a través de los cristales y se volvió al piano para teclear, esta vez con un dejo castrense, la marcha militar de Schubert.

Hicimos un alto en nuestras hostilidades y reunimos consejo de guerra. Allí, mientras ella seguía hostigándonos de flanco con el tableteo de su ametralladora música, hicimos un recuento de nuestras fuerzas y de nuestro material.

Gente, mucha. Armas, pocas. Las que hasta entonces habíamos empleado eran ya inútiles, porque con el progreso y los últimos adelantos de la ciencia se habían quedado anticuadas. Qué podían hacer nuestros silbidos si se había parapetado detrás de una ventana perfectamente cerrada y con dos contraventanas de un dedo de grueso?

Lo único que todavía no había perdido actualidad ni eficacia eran las alubias, abundantísimas entonces, con que jugábamos al julepe o al mus en nuestros ratos de ocio y una calavera espléndida que uno de los de fin de carrera había pedido prestaba en la Universidad con la estricta obligación de devolverla.

No era demasiado, pero después de unas eficientes deliberaciones llegamos a la conclusión de que era todo lo que nos hacía falta. Con estrategia no dudábamos que el triunfo sería nuestro.

Nos dividimos. El feliz poseedor de aquel histórico cráneo descarnado se dirigió a su cuarto que caía exactamente dos pisos más arriba de la pianista. Se acodó en el alfeizar de la ventana y, colgada de un hilo, descolgó la sonrisa macabra de aquel aliado que providencialmente nos había ofrecido la medicina. Deslizándose suavemente por el aire y mirando a todas partes con sus cuencas vacías, llegó hasta las proximidades del punto de ataque. Allí se detuvo y siguió riéndose con sus dientes torcidos en medio de un ambiente en primavera que parecía cantar un himno de juventud y vida.

Cuando la emboscada estaba ya preparada empezaron a actuar las alubias. Con una decisión, rapidez y efectividad que nadie hubiera podido esperar mayor, fueron repiqueteando, después de un vuelo diagonal, sobre los cristales cerrados de la ventana de la pianista. Oyó el tableteo. Se detuvo un momento. Y siguió tocando entre requiebros de armonía.

Una vez asegurado el tiro nos fué fácil ir entensificando la fuerza. Las alubias eran disparadas cada vez con mayor violencia y los cristales gemían peligrosamente bajo el machaqueo de la granizada. Al fin se hizo tan evidente el peligro de que no quedase ni uno sólo que, dejando de tocar, se acercó Dª Remedios a la ventana. Con una ansiedad que le traicionaba se detuvo un momento detrás de ellos mirándonos con un gesto de súplica que no quisimos entender. Puesto que nos había hecho cortar el estudio para emprender aquella lucha tan contra nuestra juventud, queríamos una capitulación sin condiciones. Componendas no. Lucha hasta una victoria sin cortapisas.

Viendo que no atendíamos al lenguaje mudo de sus ojos comprendió que no le quedaba más remedio que

abrir la ventana, exponiéndose a las ráfagas de alubias, para rogarnos que hiciésemos un alto con el fin de parlamentar. Imprimió un movimiento giratorio a la doble hoja, y se asomó hacia el patio en el momento mismo en que, caballerosamente, habíamos dejado de ametrallar. Se inclinó sobre el alfeizar, levantó los ojos hacia arriba y en aquel momento cayó sobre ella la calavera que pacientemente se había mantenido en acecho de la ocasión.

Cuando Dª Remedios vió que aquel pedazo de muerto se le venía encima dió un grito de película, extendió los brazos como se hace en las novelas y se desmayó como cuando se pierde el sentido de verdad. Echándose hacia atrás se desplomó, como un fardo, sobre una butaca que amorosamente abrió sus brazos para recibirla.

Estábamos solazándonos en la victoria cuando inesperadamente se inició el contraataque. El marido de Dª Remedios había penetrado sigilosamente en la habitación para contemplar los últimos cuadros de la escena. Cuando vió que la calavera amenazaba hacer presa en el juicio de su esposa cogió uno de los almohadones que cubrían los asientos del tresillo y lo disparó con una puntería de profesional, sobre aquel manojo de huesos que sonreía sarcásticamente después de su primer triunfo.

Inmediatamente se abalanzó sobre la ventana. Dejó caer las persianas, y cuanto estas empezaron a chirriar en su rápido descenso protector, se oyó en el fondo del patio un ruido macabro, como el de un cráneo que se estrella partiéndose en pedazos. El cojín había partido el hilo y la calavera había descendido en una vertical de muerte para convertirse en polvo sobre los baldosines del pavimento.

¡Qué gritos los del dueño de la víctima! ¡Cómo le dolía ver que en un momento había desaparecido aquella fiel compañera que le estaba ayudando a preparar el examen y cuyo trágico fin le iba a costar cincuenta pesetas!

Reclamó, amenazó al agresor con no dejarle cristal sano, casi le prometió matarle a la mujer de otro susto... pero todo fué inútil. La calavera había acabado para siempre.

LOURDES

Aquel estado psicológico de resaca interior, que ninguno de mis compañeros conocía ni sospechaba en mí, sólo tuvo un momento de embotamiento.

Un día triste, que recordaré siempre con el dolor hondo de la pena más grande, mi padre nos dejó para volar a Dios. Fueron unos momentos de sollozante angustia, mitigada tan sólo por la caricia dulce de la fe.

No quiero entrar en detalles de aquellos instantes. Para cualquier otro no tienen valor. Para los demás, mi padre fué uno de las 150.000 personas que mueren en cada minuto. Para mí fué él, mi padre. Con esto está dicho todo.

Solamente entonces, cuando el dolor cayó sobre mí con todo el peso de aquel desgarramiento, se me olvidó la interrogante que desde hacía tiempo me acosaba. ¿Qué me importa, pensaba, venir al mundo para una cosa u otra? ¿Qué me importa lo que he de hacer en él?

Sin embargo, cuando pasados los primeros meses siguió la vida su curso normal, me di cuenta que despacio, muy despacio, iba volviendo de nuevo a mirar la vida como antes. Dudas, alegrías y preocupa-

ciones, todo el caudal íntimo de mi juventud volvía a vibrar con los ecos de una voz amiga que, en mis días de luto, creí sinceramente, haber olvidado para siempre.

Pasados los primeros días de riguroso luto decidimos marcharnos todos a algún lugar tranquilo en el que poder pasar sin molestias aquel primer verano en que no había de acompañarnos nuestro padre.

Después de una madura deliberación habíamos optado por ir a Lourdes durante un mes, con lo que descartábamos la parte más animada del verano en las tierras norteñas del Cantábrico.

Un día de julio, tristonamente envueltos en las brumas de aquel mar que era tan nuestro, cogimos el tren para cruzar la frontera por Irún. Estaba dando un nuevo paso hacia lo desconocido.

Llegué a Lourdes con mucha curiosidad. No sabía lo que me iba a encontrar allí, y precisamente esa ignorancia era la que me hacía mirar aquel mes que me esperaba, con cierta ilusión, pero con un como presentimiento que yo mismo no podía definir.

La población no sé si decir que es una ciudad pequeña o un pueblo grande. Se encuentra en este término medio incoloro que reviste a las cosas de esa abstracta ambigüedad.

Con todo no se puede encontrar en ella las cualidades de tribu patriarcal que suele haber en otros centros del mismo número de habitantes. La marea incesante de peregrinos creyentes, de curiosos indiferentes y hasta de agresivos sectarios, le roban el encanto y la intimidad que podría gozar dada su limitada extensión.

Sin embargo, esta consecuencia inevitable de las grandes riadas humanas que la barren, queda sobradamente compensada con el halo sobrenatural que se respira en el fervor mariano del ambiente.

La vida de Lourdes es el Milagro. Alrededor de él gira la devoción que envuelve más o menos todas las actividades de la ciudad. Hoteles, comercios, puestos ambulantes en que se venden por miles los recuerdos... todo está impregnado de Marianismo. Si la Sma. Virgen no hubiera ido a Lourdes, hace una centuria, Lourdes no sería más que un centro rural perdido en el anónimo y en el quietismo retirado, como tantos otros.

El templo espléndido, se abre a la explanada en que se aglomeran las multitudes, mientras que sus torres y una fachada entera, miran al río Gave, que corre manso, como en los tiempos de la aparición.

En un rinconcito, recogiendo cerca el fervor de los fieles, la Santa Imagen, protegida de verjas y escoltada de exvotos. Es una cueva como la de la Aparición y junto a ella las piscinas con el agua milagrosa que cura a los enfermos.

Una de las primeras cosas que conseguí a pesar de no tener terminada mi carrera de médico, fué que me otorgasen un carnet especial para poder estudiar de cerca a los enfermos que por medio de la Sma. Virgen buscaban su curación, o a los que después de sanar más o menos repentinamente testimoniaban con su salud, que habían recibido la gracia del milagro.

Me alegré extraordinariamente de poder asistir de cerca en el "Bureau de constatation", a la comprobación de los milagros, si los hubiere. Había oído tantas veces a algunos de mis profesores de San Carlos despotricar contra las "supercherías de Lourdes".

La Santísima Virgen fué demasiado buena conmigo. Gracias a Ella pude ver a tres enfermos milagrosamente sanados.

El primer caso extraordinario fué el de una religiosa, joven todavía, que se encontraba en un estado sin solución humana. Presa del Mal de Pott, tenía tuberculosis en la espina dorsal, con un par de vértebras comidas ya por el pus. Hacía ya tiempo que un chaleco de yeso le aprisionaba medio cuerpo al mismo tiempo que una parálisis en su último grado la inmovilizaba casi en absoluto.

Con qué resignación llevaba sus sufrimientos. Ni una queja. Ni una palabra violenta para los que le hacían sufrir involuntariamente con sus atenciones médicas. Para todos una sonrisa, un gesto cariñoso con los ojos y unas palabras difícilmente resbaladas por entre sus labios sin movimiento.

Un día tuvo la dicha inmensa de que la llevasen a la gran explanada que se abre ante la Basílica para recibir en ella la Bendición que un Obispo iba repartiendo con el Santísimo en sus manos ungidas.

Eran las tres de la tarde. La multitud había llenado hasta el último de los rincones. Centenares de camillas se alineaban en una triple hilera ante la que había de pasar el Santísimo Sacramento triunfando como un nuevo Domingo de Ramos.

Se abrieron las puertas del templo y la procesión se dirigió hacia la explanada. El rosario se dejó oír en un murmullo imponente de oración, que fué siempre creciendo con el fuego candente del fervor. Y en medio de un himno triunfal de Avemarías pronunciadas en incontables lenguas, los gritos desgarradores de los enfermos repitiendo siempre la misma frase de lacónica intensidad: "Nuestra Señora de Lourdes, tened piedad de nosotros".

Se oía en francés, español, inglés, italiano, alemán, y junto a estos idiomas con aspiraciones de primogenitura, los ecos no menos conmovedores de todos los dialectos conocidos. Todos hablaban con la

Sma. Virgen, y como Ella no se ha ceñido a las fronteras de una sola lengua, cada cual le hablaba con la que aprendió cuando niño, de labios de su madre.

Gritos de terrible angustia en que el enfermo y sus familiares vuelcan todas sus ansias y toda su fe. Eran fervientes como los del leproso que clamaba a Cristo: "Señor, si quieres, Tú puedes salvarme". Eran delirantes como los de la pobre cananea que repetía entre la hostilidad de los Apóstoles y la aparente indiferencia del Maestro: "Señor, ten compasión de mí. Mi hija es malamente atormentada del demonio". Estaban impregnados de fe como los del Centurión: "Señor, di una sola palabra y mi criado será salvo". Y a veces, eran tan silenciosas como las lágrimas de la Magdalena que sin hablar lo pedían todo, y sin decir nada obtuvieron el premio soberano del gran perdón.

El Santísimo iba avanzando muy despacio en medio de la apoteosis de su triunfo. Un Obispo iba bendiciendo con la Custodia que se recortaba en el reflejo del sol de agosto, como una perpetua cruz.

En un momento solemne, en que la procesión continuaba su lento paso doliente, se encontraron frente a frente Cristo, el mismo del Sagrario y de Jerusalén, con la monjita paralítica y tuberculosa que durante muchos años había sido su fiel esposa en el claustro. Yo no sé cómo se miraron, pero hubo entre ellos un contacto de amor. De los ojos de la enferma voló hacia la Custodia un anhelo tan grande como el de aquella mujer enferma que tocó las fimbrias del vestido de Cristo. Y Cristo, en un alarde de amor y de su omnipotencia, dejó que otra vez "saliese virtud de él", como dice el Evangelio.

Fué algo instantáneo, dando un grito se puso en pie sobre su camilla, extendió sus brazos hacia el Señor Sacramentado y cayó llorando de rodillas.

—¡Estoy curada!, —pudo decir tan sólo.

Y como un megáfono inmenso que recogiese su voz contraída por la emoción y el agradecimiento, el pueblo entero repitió al unísono: ¡"le miracle!".

Así era. El milagro que la fe de una monjita y el amor de Dios habían hecho juntos.

Días más tarde, tuve ocasión de contemplar a otra enferma curada milagrosamente.

Belga, había nacido en Bruselas. Llegó a los 75 años en un estado de salud que prometía un pronto desenlace. Con un cáncer terrible en el estómago, los médicos le hicieron la paratonía exploradora en un último esfuerzo por salvarla, pero tuvieron que reconocer la imposibilidad de lograrlo.

Para prepararla a bien morir, le indicaron la gravedad de su mal y la necesidad de ir ajustando sus cuentas con Dios. Era tan poco lo que a juicio de todos los facultativos le quedaba, que retrasar esas medidas esenciales hubiera constituído un crimen.

—¿No hay remedio? —preguntó la enferma con voz desfallecida.

—Desgraciadamente no. Solamente un milagro puede salvarla.

Se quedó un momento silenciosa. Se reconcentró en sí misma y con una fe y una naturalidad que dejó a todos admirados, insinuó suavemente:

—¿Y por qué no nos ponemos en condiciones de que se haga un milagro?

Sus palabras fueron acogidas con un silencio de incertidumbre y de temor. ¿Se habría vuelto loca con el temor a la muerte que le acechaba?

—Si voy a Lourdes puedo curarme, —continuó para ser más explícita.

Los médicos se miraron y en un gesto unánime dieron la respuesta de su consulta muda.

—Imposible, señora. Ir a Lourdes en sus condiciones es apresurar su muerte de una manera cierta. Dada su debilidad, y su estado general, es imposible que pueda hacer un viaje que le exige atravesar toda Francia.

Con todo, a pesar de la oposición formal de los facultativos la anciana no se dejó convencer.

—Y ¿qué más da morirme en el camino dentro de una semana o aquí dentro de un mes? Prefiero exponerme a perder una quincena ante la posibilidad de ganar varios años. Porque estoy cierta que la Sma. Virgen puede curarme si es que me conviene.

Al día siguiente se puso en marcha. La trasladaron con todo cuidado y llegó a Lourdes, exhausta, pero viva.

En la primera procesión que se celebró después de su llegada, la colocaron con los demás enfermos para recibir la mirada del Señor. En medio de un silencio roto de plegarias, pasó ante ella Cristo..., sin hacer el milagro.

Sin embargo, aquella mujer era como la cananea o el centurión del Evangelio. Creyente con esa fe que traslada los montes y arranca de las manos de Dios cuanto desea.

Con una seguridad absoluta de que sería curada, fué llevada a bañarse a las piscina de agua milagrosa.

Cuando salió tampoco experimentó el menor cambio inmediato, pero al llegar al hospital en que se encontraba sintió hambre.

Comió, y no sintió la menor molestia. Horas después volvió a sentir un apetito inexplicable en su estado de gravedad, y volvió a comer, cada vez cosas más sólidas, sin dificultad ninguna en la digestión y asimilando perfectamente.

A los tres días se paseaba por Lourdes, con una salud perfecta, y con un milagro reconocido por los

peritos como indudable. Mirada con los rayos X, en su estómago no había el menor rastro del cáncer que la había aquejado, y su organismo se hallaba repuesto sin la menor señal de su enfermedad anterior.

Su fe ciega había sido correspondida.

El tercer milagro que ví quiero anotarlo también porque está revestido de algunos detalles de especial curiosidad.

Hubo una concentración de peregrinaciones. Con grupos gigantescos de innúmeros pueblos se formó un bloque inmenso de unos 12,000 creyentes que se concentraron en la gran explanada para una apoteótica manifestación de fe.

Aunque en los días que llevábamos allí ya habíamos asistido a innumerables procesiones, el número desusado de aquella ocasión nos trajo irresistiblemente hacia la Basílica.

En el camino nos íbamos tropezando con peregrinos y enfermos que acudían ilusionados a ocupar cada uno su correspondiente lugar. Al cruzar una de las calles recuerdo que me dijo una de mis hermanas.

—Mira cómo va ese pobre chico en su carricoche.

Seguí la indicación que me hacía y ví, en efecto, a un muchacho de unos 20 años, con ese desgarbado ostracismo de los que padecen parálisis infantil, conducido por una enfermera uniformada.

Su aspecto era realmente impresionante por lo derrotado que parecía. Junto a él iba una mujer enlutada, probablemente su madre, con el rostro ajado, más por los sufrimientos que por la edad. ¡Dios sabe desde cuándo y con qué fe estaría pidiendo el milagro!

La riada, cada vez más compacta, conforme la multitud iba confluyendo en las proximidades de la explanada, se interpuso entre el enfermo y nosotros,

separándonos de momento. Durante la procesión, el Santísimo Sacramento pasó bendiciendo junto a aquel muchacho, y en el momento de terminar el Sacerdote su cruz ritual, se levantó del carricoche dando un grito emocionado que halló un eco instantáneo en el tradicional: "¡Le miracle, le miracle!"

Inmediatamente, antes de que la multitud entusiasmada pudiera acercarse a él, los camilleros formaron ante él una doble barrera humana con sus breteles.

Conseguir que no le aplastasen en la violenta emoción que conmocionó a las masas, fué un segundo milagro que le salvó la vida. Porque todos querían tocarle y preguntarle mil cosas que hubieran sido el recuerdo más imperecedero de su peregrinaje.

Gracias a mi carnet de médico tuve ocasión de contemplarle de cerca cuando le estaban haciendo el reconocimiento oficial para atestiguar la realidad del milagro. Era un caso evidente que no admitía la menor sombra de duda ni el menor asomo de discusión.

Debo reconocer que aquellos tres milagros contemplados por sí mismo me impresionaron profundamente. Después de estar estudiando mi carrera en un ambiente de Universidad irreligiosa, en la que los profesores no hacían más que pronunciar diatribas contra lo sobrenatural, en nombre, según decían, de la ciencia, me encontré a Dios, tres veces, a través de un triple milagro.

Cuando dejé Lourdes para volverme a Bilbao y después a Madrid, me llevaba, sin saberlo todavía, el germen de mi futura vocación. Dios la había plantado en mi alma en aquel ambiente sencillamente grandioso, a los pies de la Sma. Virgen, entre el clamor de los fieles y el murmullo suave del río Gave, que acaricia la gruta milagrosa, me hizo remontarme muchas veces en alas de una meditación profunda que

me hacía vivir toda la plenitud de aquel mundo ultraterreno.

Sentí a Dios tan cerca en sus milagros que me arrastró violentamente detrás de sí. Y lo ví tan cerca de los que sufren, de los que lloran, de los que naufragan en esta vida de desamparo, que se encendió en mí el deseo ardiente de imitarle en esa voluntaria proximidad a los deshechos del mundo, que la sociedad desprecia, porque ni siquiera sospecha que hay un alma vibrando bajo tanto dolor.

Mis inquietudes de antaño, aquellas que nacieron cuando los golfillos de Vallecas me dijeron con su miseria que había en el mundo muchas tristezas que consolar, encontraron el cauce de una vocación mucho más sublime que la hasta entonces soñada.

Sanar los cuerpos es una magnífica obra de caridad si se hace con espíritu divino. No hay quien lo dude. Pero en un violento cambio de dirección Dios me llamó para curar las almas que también enferman, y enfermando mueren, con una muerte que ya no tiene resurrección.

Mi decisión se fué fraguando de una manera que hoy resulta imposible precisar con exactitud. Fué lenta, fué el fruto maduro de una evolución que iba madurando impresiones pasadas. Por eso no puedo señalar el último instante que viví sin vocación y el primero en que sentí tenerla. Lo más que puedo perfilar, en deseo de exactitudes, es que durante una "época" determinada no la tuve, y que al llegar a otra, amplia y sin límites fijos, experimenté la certeza absoluta de tenerla.

Como mis padres habían muerto ya, no tenía que pedir a nadie consentimiento para entrar en el Noviciado.

Al volver de Madrid para vacaciones de Navidad, me detuve en Loyola para gestionar mi ingreso. Sin

dificultad especial pude arreglar todo, y cuando llegué a Bilbao ya estaba en regla cuanto me hacía falta.

Para no amargar a mis hermanas los últimos días que íbamos a vivir juntos, preferí no decirles nada hasta el último momento. Solamente cuando ya tenía el equipaje preparado y cuando ellas se creían que me volvía a Madrid de nuevo, les indiqué que mi fin de trayecto era el Noviciado y que ya no volvería más a casa.

Fueron unos momentos muy duros. Mucho lloraron porque la separación era muy dura. Pero no tengo que reprocharles ni el menor esfuerzo por retenerme en contra de una voluntad que era claramente la de Dios.

Sacrificio y generosidad que nunca sabré agradecer lo bastante.

No creo que mi dolor fué menor que el de ellas. Con una entereza que Dios quiso darme en aquel momento, pero que apenas podía yo reconocer como mía, les dí el último abrazo, intentando sonreír para no aumentar su angustia con la que yo sentía.

Cuando crucé el portalón adusto de la Casa solariega del que fué Ignacio de Loyola me sentía medio embotado por las emociones del momento. Mi voluntad era más firme, más decidida que nunca, pero esa reciedumbre que Dios vincula a la vocación que da, aunque ayuda a dar el paso decisivo en la gran separación que arranca sangre, no disminuye en nada el sufrimiento encerrado en el adiós.

Era una prueba terrible, porque es romper por mi voluntad propia, con lo que no se tiene obligación física de romper. Y la obligación moral es de tal naturaleza que, siendo fuerte, no es bajo pecado.

No se cruzan por medio los Mandamientos del Decálogo. Tan sólo lo hacen los consejos de perfección que Cristo nos dejó en el Evangelio.

No es, pues, un combate que haya de librarse en nombre del deber, sino de la generosidad.

Y ¡qué duro resulta ser generoso cuando están por medio todos los lazos de la sangre!

LOYOLA

La Universidad Central de Madrid, con sus aulas, los amigos de entonces... se encontraban ya alejados, aunque no perdidos, entre el fluir incesante de impresiones nuevas.

Había terminado mi Noviciado en Loyola, y comenzaba mi carrera jesuítica con el panorama de una Ordenación Sacerdotal en lejanía y estudios, muchos estudios, durante dos o tres quinquenios de formación.

Me encontraba en el primer año de Juniorado, abriendo brecha en el latín del clasicismo romano, y embebiéndome en el equilibrio nunca superado del mundo griego.

Y entre el roturar monótono de las declinaciones y la belleza innegable de la literatura de antaño llegaron con la puntualidad astronómica de un ciclo anual los ocho días de Ejercicios.

Temístocles y Esquilo, César y Cicerón, desaparecieron del marco apretado de mi vida estudiantil, y me encerré con Cristo en un ambiente que el profano ignora, equidistante del mundo y de la eternidad.

Eso son los Ejercicios. Un cerrar los ojos a lo que viene de fuera, para seguir en la tierra sin contemplarla, y un abrirlos a los valores eternos, para posesionarnos de ellos a pesar de la doble barrera del tiempo y del espacio.

Fué en ese mundo de soledad concentrada, de abandonos humanos y de contacto con Dios, donde dió su primer chispazo mi vocación misionera.

No había duda a mis ojos de principiante en la vida del espíritu. El lo quería y yo llegaría hasta el Japón para poner mi mano en la manera con que S. Francisco Javier había trazado los primeros surcos cristianos de aquella lejana tierra.

Mi corazonada no era un sueño de juventud, ni un capricho de voluntad veleidosa. Todavía recuerdo con claridad sin sombras el gesto natural y sobrenatural a un tiempo con que el Padre que daba los Ejercicios aprobó mi decisión.

Para él la cosa era clara. Para mí mucho más Y lo mismo que para nosotros, lo fué para todos los demás. Y lo mismo que para nosotros, lo fué para todos los demás Padres Espirituales que tuve en mi formación. Nunca lo dudaron a pesar de que las cosas parecían encadenarse con un destino "anti-japonés".

Días después escribía a Roma con la emoción de quien se juega su futuro todo al azar caprichoso de una sola carta.

Empezaron a pasar las semanas lentas, angustiadoras, a paso cansino de lisiado, hasta que un día, con esperanzas presa entre temores, llegó una respuesta lacónica, ambigua, indecisa, en la que ni se afirmaba ni se negaba nada.

Aprobación explícita de mis deseos... sin más. Sobre su realización no había nada escrito.

Un año más y una nueva carta. La misma expectación. Los mismos argumentos, para mí evidentes, y la misma respuesta que se citaba con el mañana para dar una solución que yo estaba esperando para el hoy.

Recuerdo que, desilusionado y cabizbajo, llevaba yo en mis manos la segunda carta que había recibido de Roma cuando me encontré con el R. P. Ibero, Rector entonces de Loyola, que bajaba lentamente la es-

calera de piedra de la Santa Casa. No necesitó mirarme dos veces para adivinar mi desaliento.

—Pero hombre, ¿qué pasa?... —me preguntó con un tono amistoso que invitaba a la confidencia.

Sin explicarle nada, con una sola palabra lo suficientemente alta para que la oyese y lo suficientemente queda para que no rompiese la intimidad del momento, le enseñé la carta que sostenía:

—Mire, Padre...

Sin embargo, aquel varón de Dios, con un no sé qué de profeta, me dijo sonriendo con benévolo interés:

—¡No te preocupes, hombre, Perico, tu irás al Japón!...

Y se alejó de mí a paso mesurado sin sospechar siquiera el bien enorme que me hizo y la seguridad absoluta con que en adelante acaricié el deseo que me embargaba. Sí, un hombre como aquél, tan humano y tan divino a un tiempo, no podía equivocarse.

"¡Perico! tú irás al Japón..." Fué el estribillo que resonó como un eco en mi alma durante diez años.

Estaba mediado mi primer curso de Filosofía cuando se desmoronó la Monarquía. Hasta el rincón de Oña llegó el oleaje fangoso de aquel océano de pasiones desencadenadas, y anegados en tanta barbarie tuvimos los jesuítas la honra inmensa de ser desterrados por la República atea del 31.

Era el principio de mi éxodo. Era el primer paso de mi formación misionera que me obligó a andar un Gobierno sin Dios.

Acabé mi Filosofía y me encontré frente a frente con la Teología. Si entonces me hubiesen pedido mi opinión sobre el lugar y modo de hacerla, estoy cierto de que hubiera querido trasladarme al Japón para profundizar en los problemas morales que en cada nación son distintos, a pesar del fondo común sobre

el que se proyectan por el mero hecho de ser humanos.

Pero Dios que me quería dar una formación mucho más adecuada de lo que yo hubiera podido soñar, me envió a Valkemburg, para que en contacto con el P. Hürt pudiese especializarme en Moral Médica.

Me ponía junto a aquel gran moralista jesuíta, con la base inicial de mi carrera, para que profundizase en los problemas escurridizos y difíciles que están enclavados entre la Medicina y la Moral.

Dios no quería sino hacer de eso una nueva fase en mi preparación premisionera.

Con mi nuevo destino me puse en contacto con la Provincia Jesuítica de Alemania inferior, que era precisamente la que había fundado y sostenido la Misión japonesa. Era ya un paso el trabar conocimiento con sus futuros misioneros.

Antes de terminar mi tercer año de Teología se celebró en Austria un Congreso Internacional de Eugenesia. Uno de los últimos que el mundo civilizado iba a poder celebrar antes del disloque de la guerra del 39.

El conocido doctor D. Enrique de Salamanca, Presidente por aquel entonces de la Asociación de Médicos de San Cosme y San Damián, me eligió como representante de la ciencia médica española, y, con una sorpresa que todavía me dura, me encontré en Viena codeándome con las más altas personalidades internacionales.

Reconozco con sinceridad que había muchos congresistas con unos conocimientos avalados por más años de experiencia que los míos. Pero me sentía respaldado, al rozar en mis dos ponencias los temas difíciles que allí se barajaban, por todas las reservas

de Moral Católica que acababa de estudiar en Teología, bajo la dirección del P. Hürt, autoridad mundial en aquellas cuestiones.

Esos conocimientos que algunos desdeñosamente califican de "eclesiásticos" solamente, me fueron útiles no como artículos de lujo sino como nexo crucial de mis exposiciones, porque allá donde desaparece el concepto de religión empiezan a ser falsas las conclusiones de la medicina.

Si alguien me pidiese la reseña de mis sentimientos íntimos en aquellos días de ajetreo intelectual, le diría algo que tal vez le pareciese extraño.

Todavía no era sacerdote. La carrera de médico la tenía sin terminar. Me encontraba pues, a mitad de ambos caminos, cuando me tocó desarrollar mi doble conferencia. Frente a mí, entre un auditorio todo él selectísimo, hombres de la talla de Niedermeyer, Gemelli, Bibot, Allers, Bühler, Carp. etc.

Eran personalidades internacionales que sin pestañear iban escuchando cuanto les decía. ¡Contraste curioso!

Con sencillez, reconociendo que fué Dios quien así lo quiso, y porque ya están muy lejos aquellos años de entonces, puedo afirmar que mis ponencias no desagradaron al auditorio. Al oír los aplausos no sabía dónde meterme. Aquello me producía la impresión de un sarcasmo.

Nunca como entonces he experimentado lo poco que somos y servimos los hombres, y lo hueca que es la alabanza que prodiga el mundo.

Y convencido íntimamente de mi pequeñez, me sentía verdaderamente cortado cada vez que recibía una felicitación.

¡Es tan poco lo que el hombre puede por sí mismo! Entonces lo sentí más que nunca en mi interior,

y hoy quiero reconocerlo francamente ante los demás. No quiero apropiarme nada de la gloria que no me pertenece.

Mi actuación de entonces convenció más y más a mi P. Provincial que mi campo de apostolado era la Moral Médica, y me envió a EE. UU. para una mayor especialización de medicina y psiquiatría.

Recibí un telegrama terminante y lacónico: "Prepare inmediatamente viaje Estados Unidos". Y lo firmaba el P. Provincial sin añadir más comentarios.

Obedecí contento, con la certeza absoluta de que Dios me diría la última palabra y que si realmente quería enviarme al Japón lo haría, porque no hay obstáculos que puedan coartar un deseo eficiente de su voluntad!

No resultaba el viaje tan fácil como puede parecer a primera vista, porque entonces terminaba en Alemania la Olimpiada Internacional con el natural desplazamiento de espectadores a sus respectivas Patrias.

Estados Unidos, que hace quince años había ya desbancado a Inglaterra en el aristocrático deporte del turismo, había enviado un considerable contingente de súbditos para aquel peregrinaje profano por tierras de Europa.

La vuelta simultánea de todos ellos ponía obstáculos y cerraba posibilidades, pero al fin logré verme embarcado con rumbo a las Américas. No llevaba la poesía medioeval de un soñador del Mar Latino, como Colón, pero sí la decisión absoluta de investigar a fondo en el terreno, a veces arduo y a veces árido, que mis superiores habían extendido ante mi vida.

Ya en América me puse en contacto con el célebre P. Moore, cartujo más tarde de Miraflores, pero en-

tonces aún profesor de fama innegable en la Catholic University de Washington. Como complemento al apoyo inmenso que encontré en este verdadero especialista, tenía a mi disposición todo el material pacientemente recogido por el P. Agustino Camelli, que con una amplitud de miras digna de encomio me lo ofreció incondicionalmente.

Era un auténtico fichero de las materias que a mí me interesaban, por lo que haciendo trampolín en un trabajo ajeno, me encontré desde un principio en condiciones de profundizar.

Acabé el cuarto año de Teología y llegó el momento de consagrarme por completo a los estudios profanos que me habían hecho cruzar el Atlántico.

Cuando ya tenía todo preparado para un ataque a fondo, algo insospechado que un pagano atribuiría al capricho veleidoso de la fortuna y yo a la dirección invisible pero innegable y paternal de Dios, hizo que mi vida diese un viraje que la dejó de espaldas a su pasado. Una orden terminante. Un corte total en mis estudios. Y un compás de espera hasta que me marcasen la pauta de una nueva orientación.

Y HABLO DIOS...

Mientras se decidía mi futuro en las manos de Dios, me enviaron a hacer la Tercera Probación en Cleveland, con el P. McMennany como instructor. Era toda una personalidad, que por dos veces había sido Provincial y que, durante mi Terceronado, iba a ser elegido para asistir, en nombre de su Provincia, a la Congregación General de Procuradores que iba a celebrarse en Roma.

Corría por entonces el año 1938. Todavía paz, turbada en Europa con preludios de guerra. En América, tranquilidad.

Cuando el P. McMennany salió para Roma, le encargué que de palabra moviese ante el P. General mi destino al Japón. El hundimiento de todos los planes que sobre mí habían tenido —sin que yo hubiese hecho nada para que ello sucediese— era un nuevo refrendo a la confianza que tenía en mi vocación misionera.

Y el Padre se portó como bueno.

Llegó después de dos meses de ausencia, el 6 de junio, a las ocho de la noche. Mi corazón palpitaba con una taquicardia no común. ¿Qué respuesta traería de Roma? La encrucijada de mi vida me parecía más divergente que nunca... Japón... España... Misionero del Extremo Oriente... Científico del Occidente... Sentía una ansiosidad que iba a llamar "santa", pero analizándola ví que había en ella no poco de humano y de no tan santo.

Un sacrificio más: esperar hasta la mañana siguiente sin preguntarle por mi destino.

Apenas dormí. La oración de la mañana siguiente fué un continuo repetir: "In capite libri scriptum est de me ut faciam voluntatem tuam... Ecce adsum mitte me". (Heme aquí que vengo— en el volumen del libro está escrito de mí para hacer, oh Dios, tu voluntad). En la Misa me ofrecí como nunca, creo, lo había hecho: "non recuso laborem" (no huyo el trabajo)... "Ecce alligatus ego Spiritu vado in Jerusalem quae in ea ventura sint mihi ignoranda" (Ahora, encadenado por el Espíritu, voy a Jerusalén sin saber lo que allí me sucederá) (Act. 20-22) "Vivit Dominus et vivit dominus meus rex, quoniam in quocumque loco fueris, sive in morte sive in vita, ibi erit servus tuus" (2 Samuel, 15.21) (Viva Dios y viva el Señor al Rey, que donde mi señor esté, vivo o muerto, allí estará su siervo).

La hora de visita del P. Instructor era a las 9 de la mañana. Terminé el desayuno a las 7 y media... Todavía hora y media. Salí a la huerta; aquella mañana no hubiera podido sentarme plácidamente en mi cuarto... Comencé el rezo de la Prima. Creo que recorrí dos veces el camino de alrededor de la casa... Se me cayó no sé cuántas veces la estampa que tenía para marcar el Breviario...

Cuando de repente se me acercó por la espalda, llamándome, pues no me podía alcanzar, el P. Ministro:

—Peter! Mail for you!... You are a very important person... A letter from Fr. General to you!...

No salía de mi asombro... ¿Qué sería?...

Fuí a la Capilla. No digo que abrí la carta, porque aquello fué destrozar el sobre... Leí: "Después de considerarlo delante de Dios y tratarlo con su P. Provincial, le he destinado para la Misión del Japón".

Para qué tratar de describir lo que sentí entonces... "Mihi omnium sanctorum minimo data est gratia haec, in gentibus evangelizare investigabiles divitias Christi... Huius rei gratia, flecto genua mea ad Patrem Domini Nostri Iesu Christi" (Efesios, 3, 8 y **14**) ("A mí, el menor de todos, me fué otorgada esta gracia de anunciar a los gentiles la incalculable riqueza de Cristo. Por eso yo doblo mis rodillas ante el Padre de Nuestro Señor Jesucristo").

Tratando de serenarme, a las 9 en punto fuí al cuarto del P. Instructor. Después de los primeros saludos le pregunté lo más ingenuamente que pude si sabía algo acerca de mi futuro.

—Nada, —me dijo, sonriendo con esa calma sajona que era en él característica—. Su P. Provincial parece que pone algunos inconvenientes, y el P. General aun no ha decidido el caso.

—Pues entonces, le puedo dar una noticia interesante, —le dije haciendo dúo a su sonrisa en una octava más alta de vibración y de vida. Y le enseñé mi carta recién llegada de la Ciudad Eterna.

Han pasado ya trece años desde aquella fecha, pero no he olvidado ni el escalofrío que experimenté al recibir aquel sobre cerrado que contenía la noticia, ni la emoción violenta que me invadió cuando leí que había sido destinado.

En esos momentos de plácida meditación que no faltan en la vida de nadie, me he dedicado muchas veces a reflexionar sobre el proceso histórico de mi vocación. No fué una línea recta. Mucho menos un flechazo que en vuelo franco hizo diana. Oposiciones, dificultades, órdenes terminantes en sentido al parecer contrario, y todo ello precisamente porque Dios me quería aquí, en el Japón.

Siempre tendré que agradecer a mi P. Provincial de antaño, su deseo inconmovible de formarme en el terreno de la moral médica. Para lograrlo me envió a Alemania, donde, además de tener un profesor espléndido, aprendí alemán y conocí a todos los que después iban a ser mis compañeros de Misión.

Más tarde, queriendo dar más vuelo a mis estudios me envió a América donde pude completar lo que faltaba a mi formación. Y de esta nueva etapa de varios años salía no sólo con más ciencia médica sino también con un dominio suficiente del inglés.

Por fin, cuando llegó el momento definitivo en el que el P. Provincial creía que podía actuar en el campo al que él me había destinado, y Dios sabía que iba a hacerlo en el que El me tenía prometido desde toda la Eternidad de su Providencia inefable, el R. P. General me envió a Japón sin más aparato que una carta en la que lo anunciaba y una firma con la que lo avalaba.

Dios, durante diez años, estuvo escribiendo con lo que los hombres llamamos renglones torcidos. Y gracias a eso aprendí inglés y alemán —dos lenguas necesarias en una misión alemana primero y conquistada por América después— y profundicé más y más en medicina, adquiriendo unos conocimientos que tan necesarios me iban a ser en el episodio históricamente único de la bomba atómica de Hiroshima.

Por falta de fe en la Providencia Divina, hay muchas vocaciones misioneras que se truncan. A la primera dificultad se achican y tras la vida anémica de una nostalgia inútil, van dejando que se extinga el fuego de un deseo santo que procede de Dios.

La vocación no es un problema claro. No es una matemática de números sino de símbolos. Hay que sumar confianzas, restar indecisiones, multiplicar deseos y dividir pesimismos. Entonces se llega al fin, porque se vive en un eterno período constructivo.

En la vida religiosa —si no ha precedido compromiso ulterior— no se puede exigir un destino, pero sí se puede representar un deseo.

Antes de pasar más adelante quiero hacer un ligero comentario a los motivos que siempre me impulsaron hacia el Japón.

No era un idealismo quimérico e infantil. Leyendo narraciones misioneras es fácil sentir el atractivo de una vocación equivocada. Se cree desear ir a las misiones, y en el fondo lo que atrae es el deseo ardiente de una aventura inédita o el hormigueo de superación ante los alicientes de una empresa grande.

Un viejo compadecerá siempre a un pobre misionero envuelto en el torbellino de nieve de una tormenta polar. Un joven, en cambio, sentirá casi siempre que esa lucha titánica entre el hombre y la naturaleza es una hoja de epopeya que arranca admiración.

Y hay el peligro de sentirse Quijote de lo desconocido, con toda su poesía cervantina, en vez de Misionero desconocido, con toda la prosa de ese desconocimiento.

Con todo, no hay que condenar el ideal cuando no le falta basamento sólido que pueda aguantar su peso. Ni se debe querer una juventud sin ideales, porque es deshojarla antes de nacer.

Tan sólo apunto al célebre aforismo de los latinos: "In medio consistit virtus". "En el término medio está la virtud".

Además de este idealismo hay un triple motivo que suele ser el resorte de muchas vocaciones misioneras.

1) En las Misiones hay más trabajo y más almas que salvar.

2) Es un apostolado de mayor gloria de Dios.

3) Es una vida más sacrificada.

Bien está realizar la vocación por cualquiera de estos motivos, pero yo debo confesar, en esta hora de sinceridades, que en mi vida al Japón jamás tuvieron el menor peso.

Más de una vez analicé el contenido de esas ideas.

¿Hay más trabajo y más almas?... Y al buscar una respuesta sincera me encontraba siempre con que a ningún santo de retaguardia le han faltado almas que conquistar ni obras que llevar adelante.

¿Es un apostolado de mayor gloria de Dios?... Sí... y no. Sí, en caso de que el misionero quiera sacrificarse. No, en el caso en que prefiera vivir pegado a las mezquindades de su egoísmo. El sacrificio en la vida religiosa radica no tanto en el ambiente que nos circunda como en la voluntad de abrazar lo que es cruz.

Santa Teresa y San Juan de la Cruz reformaron el Carmelo porque en un ambiente fácil renunciaron a mucho de lo que se les brindaba. Y parte del Carmelo se había relajado antes porque en un ambiente de austeridades y privaciones había sabido formarse un mundillo, poco evangélico pero real.

Por eso hay que convencerse de que la vida es más sacrificada en tierra de abundancia con espíritu de renuncia que en ambiente de estrecheces con avaricia de satisfacciones.

Mi único motivo misionero fué la Voluntad de Dios. Sentía que me llamaba al Japón y por eso quise venir aquí. Tengo el convencimiento íntimo de que el conocido juego de palabras: "Cada cosa en su sitio y un sitio para cada cosa", podría modificarse un poco para dejarlo así: "Cada hombre en su sitio y un sitio para cada hombre".

Porque ascéticamente es cierto que ninguna vocación es grande por el solo fin a que se consagra, sino porque esa orientación de entregas tal vez heroicas ha fraguado sobre la base inconmovible de la voluntad de Dios.

La vocación más grande, sin la aprobación de Dios, no es vocación, es latrocinio.

La vocación más humilde, con la bendición de Dios, no es mezquindad, es soberanía.

Porque no debemos olvidar que "Servire Deo regnare est", "Servir a Dios, es reinar", en frase inspirada, que no admite mentís, del Apóstol de Cristo y de las Gentes.

Terminada mi Tercera Probación el día 30 de junio, tuve que esperar dos meses hasta que arreglé todos los requisitos del viaje a Japón.

Como no tenía el menor deseo de permanecer inactivo me busqué un campo de apostolado. En Nueva

York no resulta esto difícil, porque hay súbditos de todas las nacionalidades y de todas las lenguas conocidas. Españoles o sudamericanos había muchos, y hacia ellos me dirigí.

El P. Provincial me dió toda clase de facilidades para que con carta abierta me abismase en mi primera aventura apostólica. Todavía tenía fresca en mis manos la unción sacerdotal. Era, pues, una experiencia nueva.

Como el campo elegido para roturar era de personas adineradas y cultas, me pareció lo más apropiado empezar por conferencias que tenían aspiraciones de altos vuelos. En todas partes se me recibió muy bien, se me oía con gusto, pero cuando llegaba el momento de tender un cable de espiritualidad, se quebraban todas las amistades y se enfriaban todos los entusiasmos.

Así fué pasando el tiempo, y pronto pude convencerme de que estaba perdiéndolo en gran parte. No acababa de salir de mis dudas cuando alguien me dijo sugerente:

—Padre, ¿por qué no busca un auditorio de menos altura, pero que responda mejor?

—Porque no lo encuentro, respondí sin vacilar.

—Yo puedo proporcionárselo.

—¿En dónde?

—En las cárceles. Sólo en "X Prison" tiene usted más de medio millar de presos de habla española.

—¿En una sola prisión de EE. UU. más de 500 personas de habla española?, —repetí creyendo haber oído mal.

—Así es. La razón es el abandono espiritual en que están los inmigrantes sudamericanos por falta de sacerdotes que hablen en español.

Inmediatamente empecé a gestionar mi entrada en aquella cárcel. Pensé que no me iba a ser difícil, pero me equivoqué. Eran años de mucha propaganda comunista oculta, y temían la infiltración aun a través de la persona del sacerdote.

Después de varias tentativas fracasadas me puse providencialmente al habla con un irlandés que residía en Nueva York. Al enterarse de mis deseos y de mi imposibilidad de realizarlos, se puso incondicionalmente a mi disposición prometiéndome solucionar todas las dificultades.

ENTRE PRESIDIARIOS

Era un hombre de palabra. A los pocos días un telefonazo me anunciaba que tenía puerta franca y que podía empezar cuando quisiera.

Fué una temporada de trabajo intensivo. Celebraba la misa a las cuatro de la mañana y al perderse las últimas estrellas me dirigía hacia la prisión.

El primer día advertí que me miraban los carceleros con una sonrisa de desconfianza. Iba bien avalado; tenía la documentación en regla; aun no se había secado la tinta de los sellos oficiales, pero les parecía tan fantástica mi pretensión que aun sin quererlo no podían menos de albergar sospechas.

Los pabellones estaban formados por grandes salas en cuyo centro había una pared corrida sobre la que descansaba el fondo de las celdas. Las puertas, de barrotes de hierro, se orientaban todas hacia las ventanas, y delante de ellas se extendía un espacioso corredor. En la puerta de entrada de cada sala había un par de centinelas, en perpetua guardia. Y junto a ellos, como un cuadro de timbres y luces, muchos botoncitos que automáticamente abrían la celda del número que llevaban impreso en blanco sobre negro.

La separación de los reclusos era absoluta y las precauciones estudiadísimas, porque sobre la mayoría de los "huéspedes" pesaba una condena de sangre.

La primera vez que entré en una de aquellas salas, el pulso me latía más de prisa que de costumbre. He de confesar que me encontraba nervioso y que casi sentía miedo, aunque por fuera aparentase la mayor tranquilidad.

El centinela me miró con extrañeza. Me escuchó atentamente mientras le explicaba el porqué de mi visita, y cuando hube terminado me dijo con curiosidad:

—Padre, ¿a qué león le desjaulo?

—Déjeme un momento la lista de todos para que elija uno cualquiera.

Me dió sin dificultad lo que le pedía, y después de pasar rápidamente por las páginas manchadas con los nombres de aquellos desgraciados me fuí fijando donde se encontraban los Rodríguez, Alvarez, García, López, Sánchez, que, sin duda, tenían que ser de habla española.

Cuando llegué al final, dije un número al azar.

—Abrame la puerta del 279.

El carcelero miró el nombre y me dijo entre dientes:

—Padre, mal pájaro ha escogido. Es de los más rebeldes. ¿Sabe que va a ir usted?

—No sabe nada.

—¡Hum! No sé cómo va a recibirle.

—Yo tampoco, pero dentro de muy poco ya habremos salido de dudas.

—Así es. Que tenga suerte y que no le muerda, —me dijo jovialmente.

Me dirigí hacia la celda indicada. Cuando llegué a la puerta el centinela dió al botón y los barrotes de

hierro se levantaron lentamente dejándome libre la entrada.

Haciendo un esfuerzo di dos pasos al frente y me metí entre aquellas tres paredes desnudas, que albergaban habitualmente a un presidiario. Inmediatamente con suavidad felina, sin meter el menor ruido, volvió a caer la reja a mis espaldas dejándome encerrado con aquel facineroso.

Se puso en pie y durante unos momentos me miró sin decir una sola palabra. En sus ojos había un brillo duro y metálico que parecía reflejar la dureza de su alma. Y en su actitud no podía dilucidar si había desafío, rabia, odio o agradecimiento.

Firme ante mí, con las manos en los bolsillos, se mantenía en guardia sin saber cuál era la finalidad de mi visita. En su actitud hierática no había ni una señal que le traicionase. Tenía un dominio hosco, pero perfecto de la situación.

Al principio creo que me encontraba yo mucho más cortado que él. Poco curtido con gente de esta ralea, no sabía por dónde empezar a deshacer el hielo que nos envolvía a ambos. Mi único pensamiento sereno y fructífero de aquel primer instante, fué una invocación rápida pero sincera al Sgdo. Corazón, para que mi entrevista no fuese inútil, o peor aún, contraproducente.

Cosas de Dios. Inmediatamente me sentí completamente sereno. Desapareció de mí toda intranquilidad y me encontré en plena posesión de mí mismo. La idea de peligro que pudiera haber al encontrarme entre barrotes con aquel presidiario que probablemente estaba allí por haber matado a alguien, desapareció por completo.

La dificultad que suponía romper el cerco de aquella extraña entrevista, también dejó de impresio-

narme. Sentía que Dios estaba conmigo y que todo saldría bien según su voluntad.

Con naturalidad, para que viese que a aplomo no me ganaba, me senté tranquilamente en el camastro que cubría el rincón más lejano de la celda, y apoyando las manos junto a las rodillas sobre una cubrecama con listones oscuros, imprimí a los pies un rítmico movimiento de balanceo.

Vi que mi actitud empezaba a desconcertarle y que estaba produciéndole hasta inquietud. Mi silencio no le sacaba de dudas, y su conciencia, no demasiado tranquila, siempre encontraba materia suficiente para morder.

Cuando ví que ya era yo el amo de la situación, y que las tornas se habían cambiado en aquel silencioso desafío, me decidí a romper el silencio.

—¿Te extraña mi visita? —le dije tuteándole porque era un muchacho joven todavía.

—Ya puede figurárselo, —me contestó bruscamente—. Porque no tengo el gusto de conocerle.

—Yo a ti tampoco, pero eso no importa. Si quieres podemos llegar a ser buenos amigos. No creo que nunca tengas que arrepentirte de ello.

—¿Qué sabe usted de mí?, —me preguntó con curiosidad—. ¿Por qué ha venido a verme?

—Sé, tan sólo, lo que dice tu ficha. En cuanto el por qué he venido es una pregunta que xige más tiempo para responderse. De momento te puedo decir que es para charlar un rato contigo. Estando siempre encerrado en este cuartucho, no creo te moleste hablar con alguien.

Cuando llevábamos ya un rato de conversación más o menos tirante, con un movimiento premeditado, aparté la bufanda que me rodeaba el cuello. Al hacerlo brilló al sol mi cuello romano de jesuíta.

Tan pronto como se dió cuenta me preguntó medio cortado:

—¿Es usted sacerdote?

—Sí, ¿te choca?

Se quedó un momento mirando al suelo.

—No sé qué decirle—, rompió al fin—, pero la verdad es que no pensaba ver por aquí a ningún cura. Nuestra vida está tan lejos de la de ustedes...

Con un dejo de marcada nostalgia cortó la frase y se quedó en silencio recordando algo de su pasado que yo no podía adivinar. En el gesto de sus labios y en el extraño brillo de sus ojos se adivinaba que aquel fugaz recorrido de su vida de antaño le producía una emoción, que no se esforzaba en dominar. Aprovechando aquella coyuntura le dije suavemente.

—Tienes razón en lo que has dicho. Nuestra vida está muy lejos de la vuestra, y por eso he venido aquí; para juntarlas de forma que no se separen más.

Me miró un momento fijamente, con una mirada muy honda, y me preguntó despacio:

—Padre, pero ¿cree usted que puede enderezarse lo que se torció hace tanto tiempo?

—Si tú quieres, desde luego.

—¿Aunque haya rastreado mucho por el fango?

—Aunque te hayas hundido hasta los ojos.

—¿Aunque haya conculcado los deberes que los hombres consideran como sagrados?

—También en ese caso. ¿Qué dificultad hay para Dios en perdonarte si tú quieres arrepentirte? El siempre tiende la mano a los que quieren levantarse.

—¿Y si hubiese cometido un... asesinato?

—Lo mismo que si hubieses cometido veinte. La misericordia de Dios va mucho más lejos. No hay pecado que no pueda perdonar, y no hay maldad de

la que no pueda absorver. Tan sólo hace falta poner los medios...

Callamos un momento los dos, y cuando de nuevo abrió los labios para hablar, vi que lo hacía con el corazón en la boca. Se había entregado.

Rota la barrera de los primeros momentos su aparente cerrazón se convirtió en una ansia inmensa de paz y de desahogo. Necesitaba alguien a quien contar sus alegrías de antes, sus penas de entonces, sus maldades, sus deseos, sus ilusiones... De repente se había acordado que tenía corazón y que el mayor bien que podía hacerle era dejarle hablar largo, muy largo, para vivir el alivio de mi comprensión y de mi gesto amigo de mano tendida.

Entramos en el terreno de las intimidades. Fueron éstas tan sinceras y tan profundas que me parecería faltar a la pobreza sacarlas a relucir. Sólo yo las oí entonces, y él puede estar seguro de que ni siquiera ocultando su nombre las he de profanar con la publicidad. Dios las puso en sus labios y yo las respeto con el secreto que obliga a ocultar la confidencia íntima.

Los demás tanteos de aquella mañana y de los siguientes días me hicieron convencerme de que entre aquella pobre gente había mucho menos maldad de la que me había imaginado.

Cuando hablamos de los presidiarios nos los figuramos siempre como unos asesinos en potencia, por la razón única de que alguna vez lo hayan sido de hecho. Somos duros en el juicjio. Lo que hicieron quizá en un momento de arrebato, de odio, de ira, de pasión, lo queremos convertir en algo intrínseco a su naturaleza, como si fuese un sino fatídico que no admitiese redención. Al juzgar así nos equivocamos. Muchas veces la maldad fué momentánea, y tras de ella queda, como una estela de dolor, un pro-

longado arrepentimiento. Me convencí de ello cuando ví que a la segunda, a la tercera, a la quinta visita... la mayor parte de los presidiarios me pedían confesión. Almas en su mayoría totalmente abandonadas desde su infancia, sentían hambre de Dios, sin sospecharlo siquiera. Y cuando se encontraron conmigo, que iba a ellos sólo para dárselo, se me entregaron con una sencillez conmovedora.

No quiero con lo dicho acentuar demasiado los colores optimistas, defendiendo la tesis de que todos aquellos reclusos eran unos Agustinos, ni que me recibieron todos con los brazos abiertos. Decir esto sería desquiciar las cosas. Hubo también quienes se obstinaron tenazmente a que la gracia, que había penetrado hasta dentro de su misma celda, pudiese, en su último avance, llegar a su corazón. Palabras fuertes, maldiciones, ironías brutales... todo lo oí cuando me tropezaba con uno de esos desgraciados que parecen empeñados en no librarse del infierno que les espera.

Nuestra mentalidad no tiene dificultades especiales para comprender la postura de los arrepentidos que hambrean una vida de redención, ni la de los réprobos que se obstinan en su pecado como nuevos Judas. Encuentra más incomprensible la actitud de un tercer grupo, que en el penal era escaso, en el que se aprecian contrastes curiosísimos.

El más típico de los que me encontré con esta característica era un panameño que había conocido varias veces en la prisión. No tenía mal fondo, pero cuando algo le molestaba sus arrebatos eran tales que le conducían a cualquier locura. Una de las muchas veces que penetré en su celda, la conversación fué derivando a temas familiares. Al ver que no parecía molestarle le pregunté por mera curiosidad.

—¿Tienes familia?

—Sí, Padre, algo me queda todavía.

—¿Estás casado?

—Dos veces, pero ya están en la fosa mis dos costillas.

Dijo esto con un tono indiferente brutal, que me dejó helado; con todo, por comentar algo, continué.

—Mala suerte tuviste. Pronto se te murieron. Las dos tuvieron que hacerlo siendo muy jóvenes, ¿no es verdad?

Con la misma voz metálica de antes me respondió tranquilamente.

—Ninguna de las dos se murió. Está Ud. equivocado.

—¿No me has dicho hace un momento que...?

Me cortó:

—Que están en la fosa y bien metidas. Pero no porque se muriesen, sino porque las maté. Si ellas estuviesen vivas no estaría yo aquí.

Y para concluir su lacónico relato, añadió una frase que denotaba muy poco arrepentimiento:

—La verdad es que tuve mala suerte. Me tocaron dos malos bichos.

Y riéndose brutalmente, concluyó:

—Pero ya se llevaron su merecido.

Yo no salía de mi asombro al ver tanto cinismo en una sola persona. Pero cuando mi estupor llegó al colmo fué cuando derivando ligeramente la conversación me empezó a hablar de sus hijos.

Tengo dos, Padre, un niño y una niña, que se llevan tan sólo un par de años. Los dos son de la primera mujer, porque la segunda se fué en seguida. No podía durar en casa. Figúrese que trataba mal a los chicos. Eso tenía que pagarlo... y bien que lo pagó.

Viendo que otra vez se orientaba hacia el blanco de sus rencores, desvié su pensamiento con una pre-

gunta que le apartase de aquellas dos esposas fatídicas.

—¿Qué edad tienen los pequeños?

—Luisillo 12 años. Rosita 10. ¡Si Ud. los viera!, añadió con fruición, se le caería la baba, Padre, se le caería la baba. Son dos soles que valen lo que pesan en oro.

—Se ve que les quieres de verdad, le dije sonsiendo.

—¡Cómo no voy a quererlos si son míos! En el tono de estas palabras se adivinaba el orgullo que le producía su descendencia. Tentado estuve de decirle que también las dos esposas que había facturado al otro mundo con sendas cuchilladas en el estómago eran suyas, tan suyas como los hijos, pero no quise estropear la felicidad que se reflejaba en su rostro al hablar de los pequeños.

—¿Hace mucho que no les has visto?

—Bastante, me dijo mientras se le nublaba la vista. Pero creo que pronto me los traerán un día para que estén conmigo. Poco es una visita. Pero vale más que nada.

—Cuando salgas, le dije queriendo dejar en su cerebro cuando menos la semilla de una buena idea, ya sabes lo que tienes que hacer; regenerar tu vida, aunque no sea más que por ellos.

—Padre, se lo juro que de hacerlo por alguien, por ellos sería. Si no, por nadie. ¡Si supiera cuánto he sufrido y trabajado por ellos!

Y en un tono de voz bajo y roto, continuó:

—Hace mucho tiempo que no sabía lo que era llorar. Pero puede Ud. creerme que cuando me los quitron para traerme aquí... lloré como un chiquillo. ¡Era lo único que tenía, y me los quitaron! ¡Canallas!

Su lenguaje era bajo, grosero con frecuencia, intercalado de muchas palabras que aquí no puedo insi-

nuar, pero aun en los momentos más turbios le servía para expresar con él, de un modo maravilloso, el odio con que miraba a medio mundo y el cariño que sentía hacia sus dos hijos. Como no estábamos en clase de urbanidad, le dejé que se desahogase como mejor le pareciese, esperando siempre tener una coyuntura para hacerle algún bien.

—Antes de venir aquí —iba desgranando despacio sus nostalgias —trabajaba en una fábrica que distaba de casa media hora andando y diez minutos en tranvía. Aquel recorrido siempre lo hacía a pie porque con ello me ahorraba diez centavos de dólar. No era una fortuna, es cierto, pero sí lo suficiente para poder comprar unos caramelos que repartía a los chicos al llegar a casa. No le mentiría si le dijese que ni un sólo día dejé de hacerlo. ¡Y ¡cómo costaba los días de nieve o de lluvia torrencial, que a los diez metros me hacía tener los pies como una sopa! Mis zapatos iban siempre rotos, pero había que economizar los diez centavos para ellos.

Aquel cariño sacrificado y ciego a los dos niños que Dios le había dado fué el único resorte que tuve para encauzar un poco su vida desbordada. Me dió motivo para hacer una profunda siembra de bien, que con la gracia del Señor tengo esperanzas haya producido algún fruto.

Si no hubiese palpado por mí mismo esta curiosa psicología, me hubiera sido difícil creer en su existencia, pero cuando después de vivir aquella entrevista me indicaron que había bastantes casos parecidos, no me quedó más remedio que humillar mis incredulidades ante el pensamiento de que podía ser cierta aquella peregrina afirmación.

Un día que fuí como de costumbre, me dijeron los centinelas de la entrada:

—Padre, hoy no podrá verles, porque tienen asueto.

—¿En dónde?

—En en la jaula de base ball, y me señaló un campo enorme en el que los tres mil reclusos estaban jugando como si fuesen colegiales.

—Me quedé un momento pensativo.

—Lástima de viaje... ¿No sería posible entrar donde estén ellos?

El centinela me miró como si hubiese pronunciado el mayor de los absurdos.

—Pero Padre, ¿se va a atrever a entrar entre esos millares de fieras? No digo que vayan a matarle, porque saben que están bien vigilados, pero se expone a un abucheo general y a que le digan cualquier grosería. Con todo, si Ud. quiere...

—Nada se pierde con probar. Avise, por favor, al oficial de guardia.

Cuando llegó éste no opuso la menor dificultad a mi intento, aunque buenamente intentó disuadirme. No le parecía prudente, sobre todo, llevando como llevaba el cuello romano. Con todo, ante mi insistencia, me acompañó personalmente hacia el campo, totalmente rodeado de gruesos barrotes, para ordenar que se me abriera una de las puertas.

—Que Dios le dé suerte. Padre, me dijo estrechándome la mano y despidiéndose. Veremos cómo le reciben.

Tan pronto como me encontré dentro se cerraron los candados a mis espaldas y me encontré como una víctima ante los leones del circo romano. Los reclusos de habla inglesa no me conocían en absoluto, por eso me dirigían unas miradas de curiosidad que me atravesaban. Mientras tanto yo iba avanzando en un esfuerzo de localizar la primera cara amiga.

Fueron unos primeros momentos muy duros, porque me encontraba como gallina en corral ajeno. Afor-

tunadamente no dudaron mucho, porque pronto me vió un conocido y vino para estrechar efusivamente mi mano en un saludo de sinceridad. Fué el reclamo. A los cinco minutos todos mis amigos de los últimos días habían hecho acto de presencia y con ellos se fueron uniendo muchos desconocidos atraídos por la curiosidad del momento.

Después de un rato de charla general, aprovechando no sé qué oportunidad, me dijo uno de los que se habían vuelto hacia Dios desde las primeras visitas.

—Padre, tengo un amigo cubano que quiere confesar. Lleva mucho tiempo sin hacerlo y le hace falta de verdad.

—Dile que venga, y ahora mismo lo arreglamos.

—La dificultad es que no nos dejan andar en parejas o tríos mientras dura el asueto. Tienen esto terminantemente prohibido, porque se temen algo así como una conspiración.

—De todas formas llámale y ya veremos lo que pasa.

Cuando me presentaron al interesado ví que se trataba de un muchacho de buen aspecto, y que en el fondo de su alma conservaba un deseo noble de regeneración. Nos separamos del grupo y empezamos a hablar.

—¿Ud. cree que con Ud. me dejarán hablar? y al decir esto miraba inquieto en todas direcciones. Si continuamos por aquí, añadió, nos vamos a dar de narices con el guardia montado que está vigilando desde esa esquina. Mejor será cambiar de rumbo.

—No, hombre, no. Déjame hacer y no te preocupes. Si nos ven escondernos es cuando tal vez se extrañen y nos ponga el veto. Vamos a hacer lo contrario.

Nos fuimos directos hacia donde estaba el centinela. Y él a un lado de los barrotes y nosotros al otro, empezamos a charlar.

—¿Cómo se ha atrevido a entrar?, me dijo amistosamente.

—Ya lo ve, a saludar a estos viejos amigos. Me han dado permiso para hacerlo —recalqué bastante estas palabras— y no he querido perder la ocasión.

Después de cruzar varias frases más empecé a hablar con el cubano en español, sin cortar por completo mi diálogo en inglés con el policía. Así, manteniendo un fuego cruzado en dos direcciones, hablaba del tiempo en inglés y de Dios en español. Y mientras comentaba con uno los puntos básicos de la política americana, recorría con el otro los mandamientos esenciales de la ley de Dios.

Dos horas y media duró ese juego durante el que confesé a aquel pobre muchacho que apenas si se acordaba cómo tenía que hacerlo. A fuerza de preguntar detalladamente y escuchar sus respuestas afirmativas o negativas, y de exhortarle al dolor y al propósito de enmendar su vida, le dí una absolución que nadie pudo advertir, porque era a escondidas, pero que dejó su alma limpia como el día de su primera Comunión.

Cuando se perdieron las últimas palabras de la fórmula absolutoria nos despedimos del guardia montado para dirigirnos otra vez hacia donde se encontraban todos más o menos arremolinados.

Al llegar junto a ellos ví que corría una voz entre ellos, que les ponía en tensión, como si se tratase de algo preestablecido. Para cuando me quise dar cuenta vi que se habían cerrado en masa compacta delante de mí y que uno de ellos, en representación de todos, se adelantaba hacia donde yo estaba para de-

dicarme unos cuantos cantos sudaamericanos y españoles que me querían ofrecer.

Con rústicos instrumentos de fabricación casera acompañaron a las notas cadenciosas de sus cantos regionales que caían nostálgicas y tristes. Era un coro imponente de 700 voces, que rezaba llorando su elegía, porque los cantos del terruño tienen mucho de llanto y de oración.

Sentí una emoción profundísima al ver cómo habían organizado todo aquello sólo para mí. Aquellos maldecidos de la fortuna, que se encontraban allí con la conciencia llena de crímenes —al menos muchos de ellos— manifestaban como mejor podían su agradecimiento a la única persona que les visitaba, que les quería, que sin ninguna ventaja propia iba a pasar las horas muertas en sus celdas.

Una vez más me convencí de que no hay mejor predicación que la de la caridad y que el cariño es capaz de arrancar lágrimas a las piedras.

Cuando terminaron hubo un silencio profundo que nadie quería romper. Comprendí que estaban esperando algunas palabras mías y me decidí a poner la parte que me correspondía en la fiesta. En voz lo suficientemente alta para que todos me pudieran oir bien, les dí las gracias por su delicadeza y les dediqué una canción.

—¡Con qué cara me miraban! Era por lo visto lo que menos se podían esperar. Para ellos un sacerdote confiesa, celebra Misa y predica en las iglesias, pero ¡cantar!...

Y canté. Y puse en mi canto emoción como jamás he vuelto a poner después... y como nunca la experimenté antes. Porque también yo elegí uno que recogía nostalgia y hablaba de penas. ¡Con qué sentimiento desgrané el zorzico de mi tierra. Des-

de que nace el día... ¿Cómo iba a poder hacer otra cosa ante aquella inmensa multitud dolorida que me escuchaba?

Cuando se perdió la última de mis notas, un aplauso cerrado se extendió por todo el campo. Era la expresión de mi triunfo total, en toda la línea. A partir de aquel momento jamás vi una mirada de hostilidad ni un gesto de desafío. Me querían de verdad y me recibían con los brazos abiertos. Y tras aquella amistosa hermandad que empezó a unirnos, vino la felicidad desbordada en mis ministerios sacerdotales y el juego de la gracia en aquella almas, sencillas unas veces como una línea recta, complicadas otras como un tablero de ajedrez.

¡Cuánto bien puede hacerse aun en los ambientes que parecen más adversos!

HACIA EL JAPON

Cuando tuve todos mis papeles en regla, emprendí mi viaje hacia el Japón. Era mi sueño dorado que se realizaba y la culminación de mis mayores ilusiones premisionales.

De aquellos días guardo aún algunos recuerdos profundamente grabados en el alma. Los culminantes están unidos a la doble despedida que recibí en habla española: una, organizada por la colonia que vivía en Nueva York, y con la que había establecido contacto poco después de ordenarme, y otra en el penal al que había consagrado la mayor parte de mis tiempos libres de Tercera Probación.

La colonia se portó espléndidamente. Me agasajaron con verdadera delicadeza y en una velada de intimidad familiar me obsequiaron con cantos populares y bailes regionales.

Los presidiarios no se quisieron dejar vencer en esplendideces. Tenían menos medios, pero no les

faltaban deseos ni corazón. Por eso cuando llegué me recibieron con entusiasmo. Me despedí de ellos para siempre, prometiéndoles mis oraciones que encerraban un deseo ardiente de encontrarnos nuevamente en la eternidad.

Cuando crucé por última vez aquellas puertas enrejadas tras las que vivían aquellos desgraciados, sentí una terrible opresión en el pecho. Cierto era que la cadena de sus crímenes hacía necesaria su reclusión, pero la justicia que el castigo encerraba no disminuía en nada el dolor que me producía el contemplar de cerca las tragedias que roían aquellos corazones que ante el mundo aparecen duros como el granito.

Y tal vez porque vi en ellos más sufrimientos que en otras partes, sentí más alejarme, porque junto al dolor parece que está siempre el puesto del sacerdote.

Aquellos grandes grupos de sudamericanos que se encontraban fuera y dentro del presidio me dieron mucho que pensar. Tanto que de no tener una vocación tan clara y decidida para el Japón, desde hacía muchos años antes, es probable que hubieran constituido el campo apostólico de mi vida.

Y por fin llegó el día tan esperado en que vi alejarse ante mis ojos las costas de occidente. El 30 de septiembre me había embarcado en Seattle con rumbo a Yokohama.

El barco avanzaba a esa velocidad media que sin ser lenta tampoco resultaba rápida. Mirando el infinito me parecía que siempre estábamos quietos. Solamente cuando clavaba los ojos en el collar de espuma que adornaba siempre la cuchilla de la proa, me daba cuenta que en su galopada iba ganando terreno con un cabeceo imperceptible en los días de calma.

Un viaje en barco resulta siempre monótono, si no es muy corto. Cuando pasan días y días sin ver otra cosa sino cielo y mar, dos azules inmensos que se hacen uno en la fusión geométrica de una línea allá en el horizonte, se cansan los pasajeros de contemplar siempre igual ese panorama único.

Es distinto cuando se viaja junto a tierra, porque entonces los recortes de las playas van presentando ante los ojos insaciables del pasajero una inagotable sucesión de paisajes con la variedad y la vida de un desfile caleidoscópico.

Por fin, una mañana luminosa, con un cielo y un mar de azul mediterráneo, nos encontramos anclados frente a Yokohama. Después de una travesía incolora habíamos llegado sin novedad. Cuando salimos de los camarotes, lo mismo que cualquier otro día, nos encontramos con el buque balanceándose tranquilo, en una espera que había de durar casi diez horas, no lejos de los muelles. Durante la noche habíamos entrado en la Bahía de Tokio, sin darnos cuenta, y al romper el sol nos encontramos con la primera amanecida del Japón.

¡Dios mío! ¡Qué emoción la que sentí entonces! Con un vigor que me ahogaba se volcó sobre aquel instante de vida el peso de mis diez años de ilusiones y deseos. Sí, ¡diez años pidiendo venir al Japón, y al fin anclado ante sus costas!

Sentí la debilidad terrible de las grandes emociones, y lloré. Fué una de las pocas veces que lo hice siendo hombre. Tal vez la segunda después de muertos mis padres, porque la primera fué en aquel penal donde se hablaba en español y se sufría en inglés. La despedida de aquellos pobres reclusos también me había conmovido hasta nublarme los ojos.

Apoyado en la borda, con la mirada hipnóticamente fija en las primeras casas japonesas que veía, quise grabar en mi alma, de una manera indeleble, aquello que entonces tenía palpitaciones violentas de vida, y que hoy evoco todavía como algo que no ha muerto.

¡Por fin en el Japón! "Hace est terra pro qua iuravi... Vidisti eam oculis tui" (Deut. 34, 4-5). Apenas podía pensar, pero sí podía sentir, y orar. Y oré mucho, con pocas palabras, poniendo toda el alma en cada uno de mis afectos.

Le ofrecí a Dios, con una generosidad que a El pedía hiciese irrevocable, todo lo que entonces definitivamente dejaba para siempre. Hasta entonces había seguido viviendo en mundos que eran, si no continuación, al menos paralelo ideológica y culturalmente. Pero dentro de unas horas tan sólo, me iba a encontrar al otro lado de mi Rubicón, con la suerte echada y entre los azares, siempre duros, de las primeras peleas.

Me acordé de lo que había sido mío: mi pasado y quise romper con él, para consagrarme definitivamente al futuro que hasta entonces no me había pertenecido: el Japón. Y en un ansia infinita de superación y de total entrega le supliqué al Señor que mantuviese siempre vivo el fuego sagrado de aquellos primeros momentos que me hacían sentirme fuerte para todos los sacrificios y para todos los heroísmos.

La única idea que me asustaba entonces era la de acostumbrarme a ser misionero, y hudirme en la rutina, como si mi vocación no estuviese tejida de grandezas inenarrables. Por eso le pedí a Dios, con un calor que nacía espontáneamente de las emociones encontradas del momento, que me hiciese morir an-

tes de serle infiel. Porque la muerte también es apostolado, mientras la tibieza del misionero es la ruina de su cristindad.

Hoy, después de muchos años, cuando vuelvo a recordar mi legada a Yokohama siento más suave, pero con los mismos matices, las impresiones de mi primer encuentro con Japón: y desde el retiro de mi Noviciado le digo nuevamente al Cristo del Sagrario:

—Señor, mantén vivo el fuego que entonces quisiste, por Ti mismo, encender en el mundo de mis ilusiones.

II

Aprendiz de Misionero

II

ROMPIENDO LAS PRIMERAS LANZAS

Yokohama es un puerto magnífico, que puede parangonarse con los mejores del mundo. Es una auténtica obra maestra de civilización moderna.

La bahía de Tokio, con una situación geográfica que le defiende de cualquier marina con bandera extraña, tiene cuarenta muelles de cemento, con un trasiego de mercancías y pasajeros que es difícil de superar.

Era la boca amplia por la que los odres viejos del Japón antiguo se iban llenando con el vino nuevo de las últimas civilizaciones.

El desembarco, co ntodas las dificultades y preocupaciones de aduanas no es un momento de meditaciones fáciles. Lo ví como los demás viajeros, y hasta que no me vi sentado en el tren que me conducía a Tokio no pude empezar a analizar las imágenes encontradas que se me superponían.

En aquellas primeras horas de inquietudes azarosas pocos sentimientos quedaron por vibrar en las fibras receptivas de mi alma. Veía más de lo que

podía comprender y asimilar, y como consecuencia sentía que el alma se me ahogaba en un mundo de barrocas impresiones.

Todavía recuerdo con claridad el efecto extrañísimo que me causó ver en el tren una verdadera legión de algo que yo creí ferroviarios. Todos ellos vestían de uniforme: pantalón azul marino o negro, chaqueta oscura y gorra punteada con iniciales metálicas. Sólo más tarde supe que eran universitarios.

A esta primera impresión de matiz intrascendente se unió la extrañeza que produce la visión de un mundo entero de rostros amarillos, ojos oblículos, pómulos salientes, nariz imperceptible y pelo rapado como era costumbre de hace poco.

Son caras opacas para nuestros ojos de mirar europeo. Dentro, muy dentro, creeré siempre que sienten como nosotros, pero como las manifestaciones de ese sentimiento son distintas que las nuestras, durante mucho tiempo, frente a un gesto de sus ojos o una expresión de su boca nos encontraremos ante una incógnita. Más aún, ante un error. Porque traducimos su psicología de acuerdo al contenido que nosotros hemos infundido a unos cuantos moldes ya determinados, sin darnos cuenta de que ellos los han llenado con sentimientos de dignificación distinta y aun opuesta.

Usando las mismas palabras, entendemos cosas diferentes porque vivimos mundos de contenidos psicológicos diferentes.

Mientras iba acumulando impresiones nuevas que sólo mucho después he podido depurar para convertirlas en útiles experiencias para mi vida misionera, llegamos a Tokio. Ciertamente que era la capital del Imperio más grande que el Japón ha conocido, la inmensa metrópoli con seis millones de habitantes

y la sede de un Emperador que pasaba todavía entonces por tener ascendencia y naturaleza casi divina. ¡Pero qué distinta se presentó a mis ojos de como la había soñado!

Después de vivir dos años en Estados Unidos, y de haber sentido el peso aplastante de sus rascacielos, de su vitalidad, de su poderío, y de su industria, las casitas de madera de la inmensa metrópoli amarilla no pasaban de la categoría de barracas, si eran pobres, o de casa de muñecas, si eran ricas.

En ese momento en que el alma no podía apreciar más que las líneas más superficiales de las cosas, fuí injusto con el Japón. Sentí que se desplomaba sobre mí el peso de su pobreza y que me oprimía bajo su planta la idea, hecha vida, de la necesidad que roza la miseria.

Si entonces hubiera escrito mis impresiones, como lo estoy haciendo ahora, hubiera cargado demasiado la paleta con los colores de la desilusión, o en el mejor de los casos, me hubiera mantenido en unas tonalidades grises, sin la espiritualidad del Greco, y con la desesperanza del pesimismo.

Japón es pobre. Entonces lo experimenté de un modo que me cortó el aliento. Hoy mi campo de visión no ha variado, pero sí la perspectiva bajo la que lo enfoco.

En la serenidad de una vida que se ha familiarizado con lo que se contempla largamente, me he reconciliado con la pobreza del Japón.

No puedo condenarla. Nosotros también nos hicimos célebres gracias a la entereza de nuestros hidalgos pobres, pero honrados. Y tan bien supieron recoger la esencia de la raza que pasaron a la posteridad como un símbolo del pasado y como un blasón de gloria.

Lanzaron en el Pacífico Peruano, ante tres escuadras que la contemplaban, el célebre desafío de sus marinos: "Más vale honra sin barcos que barcos sin honra". ¿Por qué Japón no va a poder decir desde su Pacífico Oriental: "Más vale honra sin riquezas que riquezas sin honra"?

Como misionero, mucho menos puedo condenar esa pobreza. Yo mismo predico que el mundo es despreciable, y que más vale la pobreza evangélica que las opulencias romanas. En la jerarquía de los valores eternos brillan muy claros los principios, pero no nos olvidemos que en el hombre hay dos mundos diversos anulados por la vida: el de los sentimientos que se nos rebelan mil veces, y el de la razón que los rige y controla.

En mi primer choque con el Japón, al recibir la bofetada de su pobreza, sentí que naufragaba en el mundo del sentimiento. Menos mal que al fin puede asirme a una tabla salvadora del mundo de las ideas.

Al recordar estas primeras reacciones de mi llegada ¡cuántas veces me he acordado del P. Villión! No creo que nadie le niegue la primacía entre los apóstoles del Japón moderno. Abrió una brecha y marcó una ruta. Su figura se agiganta cuando se la mira desafiar impávida las dificultades. Pero no debe olvidarse que en sus primeros años fué tanto su abatimiento que llegó hasta el mismo muelle con el fin de embarcar con rumbo a Francia. Dios no lo quiso. Se quedó. Nadie le condena por aquella debilidad que supo vencer. Tan sólo nos recuerda que era un hombre que, como todos, tenía derecho a vacilar mil veces en el vacío inmenso de su represión.

¡Quién me hubiera dicho hace tantos años que donde yo pasé mi "noviciado" en el aprendizaje del japonés iba a ser más tarde Maestro de Novicios japoneses! Me hubiera parecido una burla. Lo hu-

biera considerado como el más refinado sarcasmo, porque en la noche oscura del estudio de una lengua es muy difícil mantener constantemente encendida la estrella del optimismo.

Seis meses pasaron en una vida de monotonía aplastante. Estudio, siempre estudio y nada más que estudio.

El europeo es tan difícil que se haga cargo de los osbtáculos que se presentan en el estudio del japonés porque le faltan puntos de referencia.

Las personas cultas que saben lenguas rara vez se salen del campo que ofrecen el inglés, francés y español. Con esos cuatro idiomas puede viajarse por todo el mundo y puede penetrarse, a través de los libros, en todos los secretos de la ciencia.

Si se comparan estas lenguas entre sí, y después cualquiera de ellas con el japonés, se puede apreciar una notable diferencia. Los europeos pensamos todos de la misma manera. Las palabras son distintas. Las frases hechas es natural que también varíen, pero el esqueleto de las construcciones, el orden con que colocamos el sujeto, predicado, verbo, complementos..., etc., hasta la misma concatenación de oraciones principales y secundarias es invariable.

En japonés sucede todo lo contrario. Además de las palabras y las expresiones idiomáticas, que es lógico sean diferentes, el modo de trabar las oraciones es también diametralmente opuesto. Para cualquier europeo el japonés es un idioma truncado, con la espina dorsal de su ideología violentamente contorsionada.

Queremos pensar sencillamente "voy a Tokio", y nos vemos obligados a una acrobacia intelectual cuyo resultado sea "Tokio a voy".

Tres palabras tan sólo es fácil pensarlas al derecho o al revés. Pero si son cuatro: "Pienso ir a To-

kio" ha de trocarse "Tokio a ir pienso", y si son cinco, seis, dos líneas, ha de hacerse siempre la misma gimnasia sintáctica.

Y esto es tan sólo una faceta. A ella hay que añadir el aprendizaje de los caracteres que bailan ante los ojos como una foto borrosa cuando sus trazos se remontan a los 20, 25 y hasta 30.

Conseguir encasillar en el símbolo cabalístico de caba kanji el contenido de una idea fija sería ya una labor ingrata y difícil, como sucede cuando se estudia chino. Pero saber que según el contexto, que para el extranjero es bruma de risa, gallega, puede tener a veces dos, tres, hasta seis y siete sentidos diferentes y con frecuencia inconexos, es una nueva dificultad.

En este marco de tan poca poesía lingüística fué donde me tocó romper mis primeras lanzas con la seguridad de que no llegaría a poner, pese a todos mis esfuerzos, una pica en Flandes.

No hace falta que profundice en los desalientos de aquellos primeros días. Todo el mundo puede imaginárselos porque la bruma de la dificultad hunde a todas las almas en igual penumbra.

Y así un día y otro día sin la rapidez de lo que se cuenta y con la dura lentitud de lo que se vive.

El factor común de tanta dificultad era el desaliento. ¡Cómo me acordaba entonces de España, de Alemania, de América, de mis estudios de especialización, de los caminos que se me abrían fáciles con el halago del triunfo!...

Sin embargo, todo aquello era ya un sueño... Entonces, como siempre, comprendía sin la menor duda que mi puesto era el Japón. Pero la idea fría que especula, aunque fortalezca la voluntad en el sufrimiento, no cicatriza la herida que lo produce.

Encerrado en aquel mundo, sin más horizonte que el de mi propia lucha, sentí como nunca que la vocación misionera es grande y santifica no porque es más gloriosa, sino porque encierra más pedazos de la Cruz astillada de Cristo.

Ya he indicado más arriba que la posibilidad, más aún, que la casi seguridad de una vida de mayor sacrificio, no era el motivo que me había movido a pedir las misiones, y más en concreto Japón. Pero cuando ya en el mundo de las realidades me encontré con los vértices agudos y las aristas toscas de la soledad, de la incomprensión, del abatimiento, procuré mirar el panorama con ojos de fe y espíritu evangélico.

Lo que puede no tener fuerza de motivo en el momento de fraguar una vocación misionera, puede muy bien convertirse en el mayor resorte de su santificación. Y es natural, porque en la evolución psicológica de un alma, cada estado tan sólo reacciona a lo que entonces se le enfrenta como estímulo.

Por aquel entonces, que hoy recuerdo con la misma satisfacción, tuve mi primer contacto con visos de apostolado.

Ni hablaba ni entendía, pero podía ayudar a los Padres que trabajaban en los alrededores, celebrando una Misa donde les conviniera o arrimando el hombro en caso de cualquier trabajo manual.

En cierta ocasión acompañé al P. Schäfer, que hoy descansa en el pequeño cementerio que corona un montecillo del Noviciado, porque pensaba celebrar una Misa en una barriada de los alrededores.

Creo que fué mi primera salida. No hay, por tanto, ni qué decir la ilusión con que preparé todos mis bártulos, cogí el altar portátil y me encamié con él a la casa de uno de los cristianos que él atendía. Sa-

bíamos que no era grande, pero como nos la ofrecía para capilla y no teníamos nada mejor, no dudamos en aceptar.

Ni por un momento se me ocurrió dudar de que íbamos a trabajar con un grupo de japoneses. Era lo natural. El P. Schäfer, que llevaba mucho tiempo atendiendo espiritualmente, sabía que todos sin excepción eran coreanos, cargadores de muelle o cosa por el estilo. Pero por tener la cosa demasiado conocida, no cayó en la cuenta de mi ignorancia. Le parecía lógico que todos supieran lo que para él era ya noticia vieja.

Conviene que el lector esté al tanto de este equívoco para que lo tenga en cuenta cuando le vaya describiendo las escenas de aquella Misa y las impresiones catastróficas que produjeron en mi alma.

Todo el bloque era coreano, y de lo más inferior, pero ni pude adivinarlo por la lengua, que no entendía, ni por el color o las facciones, que entonces eran para mí orientales, sin más discriminación.

Muy temprano todavía, con el sol rasando la línea del horizonte ,salimos de casa y nos dirigimos a Furuchi. Callejuelas pequeñas y entretejidas en el capricho de un veleidoso mosaico. Edificios diminutos con el encanto irresistible que lo exótico nos produce. Y sobre este conjunto, enclavado en un paisaje netamente japonés, la ilusión emocionada, la fascinación intensa de mi primer contacto misionero.

Después de avanzar unos cuantos centenares de metros nos detuvimos frente a una casita, japonesa por su estilo, pero con un aire de manifiesto abandono en su exterior. Era difícil definir si pesaba sobre ella la incuria del tiempo o la mano opresiva de la pobreza. Lo único evidente era que se presentaba ante nosotros el único borrón de aquel conjunto alegre, como la casa más destartalada de toda aquella

barriada, que al atravesarla me había dejado la impresión de un panorama de Nacimiento.

—¿Es aquí? —pregunté con cierto desencanto.

—Aquí es —me respondió el P. Schäfer con la naturalidad de quien está habituado al ambiente que lo rodeaba.

Llegamos a la puertecilla corrediza y haciéndola resbalar hacia la derecha, nos asomamos al interior.

—Gomen nasai.

Y nuestra llamada desde el portal, equivalente al Ave María Purísima que todavía se conserva en muchos de nuestros pueblos como saludo de amistad y toque de atención, se perdió en un silencio sin respuesta.

Esperamos un momento. Lo poco que podíamos ver del interior estaba en plena armonía con lo que habíamos contemplado al acercarnos. Pobreza, dejadez, y aun en las cosas nuevas, el aspecto lacio de lo que se marchita en el descuido.

Volvimos a llamar, se abrió una puertecita que comunicaba con el interior. Oscuridad y silencio. Y envolviéndolo todo, el humo frío de un hogar más escondido, que no daba calor, pero que profanaba la pureza del ambiente.

Nos esperaban... a su manera. Sabían que íbamos a llegar a celebrarles la Misa y estaban dispuestos a levantarse tan pronto como nos presentáramos, pero antes, ¡se habían amalgamado tan bien el frío y la pereza!

Una vez dentro, después de un recibimiento tan poco afectuoso, tuvimos que abrir todas las ventanas para dejar que el humo se perdiese en la atmósfera con pretensiones de nube enrarecida. Y en la intersección de una cuádruple corriente que cortaba la piel como si tuviera cuchillas, nos dispusimos a im-

provisar un altar en el lugar que nos pareció menos destartalado y, por lo tanto, menos indigno.

Para consolarme a mí mismo tuve que repetirme veinte veces que más pobre era el Portal de Belén. Pero a pesar de esa constante afirmación, mi fe en ello era cada vez más débil, porque más soledad ciertamente que habría, pero más suciedad...

Aunque no lo meditase muchas veces, vivía en mi subconciencia la idea de que Japón, en un salto tan prodigioso como el del célebre Capitán Alvarado ante los fosos aztecas había superado el agua turbia de una cultura retrasada para ponerse en cabeza del mundo civilizado. Y cuando en mi primer contacto apostólico me encontré con tanta indigencia, con tanta dejadez, con tanta penuria en tan poco tiempo y en tan poco espacio, creí que el alma se me caía a los pies.

Mientras me esforzaba por dar agilidad a mis manos para preparar un altar menos indigno, con los rapaces metidos entre las piernas porque se sentían amos del terreno que pisaban, me acordé una vez más del mucho trabajo que hay por hacer en otras naciones, y de las muchas obras de primer orden que por falta de manos están detenidas.

Al retirarnos, terminada ya nuestra función, recuerdo que le pregunté al P. Schäfer bastante impresionado:

—Padre, ¿todo Japón es así por dentro?

Muy grande debió ser mi cara de angustia, porque sonriendo paternalmente me dijo con gran regocijo:

—No hombre, no; Japón no es así ni por dentro ni por fuera.

Respiré. Me pareció que me quitaban un peso de encima. ¡Ah! aquello no era Japón. Aquello no era más que un núcleo pobre y abandonado de extran-

jeros que, apátriadas, vivían malamente en la soledad del abandono.

—Ya verá Ud.: Japón es muy distinto, —me dijo al llegar a casa.

Y en efecto, mi experiencia posterior me hizo comprender que era verdad, y que aquellas palabras no eran la voz hueca de una falsedad esperanzadora.

ANECDOTAS

A ese tiempo pertenecen una serie de anécdotas de mis primeros días de vida japonesa. Sin más unidad que la de haberme ocurrido recién llegado al Japón, las pongo aquí: responden a esa serie de costumbres de este pueblo que nos resultan sumamente extrañas porque se salen del marco de las nuestras occidentales. Al verlas por primera vez, nos parece imposible acostumbrarnos a ellas. Después, cuando el tiempo hace que nos sean familiares, hay veces en que incluso llegan a parecernos mejores que las nuestras.

Entre las más llamativas podemos catalogar la del "furo" o baño japonés. Con el nuestro coincide sólo en una cosa: en que contiene agua. Lo demás son todo diferencias.

El "furo" tiene una longitud aproximada de la mitad de una bañadera nuestra con una altura casi doble. Al meterse dentro es imposible estirar los pies que irremisiblemente han de quedar cruzados. El agua, si está bien lleno, puede llegar al cuello.

Es de madera o de hierro y su construcción se parece, por no decir que es igual, a la de las cubas que nosotros usamos para el vino. Con todo, ni va reforzado con flejes de hierro, ni tiene las paredes con curvatura cóncavo-convexa. Son rectas, bien pulimentadas y de una madera clara, parecida a la de haya.

La temperatura del agua que se calienta con leña, en lugar de hacerlo con gas o serpentín, es insoportable al principio para los occidentales. Por eso en Tokio, por ejemplo, los baños públicos para los japoneses los tienen a 45 grados, mientras que los especiales para los extranjeros no los calientan más que a 40.

Toda la familia se baña en la misma bañadera y con la misma agua. Esto que a primera vista resulta poco limpio, en realidad no lo es; porque los japoneses antes de meterse en ella ,se jabonan todo el cuerpo de pies a cabeza, y solamente después de haberse enjuagado el jabón y estar perfectamente limpios, se meten dentro para tomar el baño. Es decir, que bajo el punto de vista de la higiene, toman el baño cuando están ya limpios; más que por limpieza se zambullen en esa agua a 45 grados por el bienestar que les produce y por los efectos sedantes que experimentan.

Recuerdo que al poco tiempo de llegar al Japón vino un Padre a pasar varias veces conmigo. Cuando oscureció, siguiendo la costumbre del país, preparé el "furo" y como huésped de honor, le dejé que él lo tomara primero.

Sabiendo que llevaba un mes escaso en el Japón, me figuré que no estaría muy impuesto en todo el tejemaneje del asunto y me dispuse a darle las instrucciones que me parecieron más esenciales.

En broma. como si le ofendiese el que yo dudase de su pericia y de su adaptación a las costumbres del país, me dijo afectando aire de gran solemnidad:

—Por Dios, Padre, sepa que durante quince días he estado viviendo con una familia y sin dejar un solo día he tomado el furo el primero de todos.

—Ud. perdone, le contesté, siguiendo la broma—. No sabía que lo había practicado tanto...

Y le acompañé a donde estaba el furo. Habrían pasado diez minutos o un cuarto de hora, cuando oí que me llamaba desde la puerta:

—P. Arrupe, ya he terminado. Cuando quiera puede Ud. pasar.

Lo hice. Dejé en la puerta las zapatillas japonesas que cada día hay que calzarse y descalzarse innumerables veces y me dispuse a tomar mi furo.

Cuál no sería entonces mi estupor al ver que se había enjabonado dentro como si se tratase de un baño europeo en que cada uno cambia el agua para tenerla limpia.

Me fuí donde estaba él, y le dije sin poder contener la risa:

—Padre, ¿los quince días que ha estado en la casa de esa familia ha tomado el furo de la misma manera que aquí?

—Más o menos así es. Poca diferencia ha habido.

—¿Siempre le dió tiempo a enjabonarse?

—Desde luego. Para eso no me faltó tiempo nunca.

—¿Y no sabía Ud. que los japoneses no hacen eso nunca dentro del baño, porque usan todos la misma agua?

Al oír esto, pegó un salto y yo solté la carcajada.

—¿Que no cambian el agua? ¿Lo dice en serio o en broma?

—Completamente en serio.

—¡Buena la he hecho! Entonces los he dejado 15 días sin bañarse! —fué su único comentario.

Y probablemente así fué, pues la delicadeza japonesa no consiente decirle a un huésped, ni siquiera con la más exquisita de las fórmulas de cortesía, que está cometiendo un "shithurei", es decir, que está "rompiendo" (shitsu) la cortesía (rei).

Y eso no es más que un ejemplo de los errores que pueden cometerse por desconocimiento de las costumbres.

Despiste parecido le ocurrió a una familia recién llegada al Japón.

En los hoteles de estilo japonés, que son el 95 por ciento, las habitaciones de los huéspedes son exactamente iguales que las de las casas de los nativos.

Los dormitorios parecen un desierto, sin muebles apenas, con una mesita que no levanta dos palmos, en el centro, varios almohadones "zabuton" en el suelo, para subatearse sobre ellos... y nada más.

A lo sumo, en uno de los ángulos, habrá un cuadro y un florero, que sirve para adornar la sobria austeridad de la habitación, pero que no tiene ningún fin utilitario.

Las mantas y los colchones, que no son colchones, sino cosas parecidas, se ocultan durante el día en unos amplios armarios empotrados en la pared "oshiri", y durante la noche se sacan, se extienden en el suelo y se duerme sobre ellos.

En cama, catre o camastro, no hay que pensar, aunque en realidad después de la primera noche se convence uno de que no hace falta, porque el suelo almohadillado por el tatami, "estera de paja" es blando, confortable e invitador. Se duerme sobre él como una cama de muelles, con la ventaja de que no cruje.

En los hoteles, al oscurecer, cuando se va acercando la hora de dormir, la servidumbre entra en el cuarto, saca los "futones" del "oshiri", los tiende sobre el piso, y prepara una confortable "cama" que en cualquier momento está dispuesta a recibir al viajero.

Cuando esta familia desembarcó en Yokohama, pidió la llevasen a un buen hotel de estilo nacional.

Cansados del viaje, cenaron pronto y se dispusieron a acostarse antes de la hora acostumbrada.

Como es natural en esas circunstancias, lo primero que hicieron fué buscar las camas sobre las que poder ponerse en la grata horizontal que estaban añorando.

—Papá, —dijo el más pequeño, que no pasaría de los diez años—. Yo creo que se han confundido de cuarto. Aquí no hay camas.

El padre y la madre, recogiendo la observación del niño, se miraron perplejos al ver que tenía razón. Ni había camas ni parecía haberlas habido nunca.

—Resulta extraño, —murmuró el padre entre dientes, un tanto molesto por el contratiempo—. Lo menos que podían hacer es tener un poco más de atención con los viajeros.

Ya se disponía a tocar el timbre para formular la primera queja contra el hotel, cuando la madre, más tranquila, recomendándole paciencia, le aconsejó:

—Primero vamos a ver las cosas que hay en el cuarto. Así podemos pedir de una vez todo lo que falte.

Empezaron, pues, a curiosearlo todo y a abrir las puertas de los "oshiri".

—Mira, aquí hay dos camas, una encima de la otra como en los barcos, —gritó uno de los chicos, después de descubrir sobre las baldas del armario los "futones" que a la noche debían sacarse fuera para hacer la cama.

Se acercaron todos y vieron que en efecto era verdad.

Siguieron abriendo puertas, y en otro de los "oshiri" encontraron otras dos camas que ellos creyeron estaban ya preparadas para acostarse en ellas.

Un tanto extrañados de que en tierra firme se usasen esos procedimientos marítimos, se metieron los

cuatro dentro de los armarios, se acostaron, cerraron las puertas y se durmieron profundamente.

A eso de las nueve, una de las sirvientas pidió permiso para entrar y vió con sorpresa que nadie le respondía. Prestando atención se dió cuenta de que la habitación estaba a oscuras y de que no se oía ruido alguno.

Entro, pues, sin más preámbulos, encedió la luz, dió un vistazo a todo para ver si estaba en orden y se dispuso a hacer las camas de los recién llegados.

Abrió uno de los "oshiri" y cuál no sería su sorpresa al ver que dentro, hundido en el más plácido de sus sueños, se encontraba uno de los viajeros. Sin despertales, cerró cuidadosamente y recorriendo los distintos "oshiri", aquí uno, allí otro, se fué encontrando a todos los miembros de la familia que para dormir se habían metido dentro en vez de sacar las colchonetas y las mantas fuera.

Me figuro que la pobre sirvienta, en el colmo de su estupor, habría pensado: "Qué costumbres tan extrañas tienen los occidentales. Para dormir se meten dentro de los armarios..."

Siguiendo adelante con facetas típicas captadas aquellos primeros días, no quiero dejar de decir algo acerca de los kanjis. Cuanto sobre ellos se escriba será siempre poco, porque son el tormento del extranjero. Veinte y aun treinta rabillos como patas de mosca que se reúnen, muchas veces sin más ley que el capricho, para representar cualquier idea vulgar que nosotros expresamos en dos o tres letras, no pueden menos de darnos escalofríos. Y si preferimos mirarlos con cierto desprecio y prescindir de ellos, nos encontramos con que toda la vida somos unos perfectos analfabetos que ni podemos leer ni avanzar en el estudio de una lengua que para llegar a dominar exige un esfuerzo triple o cuádruple que cualquiera de las europeas. Basta recordar que los

japoneses la estudian durante trece años a modo de asignatura fundamental.

Como durante los primeros años de estancia en el Japón resulta desesperante no poder entender nada de cuanto se ve escrito en los periódicos, en los libros o en los modestos anuncios de las tiendas, una manía muy corriente en los extranjeros es la de ir a todas partes con un diccionario que en juego continuo va describiendo el profundo sentido que se encierra en algunos carteles. Y digo algunos, porque a pesar de su ayuda el cincuenta por ciento son indescifrables, como consecuencia de las formas abreviadas que nunca da, ni puede dar, un diccionario de bolsillo.

Iban una vez dos misioneros por una de las calles con el consabido diccionario, traduciendo todo, cuando en un cruce de bastante tráfico se encontraron con unos kanjis, elegantemente dibujados, que les llamaron la atención. Estaban a dos colores y artísticamente trazados; tanto que en vez de escritura parecían dibujo y pintura.

Empezaron a tirar del diccionario, obstruyendo el paso más de lo que fuera conveniente, pero debido al estilo afiligranado de los rasgos, necesitaban tiempo para localizar cada uno de ellos.

Llevaban ya un buen rato descifrando el cartel, cuando uno de ellos le dijo al otro:

—Oiga, ¿se ha dado cuenta que todo el mundo se está parando detrás de nosotros?

El interpelado volvió la cabeza, y vió en efecto que un grupito de personas habíase reunido allí cuchicheando.

—Pues es verdad. Ahora que allá ellos. Por mí se pueden quedar hasta que se cansen, pero yo antes de sacar el significado no me muevo de aquí.

—Por mí podemos seguir.

Tranquilamente, sin preocuparse, pues, de la gen-

te, que iba aumentando con grandes muestras de regocijo, siguieron consultando el diccionario hasta que uno de ellos soltó una exclamación.

—Oiga, ya sé lo que dice.

—¿Sí? Pues yo no. A pesar de que hemos mirado todas las palabras no acabo de coger el sentido.

—Mire Ud. ¿Ve Ud. a toda la gente que se ha parado riéndose?

—Sí, la veo.

—¿Y ve al guarda que ha venido también como si quisiera decir algo?

—También le veo.

—¿Ve que casi hemos cortado la circulación?

—Sí.

—Pues el cartel dice lo siguiente: 'Se prohibe detenerse y entorpecer el paso".

Huelgan los comentarios...

EN EL SETTLEMENT

Al concluir los seis meses de Nagatsuka, con muchos cientos de kanjis en la cabeza, muchas palabras medio aprendidas en medio de una difícil asimilación, muchas ganas de empezar a hablar y una dificultad temible para entender, cogí mis bártulos y me puse camino de Tokio.

Allí teníamos varios centros de apostolado que me podían servir para practicar mi escaso japonés. Me dirigí al Settlement, y allí planté mis reales con la ilusión de lo nuevo y la inquietud de lo difícil.

No estará de más indicar con brevedad casi taquigráfica que el Settlement es una obra consagrada a los pobres, que se reunen en una casa, grande para japonesa y pequeña para europa, y en una barraca más o menos como las de los campamentos de posición que usan los americanos.

Durante el día se atiende a los niños pequeños que sus madres no pueden vigilar mientras dura la jornada de trabajo y por las tardes —en horarios de escuela nocturna española—, se dan clases a los adultos y se les instruye, cuando tienen deseos, en religión.

En resumen, es una obra social en la que ningún rico entra sin dejar dinero y ningún pobre sale sin recibir ayuda.

Cuando llegué allí, con el azoramiento de un aldeano que se encuentra por primera vez ante la boca del metro de Madrid, me empecé a quitar los zapatos para entrar en casa.

Varios muchachos en la edad crucial de la travesura me miraban insistentemente cruzando entre ellos gestos maliciosos.

Estaba nervioso. Ni me sabía descalzar al estilo japonés, ni sabía alinear los zapatos con la naturalidad que a ellos les da su tradición, ni sabía hacer los saludos de rigor, ni sabía sobre todo de qué se estaban riendo.

Al final, con una media lengua que me admiró me entendiesen, saqué arrestos para preguntarles el motivo que ocasionaba su risita. Señalando con su diminuto índice su más diminuta nariz: "Hana ga takai desu ne...", que traducido en un buen castellano es "menuda narizota". La mayor suavización que admite la frase es "¡Qué narices tan largas!"

Seguía estudiando. Horas y horas delante de mi mesa machacando construcciones, barajando palabras, repasando kanjis y desbrozando caminos ignotos en ansias lingüísticas de exploración.

La novedad que incrusté en mi aprendizaje fué al oír mucho más japonés que el que hasta entonces había escuchado. El P. Michel, director, continuador de la obra hasta el presente, tenía unas interminables charlas de varias horas al anochecer. Le ro-

deaban muchachos de las Universidades o profesores de las mismas y en conversaciones que se prolongaban hasta muy entrada la noche, en un tiroteo de preguntas y respuestas iba clavando en aquellas inteligencias las verdades fundamentales de la Religión.

Sentados a la japonesa sobre el tatami, es decir, arrodillándose primero y dejándose caer después sobre los talones, aguantaban impertérritos el tenaz avance de las agujas del reloj.

De todos los que nos encontrábamos en aquel cuarto, yo era el único que, acurrucado en un rincón para escuchar sin intervenir, me retorcía continuamente sin saber qué era peor, el dolor de rodillas y tobillos cuando cogía una postura o el del espinazo endurecido que sentía cuando la cambiaba por otra.

El subate, o sea el sentarse a la japonesa al modo dicho, es un entretenimiento que les aconsejo a todos y a cada uno de mis lectores. Parece fácil, y lo es cuando los huesos, los tendones, las articulaciones y las venas tienen la elasticidad de la juventud primera. Un muchacho de 12 ó 14 años, es lo suficientemente ágil para no encontrar ninguna dificultad. Pero si tú has pasado de esa edad, la tendrá y, al principio, sentirás dolor positivo.

Confieso sinceramente que la primera vez que me sentí viejo fué la subatearme. Hasta entonces me parecía haber conservado toda la potencialidad de la juventud. Pero cuando ví que me crujían los huesos, que los tendones se tensaban como cuerdas de violín que cantan pero no ceden, y que las venas, tal vez endurecidas no dejaban pasar la sangre cuando sentía sobre sí la presión del cuerpo inerte que se desplomaba sobre ellas, me dí cuenta de que ya no era tan joven y de que necesitaría mucha gimnasia para poder sentarme con soltura oriental.

También eso llegó. Después de varios meses de silenciosa y paciente escucha, me dí cuenta de que ya empezaba a entender algo de lo que decían, y me fijé también en que sin dolor excesivo podía permanecer subateado un tiempo más que suficiente para asistir a cualquier ceremonia japonesa. Había matado dos pájaros de un tiro, o como japoneses e ingleses dicen: dos pájaros con una misma piedra.

Antes de recordar algo de mi apostolado de aquellos tiempos en que hablaba con toda la rudeza de mi primitivismo lingüistico, no puedo menos de dedicar un párrafo a una viuda con tres niños, de muy buena voluntad, que teníamos de cocinera... Una verdadera institución.

No recuerdo exactamente su nombre. Al principio me resultaba difícil aprenderlos porque todos me sonaban igual; pero con todo creo que se llamaba Tamura.

Era buena a carta cabal. Con su marido en el páraíso budista y consagrada a cuidar a los Shimpusamas (Padres), vivía con un pie en la tierra y con otro en la escalinata del Cielo. Comulgaban todos los días, y en su vida de piedad no creo que le faltase nunca un devotísimo Rosario.

Un día, no sé por qué, se retrasó el desayuno. El P. Michel y yo esperamos durante algún tiempo y al fin en vista de que no venía, nos dirigimos a un cuartito interior en el que se encontraba la cocinera.

Allí estaba Tamura-san en oración, extática, las manos juntas, la cebeza inclinada, la respiración contenida, el fuego sin encender... y una magnífica imagen de Buda sobre una repisa, que estaba recibiendo más rendida adoración.

Nos quedamos de una pieza.

¡Quién hubiera sospechado al verla tan devota que su devoción era anfibia!

—Pero ¿qué hace Ud. Tamura-san?— le increpó el P. Michel no sé si con enfado o con admiración.

Tamuara-san se volvió a nosotros y sin perder su paz de bienaventurada y con un sosiego que revelaba su buena voluntad del doblez, le contestó impertérrita:

—Estoy rezando por mi pobrecito marido. Era tan bueno. El me regaló este Buda y siendo un recuerdo suyo, ahora que ha muerto, ¿cómo cree voy a dejar de pedir por él?

Y con cariñoso orgullo nos enseñaba la imagen entre severa y grotesca del dios indio que se connaturalizó con todo el Oriente.

Na había mala fe. Tan sólo había ignorancia.

Se les instruye. Se les explica todo, y cuando una vida de piedad parece que está probando la solidez con que se ha enraizado en su alma el Cristianismo, una escena como la que terminamos de narrar, nos demuestra que todavía queda por conquistar un rincón en la mentalidad de aquella alma a la que le ha sido más fácil entregar su corazón que renunciar al peso de una ideología que influye en todos sus pensamientos.

Tamura-san era buena cocinera... japonesa... Esto que es en sí una alabanza, para el pobre misionero primerizo es una buena coyuntura para mortificarse. Cuando me tuvo testigo de sus habilidades tenía a gala no repetir los platos que una vez ponía para hacerme conocer la gama inagotable de los menús nacionales.

Después, con zalamería que buscaba aprobación a sus guisos, venía sonriéndome, para pedir mi juicio en sus habilidades.

Cada vez que probaba una nueva clase de pescado crudo o una sopa hecha con condimentos desconocidos al paladar occidental, tenía que tragar saliva antes de comer. Con todo, al llegar el momen-

to en que tenía que dar mi opinión sobre su exquisitez, agotaba todo el escaso caudal de palabras laudatorias que entonces poseía.

Un día puso ante mí un plato de algo nuevo. Una especie de sopa. Al traérmelo, lo miraba ella con ternura indecible, como si en él hubiese concentrado una suma de todas sus delicadezas. Yo no pude menos de mirarlo con fascinación.

Me dejó solo y empecé a comer. ¡Dios santo! ¡Qué era aquello! El "koku" —luego aprendí su nombre— es tal vez el único plato japonés que me ha inspirado verdadera repugnancia. Muchos otros no me gustaban, pero tampoco me producían malestar.

Ante mi ración de "koku" tuve que meditar un rato, que para algo era misionero, y después, sin mirarlo y sobre todo procurando tragarlo con la expedición con que los pavos ingieren las nueces enteras, di remate a la obra heroica de su consumición.

Al fin pasó. Ante mí no quedaba más que un plato vacío, testigo de mi lucha. De pronto se abrió la puerta y Tamura-san se presentó ante mí triunfante esperando la aprobación explícita de su mayor triunfo culinario.

Con una franqueza que jamás hubiera usado con un nativo, me preguntó entre sonrisas:

—¿Le ha gustado?

Garraspeé. Tuve un momento de vacilación cuando pensé en las consecuencias que podría traer una respuesta afirmativa. Finalmente, ante la mirada insistente de sus ojos inocentones, le respondí evasivamente:

Omoshirokatt.

Que quiere decir, interesante, divertido.

¡Pobre de mí! Precisamente con lo que yo creía eludir el peligro iba a provocarlo. Se rió con una

tonalidad típica de una humildad de circunstancias y se retiró sin decir más.

¡Nunca hubiera aprendido a decir "omoshirokatt". ¡Siete días segundos volvió a poner delante de mí el fatídico "koku" cada vez que me sentaba a la mesa a comer.

¿Qué pecado habría cometido para merecer semejante penitencia? Y sin embargo, ya desde el cuarto día el "kiku" me llegó a parecer casi mejor que un consomé. El hombre es un animal de costumbres...

Mi vida en el Sttlement fué evolucionando favorablemente hasta colocarme en un marco de interés positivo.

Cuando empecé a comprender con relativa facilidad lo que se hablaba a mi alrededor, ví llegado el momento de ponerme en contacto con los muchachos y profesores que asistían a las charlas nocturnas.

Tocábamos temas variadísimos, pero caíamos con frecuencia dominante en el religioso.

El japonés es sumamente delicado con las creencias ajenas, de manera que conociendo mi fe católica y mi aprecio por la Religión, jamás pronunciaban frases claras que pudiesen zaherir mis sentimientos.

Con todo, observaba muchas veces que en sus frases se deslizaba un velado desprecio hacia la fe en un credo religioso.

Siguiendo las huellas casi impercetibles de ese desdén oculto fuimos penetrando en los problemas más abstrusos y profundos del Catolicismo, y entonces pude darme cuenta que su menos precio no recaía sobre una religión como la nuestra que, sobre la base sólida de su Teología resiste todos los embates del ateísmo tendencioso y de la crítica sincera, sino so-

bre las supersticiones que estaban extendidas en la gente vulgar de aquel entonces.

Por aquel tiempo establecí contacto con dos profesores japoneses que hablaban bien el alemán y que después de seguir el indicado proceso de escepticismo despectivo, terminaron por mostrar un interés manifiesto por el Catolicismo. Cuando me fuí a Yamaguchi de párroco los perdí de vista, pero luego supe que uno de ellos se había convertido al Catolicismo poco después.

Mis tres primeras actuaciones en el Settlement fueron hacer acto de presencia en tres funerales. Yo creo que si los japoneses se llegan a dar cuenta de esa coincidencia hubiesen creído que había llegado allí para arrojar un maleficio sobre la barriada.

Cuando me invitaron a uno de ellos, el H. Masui que me acompañaba me advirtió de antemano que sería una ceremonia de cuerpo presente. Llegamos no sé si a una casa arreglada de templo o a un templo con sencillez de casa y me extrañó ver que, entre los muchos adornos budistas del interior, no había nada que se pareciese a un ataúd o a un túmulo.

Después de buscar inútilmente con disimulada curiosidad, le pregunté a mi acompañante:

—¿Dónde está el cadáver?

—De cuerpo presente, —me volvió a contestar.

—¿En dónde?

En esa cajita del fondo; y siguiendo la indicación que me hizo ví, sobre una especie de altarcito, delante de un buda que dormitaba sentado, una caja rectangular de madera de unos 20 cms. de arista. Sobre ella, abierta y cruzada en diagonal, una magnífica navaja barbera que sugería un suicidio.

El cuerpo presente eran las cenizas.

—Y ¿qué significa la navaja?

Es un símbolo. Las familias nobles o guerreras que cuentan con medios de fortuna, y forman la doble aristocracia de la sangre y del valor, depositan junto a las cenizas amontonadas del difunto una espada magnífica que le ha de servir para defenderse de los malos espíritus del más allá. Los pobres no pueden darse el lujo de proporcionarles semejante arma y se contentan con una navaja de afeitar, que para cortar la yugular de un espíritu no se diferencia mucho de la espada.

Posteriormente amplié conocimientos sobre las creencias budistas del más allá. Un complemento de esta arma a quien ha muerto, era dejarle sobre la tumba algunos alimentos acompañados del consabido té amargo y amarillo.

Al volver a casa después de una de estas ceremonias sepulcrales, me encontré con una catecúmena que preguntaba por mí.

Comenzamos a hablar y ella, siguiendo una costumbre que ya todavía no conocía plenamente empezó a divagar y dar rodeos insinuando mucho pero sin decir nada. No hacía falta ser un lince para comprender que llevaba algo dentro, pero todas mis cábalas fallaban y no podían deducir la verdad.

Con toda la naturalidad, sin darme cuenta de que estaba cometiendo un crimen contra la etiqueta nipona, le pregunté ingenuamente, lo que debió atenuar la grosería que según su mentalidad estaba cometiendo:

—¡Parece que está Ud. muy preocupada! ¿Qué le pasa?

Fué como si un rayo le hubiese caído encima. Se apuró más de lo que estaba, empezó a decir palabras inconexas y terminó por eludir la respuesta para decirme que hacía frío, que el tiempo estaba malo, que cuando llueve uno se moja, que en verano haría más

calor... y otras mil incongruencias más que abundan en toda conversación cuando se quiere hablar sin decir nada.

Después de aquella estocada que dió en hueso me reafirmé en la idea que tenía sobre su problema interior. En eso no iba desencaminado. Mi error estribó en que en vez de atribuir su turbación a la agresividad palmaria con que había derrocado todo su código de cortesía, me pareció que debía no haber sabido tocar la fibra que en aquel momento convenía hacer vibrar.

Por eso, después que pasó un rato, y de que perdimos los dos casi otro cuarto de hora, cambié de táctica de ataque, y aquí, sin argumentos, basándome en la desconfianza que supone no atreverse a decir, al Shimpusama —Padre— las preocupaciones que él puede solucionar.

Hoy tampoco haría eso porque ya he aprendido que en Japón no queda más remedio que esperar mientras que hay tiempo; y si éste se acaba un día, aguardar a que llegue el siguiente que entre sus 24 horas ya nos dejará otro rato para esperar. Cuando la paciencia hace mucho tiempo que se ha acabado, llega la confidencia que en occidente no habría dado tiempo siquiera a que naciese la impaciencia.

Por fin, no sé si gracias o a pesar de mis disparatadas insinuaciones, aquella catecúmena se decidió a decirme con un apuro que apenas le dajaba hablar.

—Padre, voy a casarme.

Me quedé de una pieza. ¿Tanto para eso? pensé para mis adentros. Pero disimulando lo mejor que pude respondí:

—Me parece muy bien, pero ¿por qué tenía tanto miedo a decírmelo? ¿Le parecía que iba a condenar una cosa que en sí es tan buena y aprobada por Dios?... Y ¿con quién se casa?

—No sé, fué la sorprendente respuesta.

—¿Cómo que no sabe?

—Bueno, sé su nombre, dónde vive, quién es su familia... pero nada más.

—Ya tendrá tiempo de conocerle antes del matrimonio, le dije por hacer algún comentario.

—No, no tengo tiempo porque estamos a 28 de diciembre y me caso el día 2 del mes que viene.

Casi creí se trataba de una inocentada de mal género pero en Japón donde tienen la desgracia de no conocer a los Santos Inocentes y la suerte de no sufrir las bromas de gusto dudoso que abundan en este día, no había lugar para tal suposición.

—Y, ¿dónde va a vivir después?

—En ningún sitio, porque no estaremos juntos.

—¿Entonces?...

—Nos casamos el 2 y el 6 sale para la guerra de China.

Sentí un deseo casi irresistible de preguntarle para qué se casaba en esas circunstancias; pero afortunadamente me contuve. Luego, cuando le conté esto a un misionero veterano, me indicó que era un caso extraño, pero me puso al tanto de la costumbre japonesa de concertar el matrimonio independientemente de la voluntad de los contrayentes.

Un muchacho que tuviese carrera podía romper el noviazgo negándose a casarse, pero al mismo tiempo estaba cierto de cortar en absoluto sus relaciones con toda la familia que no volvería a dirigirle la palabra.

Pero una muchacha rara vez estaba en condiciones de hacer lo mismo porque al ser arrojada de casa no contaba con la ayuda que un empleo o una carrera ofrece siempre a un joven que puede valerse por sí mismo.

Ya puede calcular el lector lo que pensaría de esta costumbre japonesa cuando la conocí en unas circunstancias tan extrañas como las de una joven que se une en matrimonio sin ningún deseo, con un muchacho que un par de días después se va a marchar a China para vivir Dios sabe cómo, o para morir en una acción de guerra.

MARAVILLAS DE LA GRACIA

Cuando vi que ya me iba soltando en la lengua me decidí a emprender por mí mismo algún ministerio concreto. No sabía por dónde abrir brecha, cuando la Divina Providencia me puso en un camino que tan sólo tuve que seguir.

Un día las Religiosas de una comunidad de Tokyo me abordaron al pasar, no recuerdo con qué motivo, por su convento.

—Padre, queremos consagrar la Casa al Sagrado Corazón de Jesús y no encontramos ningún sacerdote que tenga tiempo.

—No se preocupen, yo mismo lo haré.

Se les abrió el cielo.

—¿Cuándo quieren?, si les parece, en seguida...

—Déjenme que prepare una consagración en japonés y ya fijaremos la fecha más adelante.

En efecto. Pasaron unos cuantos días y con mi consagración y mi platiquita de dos o tres páginas me presenté en el convento a la hora fijada de antemano con la Madre Superiora.

Fué una ceremonia sencilla, breve y con todas esas delicadezas que las religiosas tienen para matizar su trato con el Señor.

Aquello fué una idea para mí. Mientras siguiese en Tokio podría dedicarme a consagrar familias al Sgdo.

Corazón de Jesús, con lo que sin roturar un campo nuevo, para lo que me sentí sin japonés suficiente, podía cimentar más hondo lo que otros habían edificado anteriormente. Sin las dificultades de romper por lo que es nuevo, tenía las ventajas de asegurar lo que es antiguo.

Nunca me arrepentiré de ello.

Empezando por las familias conocidas y continuando por las que de un modo o de otro se fueron poniendo en contacto conmigo, llegaron a más de cien los hogares oficiales consagrados al Sagrado Corazón de Jesús.

No faltó ninguna de las maravillas que el Señor, por medio de sus confidentes ha prometido a cuantos se le consagren en el recinto sagrado de la familia.

Cuántas veces pude palpar la gracia de la conversión en aquellos breves momentos de una entrega que había de perdurar. Con frecuencia al pisar descalzo los tatamis de las casas a las que iba para la consagración, me encontraba con caras hoscas que denotaban resistencia.

Eran las familias en la que los padres, tal vez la madre viuda, eran católicos. Entre los hijos había aquella división que Cristo vino a poner sobre la tierra aun dentro de los más cerrados grados de parentesco. Algunos hijos católicos y los otros budistas, shintoistas o indiferentes. Era natural que aquella ceremonia de sabor netamente cristiano tuviese que inspirar no recelo sino repugnancia, a los miembros de la familia que pertenecían a distinto credo. Pero cuando en el silencio de una fe profunda que quería darse, empezábamos a rezar las palabras sencillas, generosas y sugestivas de la consagración. cuando la emoción de los católicos se desbordaba en unas lágrimas furtivas o en un llanto franco y sin reservas, los indiferentes de aquel mundillo en sín-

tesis sentían que sobre la conmoción natural de aquellos sentimientos nuevos barrenaba la gracia con todo el empuje sobrenatural de lo que es divino.

Paganos fervorosos pero equivocados, protestantes clavados como la esquirla de hueso roto en familias católicas, incrédulos que habían perdido la fe en sus falsos dioses fueron sintiendo que la promesa bendecidora de Dios —no menos real porque ellos la ignorasen— era más poderosa que su obstinación o que su ignorancia.

De espectadores pasivos que contemplaban lo que no podían huir, pasaban muchos de ellos a fervientes catecúmenos como promesa cierta de un próximo bautismo que los hiciese católicos.

La consagración de las Familias al Sgdo. Corazón de Jesús es en todas partes una obra grandiosa. Pero en Japón de un modo especial.

En Japón la gran dificultad además de convertir a la gente está en mantener vivo el fuego de la fe para que no se extinga en medio de las mil dificultades que de su adelanto material se derivan.

Un hotentote que se convierte no tiene peligro de que su moral naufrague por la lectura de unas novelas pornográficas que nadie ha traducido ni ha de traducir a su lengua. No pone en peligro su fe al conocer una filosofía atea —con ese ateísmo que no ignora sino que combate a Dios— porque jamás podrá caer un libro de esos en sus manos. No beberá nunca el veneno de un cine que mata el alma entre los halagos de una eutanasia plácida. Un hotentote que se convierte tiene ya ganado medio cielo.

Un japonés lo lee todo, conoce todo, en el cine lo ve todo, lo curiosea todo... y como en el mundo hay mucho más malo que bueno, sobre su espíritu recién convertido, lastrado por una tradición secularmente pagana, va cayendo todo el fango del siglo XX que,

de espaldas a Dios, ha puesto sobre el altar que sostuvo el becerro de oro de los judíos sinaíticos el ídolo de la materia y de la ciencia.

Un muchacho, una muchacha japonesa conservan con facilidad su fe si en su hogar encuentran un contrapeso al paganismo del mundo que les envuelve y que con frecuencia les ahoga.

Solos, en el islote desolado de una fe sin rigor ni autonomía arraigada, tienen que luchar como héroes. Sobre todo en las clases intelectuales. Hay estadísticas de estudiantes católicos que, estudiando fuera del ambiente católico en que se convirtieron, han abandonado la fe en la dolorosa proporción de un 30%.

Por eso la consagración de la familia al Sagrado Corazón de Jesús es de una eficacia decisiva en la vida de esos muchachos. La fe, la religión, no es algo exclusivo del "Kyokai", de la Iglesia. Es algo mucho más íntimo que también se vive entre los muros, tal vez paupérrimos, del hogar.

Y cuando por horarios de estudio o de trabajos, las puertas de las Capillas misioneras permanecen casi infranqueables, si en la familia reina el Corazón de Cristo, allí encuentran el vigor sobrenatural que en otro sitio no tienen oportunidad para ir a buscar.

Convertir a un japonés de una familia sólidamente católica es asegurar un fervoroso cristiano orientado al cielo.

Convertir a un japonés en una familia hostil, es abrir un camino que ha de terminar muchas veces en la grandiosidad del heroísmo... y los héroes son pocos.

Trocar la hostilidad en simpatía, es desviar la corriente de un alma para que de un cauce de dudas corra por otro de certezas, que desemboca con seguridad creciente en la felicidad.

El factor íntimo de amistad y de reparación que encierra la Devoción al Sagrado Corazón de Jesús, pe-

netra fácilmente en el corazón del japonés nuevo recién bautizado. Será más o menos complicado, y desde luego inútil en los principios, el entregarse a disquisiciones y sutilezas sobre el objeto material y formal del culto, sobre si nuestra atención dominante debe caer sobre el Corazón que simboliza a Cristo o sobre el Cristo simbolizado en el Corazón.

Un convertido de ayer, no tiene, salvo en rarísimas excepciones, capacidad suficiente para penetrar en las grandes profundidades en que se debaten los problemas abstrusos de la Filosofía o de la Teología. Pero en cambio capta con facilidad otros matices más humanos que con frecuencia son sobradamente suficientes para los comienzos de su formación religiosa.

La amistad que debemos a Cristo Amigo que murió por nosotros, la reparación a que nuestros pecados y los ajenos nos obliga, el amor como correspondencia al que Dios en todo nos prodiga, son cosas que le parecen obvias y que le arrancan reacciones admirables.

Además encuentran en estos valores un esfuerzo positivo que la religión exige de nosotros como complemento del meramente negativo que, a primera vista, predomina en el Decálogo.

Junto al "no" que preside el enunciado de tantos mandamientos, se encuentran con el "sí" con el gesto positivo, con el matiz de entrega que se encierra en nuestras relaciones con el Corazón de Cristo.

Y en esa sincronización del "sí" y del "no" viven un catolicismo mucho más consciente y completo. Porque el "no" encierra un deseo implícito de salvación propia: por eso no peco; y el "sí" un rasgo explícito de donación a Cristo: por eso me doy.

Cuando estaba haciendo mis primeras observaciones en esta materia, recuerdo que me llamaba mucho

la atención el ver a una catecúmena que se pasaba horas muertas arrodillada ante el Sagrario.

Llegaba a la Capilla y avanzando con ese silencio peculiar de quien está acostumbrado a andar descalzo y sin ruidos desde la infancia, se acercaba al Señor cuanto su respeto se lo permitía y allí permanecía indiferente a cuanto le rodeaba.

Un día nos tropezamos cuando ella salía. Empezamos a hablar y poco a poco, sin extorsiones ni violencias arrastré el tema de la conversación hacia sus visitas al Santísimo. En un momento en que me dió pie para ello con una de sus frases le pregunté:

—¿Qué hace usted tanto tiempo ante el Sagrario?

Sin vacilar, como quien tiene ya pensada de antemano la respuesta, me contestó:

—Nada.

—¿Cómo que nada? —insistí—. ¿Le parece a usted que es posible permanecer tanto tiempo sin hacer nada?

Esta precisión de mi pregunta que borra toda posible ambigüedad pareció desconcertale un poco. No estaba preparada para este juicio de investigación, por eso tardó más en responder. Al fin abrió los labios:

—¿Que qué hago ante Jesús Sama? Pues... ¡estar! —me aclaró.

Y volvió a callarse. Para un espíritu superficial había dicho poco. Pero en realidad no había callado nada. En sus pocas palabras estaba condensada toda la verdad de esas horas sin fin pasadas junto al Sagrario. Horas de amistad. Horas de intimidades en las que nada se pide ni nada se da. Solamente se está.

Desgraciadamente son muy pocos los que saben comprender el valor de este "estar con Cristo", pues

para ser real tienen que encerrar una entrega a Cristo en el Sagrario que no tenga otro objeto que estar —sin hacer nada— con el fin de acompañar —si a esto se le puede llamar no hacer nada—.

Un caso cronológicamente paralelo a este me sucedió en una catequesis de barrio a las que asistían niños cristianos unos y por "cristianizar", como dicen en muchos pueblos españoles, los demás.

Les expliqué el valor del sacrificio ofrecido a Cristo con el fin reparador y pusimos una cajita de cartón, con pretensiones de lucha, para que en ella fueran arrojados sus obsequios.

Un día, dos de los niños que asistían fielmente a todos los actos tuvieron una violenta disputa que terminó con un corte total de relaciones diplomáticas. Se marcharon cada uno a un rincón y con el hociquillo típico del que está enfadado no volvieron a dirigirse la palabra en toda la tarde.

—Shimpusama, Itsuo-san y Takeo-san han reñido, —me dijeron los otros rapaces.

—¿Qué les ha pasado? —pregunté con curiosidad.

—Saa, Takeo-san está hoy de mal kimochi —genio—. Se enfada por cualquier cosa.

Aquellos "saa" admirativos me indicaron que la cosa, aunque no había llegado a mayores, les había impresionado a todos ellos.

Me entró curiosidad por ver el resultado de aquella disputa porque entre los dos pequeños mediaban relaciones especialísimas.

Itsuo-san tenía unos 8 años, pocos en absoluto pero ya los necesarios para que en su casa le hubiesen dado el doctorado de suficiencia para andar por las calles sin que nadie tuviese que acompañarle.

En cambio Takeo-san, un diminuto rapaz de sólo 5 años, no había llegado a tales alturas y necesita-

ba de alguien cuando quería alejarse unos centenares de metros del portal en donde vivía.

Como los dos vivían en la misma barriada, tanto para ir a la escuela como al catecismo, Itsuo-san se pasaba por la calle en donde viva Takeo-san y juntos iban para volver también al mismo tiempo.

Aquella tarde se les presentó un problema. Estaban reñidos, se iba haciendo tarde y tenían que volver.

Yo, que conocía todo aquello, estaba esperando a ver cómo se solucionaba aquel conflicto. Los rapacillos se fueron retirando uno a uno después de una afectuosa despedida y ya sólo quedaban unos pocos hablando alegremente, y los dos contendientes sin desarrugar el hociquillo.

Mientras charlaba con los últimos rezagados, pude ver que Itsuo-san se acercaba indeciso al pequeño Takeo-san y que le decía algunas palabras que desde mi observatorio no puede entender. Pero debieron ser amistosas porque Takleo, le dio la mano, sin que ninguno de los dos abriese la boca para hablar. Iban violentos, pero al fin y al cabo iban, que ya era bastante, porque el problema de Takeo-san era que por sí sólo no podía volver.

Cuando todos los niños hubieron desaparecido recogí la hucha con los obsequios, la vacié y antes de guardarlos con los de otros días para quemarlos todos juntos ante la imagen del Sagrado Corazón el último da de la Novena, me di cuenta que había uno, sin firmar, como todos, pero con un contenido que delataba su autor.

"Por Ti —decía— he hecho las paces con Takeo-san aunque él tenía la culpa y yo no. Por consolarle le llevaré a casa como si no hubiese pasado nada".

Era un papel sucio. El margen de un sobre usado. Pero, ¡qué valor espiritual el de su contenido! Aquel diminuto personaje de ocho años que había oído en su casa y en el Colegio que la venganza es una virtud varonil, supo dominar el coraje que le quemaba para ofrecer la paz, la amistad, y lo que en aquel momento más necesitaba su rival: la ayuda necesaria para volver a casa.

Maravillas de la gracia y misterios de la libertad humana. El culpable no había tenido valor para vencer el orgullo que le hacía no reconocer su falta. En cambio Itzuo, con una delicadeza de conciencia que asombra en un muchacho de barrio recién convertido, tuvo aquel rasgo con el Corazón de Cristo, que culminó en la humillación propia, en la caridad en beneficio ajeno.

Ocho años tenía nada más y había cogido la esencia de la devoción al Sagrado Corazón con la perfección de un consumado asceta. El no entendía nada de distinciones y perfidias, pero sabía que en la humillación podía poner la mejor prueba de su amor.

Otro caso de la eficacia suma de la consagración al Sagrado Corazón en el apostolado, me ocurrió al ponerme en contacto con una japonesa, madre de un niño y una niña, cuyo marido era el único no católico en la familia. Ellos eran fervientes cristianos. El, un indiferente que permitía la fe de los suyos pero que la miraba con frialdad no exenta de desprecio.

Un día vino a visitarme la mujer para pedirme que consagrase su casa al Sagrado Corazón. Quería que el Señor reinase plenamente en ella, no sólo santificando más y más a los ya creyentes, sino curando la ceguera del último miembro alejado de la verdad.

Me presenté en el acto. ¿Qué más podía yo? Había consagrado ya tantos hogares en lo que constituyó casi mi primera aventura apostólica japonesa.

Se presentaba, con todo, una dificultad que debíamos solucionar, y un escollo que teníamos que sortear sin estrellarnos: la semihostilidad con que el marido miraba un acto de culto, llamémosle público, dentro de su mismo hogar.

Tuvimos pues, un soodan (reunión), en el que decidimos fijar la consagración para un momento en que tan sólo se encontrase la madre con los dos hijos. La cosa no resultó difícil. Hecho esto dejamos correr el tiempo hasta la fecha elegida.

Cuando llegó, me presenté donde vivía la familia, llevando conmigo la fórmula japonesa que empleaba siempre para las consagraciones.

Me salió a recibir la mujer. Esperaba verla contenta, como pedía la ceremonia que íbamos a tener a petición suya, pero me la encontré sumamente turbana porque había habido un fallo en sus cálculos.

—Padre, —me dijo a bocajarro—, mi marido está en casa.

Me dejó de una pieza. Todos nuestros preparativos parecía que iban a ser inútiles, ya que lo más probable es que no permitiese hacer la consagración.

—¿Sería mejor dejarlo para otro día? —pregunté hecho un mar de dudas.

—No, Padre, me parece que no,— me contestó—. Llevo ya mucho tiempo queriendo dar este paso y siempre ha habido alguna dificultad. Yo creo que lo mejor es hacerlo en una habitación en la que él no se encuentra y con el disimulo suficiente para que no se entere.

—Como usted quiera, —le respondí—, usted tiene la última palabra.

—Vamos a probar fortuna y que Dios nos ampare.

Entramos en una de las habitaciones. Pusimos un cuadro del Sagrado Corazón en una de las paredes y sin más solemnidad, porque no lo permitía el secreto del momento, nos arrodillamos ante él, los dos hijos, la madre y yo.

Empecé a rezar. Frase a frase fuí leyendo la consagración, haciéndolo despacio para que pudiese calar más hondo su profundo sonido.

Aun no habíamos acabado, cuando de repente, de la manera más inopinada se descorrió el "fusuma" que separaba nuestra habitación de la contigua, y apareció en el marco de la puerta el amo de la casa, en una actitud que no parecía la suya.

Al verle entrar me había quedado silencioso, y su mujer y su dos hijos se habían asustado sin saber cuáles iban a ser las consecuencias de aquella interrupción.

Nos miró un momento a los cuatro, y después, echándose a llorar como un niño, me dijo estas palabras.

—Padre, quiero bautizarme.

No habló más. No podía hacerlo. Estaba conmovidísimo por la gracia de Dios que había obrado sobre él de una manera que podíamos llamar milagrosa.

Sus resistencias pasadas, su hostilidad, su indiferencia... todo había desaparecido al calor de aquel llamamiento (es) manera que podíamos llamar milagrosa.

Era una prueba más de que el Corazón de Cristo cumple sus promesas de reinar en los hogares en que se le entroniza. Y era, además, el ejemplo convincente de lo que puede la oración combinada de la madre y de los hijos cuando todos alientan con el deseo íntimo y común de convertir al padre, el único miembro descarriado de la familia.

Otro caso ocurrido también en el seno de una familia japonesa, nos descubre hasta dónde puede llegar la comprensión del ideal que propone el cristianismo. Quizás sea una de esas insignificancias que en sí mismas consideradas no tienen valor ninguno pero que con un ligero análisis nos pueden enseñar más que un sermón.

Tenía que visitar a una mujer católica, pobre y con tres hijos. La mayor era una muchacha de unos diez y ocho años y dos chicos de 15 y 12 respectivamente. Cuando llegué a la casa me salió a recibir la "neesan" hermana, mayor, y me anunció que su madre estaba ausente, pero que no tardaría en llegar.

Me hizo pasar, me descalcé, dejé los zapatos en la puerta y entré en la sala de visitas, que a la vez tenía otros varios usos, porque era una casa pequeña y de gente pobre.

No había pasado mucho tiempo cuando el correrse de la puerta anunció que alguien venía; creíamos que era la madre, pero nos equivocamos, era el "otooto", el menor de los hermanos, que venía del colegio. Sin entrar en la habitación, le gritó a su hermana:

—Tadaima (ya estoy de vuelta). Neesan, onaka ga suita (tengo hambre). ¿Hay algo para comer?

—Vete a la cocina y allí encontrarás lo que te he dejado preparado.

Ruido de puertas que se corren, y, sin verle nosotros, se metió a la cocina. No habían pasado cinco minutos, cuando oímos uno de esos ruidos inconfundibles que delatan la muerte de una vajilla. En un mal momento había dado un manotazo a algo de loza y al caer contra el suelo lo había hecho añicos.

Cuando todavía duraba el silencio que suele seguirse a esos estropicios, sin asomarse, y más muerto

que vivo a juzgar por el tono de su voz, le gritó a su hermana:

—Neesan, ¿has oído?

—Sí, he oído. Buena te espera. Ya verás cuando venga mamá...

El pequeño se calló y con el fin de evitar el primer encuentro, se retiró a una de las habitaciones más escondidas de la casa.

Habrían pasado otros diez minutos, cuando volvió a oírse el mismo ruido de la puerta. Por el mismo camino que había seguido el benjamín de la familia, sin llamar a nadie, entró la madre en la cocina y se encontró con los pedazos de loza que "empedraban" el suelo.

—Neesan, —gritó fuertemente sin saber que yo estaba allí.

—Perdóneme, Padre, —me dijo la joven mientras que se dirigía a donde estaba su madre.

Me quedé solo, y desde donde estaba pude seguir perfectamente el desarrollo de todo lo que voy a decir, porque las casas japonesas tienen la puertas de papel y dejan pasar los sonidos casi como si no estuviesen.

La madre no dudó ni un momento que había sido la "neesan" la causante del estropicio. Por eso, sin preguntarle nada, la empezó a reñir severamente.

Ciertamente, que la riña, en sí, estaba justificada. Lo que estaba equivocado era el destinario de la misma.

—¡Siempre tan brusca y con tan poco cuidado! No vamos a ganar contigo ni para pagar lo que rompes... Que no se vuelva a repetir esto —dijo la madre con un tono verdaderamente punzante.

—Sí, mamá— descuida, que no se repetirá.

Una sola palabra hubiera bastado para cortar la

regañina de raíz. Sólo decir a su madre que el causante del destrozo era el "otooto", pero esto, que le hubiese descargado a ella de toda culpa, hubiese dado motivo para que su madre riñese al pequeño. Y esto era lo que precisamente pretendía evitar.

Cuando ya empezaba a escampar y parecía que las cosas iban a quedar así, oí que se abría una puerta y que el hermano menor hacía acto de presencia. Yo no podía verle, pero por el tono de su voz y con el hipo que hablaba, podía darme perfecta cuenta de que estaba llorando:

—Madre, no la riñas a ella, que no tiene la culpa, —decía entre sollozos.

—Entonces, ¿quién la tiene? —le preguntó su madre en tono duro.

—No la riñas a ella, que he sido yo el que lo ha roto. Ella no te decía nada para que tú no me riñeses a mí, pero yo no quiero que se lleva la culpa sin tenerla...

Y siguió llorando desconsoladamente después de hacer su pública confesión para evitar que nadie pagase por su pecado.

Cuando, terminada la visita me retiré a casa, iba meditabundo. Aquellos dos hermanos me habían dejado impresionado. No sabía qué admirar más, si la entereza de la hermana que estaba dispuesta a cargar con todas las consecuencias con tal de escudar al hermano, o el rasgo de éste último, que le hizo confesar humildemente su culpa, dispuesto a cargar con la penitencia, con el fin de librar a su hermana de la riña que ya se estaba descargando sobre ella.

¿Verdad que entre los japoneses pueden encontrarse rasgos infantiles y familiares difíciles de superar?...

¡Qué lástima que la falta de Misioneros deje virgen un terreno que, cultivado, puede fructificar en tanta nobleza...!

III

En la misma Parroquia de Javier

III

YAMAGUCHI

Estaba mediando el año 1940 cuando mis diez y ocho meses de estudio fueron suficientes a juicio de los Superiores, para que me desplazase a un puesto de Misión con el fin de empezar un trabajo definitivo. Los tanteos, las experiencias anteriores no habían sido una excusa para ir rompiendo la dificultad de hablar. Una especie de fogueo tras el cual, si bien es verdad que ni se podía entender ni decir todo, tenía cierta facilidad para soslayar la dificultad y bandearme más a fuerza de habilidad que de conocimientos profundos.

Mi primer destino fué Ube. Una ciudad-pueblo industrial con el hibridismo de esos términos medios que no admiten calificación exacta. Se encontraba a veintiuna horas de tren de Tokio, siempre avanzando de norte a sur, y a cuatro o cinco horas de Hiroshima, la ciudad mártir que iba a cruzar, sin sospechar siquiera que un día sería testigo de su doloroso Calvario.

Mi fin primordial era dedicarme a obras sociales para continuar aquella especialización inicial que me había dado el trato con gente pobre del Settlement.

Sin embargo, no llegué a hacer nada. Apenas había hecho otra cosa que orientarme sin empezar todavía a trabajar a fondo, cuando una orden rápida me hizo embalar de nuevo mi equipo, coger el tren y dirigirme en dirección a Hiroshima para detenerme en Yamaguchi que iba a ser mi nuevo campo de operaciones.

Dos años iba a estar allí. Dos años con las emociones primeras de la vida parroquial misionera y con los primeros tropiezos y dificultades en un ambiente para mí desconocido, sin el apoyo físico o moral de nadie, y sin más orientaciones que las que mi propio sentido común podía ofrecerme.

El misionero de posición de entonces era el P. Domenzaín, pero un viaje en ciernes a España le obligaba a ausentarse para poner en regla su documentación, y, por lo tanto, había que poner a alguien en su puesto para que pudiese continuar su labor.

Fué una verdadera lástima que fuera tan inminente su partida que ni siquiera pudiese quedarse conmigo unos días para darme las primeras instrucciones.

Antes de entrar yo por una puerta de la estación misionera, tuvo que salir él por la otra. Ni siquiera pudo darme el saludo ritual de bienvenida.

Yamaguchi es una ciudad pequeña que no rebasa la cifra de 30,000 habitantes. Sin embargo, era muy distinta la idea que yo tenía de ella. Me basaba en dos datos tan sólo que fueron suficientes para que me formase un concepto erróneo.

El primero era la frecuencia con que S. Francisco Javier hablaba de la Yamaguchi de su tiempo,

que era la segunda ciudad del Japón de aquel entonces y lo unido que estaban ambos nombres en el desenvolvimiento del Catolicismo. A fuerza de repetir mil veces sus nueve letras me había ido forjando la falsa idea de que si no tuviese importancia no se hablaría tanto de ella, y no me daba cuenta de que todo el esplendor que le rodeaba no era algo propio sino una consecuencia de haber estado íntegramente ligada con el Pablo moderno que se llamó Javier.

El segundo es por ser capital de Provincia, suelen pintarla en los mapas con ese circulito doble que nunca falta en las ciudades que superan los cien mil habitantes. Mis conocimientos geográficos, más visuales que profundos, se basaban en una apreciación subjetivista, que resultó falsa.

Indico todo esto para que el lector se haga cargo de la sorpresa que me produjo llegar a un pueblo grande cuando creía que iba a hacerlo en una ciudad de primer orden.

La línea general del ferrocarril pasa a media hora y hay que desviarse en un equivalente a nuestros "vía estrecha".

Cuando me ví en tierra con todo mi equipaje, pregunté con cierto desencanto:

—¿Podría usted indicarme qué apeadero es este?

—Es la estación de Yamaguchi, fué la respuesta más rimbombante que real.

Esto al fin y al cabo era algo intrascendente, peor fué el choque que recibí al comparar la iglesia diminuta, que me encontré con la clásica Catedral que no sé por qué me había imaginado que allí había. Esto fué más duro porque está en íntima conexión con la esencia de mi mismo apostolado.

Llegué a casa solo, con las indecisiones de intruso

que va a saltar la valla ajena, sin saber lo que me esperaba en aquellas cuatro paredes revestidas con el frío inexpresivo de lo desconocido.

Tenía esperanza de encontrarme con algún catequista. Ilusión fallida. Allí no había nadie que pudiese ponerme en contacto con los fieles de la Cristiandad, ni que, de una manera oficial y constante, me pudiese ayudar a preparar mis sermones y actos de culto. Lo único que encontré fué un cocinero viejo que me recibió con amabilidad.

Una vez instalado me puse a reflexionar sobre mi futuro. Ni sabía donde había concluído el trabajo de mi antecesor ni cómo debía yo continuarlo. Era una ignorancia palmaria que forzosamente tenía que multiplicar mis dificultades.

Con todo, como contrapeso a mi imperfección lingüística y a todos los otros factores adversos que he indicado más o menos brevemente, sentí desde el principio una ayuda moral imponderable pero auténtica, la simpatía que caracteriza a los habitantes de Yamaguchi.

Con mucho de pueblo grande conservaba el sabor patriarcal que su abolengo de antaño le había dejado como sacra herencia. No se caracteriza por ser industrial, ni comerciante, ni guerrera... su nota característica, su tipismo distintivo, radicaba en esa aristocracia del espíritu que, independientemente del dinero y de la técnica, se encuentra en algunas almas privilegiadas. En Yamaguchi había mucho de eso. No era fácil ver de dónde radicaba la corriente, porque cada uno contribuía con la aportación impalpable de su propia delicadeza de espíritu, pero el conjunto formaba un ambiente que fué el que me recibió y el que durante dos años enmarcó todas mis actividades.

Mi representación oficial a los cristianos, pensé en hacerla el primer domingo que llegase. Durante toda la semana anterior me dediqué intensamente a preparar un sermón de circunstancias que les causase un efecto favorable y que, en lo posible, deshiciese el hielo que en todas las nacientes cristiandades se engendra cuando hay un cambio de misionero. Acostumbrados a enfocar el Catolicismo algo así como una gran familia, cuando se les va el padre, el que ellos han conocido desde el principio, el que les ha bautizado, el que les ha solucionado mil veces sus problemas, tienen tendencia a ver en su sucesor, no diría que un usurpador, pero sí un extraño.

Llegó por fin el domingo. Toqué una campanita diminuta y esperé pacientemente a que viniesen los primeros cristianos. Miré el reloj... y comencé a ponerme nervioso. Era la hora y no habían cruzado el umbral de la Capilla más que siete "obaasan", es decir, siete de esas viejecitas rezadoras que en todas partes abundan en nuestras iglesias.

¡Siete...!

Había pasado media hora cuando me decidía revestirme despacio con la esperanza de que mi lentitud y los diez minutos de Misa que habían de anteceder al sermón darían tiempo a que viniese alguna otra clase de fieles. ¡Señor, que sean los que sean, pero que vengan! repetía en mi interior cada vez que me acordaba de mi exigua feligresía.

Fuí desgranando despacio las primeras oraciones de la Misa. Confieso que al sentirme más cerca del Señor se me olvidó un momento lo lejos que me encontraba de aquellos por quienes había venido desde el occidente, pero mi olvido no pudo durar mucho tiempo.

En el Dominus vobiscum que siguió al Gloria, apenas alcé los ojos. No conté los asistentes al San-

to Sacrificio, pero sin pretenderlo siquiera me di cuenta de que el bulto seguía siendo el mismo y consiguientemente permanecía invariable el vacío de la iglesia.

Terminé el Evangelio y antes de rezar el Credo me volví hacia el pueblo a empezar mi sermón. Entonces sí que pude darme cuenta, o mejor dicho, sí que hube de darme cuenta, de que seguían tan sólo las siete "obaasan". Ni una más ni una menos. Esparcidas sobre el tatamis y sentadas sobre los talones, apenas si conseguían disminuir un poco el aspecto de soledad morticina que la iglesia ofrecía.

Tuve una tentación violenta de dar media vuelta y continuar la Misa sin predicarles. ¡Se me hacía tan duro todo el trabajo empleado en la semana de preparación! Anotando palabra por palabra había elegido los términos más exactos, había buscado quien me los corrigiese, había anulado todas las ideas intentando iniciar un proceso de aproximación entre los fieles y el Misionero nuevo y cuando llegaba el momento decisivo no había casi nadie que se aprovechase de mi esfuerzo.

Con todo, me dominé y empecé a hablar. Lo hice despacio y pidiendo al Señor que multiplicase en aquellas siete almas el fruto que pudiera haber repartido por toda la cristiandad.

Duro fué el bautismo de fuego. Fué una mañana de terrible desaliento. Pero todo pasó y al correr de los días vi que los cristianos iban dejándose ver poco a poco por la casa del misionero. No eran muchos y estaban ocupadísimos. Los hombres sobre todo, no conocían el descanso dominical, pero al cabo de algunas semanas ya estaba en contacto con los 60 ó 72 que formaban el pleno de la feligresía.

VISITA DE UNA COMISION ESPAÑOLA

Aquello iba a ser sensacional. Yamaguchi iba a recibir dentro de sus muros a la Comisión española de Comercio, que durante un mes entero alternando con sesiones y profundas conferencias de estudio, había recorrido cuanto en el Japón había digno de ser visto.

Su llegada a Tokio fué el 2 de junio de 1940. El andén central de la estación se hallaba repleto de altos personajes, todos de etiqueta, esperando al "Tusbame" (Golondrina), que entró en agujas a las nueve en punto. Apenas paró el tren, el Excmo. Sr. Ministro de España D. Santiago Méndez Vigo y tras él los representantes del Gobierno Imperial, adelantándose por su orden al coche de lujo donde se encontraba el Excmo. General Gastro Girona, Presidente de la Comisión Económica de Comercio que venía a establecer importantes acuerdos con el Japón.

Japón agasajó a los recién llegados guiándoles a través de sus castillos y palacios encantados, de sus tenaces fábricas, de sus hoteles y teatros, de sus templos, de sus jardines...

Los kimonos más elegantes y las porcelanas más finas, las muñecas más graciosas y las perlas más soñadas, les fueron ofrendadas con exquisito cariño. Tokio y Yokohama con sus fiestas y recepciones: Yokosuka, con sus barcos de guerra; Nikko, con sus santuarios y paisajes; Nagoya, con sus fábricas, castillos y museos; Toba, con sus criaderos de perlas; Nara, con sus templos y sus gamos sagrados; Osaka, con la magnificencia de su poderío industrial; Kyoto, en fin, con el recuerdo de sus antigüedades; fueron desplegando ante sus visitantes el brillo de todo su esplendor.

Un mes entero de trabajo intenso entreverado con estas excursiones para contemplar ciudades milenarias, cascadas y lagos, escuelas militares y acorazados, danzas y ceremonias orientales... y hasta gustar alguna vez entre otras exquisiteces típicas, el arroz sin sal, algo distinto de la paella valenciana.

Un día de julio recibí una carta urgente del Padre Domenzaín. En esencia no decía más que esto: Prepare a toda costa una recepción por todo lo alto en Yamaguchi para que la Comisión de Comercio pueda venerar la tierra bendecida por Javier.

No era empresa sencilla para mí que ni conocía a las autoridades ni podía manejarme con facilidad lingüística.

Inmediatamente y como primera providencia, cogí el tren y me dirigí a Shimonoseki para informarme debidamente en el Turist Bureau de las mejores comunicaciones entre Tokio y Yamaguchi.

Al hacer en la oficina de turismo la pregunta que me interesaba, el empleado que allí estaba para informar acerca de los lugares que se podían visitar, manifestó una extrañeza sin límites.

—Pero, ¿para qué quiere usted llevar a esos señores a Yamaguchi si allí no hay nada que ver?

—Está el monumento a San Francisco Javier, que para un español es mucho, le respondí en el acto.

Se quedó perplejo y luego, con delicadeza pero decididamente, insistió:

—Está usted equivocado. Allí no hay nada que merezca la pena. No existe semejante monumento.

En vista de su incredulidad saqué una foto que afortunadamente llevaba en el bolsillo y se la enseñé. Ante la evidencia innegable de los hechos, se disculpó como pudo y me proporcionó la información que le pedía.

He querido anotar este diálogo para que se haga cargo el lector de lo poco que representaba por aquel entonces el nombre de San Francisco Javier en el Japón. Ni siquiera sabían en una oficina internacional de turismo dónde se encontraba su principal monumento.

Sin embargo, hoy, en un constante que asombra, no hay persona culta que desconozca al Santo, porque su segunda visita, la que hizo su brazo en ansias de peregrinaje, ha penetrado más hondo en el corazón de muchos japoneses que aquella estancia breve pero fructífera de su primera visita.

Una vez de vuelta en Yamaguchi me puse al habla con todas las autoridades. Era grande el interés que tenía de que la Comisión de Comercio Española quedase bien impresionada de su visita, y no era menos el que sentía el Kenchoo —diputación— y el Gobernador Civil de la Provincia o Prefectura.

Los móviles eran distintos pero el resultado idéntico. Mi enfoque era religioso. Javier era un santo apóstol y por eso quería que los comisionados, fervorosos católicos, viesen sus huellas sobre el Japón. El punto de vista japonés era civil, nacional. Aquella representación del occidente había recorrido las mejores ciudades y había contemplado los más bellos monumentos. Sin duda que su impresión tenía que ser en un conjunto espléndida. Que Yamaguchi no quedase a menor altura que las demás Prefecturas...

Uniendo, pues, la gloria humana con la divina, y procurando hacer saltar todos los resortes que tenía a mano, comencé a organizar el recibimiento.

Tuvimos una reunión a la que asistió el pleno de las autoridades. Había tres puntos de interés vital, la comida, el alojamiento, y el recuerdo, que la Diputación en nombre de la Provincia quería hacer a todos los españoles.

Como es natural no faltaron algunos virtuosos de los menos japoneses que propusieron éstos como ideales para el banquete en ciernes. Trabajo me costó convencerles sin herir susceptibilidades, que los europeos reconocemos la exquisitez de su cocina nacional pero que no estamos acostumbrados a ella. Afortunadamente el buen sentido de algunos me tendió una mano y amigablemente decidimos que el lunch sería a la europea.

Más difícil era la cuestión de los hoteles. En una ciudad japonesa de treinta mil almas que ni es puerto de mar ni nudo vital de comunicaciones, no es fácil encontrar habitaciones para una veintena de extranjeros.

Es verdad que había muchas "yadoyas" o posadas japonesas, pero en ellas no podíamos instalar a nuestros huéspedes que en su triunfal recorrido de visitas y homenajes habían parado siempre en los mejores hoteles de estilo occidental.

Descalzarse a la entrada, comer subateados, dormir en el suelo sobre un tatami cubriéndose con el futón, usar el furo o baño japonés en vez del nuestro; eran demasiadas novedades para el poco tiempo que iban a estar en Yamaguchi.

Ante la imposibilidad de encontrarles un lugar que el Kenchoo considerase lo suficientemente digno, optamos por combinar de tal modo los festejos que llegasen una mañana al amanecer, pasasen todo el día entre nosotros y siguiesen a boca de noche hacia Shimo-noseki.

Tomado este segundo acuerdo entramos directamente en el tercer punto a discutir: "El del "omiyage" o recuerdo que iban a regalarles.

Aparentemente esto era algo intrascendente, pero en realidad constituía un gran problema para mí. Días antes, al recibir del P. Domenzaín la invitación de que preparase el recibimiento de los visitantes, había aña-

dido en su carta con toda naturalidad la siguiente idea: Haga que se lleven, sacándola de donde pueda, una maqueta en mármol del monumento de San Francisco Javier.

La idea no era mala. Contenía un fondo de propaganda misionera unido a un recuerdo típico de la ciudad. Lo que resultaba poco accesible a mis posibilidades era conseguir los quinientos yens que por aquel entonces costaba la realización de ese proyecto en mármol.

Conviene recordar que actualmente la peseta es unos diez yens, pero que entonces el valor de nuestra moneda, era mucho menor, (es decir, que un yen eran 10 pesetas), por lo que me encontraba que necesitaba nada menos lo que hoy serían cincuenta mil yenes para poder hacer semejante obsequio a los miembros de la Comisión.

Después de convencerme de que por mí mismo no lo podía hacer, pensé en que otros pagasen lo que yo pensaba encargar y nadie más indicado para gastar de un golpe cincuenta mil yenes que el censo de una Prefectura.

Cuando entramos, pues, en la discusión de cuál sería el mejor "omiyage" para los visitantes, me encontraba dispuesto a meter como fuera la cuña de mi maqueta. Confiaba en que tan sólo tendría que cambiar su propuesta por la mía y que a ellos les resultaría el cambio. A la expectativa de las primeras insinuaciones pensaba y repensaba en mi proyecto. Después de un rato en que nadie quiso lanzar la primera piedra hubo un decidido sugerente que propuso obsequiarles con... ¡una tarjeta postal de Yamaguchi!

Temblé ante el pensamiento de que aquella idea arraigase en los demás, porque en ese caso me encontraba perdido. La tarjeta postal costaba alrede-

dor de un céntimo de yen, la maqueta quinientos yenes. Es decir, extactamente, cincuental mil veces más.

Con mucho respeto a la opinión ajena me decidí a quemar toda mi pólvora en una tentativa desesperada.

Con una inspiración que me debió dar el Santo, porque casi se me olvidó que estaba hablando en japonés, les indiqué que aquello no era un obsequio digno de la ciudad que lo daba, ni de la comisión que iba a recibirlo. Y girando siempre sobre este mismo tema fuí amontonando argumentos tan parecidos unos a otros que en realidad no sé si la suma de todos valía un ápice más que el primero de ellos.

Cuando me callé, hubo un silencio de muerte. Habían cogido bien la idea de que Yamaguchi era una ciudad digna de hacer un regalo como el mejor que en el Japón habían recibido los españoles; pero cuando miraban el presupuesto se les nublaba la vista y se les desdibujaba la idea.

En la pausa inquieta de uno de los silencios meditativos, el Gobernador civil, Takei-san tuvo un gesto de audaz filantropía y levantándose, dijo solemnemente:

—Concedido, se hará la maqueta.

Con esto iba a disolverse la sesión, cuando se le ocurrió una nueva idea al Gobernador; según su opinión la ciudad de Yamaguchi no conocía bien la señera personalidad de San Francisco Javier; la visita de los ilustres huéspedes sería una buena ocasión para instruir al pueblo sobre este punto.

Y quedó resuelto organizar una serie de funciones y conferencias a cargo de la sección de Educación de Kenchoo (Diputación). Pocos días después recibía un programa detallado. El acto más importante sería un "Koen-kai", o sea, varias conferencias en una misma tarde. Junto con el programa re-

cibí una invitación para sostener una de las conferencias, las otras dos corrían a cargo del Rector de la Universidad y del Profesor de Historia. Me alegré sobremanera de esta oportunidad que se me presentaba de predicar nuestra fe a través de la figura histórica de nuestro gran Santo. Me preparé lo mejor que pude, escribí todo lo que iba a decir y en cuanto me fué posible me lo aprendí de memoria.

Y llegó la tarde de la conferencia. En la presidencia de un espacioso salón de actos tomaron asiento todas las autoridades. Entre el público había una gran parte del personal docente de la ciudad, elemento estudiantil y nuestro fervoroso grupo de católicos.

Comenzó el Rector con un discurso de circunstancias, sobre la alegría y honra de Yamaguchi al prepararse a recibir a tan ilustres huéspedes. Del Santo no hizo apenas más que una mención de pasada. A continuación tomó la palabra el Profesor de Historia. Expuso claramente el tema de su conferencia: "Señores, mi misión esta tarde es exponer algo de la personalidad de aquel hombre que se llama Francisco Javier..." La cosa iba bien: un pagano, profesor de Historia, hablando a paganos sobre San Francisco Javier, sin duda esto haría mucho más fruto que todo el que yo pudiera conseguir con mi intervención en aquel acto. Sin embargo, mi alegría duró poco: con un aplomo que imponía, prosiguió nuestro "documentado" historiador: "Señores: yo personalmente admiro a Javier como hombre, como aventurero, como espíritu inquieto de grandes aspiraciones, pero no como propagador fanático de una fe, ni como apóstol de una doctrina exótica... El salón se nubló a mi vista: cuando me recobré un poco, advertí los ojos de todos los circunstantes clavados en mí, como observando mi reacción. Aun echando mano de todo el dominio que iba aprendiendo de mis queridos japoneses, no sé si logré mantener en mi ros-

tro una beatífica sonrisa; de lo que me daba perfecta cuenta es que la temperatura de mi cara era la del rojo blanco. Mientras seguía nuestro orador cada vez más entusiasmado: "Que Javier en tiempos tan remotos y con medios de navegación tan primitivos, atravesase mares ignotos, dejase atrás continentes e islas y arribase como primer embajador de occidente a nuestras playas, habla muy alto de su nombre; latía en su corazón el espíritu de la aventura y la intrepidez del heroísmo que no conoce el miedo. Pero el que trajese en la mano izquierda la Cruz en la derecha un arma de fuego, que bajo la humilde sotana del misionero ocultase la armadura del soldado, nos habla claro del verdadero ideal que alentaba su fanatismo: Javier venía con el estandarte de la fe a preparar la dominación de nuestro país, a minar, como consta por documentos históricos, nuestra nación, para facilitar la entrada de las naves conquistadoras de España y Portugal..."

Por desgracia el discurso continuó así más de una hora. Alabanzas, aberraciones, disparates, calumnias... de todo había. Y, sobre todo, un aplomo y una apariencias de preparación y fuerza documental tan fuerte que a medida que a mí me iba hirviendo la sangre por la indignación, hacía que sus palabras fueran penetrando en el público, que las ingería como dogma de fe indiscutibles.

Con eso, se me planteó un dilema tremendo. O salvaba mi discurso, que tantos sudores y preparación me había costado, con lo cual dejaba sin refutar todos aquellos disparates; o para hacerlo, improvisaba uno nuevo que dejara un poco las cosas en su sitio. Una mirada al grupo de los católicos me decidió, a pesar de lo arriesgado de la empresa: tal fué la impresión de lástima que me produjo ver aquellos fervorosos católicos: ciertamente sus miradas pedían mi contestación.

Cuando llegó mi turno, me levanté a hablar encomendándome al Santo para que pusiera en mi boca las palabras que fuesen más para su gloria: así empecé un discurso en el que no sabía cómo iba a continuar y mucho menos cómo iba a terminar. Si alguien me preguntase hoy qué es lo que dije, me pondría en un aprieto; sólo tengo una vaga idea de que fuí presentado a Javier como el Santo que sólo buscaba las almas de los japoneses para llevarlas a la felicidad y eso a trueque del sacrificio total y desinteresado de su propia vida. Hubo momento en que creí era Javier quien hablaba por mi boca, como cuatro siglos antes lo había hecho él mismo en aquel sitio.

¿Habló aquel Profesor con positiva mala voluntad? ¿Fué sincera la preparación de su discurso, pero se fundó en falsas fuentes de información? No lo sé, pero el incidente me pareció significativo porque me indicaba el concepto que se tenía del Santo en la mayor parte del Japón: un aventurero, un conquistador político...

Y fué por fin, a principios de junio, cuando una mañana de sol, fresca todavía pero con rebrillo que era profecía de calor, llegaron a la estación de Yamaguchi nuestros insignes huéspedes.

Su conducta fué desde el principio motivo de admiración y apología viva de su catolicismo. Sabían que aquella ornada tenía más de peregrinación que de romería, y por eso vinieron en ayunas para comulgar.

Las autoridades vieron con un poco de asombro que declinando cortesmente el desayuno que ya para entonces estaba preparado, se dirigían todos a la iglesia, a visitar al Shimpusama —padre— para asistir al Santo Sacrificio de la Misa.

Estoy cierto de que ellos no olvidarán con facilidad aquel día, pero pueden estar seguros de que tam-

bién los misioneros españoles que allí les recibimos, no podremos hacerlo nunca.

Después de vivir unos cuantos años en tierra pagana se pierde la medida de la dimensión religiosa. Una iglesia que en nuestros países apenas llegaría a parroquia pueblerina, adquiere a nuestros ojos categoría de Catedral. Y una Comunión Pascual a la que asistían cien personas era un lleno rebosante.

Por eso cuando aquella mañana de julio, vimos entrar en la pequeña Capilla Misionera aquel grupo de peregrinos con su fe recia y con deseo ardiente de recibir a Cristo Eucaristía, nos parecía que estábamos en un país de encanto, lejos de nuestra dura y solitaria realidad.

Los tatamis japoneses que nunca reciben un pie sin descalzar, fueron aquel día hollados sin misericordia con una profanación a la etiqueta humana más que debidamente compensada por un acto hermosísimo de adoración a Dios.

Cada Misionero en un ángulo de la Capilla iba recibiendo a los penitentes que sin excepción querían confesar y comulgar. Cuando todos habían concluído las últimas palabras de la penitencia purificadora, se celebró el Santo Sacrificio. Y entonces ¡Dios Santo! Cómo lloraban algunos de aquellos hombres fornidos al sentir su unión con San Francisco Javier, y la iglesia misionera de todos los siglos en aquel puesto de avanzadilla conquistadora. Después de la misa, fuimos al monumento de San Francisco Javier, donde tuvimos ante la Cruz una ceremonia con los consabidos discursos de bienvenida.

Recuerdo que un muchacho que estudiaba español se dedicó a hablar durante diez minutos. Como no tenía la suficiente soltura escribió varias cuartillas, me las trajo para corregir y... le devolví otras tantas iguales en número pero con un contenido de un castellano un poco más puro.

No se me ha olvidado este detalle insignificante porque a la mañana siguiente con menos de veinticuatro horas de intervalo, se me presentó de nuevo en casa para corregir la pronunciación y el tono declamatorio. Venía a manos limpias. Las cuartillas se las había dejado sobre una mesa de estudio porque desde la noche anterior se haba aprendido perfectamente de memoria, y con tiempo para haber ensayado muchas veces la declamación, las ocho o diez páginas de que constaba su discurso.

Al concluir, cantamos el himno de San Francisco Javier. Lo habíamos enseñado en el colegio oficial y para que fuese mayor su efecto, habían aprendido la letra castellana.

Les causó tanta impresión a los homenajeados el oír un canto en castellano, cantado en Japón y por japoneses, que se levantaron de los sillones presidenciales para unirse al coro que con fervor ardiente, aunque tal vez sin entender lo que decían, estaba reivindicando sus derechos a la protección siempre creciente de Javier.

Después del banquete de mediodía, el Gobernador Civil puso el segundo piso de su casa a disposición de los visitantes y les preparó para las tres de la tarde un té íntimo al que no se viesen obligados a asistir con forzados formulismos.

Y resultó providencial que no fuese algo de etiqueta, porque dieron las tres y cuarto... y los huéespedes seguían en su segundo piso sin hacer acto de presencia.

El Gobernador Civil, que charlaba en el salón con todos los Misioneros, me indicó que podría subir para anunciarles que ya estaba todo preparado. Mi entrada en el "niki" —segundo piso—, fué algo parecido a la explosión de una bomba. Tirados por el suelo, sobre los tatamis japoneses, estaban durmiendo

a pierna suelta con una intensidad que parecía no iba a tener fin.

—¡Padre, que nos dejen dormir un poco! Llevamos un mes sin parar y haciendo noche en los trenes...

Takei-san, sumamente comprensivo se hizo cargo con rapidez de la situación. Sonrió con benevolencia, retrasó cuanto fué preciso el agasajo y se quedó rumiando una idea que impresinó mucho en Yamaguchi.

¡Qué extraños eran aquellos españoles! Eran los únicos hombres que estaban más cansados para divertirse que para ir a rezar delante de su Kamisama "Dios"...

Cuando se marcharon pude apreciar todo el bien que su ejemplo había producido en Yamaguchi. Y no creo que fuera menor el que Yamaguchi había producido en ellos, porque es imposible vivir unas horas de fe intensas sin que el alma duplique sus energías al haber convertido en ellos lo que habitualmente no rebasaba el mundo de la idea.

PRIMEROS TANTEOS

Sin extranjeros ya en Yamaguchi, volvamos a nuestra vida de Misión. Aquello estaba muy muerto. No quedaba más remedio que hacer "algo" para levantar la moral de los pocos cristianos que tenía y que, al mismo tiempo, con su ruido despertaba la conciencia de los paganos. Que supiesen, que en un rinconcillo de Yamaguchi, en una Capilla de estilo oriental, con una Cruz como remate de su profesión de fe, se vivía una religión con todas sus consecuencias.

Lo difícil era dar la primera campanada porque ni tenía medios para ello ni sabía con qué psicología escucharían su tañido los demás. Se me ocurrió —sin querer pensarlo mucho porque de hacerlo me

iba a volver atrás— tener una Procesión solemne. Un acto religioso por todo lo alto que diese sensación de peso a la naciente cristiandad. Una actuación que al admirar a esa masa amorfa que puebla el mundo, diese a mis cristianos una conciencia cada vez más intensa de su importancia y dignidad.

Para que no faltase público era necesario hacer propaganda. Y ésta debería de ser de tal forma que resultase verdaderamente atractiva.

La mejor solución era la de pegar grandes carteles y pancartas y anunciar por todos los colegios inferiores y superiores, sin excluir la Escuela Superior de Comercio que el kyokai —iglesia católica—, iba a organizar una procesión en el más puro estilo occidental. En esto precisamente consistía la novedad para ellos. Imagínate, lector, una ceremonia oriental en cualquiera de nuestras capitales de provincia. Exito seguro y al fin deseo de verla. Durante el día me dedicaba a organizar, dirigir, invitar, procurando mantenerme siempre en contacto con todo el mundo, sin bajar de un ambiente de cierta dignidad, para aterrizar a la noche, cuando nadie podía verme, a hacer de peón del H. Arregui, en el gateo por los suelos que exigen los trabajos de carpintería y en todos los demás trabajos manuales inherentes a cualquier preparación de esta índole.

Después de meter mucho ruido por toda la ciudad y de tener, por tanto, asegurada la asistencia del público, fijé el itinerario: éste no podía salir del jardín de la iglesia entre otras razones, porque los sesenta o setenta fieles de la cristiandad en un sitio cerrado podían abultar un poco pero en una calle o en una plaza darían necesariamente una sensación anémica.

Compré serrín en cantidades fabulosas y con ayuda del H. Arregui, que hoy descansa en el cementerio de Nagatsuka, me dediqué a teñirlo de diversos colores para alfombrar policromadamente los caminos

procesionales, al son del estribillo del Hermano: Semi-uskera, semi-castellano.

—Qué ocurrencia. Procesión con paganos, ¡qué ocurrencia!... Jangoikoa.

Fué muy curioso lo que ocurrió durante los preparativos. Pared por medio con nuestra Capilla había un Gakoo —Colegio— femenino. Con una amabilidad muy de agradecer decidieron colaborar en la fiesta y para ello enviaron a una profesora a hablar conmigo.

En uno de estos momentos difíciles que abundan en tales circunstancias, cuando me encontraba ante unos cubos llenos de serrín teñido de rojo vivo, remangado hasta los codos con una blusa azul descolorida prestada por el Hermano, con pintura hasta en las cejas y toda la masa pegada por los brazos que me servían de espumadera para revolver, oí que alguien a mi espalda pedía permiso para entrar: Gomen Nasai.

En mi fatal aspecto de facineroso sin prestar demasiada atención di la respuesta.

—Entre.

—Y oí que se corría una puerta a mi espalda. Acto seguido preguntaba alguien:

—¿Está el Padre?

Di la vuelta y me quedé de una pieza. Esperaba encontrarme con algún muchacho de los que me estaban ayudando y en lugar de eso me encontré frente a frente con la elegante maestra del Gakoo vecino que venía a ofrecer contribución a la fiesta.

—Sí, sí está, —le dije un poco cortado—. Yo soy.

Las palabras finales sobraban. Al volverme me había reconocido. Su cara reflejó un pasmo indecible y sin llegar a hablar nada coherente, pronunciando sonidos para mi ininteligibles se dirigió de nuevo hacia la puerta.

—Oh, venga usted, le puedo atender ahora perdone mi aspecto...

Y no dije más porque ya era inútil. Se había marchado dejándome solo y chasqueado. ¡Qué había pensado de mi aspecto! Dado el concepto que tenía del Shimpusama, aquel golpe parecía haberle hecho un efecto muy malo... pero yo tenía que preparar la Procesión.

Seguía trabajando y Fukugawa-san —así se llamaba la maestra —no hizo más acto de presencia para concretar la ayuda que pensaba prestarme. Al volver, me figuraba yo, habrá convencido a las demás profesoras que es mejor no volver por aquí.

Llegó el día de la fiesta. Estaba un poco nervioso porque no pensaba salir del atolladero. ¡Era tan difícil hacer algo digno contando con tan pocos cristianos y tan pocos medios! La afluencia de gente empezó a ser extraordinaria. De los cuatro puntos cardinales de Yamaguchi, venían en un goteo sin interrupción. Se llenó la iglesia, se abarrotó el jardín y en las puertas que daban a la calle tuvo que quedarse mucha gente porque la entrada ya era imposible.

Aquello fué providencial. La idea que todos tenemos de una Procesión es la misma: algo que moviéndose va de un sitio a otro. Si esto se hubiera cumplido aquel día al pie de la letra, como eran muy pocos los fieles participantes, casi se hubiera concluído antes de empezar. Pero afortunadamente el moverse entre aquel gentío era imposible. Apenas se podía dar un paso. Para dar la vuelta al jardín, un horario casi tan largo como el de una procesión sevillana.

Eso tuvo la gran ventaja de que en lugar de una doble fila que avanzase majestuosa para pasar en breves momentos ante los ojos de los circunstantes, la fiesta del día se convirtió en una especie de cuadro

vivo que durante mucho rato se grabó en la retina de los espectadores.

No fué una impresión fugaz de algo que queda borroso por la misma velocidad con que ha rozado a nuestra alma. Fué el sentimiento profundo de algo que se contempla durante largas horas recibiendo una larga explicación de cada uno de sus detalles constitutivos.

Hablé de todo. Comenté cuanto podía tener relación con la vida sobrenatural.

Cuando todo hubo concluído, una vez, que el último de los creyentes se había retirado y después de abrazar al hermano que lloraba conmovido por la "ocurrencia" me quedé largamente en la Capilla pidiéndole al Señor que hiciera fructificar en aquella tierra nueva alguna de las semillas que habían quedado esparcidas.

Pasaron un par de días. Me encontraba una mañana rezando el breviario por el jardín, cuando me anunciaron una visita. Me acerqué al recibidor y me encontré... con la misma maestra que días antes había venido a verme y se había vuelto sin hablarme.

Después de las reverencias de rigor y de comentar largamente, como las experiencias me iban enseñando a ser, el estado climatológico, tocamos el tema religioso.

—Sensei, —me decía entre vacilante y decidida—, quisiera estudiar en lo posible la religión católica.

—No faltaba más, para eso estoy aquí.

Cuando usted quiera le explicaré todo lo que a ella se refiere.

Después de que este punto quedó claro y seguro, no pude resistir la tentación de preguntarle:

—¿Cómo se le ha ocurrido venir precisamente ahora a pedir instrucción después del mal efecto que le hizo encontrarme el otro día trabajando?

—Shimpusama, precisamente por eso vengo. No fué mal efecto lo que me hizo. Fué pasmo, admiración, que quedé sin palabra. Ni siquiera podía hablar. Por eso me marché sin hacerle caso cuando me decía que le esperase. ¡Me resultó tan extraordinario ver trabajar así para un obra de la que usted no pensaba sacar ningún beneficio! Cuando pensaba en eso siempre llegaba a la misma conclusión: Muy grande tiene que ser una Religión que hace bregar de esa manera al que no puede secar más provecho que de la otra vida que predica.

Y Fukagawa-san, convencida de la veracidad del cristianismo, porque había visto a un misionero hundido en serrín hasta las cejas, se instruyó, se convirtió y siguió siendo una fiel asistente a todos los actos religiosos hasta que un día se trasladó a Manchuria. Después no he sabido más de ella, pero espero que la Gracia de Dios habrá continuado la obra que tan providencialmente comenzó por un procedimiento humanamente no sólo inútil, sino contraproducente.

Todos nos íbamos entonando. Conocía bien a mis cristianos y ellos me conocían a mí. Habían desaparecido las dificultades iniciales y nos sentíamos miembros de una gran familia. Con todo, como en la vida espiritual nadie ha encontrado una meta ascendente que equivalga a un fin, quisimos buscar la manera de seguir adelante en una continua aproximación a Dios.

A fines de julio tuvimos un Soodan —reunión—. Estaban presentes los más conspicuos. El motivo de él era ver el modo de intensificar la vida de piedad para que nuestra parroquia pudiera ser tenida por modelo.

Sugerí la Misa diaria a las seis y media. Durante un mes debían venir todos los cristianos sin que faltase quien no tuviese un motivo suficientemente justi-

especial de gimnasia que daba Radio Tokio y en la que estaban obligados a participar todos los japoneses. Era una especie de cursillo intensivo de salud que en quince días pretendía enseñar al público en general el modo de vigorizar su organismo por medio del ejercicio físico diario y bien metodizado.

Seguir activamente los movimientos rítmicos que la música radiada llevaba hasta el último rincón del Imperio, era una obligación para todos los súbditos japoneses. Un deber de ciudadanía que nadie pensaba en transgredir.

A esa hora todos los radios de Japón sintonizaban con Tokio y la nación entera. en la calle o en el hogar, en las tiendas o en las fábricas, cortaba su trabajo, para hacer durante media hora la gimnasia ritmada de la música.

En una actividad repentinamente truncada en todos los órdenes de la vida civil, resultaba curioso encontrar a un niño al lado de un anciano y a una muchacha de capital al lado de un labriego, en una danza de salud que cada cual hacía con el mayor entusiasmo. Todos a una cumpliendo sumamente una orden superior, que, en último término, trataba de hacer Imperio.

Puesto este preámbulo por delante podrán hacerse cargo mis lectores de que la dificultad indicada de Radio Taiso era algo real y no una excusa para librarse de la Misa.

Mientras estábamos sumergidos en estas dudas un joven sugirió bromeando:

—Padre ¿por qué no tenemos aquí Radio Taiso antes de la Misa? Sería una buena idea reunirnos...

Me pareció una inspiración del Espíritu Santo. Tomé en serio lo que se insinuaba como una traveficante. No cabía duda de que si esto se lograba, el nivel general subiría inmediatamente. Porque es la

Santa Misa un Sacrificio demasiado grande para no hacer efecto en almas sinceramente buenas.

La idea no cayó mal, pero había una dificultad. A las seis había "Radio Taiso", es decir, una emisión sura de un muchacho y empecé a hacer las gestiones necesarias para que todo quedase convenientemente arreglado.

El primer caso y casi el último fué dirigirme a la residencia del que había sido elegido jefe de barrio para Radio Taiso. Estos jerarcas de la salud rítmica eran los encargados de buscar los lugares aptos en los que se podrían concentrar las personas de su barriada que por un motivo u otro no encontrasen algún sitio más indicada para la gimnasia.

Entramos pronto en materia. Con cierta prudencia porque ignoraba como sería recibida mi propuesta, le insinué:

—Si usted no tiene inconveniente le quisiera ofrecer el jardín de mi iglesia para reunir allí cuantos quisieran hacer Radio Taiso...

Mi interlocutor abrió unos ojos como huevos y sin negar la primera vez por cortesía, para aceptar a la segunda o tercera oferta como es costumbre nacional hizo una inclinación profunda y me contestó en el acto:

—Precisamente estaba preocupado porque no encontraba un lugar en todos los alrededores. De manera que si usted es tan amable como para cedernos el suyo...

Aquello iba bien. Pero convenía que no sólo viniesen los cristianos y unos cuantos más sin interés especial, sino que hubiese una novedad capaz de multiplicar el atractivo.

—Desde luego, —le dije—, lo tienen a su disposición. Pero para que el conjunto sea más completo, me gustaría añadir a la sección ordinaria de Radio Taiso unos diez minutos de gimnasia occidental que

completasen algunos ejercicios.. Esto no alargaría mucho y haría más fructuoso el esfuerzo de estos quince días.

Aquello acabó de coronarlo. Hacer Radio Taiso en el jardín del extranjero y encima recibir una clase gratuita de gimnasia occidental. No era preciso hacer más propaganda para que una obligación diaria se les convirtiese en una verdadera diversión.

Venían todos los días lo menos 150 personas. Con seriedad que los españoles difícilmente podremos comprender, iban repitiendo al son de la música los movimientos de aquella gimnasia, necesariamente reposada, puesto que también obligaba a muchas personas que nada tenían de atletas.

Al final, sobre una pequeña tarima que me hacía dominar a todos los concurrentes, empezaban los movimientos occidentales que corrían por mi cuenta. Para aquel entonces casi había olvidado la gimnasia que había hecho en el Colegio, pero aguzando la memoria anoté varios ejercicios que los japoneses no conocían y con una explicación brevísima de la utilidad de cada uno de ellos, los iba enseñando a aquel público heterogéneo que me imitaba.

Al final, Radio Taiso solía exhortar al pueblo a que diese gracias al Kamisama —Dios— por los beneficios recibidos. Tan cumplidor como el que más, unía yo todos los días mi súplica privada a esta exhortación oficial e invitaba a pasar a la iglesia, a todos los que quisiesen.

El resultado era que, unos porque eran cristianos y querían oír la Misa diaria que habíamos propuesto en la reunión que engendró "Radio Taiso cristiana" y otros por la curiosidad que experimentaban de ver cómo daba gracias al "Kamisama" un occidental, todos entraban a hacer lo que yo les indicase.

Me revestía los ornamentos sagrados. Comenzaba el Santo Sacrificio y antes del Ofertorio les pre-

dicaba diariamente acerca de los beneficios innumerables que de Dios recibimos y de la necesidad que tenemos de corresponder a ellos con nuestra gratitud. Durante aquella quincena en que tuve tanto público nuevo, no creo que dejé de predicarles ninguna verdad fundamental. Cuando menos me quedé con la seguridad de que habían oído todo lo esencial y de que estaban en condiciones de dar el paso si en su potestad de obrar libremente se decidían.

Aquellas dos semanas fueron una nueva campaña de propaganda, que unida a la procesión de días antes, iba abriéndonos camino entre el desconocimiento que nos rodeaba.

FACETAS DE UN PUESTO MISIONERO

Como el espíritu no mantiene su fervor más que a fuerza de fuego, una vez terminado aquel paréntesis de Misa diaria, había que buscar otro motivo de entusiasmo espiritual.

Con la idea de que el mejor método de evangelización es el formar primero una cristiandad fervorosa que se lance después, no a la fuerza sino por propio impulso del celo sobrenatural, a ganar otras almas para Cristo, pensé en los Ejercicios de San Ignacio. Para eso son algo inmejorables. El darlos de ocho días era un imposible que no podía soñar, pero tanto como unos tres días sí era algo que me parecía factible.

Tuvimos, pues, otro "Soodan". Se puso sobre la mesa el problema en cuestión y nadie hizo reparo a la idea. En vista de ello cité a todo el mundo para las seis de la mañana siguiente.

Me levanté. Hice mi meditación y cuando al terminar miré el reloj ví que era la hora prefijada. Sin embargo, me encontraba prácticamente solo. Tres

viejecitas en un rincón de la capilla no se podían considerar un público suficiente para comenzar los Ejercicios.

Pasó media hora y seguía todo el mundo sin aparecer. Ya puede figurarse el lector lo "Komatte"—preocupado—que estaría. Después del optimismo que "Radio Taiso" me había dejado, aquello era una ducha de agua fría que a pesar de ser en agosto no era muy deseable.

Llamé a las viejecitas y les pregunté no sin cierta ansiedad:

—¿Por qué no ha venido nadie?; ayer todo el mundo quedó en hacerlo.

—Shimpusama, me respondió una de ellas, es que la hora es muy mala. A las seis de la mañana todo el mundo está ocupado. No pueden venir.

—Entonces, ¿por qué no me lo dijeron ayer?

—Lo propuso Ud. tan decidido que no nos atrevimos a indicar nada.

—Pero si mi idea no era más que sugerir la hora que fuera más conveniente. ¿Cuándo creen que es mejor? —e irónicamente añadí de broma— por mí si quieren a las tres de la mañana...

Con gran pasmo ví que lo tomaban en serio y que me respondían:

—Sí, es una hora mucho mejor. Esa gustará a todos.

—¿Cuándo sabré si conviene?

Esta misma noche se lo diremos. Y se marcharon las tres para volver al caer de la tarde anunciándome que la gente había acogido bien ese horario.

Al principio no me resultaba fácil convencerme de que la justificación del fallo de aquel día no fuese una excusa. Ignoraba por completo lo que tiene que hacer una familia a las seis de la mañana.

Después he aprendido muchas cosas acerca de esto. Tenían razón. En la estructuración de su vida, en

todo antagónico a la nuestra, las seis de la mañana con frecuencia, equivale a un café de sobremesa. Quiero decir que es uno de los pocos momentos en que toda la familia puede reunirse para estar junta.

En Japón el 70% de la gente come fuera de casa. La mayoría de los empleados, oficinistas, obreros, colegiales, etc., incluso en los bancos, oficinas del Estado toman su "bento" —comida— sentados en el mismo pupitre en que trabajan. El "bento" se reduce a una cajita de metal, que llevan llena de arroz cocido, sin sal y sin aceite, por supuesto, con una veta de pescado o verdura y unas algas o un par de habichuelas en dulce, etc., en un extremo de ella. Y esta es toda la comida que con sus palillos toma una inmensa mayoría de los japoneses.

A la mañana en cambio, desayunan bien.

Estas dos circunstancias hacen que para esta primera comida matutina suelan reunirse todos los miembros de la familia y que las madres y hermanas a esas horas, estén ocupadas en preparar lo que entonces van a comer y lo que sus padres y hermanos van a llevarse al colegio o a la oficina.

De modo que, si bien la excusa de no haber asistido a la primera plática de Ejercicios era fundada, ponía yo muy en duda que no encontrasen otra escapatoria plausible, aunque no fuese más que el sueño, para tampoco presentarse a las tres de la mañana.

Pero Japón es Japón y su mentalidad un enigma para el extranjero.

Contra mi casi seguridad en el fracaso, a las tres y veinte oí cómo se abría y cerraba la puerta corrediza de la Capilla... a las tres y media en punto unos treinta cristianos estaban esperando que empezase a hablarles. Lo hice con alma y vida comprendiendo desde el principio la necesidad que tenía de corresponder a la expectación de aquellos valientes que estaban dispuestos —y lo cumplieron como buenos— a

levantarse durante un triduo a las tres de la mañana, a pesar de que a continuación les esperaba toda la jornada de trabajo.

Para mí también resultaba un poquito duro, porque el apostolado de las estaciones misioneras es más que nada nocturno. Durante el día los catecúmenos y creyentes trabajan, de modo que ni se puede instruir a los primeros ni afianzar la fe y la devoción a los segundos, aumentando su formación con nuevas enseñanzas.

A las once de la mañana se me iban los últimos oyentes y antes de las tres de la mañana tenía los primeros del siguiente día. Me quedaba poca noche y mucho día, pero ojalá nos hubiese sucedido siempre entonces lo mismo por sobra de trabajo. El resultado de aquella tanda de Ejercicios fué mayor de lo que preveía. Los cristianos entusiasmados con su fe y sobre todo viéndose soldados de Cristo Rey no me dejaban parar con proyectos y más proyectos de apostolado: el primero que tuvo mi aprobación fué el de los conciertos. Los japoneses tienen una afición loca por la música oficialmente fomentada por el estudio de la misma que es obligatorio en mayor o menor escala en todos los colegios.

La polifonía occidental y la música orquestada de los grandes maestros europeos se extendió por todo el país.

Basados en esta afición, sabíamos que cualquier cosa que organizásemos en este sentido sería un éxito y que no nos faltaría público para llenar las salas.

Para la primera actuación invité al P. Goosens, hoy director de la Universidad de Música de Hiroshima y a los estudiantes jesuítas alemanes que residían en Hiroshima para que se trasladasen a Yamaguchi a dar un concierto polifónico.

Aseguramos, no sólo el éxito sino la simpatía del pueblo, anunciando que la recaudación sería en beneficio de los inválidos de la guerra de China que, por su longitud más que por su dureza,iba dejando por todas las islas un reguero de mutilados.

Como era imposible tener la función en nuestros locales, a todas luces insuficientes, optamos por pedir el salón de actos de un colegio, que sin gran dificultad nos fué concedido.

Allí, con dos actuaciones en un mismo día, hicimos este primer tanteo de poner la música al servicio del apostolado. Mil auditores en la primera sesión y mil quinientos en la segunda, nos demostraron que era algo realmente interesante para ellos.

La reacción inmediata a unos de estos éxitos, todo el mundo sabe que es de optimismo. Con todo, quedó un tanto nublado, días después, por un fenómeno que se venía repitiendo cada vez que teníamos un acto católico de cualquier género que fuera, en el que nos poníamos en contacto con muchos paganos. Mucha preparación, mucho ruido, mucho éxito... pero ningún catecúmeno.

El misionero de primera hora espera que una vez establecido contacto con los paganos se interesarán éstos por los problemas religiosos y pedirán instrucción la mayoría de ellos. Presupone, equivocadamente, que en todas esas almas que viven sin luz, hay un deseo ardentísimo de conocer la Verdad. Por eso no duda que, tan pronto como tengan una ocasión de abrazarla, han de hacer lo imposible por conseguirlo.

La realidad en cambio —y eso mucho más antes que ahora— demostraba palpablemente que había un concepto erróneo en la mente del misionero que así pensase. El pagano se ponía en contacto con él, le oía hablar una, dos, tal vez hasta media docena de veces. Se enteraba perfectamente para qué había veni-

do desde su nación de otro continente. Oía hablar de valores espirituales, y después... no se preocupaba en absoluto de Religión. Otros aun cuando sintiesen el aguijón de la ansiedad religiosa no eran lo suficientemente fuertes para romper con el respeto humano y se quedaban con sus dudas en su propio pecho.

Tardé bastante en deducir estas consecuencias. Pero cuando recapacité despacio sobre los muchos paganos que habían conocido nuestra Iglesia en la Procesión, los que más tarde lo hicieron con Radio Taiso, y por último los que habían asistido a los dos conciertos, en los que se les había dado muchas explicaciones religiosas en armonía con lo que iban a oír, me dí cuenta, no sin una gran desilusión, de que trabajando con vitalidad era muy fácil triunfar en apariencia, pero después quedaba todo por hacer.

¿De qué sirve que conozcan la existencia del Catolicismo si no manifiestan ningún interés en abrazarlo?, me repetía mil veces en los momentos de desaliento.

Esta era mi gran decepción de misionero. El poco interés, que por unos motivos u otros, mostraban hacia el estudio de la Religión los que se iban poniendo en contacto con nosotros.

Esta decepción es una de las llamas más purificadoras del trabajo apostólico. Trabajar sin éxito y no cejar, es además de un signo de supernaturalidad del trabajo, un crisol en que desaparece toda la ganga para no quedar sino el puro amor de Dios y el celo por su Gloria.

Estuvieron a punto de cortarme las alas. Afortunadamente Dios no quiso que fuese así. Cosa providencial, porque en mi siguiente experiencia me convencí de que, a pesar de todos los pesares, había que continuar trabajando del mismo modo. Porque todo lo que he indicado en párrafos anteriores era total-

mente cierto, pero no lo era menos otra verdad que sólo aprendí más tarde...

Después de aquel primer tanteo de concierto por todo lo alto nos decidimos a seguir la marcha con una ligera alteración. En lugar de grandes aglomeraciones que concentran a una multitud incalificable con la que es imposible establecer un contacto a fondo, preferimos a grupos pequeños que, por el mero hecho de tener pocos componentes, se prestan más a la intimidad.

Por eso, sin desplazarnos fuera de nuestros propios locales continuamos ininterrumpidamente nuestros conciertos.

A la tercera o cuarta de estas reuniones observé con cierta curiosidad que siempre, sin que jamás se hubiera dado una excepción, había algunos virtuosos del arte que venían más o menos con media hora de anticipación: cosa no común pues ya se sabe que el acto comienza media hora más tarde de lo anunciado.

Me extrañó, pero afortunadamente la cosa no quedó sólo en eso. Se me ocurrió invitarles a tomar té para suavizar la monotonía de la espera y comenzamos a hablar de temas indiferentes.

A los diez minutos pude observar una ligera variación en la orientación de la charla. No era religiosa pero había evolucionado en ese sentido de tal forma que necesariamente tenía que terminar por serlo. En efecto, diez minutos más y con una suavidad incomparable, en la que los japoneses son maestros, habíamos entrado de lleno en el mundo básico de las relaciones humano-divinas. Era difícil decidir quién había dirigido la conversación hacia esa meta, porque en realidad había obrado allí una doble fuerza: la que impulsaba a aquellas almas a hablar de Dios sin descubrir su anhelo, y el ansia, siempre viva, que un mi-

sionero tiene de poner esas almas en contacto con Dios. Ellas, por temor, procuraban no venderse. Yo, por prudencia, intentaba no forzar las insinuaciones. Pero la suma de aquel temor y aquella prudencia no pudieron evitar que se produjera una fuerza victorial que condujese a Dios.

En conciertos sucesivos volvió a repetirse el caso con personas diferentes. No sólo venían antes con el fin de entablar conversaciones religiosas siempre que de mí surgiese la iniciativa de invitarlas para tener ocasión de hablar, sino que concluído el concierto se quedaban con cualquier fútil pretexto, como el de llevar un par de sillas, apartar unos bancos, y en realidad para volver a trabar una conversación conmigo como camino de llegar a Dios.

Esta realidad que terminaba de descubrir, fué para mí una verdadera Epifanía. Había encontrado la manera de saber qué almas buscan a Dios entre la niebla espesa de su ignorancia y sus timideces.

Hasta entonces no me había dado cuenta que son muy pocos los japoneses capaces de acercarse a un misionero para pedirle a bocajarro instrucción religiosa. Eso no entra en su mentalidad, y como nosotros tenemos que trabajar sobre la materia prima que ellos nos ofrecen y no sobre la que nosotros quisiéramos encontrar, no nos queda más remedio que plegarnos dócilmente a esa realidad psicológica que llevan enraizada en el alma con una tendencia de savia secular.

En cada país pagano los métodos de apostolado son diferentes. Y son también distintos los procedimientos para llegar a la selección de los catecúmenos. En el Japón de hace diez años, y esencialmente lo mismo que en el de hoy, el mejor, casi diría, el único medio, es ese: ponerse en contacto con cientos de

personas para ver cuáles de ellas, remoloneando bajo cualquier pretexto, procuran prolongar indefinidamente el contacto con el misionero.

Son almas que sienten una repugnancia inmensa a decir claramente: "Tengo en mi espíritu un problema vital de dudas y de angustias, ayúdeme". Y sin embargo, con la misma psicología con que un huérfano busca una caricia de la primera mano que con cariño quiera brindársela, están ellas hambreando las palabras de cualquiera que pudiera hablarles con el aplomo sereno de la fe.

Por eso en Japón el método de evangelizar en masas no lo ha elegido ningún misionero moderno. Abocaría necesariamente en el fracaso, porque un japonés tarda horas, casi siempre días, en exponer sus problemas. Y esto no lo hará nunca como no sea en el Santuario de una intimidad que necesariamente rechaza el concepto gregario de multitud.

Un japonés que con sencillez descubriese su alma a estilo europeo, no sería persona normal. Ese hecho tan sólo podría explicarse por una doble razón: la de una anomalía de carácter, o la del Espíritu Santo influyendo de un modo extraordinario sobre esa alma.

Con todo, una vez que han llegado a superar la barrera de esa cerrazón de espíritu, no son almas infradotadas para el heroísmo de una ascética llevada a sus últimas consecuencias. Todo lo contrario. Llegan a empaparse de Dios como el más ferviente de los católicos de la Iglesia primitiva y, en la corriente de su generosidad que mantienen viva a fuerza de sacrificio, llegan a dibujar los perfiles más delicados de la unión con Dios.

Precisamente por aquel entonces me sucedió un caso que condensa ambas realidades: La timidez inicial en abrirse y el heroísmo sangrante de la entrega.

Me encontraba un día rezando el breviario, cuando se me acercó un cristiano para decirme:

—Padre, hay dos jóvenes que preguntan por Ud.

—Dígales que ahora mismo voy.

Terminé los últimos versículos que estaba recitando y pausadamente llegué al reducido recibidor en que me aguardaban.

Al verme entrar se levantaron para saludarme dos muchachas que probablemente no habían cumplido los veinte años. Media hora de charla oscilante e indiferente al cabo de la cual dieron por terminada la visita.

No habían tocado ningún punto importante pero era evidente que tenían algún problema de interés. Si no jamás hubieran ido a hacerme una visita que ni siquiera la cortesía la exigía, ya que éramos totalmente desconocidos.

Al día siguiente me volvieron a anunciar la visita de una de las dos jóvenes de la tarde anterior. Se llamaba Nakamura San y tenía 17 años.

En la conversación de aquel atardecer en que fuimos recorriendo temas antagónicos, mostró una cultura que no dejó de sorprenderme.

—No se extrañe, Padre, —me dijo otra joven que la conocía bien—. Es el número uno de la Universidad.

Las visitas comenzaron a hacerse cada vez más frecuentes. A la cuarta o quinta mostró ya cierto interés hacia el Catolicismo —en realidad lo llevaba en el alma desde antes de la primera— que con charlas sucesivas se convirtió en verdaderas ansias de luz y de verdad.

Dos meses habían transcurrido en una investigación ungida de buena voluntad cuando Nakamura San, me propuso resueltamente:

—Quiero recibir el bautismo.

Problema difícil el que esta sencilla petición planteaba en aquel tiempo a un misionero. La guerra mundial y la participación en ella de la gran Potencia del Oriente era ya una realidad sangrante. El odio y las suspicacias, era el prisma bajo el que se contemplaba a cualquier extranjero. Junto al nacionalismo de un Imperio que se sentía grande y jamás vencido, la exacerbación provocada por una resistencia enemiga que presagiaba su primer gran cataclismo histórico.

Era la tensión de espíritu, pronta a quebrarse que me iba a costar al poco tiempo un mes de cárcel.

A pesar de las dificultades erizadas en la vida de entonces, Nakamura San insiste en su propuesta. Tiene sólo 18 años pero se siente fuerte, con ese vigor sobrenatural que presta la gracia. Presiente el combate pero está dispuesta a una lucha que no le arredra. No le faltan ánimos para asumir toda la responsabilidad de las consecuencias.

Van pasando los días. Desde que se ha bautizado ha ido notando cómo el ambiente se va enrareciendo alrededor de ella. En casa, en la universidad, entre las amigas...

Compañera suya de clase es la hija de una de las primeras autoridades de la ciudad. De grandes cualidades, también, pero sin llegar a la altura de Nakamura San.

Su esfuerzo intelectual, habitualmente superado por la recién convertida, ha ido almacenando en el corazón de la pagana una carga de envidia que en un mal momento hace explosión.

En plena clase, ante el denso silencio de todas sus condiscípulas, insulta públicamente a Nakamura San.

La víctima calla. El profesor, testigo de lo que sabe ser calumnia, prefiere guardar un silencio injusto que enfrentarse con la influyente familia de la ofensora.

Han terminado las clases bajo la crispación de aquel relámpago tormentoso. Nakamura San se dirige a la iglesia para decir agitadamente:

—Padre, esta mañana me han insultado públicamente en la universidad.

Lo comprendí todo, Sabía lo que esta frase quería decir en boca de un japonés y no necesitaba más detalles que iluminasen el conjunto. No ignoraba que para ellos el honor es lo primero. Mucho antes que la salud y aun que la vida. Y ante el honor ultrajado, la venganza es la exaltación del odio como suprema virtud. Tal vez ese rencor oculto irá alimentando la existencia durante años enteros, pero al fin caerá impotente sobre la cabeza del ofensor.

—Padre, el profesor no dijo nada entonces, pero con gran amabilidad (que en castellano traducimos: acusado por los remordimientos), me ha dicho que mañana, antes de empezar la clase, me levante para justificarme frente a la calumnia. ¿Qué hago? ¿Qué debo hacer?

No le dí más respuesta que mi silencio. Por fin dejé gotear estas palabras con la vacilación de una suprema incertidumbre:

—Haga lo que quiera, Ud. misma sabe muy bien cómo debe obrar.

Nakamura San estaba nerviosa. No quería pensar por sí misma. En ese primer conflicto de la honra con la religión, buscaba la fuerza moral de un apoyo externo que nadie podía ofrecerle como el misionero. Por eso insistió de nuevo:

—No, dígame Ud. Padre, lo que debo hacer. Yo no me atrevo ni siquiera a pensarlo. Osoroshii.

¡Qué sensibilidad espiritual tan afinada! No quería pensarlo porque su conciencia estaba clamando entre el fragor de la lucha, cual es el supremo heroísmo del cristiano, pero aunque sea bello, es tan duro el perdón...

Me levanté. Cogí de una estantería los primeros evangelios que encontré a mano y se los alargué mientras decía en insinuante tono de consejo:

—Aquí tiene Ud. la vida de Cristo. Lea la Pasión del Señor y luego piense lo que debe hacer.

Nakamura San asió fuertemente, casi diría convulsamente, el libro que le tendía y sin decir una palabra, hizo una reverencia y se retiró.

No quise quedarme solo. Antes de reanudar mi trabajo, le conté al Señor junto a su Sagrario, lo que El tan detalladamente conocía. Y le pedí para mi pobre cristiana todo el valor que Cristo, sin duda quería darle.

Al día siguiente por la tarde, dos amigas de Nakamura San me visitaron. Venían emocionadas.

—Padre, ha sido algo admirable, nunca visto. Poco antes de comenzar la clase, ante una ligera insinuación del profesor, Nakamura San ha subido al estrado. Ante un silencio expectante en el que se esperaba oir un restallido de látigo, tan sólo la hemos oído pronunciar estas palbras: "Sólo por deferencia con el Sr. Yamamoto subo aquí. Quiere que me defienda de algo que ayer se dijo en esta clase. Pero yo creo que no tengo nada que decir. Cuanto Uds. oyeron no era más que una pequeña parte de mis defectos. Lo único que deseo es que me indiquen también los demás que en mí vean, para que pueda corregirlos".

Y descendió hacia su puesto con una paz nueva que nadie podía comprender. Era la paz que había buscado en el Evangelio. Pero debió costarle mucho el encontrarla. Ella no dijo nada, pero dos cercos oscuros enmarcando sus ojos le hacían traición.

Tardó en llegar a ser cristiana, pero cuando llegó a serlo, cómo bordó sobre su honra una copia en filigrana de la Pasión.

MUSICO Y EXPOSITOR

Para llevar adelante los conciertos que planeábamos teníamos que vivir en un mundo de continuos equilibrios. Ni era siempre fácil organizarlos, ni éramos nosotros unos profesionales que pudiéramos actuar sin una preparación relativamente intensa.

En cierta ocasión me propusieron que cantase algo de música occidental en uno de los colegios de Yamaguchi. Acepté en el acto porque era establecer un puente más entre la Iglesia y la ciudad y me puse a estudiar la partitura.

El único punto negro de aquel programa era que me ofrecían una maestra para que me acompañase con el piano. Y yo, la verdad, he tenido que hacer muchas cosas extrañas en mi vida misionera, pero no sentía la menor devoción en hacer ésta.

Confiando en que las cosas se arreglasen, no deshice el compromiso y esperé a ver por dónde renacía la solución.

Dos días antes del concierto, cuando mi problema seguía sin aparente cambio, me entero de que el P. Lasalle, entonces Superior de la Misión y residente en Hiroshima, iba a venir a Yamaguchi a hacer su visita anual. Me acordé que tocaba bien el violoncello y le envié un propio para que le dijese que se lo trajera porque le haría falta.

Pasaron unas cuantas horas y aquel "servus fidelis" reapareció en mi cuarto, con una sonrisa beatífica, y el violoncello del Padre cariñosamente abrazado.

—¡Te lo ha dado para que se lo traigas!

—No, no he podido verle.

—¿Entonces?...

—Estaba fuera. En vista de eso me he metido en su cuarto y me lo he traído.

—Pero hombre, eso de colarse de rondón en casa ajena...

—Como hacía falta... —concluyó ingenuamente.

Antes de que el Padre Lasalle apareciese hice desaparecer su instrumento debajo de la cama del cuarto reservado a los huéspedes. Allí camuflado debía esperar a que todo quedase resuelto.

No tuve que esperar mucho tiempo. Unos golpecitos en la puerta me anunciaron que el visitante acababa de llegar.

Después de los saludos de rigor que entre misioneros van entreverados con mil noticias de los puestos circunvecinos, le conté la oferta que había recibido de cantar en aquel colegio.

Como todavía se sentía él seguro viendo los toros desde la talanquera, le pareció una idea magnífica y una ocasión que no convenía despreciar.

—La única dificultad está en que no me apetece nada cantar acompañado de la maestra, le dije. ¿No le parece que sería mejor que tocase un hombre?

Todavía sin sospechar a dónde iba me brindó su más entusiasta aprobación. Creo que hasta dió doctrina sobre cuánto más ejemplar sería esto.

—El caso es que en Yamaguchi no existe ese hombre, por eso he pensado que ya que está Ud. aquí tal vez me pudiese acompañar con el violoncello.

Aquello no le pareció tan claro. Me parece que entonces empezó a parecerle no tan reprobable que cantase acompañado por la pianista. Menos mal que con sus frases anteriores se había cerrado la puerta para poder hacer una apología de su posibilidad.

Pero un artista tiene siempre recursos para zafar:

—Lo haría, pero estoy desentrenado. Tendría que ensayar...

—Estupendo. Tengo aquí las partituras y nos quedan aún dos días.

—No, haría falta un violoncello...

—No se preocupe por eso, ya le proporcionaré el mejor de Yamaguchi.

—Imposible. Estoy acostumbrado al mío y con otro no me atrevería a tocar. Y ya ve. Hoy no podemos pedirlo. Mañana llegaría a mediodía lo más pronto y ya resulta tarde para ensayar.

Pareció descansar cuando estos sencillos razonamientos le convencieron de que era imposible que le cogiese el toro.

Se veía libre para continuar contemplando la corrida desde la barrera.

—Entonces, —le dije un poco zumbón— la única solución sería hacer que su violoncello apareciese aquí por arte de magia. ¿No es eso?

—Así es, respondió riéndose.

—Pues si es por eso no faltará, —y levantándome fuí hasta la cama y saqué del último rincón el violoncello que me iba a librar de apuros.

—Ya ve, Padre, que si la dificultad estriba en este buen amigo, ya está solucionada porque aquí lo tiene.

Y antes de que pudiese cambiar la risa de poco antes en un gesto ceñudo al conocer el atraco, le expliqué detalladamente lo que había sucedido, él también se rió.

Sin posible escapatoria no le quedó más remedio que ensayar conmigo hasta que logramos armonizar un conjunto aceptable que nos abrió una puerta más para el apostolado.

La verdad es que Dios arregla las cosas de un modo muy extraño... Hoy en el colegio que escuchó nuestros "arpegios" enseñan religiosas católicas: un crédito a diez años vista... pero se cobra.

Un buen día se nos ocurrió organizar una exposición de arte cristiano. Es muy poco lo que los japo-

neses conocían de nuestra arquitectura, imaginería y pintura religiosa, y pensamos que podría ser útil porque el conjunto da una sensación de potencialidad y de espíritu, al mismo tiempo que necesariamente tendría que hacer alguna mella en las almas.

Conseguimos que nos cediesen un local espléndido en el mejor "depaato" (departamento Store) de Yamaguchi. Para que el lector pueda hacerse cargo con toda exactitud de la importancia que esto tenía, vamos a describirle brevemente, uno cualquiera de ellos.

La palabra "depaato" no es sino una corrupción de la inglesa: departament. En líneas generales son unos grandes almacenes comerciales al estilo de Occidente.

Nuestro "depaato" era algo de eso pero en miniatura: al fin propio de una ciudad de 30.000 habitantes.

Tuvimos buen cuidado de que la exposición llegase montada de tal forma, que la religión dominase, aunque sin estridencias, al arte. En el fondo no buscábamos la belleza sino la salvación.

La vida de Cristo y los pasajes más expresivos del Antiguo Testamento estaban representados en magníficas pinturas que nos dieron pie para repetir mil veces la misma explicación a los distintos grupos de Oriente.

Más de 6.000 personas visitaron aquellas salas en esos pocos días de propaganda religiosa, más o menos velada, y todos se fueron con una somera idea del catolicismo y más de uno con la espina de una cruciante duda interior.

Cuando todo había concluído, hicimos unas encuestas para ver cuáles eran las facetas religiosas que les habían hecho más impresión. Recibimos cartas a centenares y sobre el fondo necesariamente revuelto

y heterogéneo de unas respuestas variadísimas, vimos que la impresión dominante se concentraba en el Sagrado Corazón de Jesús, y en Cristo Crucificado.

Del Sagrado Corazón de Jesús supieron captar, a través de las esculturas y pinturas, su matiz esencial de amabilidad. Porque Jesucristo es amor en todas partes, pero nunca lo es de una manera tan delicada como en su advocación triunfal de los tiempos modernos.

En la cuna es el amor indefenso que busca protección, en la Cruz es el amor que sufre rendimiento, en la Resurrección es el amor que triunfa entre esplendores de gloria. En el Sagrado Corazón es el amor que se entrega con naturalidad, con delicadeza, en una palabra —como recalcaban aquellos japoneses— con amabilidad. Muchos adivinaron esta verdad viva entre las líneas rígidas y necesariamente muertas que trazaron los artistas. Ojalá sean también muchos los que dando un paso más se decidan a corresponder a esa amabilidad de Jesucristo con un gesto de digna gratitud. Que también entre los japoneses nobleza obliga...

El Crucifijo también se grabó muy hondo en sus almas. Espíritus que querían pasar por refinados nos habían dicho que un espectáculo como aquel tenía que causarles repugnancia, y que para quien ignoraba su simbolismo más bien iba a ser contraproducente que polo de atracción. Sin embargo, las respuestas recibidas mostraban lo contrario.

Los japoneses conocían de antiguo la Crucifixión porque la habían usado como los romanos aunque de un modo diferente. Pero igual que éstos la habían reservado, por ser humillante al par que dolorosa, para los plebeyos que no tenían derecho a que se les reconociese y respetase su dignidad humana.

Un criminal sin nombre era crucificado. Un "samurai", un aristócrata delincuente, era condenado a ser su propio verdugo, abriéndole las entrañas con el ritual fúnebre del "harakiri". En lugar de una cruz y dos lanzadas que la atravesasen en aspa, recibía un puñal que equivalía a una sentencia de muerte.

Lo que les pasmaba era contemplar la asombrosa abundancia de Santocristos que han multiplicado la piedad de todos los siglos. Era el aparente antagonismo que existe entre el concepto de Dios —dominador—, y la realidad que contemplaban del Dios ajusticiado. Y aquel misterio que se velaba tras el cristal biselado de unos ojos sin fe, era el centro de todas las preguntas referentes a los Cristos moribundos en el tormento de la cruz alzada.

La incertidumbre respetuosa de aquellas masas desfilantes que preguntaban siempre lo mismo, nos daba pie para explicar continuamente el amor que nos tuvo Cristo al encarnar primero, para morir después. Y cuando a través de todos sus prejuicios y del vacío inmenso de sus ignorancias se abría una brecha por la que penetraba el amor de Cristo hecho humillación y sufrimiento, el respeto se imponía, y la comprensión les abrumaba.

Pasará mucho tiempo antes de que pueda olvidar aquella carta que escribió un pequeño "Chuugakuusei" —estudiante de bachillerato— que no pasaría de quince años. Había contemplado despacio la exposición y se había detenido con particular atención en los Crucifijos. Mil veces había preguntado: ¿Por qué sufre en la Cruz? Y la respuesta se le había clavado muy hondo en su alma. Por eso cuando cogió la pluma para subrayar los puntos en que culminaron sus impresiones, apenas tuvo nada que añadir a esta frase: "Cristo en la Cruz". La mayor maravilla que he contemplado. Si los hombres nos amásemos co-

mo nos amó Cristo hasta morir en la Cruz, no necesitaríamos el espíritu del "Shintasei".

Para comprender la profundidad de esta frase, hay que conocer lo que era este espíritu del Shintasei (palabra usada un poco antes de comenzar la guerra).

Reunía todos los valores patrióticos y espirituales del Japón. Acumulaba todas las tradiciones que son la esencia de su alma.

Pues bien: frente a aquella corriente nacional que lo arrastraba todo, que los jóvenes vivían en la escuela, que se infiltraba en los hogares por el periódico y la radio, que el discutirlas constituía un crimen y el oponerse engendraba una sentencia, aquel pequeño estudiante de 15 años se atrevió a dar su opinión decidida, franca, leal, que de haberse conocido le hubiera costado muchas lágrimas.

Y sin embargo, no mentía. Estaba en lo cierto. Si todos los hombres practicásemos la ley del amor como nos la ha enseñado Jesucristo sobre el Calvario, ¿quién duda que el Shintasei de aquel nacionalismo exagerado sería tan innecesario como las obras que son filantropía sin caridad ni limosna, sin amor?

Tal vez el mayor beneficio que me reportó aquella nueva tentativa de apostolado,fué una orientación, arrancada a los hechos, para conocer el alma japonesa. Un aprender a través de sus palabras lo que más les impresionaba, lo que más les atraía.

Y porque muchas de las reacciones que me dejaron entrever en sus palabras y en sus cartas, fueron insospechadas, me decidí a estudiar a partir de entonces su carácter, porque es imposible llegar al fondo de una psicología que se desconoce.

LOS "DOO"

Es posible vivir muchos años en Japón permaneciendo el último día tan lejano de su ideología como el primero. Van los japoneses por caminos que no

entendemos; por eso aunque los contemplemos mil veces, si no los estudiamos siempre nos serán incomprensibles. Es algo así como si nos pasáramos una hora diaria ante una filigrana de mecánica cuyo funcionamiento nunca tratáramos de averiguar con un análisis detallado de sus diferentes piezas. Al cabo de un mes sabemos de él tan poco como el primero, porque para resolver sus incógnitas se nos exige un esfuerzo que no hemos querido realizar.

Algo parecido nos sucede con la psicología japonesa. O la estudiamos alguna vez, o no la comprenderemos nunca.

Nos pasma a los occidentales que para tomar el té tengan una ceremonia (el "chadoo"), cuya complicación no tiene igual en nuestro protocolo cortesano. Que para escribir a pincel poniendo en sus rasgos un pedazo de su misma alma, posean todo un verdadero arte (el "shodoo"). Que el tiro del arco, deporte entre nosotros, tenga una verdadera filosofía (el "hyudoo"). Que para arreglar las flores con sentimiento íntimamente japonés, tengan una carrera de cinco años que culmina en un título (el "kadoo"). Que la defensa propia tenga una escuela y una teoría (el "yudoo"), en la que a la eficacia se una un matiz de severa elegancia. Y en fin, que en la esgrima (el "kenddoo") tenga en su esencia tal predominio del arte sobre la lucha que se practique más con cañas que con floretes.

Todos estos deportes o ceremonias, tienen en su nombre constitutivo la sílaba "doo", que significa "camino". Y tal vez en esto es donde radica nuestra mayor incomprensión.

Para un occidental, la escritura no tiene más fin que la utilidad; las flores, el adorno; la esgrima, la diversión; la lucha, el ejercicio; el tiro de arco, un entretenimiento; y el té la tertulia que origina.

No vemos en todo ello medios que conducen a nada, sino fines, que por el mero hecho de ser más bien intrascendentes, nos parece absurdo calificar con el rimbombante título de ceremonias.

Sin embargo, para el japonés, la misma realidad física de coger un pincel o empuñar una espada, de arreglar dos crisantemos o de beber una taza de té, de tirar con el arco o de defenderse de un supuesto ataque, adquiere un sentido plenamente distinto. No da valor ninguno a la materialidad de la obra que está realizando, sino al espíritu con que la hace, que es un camino, un "doo" que le conduce a la refinación de su espíritu, hacia un autodominio, hacia la educación de esos valores internos, que tienen ya desarrollados y que hacen del Japón uno de los pueblos con más autoridad sobre sus pasiones. Claro está que esta afirmación ni puede, ni debe entenderse fuera del terreno natural en que ahora estamos hablando, pero ciertamente que es también una ayuda inestimable para el sobernatural al que el hombre está llamado por la bondad de Dios.

Mucho más luz sobre esta materia que todas mis elucubraciones, creo la encontrarán mis lectores en las palabras que el Ministro de Educación de hace dos años, Sr. Araki, dijo a cierto periodista que le propuso la siguiente pregunta:

—¿Que le parece la pasión que existe en Japón por el "base-ball?

—"El baseball es bueno. No está mal que se fomente; pero le falta la verdadera seriedad. Esto excita a los espectadores en demasía y hasta llegan a gritar... tomar el baseball solamente como una diversión, es destruir el espíritu de la juventud. Las antiguas artes militares de nuestros Samurais o caballeros, representan el tipo de deporte más a propósito para las cualidades físicas del japonés. Las raquetas,

pelotas y balones deberían tomarse en Japón con aquella seriedad y amorosos cuidados con que el Samurai antiguo tomaba y cuidaba su propia espada. Eso mismo de jugar tontamente y a golpes con los balones, fuera de las leyes del juego, no es propio de la seriedad japonesa. En cambio, alinearse los equipos y saludarse caballerosamente antes de comenzar el partido, eso sí, es muy conforme al espíritu japonés y debería fomentarse aún más, para suplantar los gritos salvajes y aclamaciones tontas al son de la música callejera. De no tomar los juegos y deportes con cierta seriedad y solemnidad, no llegaremos nunca a cultivar los ideales altos y nobles de la juventud".

En un punto tan difícil para la comprensión europea no he querido poner nada de mi cosecha. Me he limitado a copiar dejando la palabra a un japonés. Más aún, a un elegido entre sus 84 millones de habitantes, para que como ministro de Educación pueda marcar la pauta de sus orientaciones. Su opinión, no creo sea aventurado afirmar, es la de todos aquellos que lo eligieron para su cargo.

Y en esas palabras que tan admirado debieron dejar al periodista si era extranjero, se puede ver que para ellos el deporte, no lo es tal, si se considera al menos como nosotros lo hacemos, es decir, como diversión y como ejercicio. Condenan en él cuanto nosotros ponemos o permitimos como consecuencias lógicas de su misma intrascendencia, y exaltan en cambio unos valores educativos a los que nosotros, salvo en raras excepciones, prestamos poquísima atención.

En juicio legal hay que reconocer que ellos sacan más que nosotros de esos que nosotros llamamos deportes y ellos llaman ceremonias. Donde nosotros ponemos tan sólo valores de la materia, haciendo a veces en el juego un altar a la salud corporal, ellos buscan y encuentran un modo de regir, con

rienda corta, muchas pasiones que nosotros dejamos se desboquen. Y quien en el juego sepa dominarse, tiene asegurado su equilibrio y su ecuanimidad en toda la existencia.

No creo, con todo, que debamos lamentarnos demasiado de la inferior calidad de los beneficios que nuestro punto de vista nos reporta. Sería injusto decir que no llegamos, y con frecuencia superamos, las metas que ellos alcanzan con sus famosos "doos". La única diferencia es que nosotros usamos medios distintos.

Todo el mundo cristiano aspira a ese autodominio de que venimos hablando. Se lucha, quién lo duda, por él. Pero en lugar de buscarlo en la rítmica de un deporte que se convierte en gimnasia del espíritu, lo encontramos en la ascética que nos ofrece nuestro cristianismo. Ellos se remontan por un mundo de horizontes naturales. Nosotros abarcamos un panorama sobrenatural. Por eso cuando ellos y nosotros llegamos a la cumbre, nos encontramos con que realizamos las mismas obras con distinto espíritu y con distintos méritos. Su filantropía, es nuestra caridad. Su honradez caballerosa, es nuestra honradez evangélica. Ellos si roban, manchan su nombre humano, nosotros el nombre que tenemos de hijos de Dios...

Ningún recurso de sus complicadas ceremonias, queda, en cuanto tienen verdadero valor espiritual, excluído de nuestra ascética. Tal vez por eso no nos hemos preocupado nunca de buscar en los formulismos superficiales de estructuraciones puramente humanas, los valores espirituales que tan claramente definidos tenemos y tan fácilmente podemos adquirir en el ambiente sobrenatural de nuestra fe.

Resulta curioso el hecho de que los griegos, el pueblo que más se ha acercado con su célebre "sofrosine" al equilibrio y al dominio de los japoneses y el único

que tal vez haya hecho un culto a la eutanasia, con matices opuestos, pero tan dignos de estudio como los del "harakiri", es el que más revalorizó los deportes como medios educativos de la juventud.

Sus atletas, no eran hombres con vigor de fieras ni seres degenerados que luchasen para comer. Eran artistas, y como tales supieron idealizar de tal forma el ritmo de sus formas, que fueron los modelos más grandiosos de los escultores. Que lo diga si no el Discóbolo de Milón. Y en un plano de paralelismo absoluto podemos colocar el concepto de ambos pueblos sobre los valores espirituales de las armas. Si el arco es filosofía y autodominio en manos japonesas, la lanza es elegancia y línea —hecha belleza plástica en el Dorífero de Polícloto— cuando siente el calor de manos griegas.

Y no resulta menos interesante que, cuando se ha comenzado a negar en las escuelas la existencia de Dios, afirmando con aplomo que todos contamos con un simio entre nuestros antecesores, y se ha suprimido el estudio de la ética como asignatura obligatoria, la fuerza que parecía radicar, casi exclusivamente en los "doos" citados, se ha ido perdiendo en el caos de una vida cada vez más desenfrenada, en la que el suicidio se multiplica y la inmoralidad llega a términos de verdadero escándalo.

Una vez que entré por el estudio de la psicología japonesa, me decidí a poner en el "Kyookai"—iglesia o misión— un "Kyudoojo". Empezaríamos por el tiro del arco como experiencia preliminar. En general se dispara a unos 15 "ken", que son alrededor de unos 25 metros. El arco es de láminas de bambú unidas a presión que le dan una dureza y flexibilidad extraordinarias.

Antes de empezar a disparar suelen hacer algo que equivale al templar de un instrumento músico antes de empezar el concierto. Cogen el arco con solem-

nidad. Tensan la cuerda despacio, muy despacio, como penetrándose de la importancia que tiene el acto que van a realizar, y disparan a un par de metros escasos de distancia, sobre un blanco de paja especial ("makibara"). Después de eso ya pueden empezar a disparar a la distancia reglamentaria. Pedí que me enseñasen y me dieron todas las indicaciones que les parecieron necesarias.

Fueron extrañas. Esperaba que me dijeran: Mantenga su punto de visión fijo en el "Mato" —diana—. Y en lugar de eso me dijeron: despreocúpese del "Mato" porque eso no tiene la menor importancia. No se preocupe de si le va a dar o no. No tenga más intención que procurar identificarse con él. Entonces dispare, suelte la flecha con tranquilidad, y ella irá sola hasta el blanco. En cambio, si en vez de la cuerda, tensa sus nervios en un esfuerzo psíquico de preocupación, esté bien cierto de que no daría en la diana.

Me encontraba en un mundo irreal, con terminología distinta de la que estaban empleando. Ellos usaban la palabra "identifíquese", y yo, que conocía su sentido material en media docena de lenguas, no pude penetrar en el que ellos querían darle en aquel momento. Es decir, ese matiz espiritualista y refinado que convierte el contenido de una idea sin importancia, en una fuente de autodominio y serenidad.

No pude comprenderles aunque no por eso niegue que ellos hablaban un lenguaje que para su mentalidad era claro y que tiene, sin duda, una profundidad filosófica innegable. Es algo así como si a un pobre trabajador que se encuentra en un andamio le disparamos una granizada de silogismos escolásticos en los que los términos "material", "formal", "intrínseco", "esencial", accidental". etc. etc. se barajan continuamente. Entenderá casi todas las pa-

palabras, pero nada del sentido, porque no conocerá la faceta, que precisamente entonces utilizamos para razonar.

Recuerdo que una vez puesto en marcha el "Kyudoojo" venía todas las mañanas, a las 6 en punto, con una puntualidad cronométrica, el Juez del Distrito que era un excelente caballero, y no pagano. Durante una hora disparaba reposadamente sin que el hacer o no hacer blanco alterase en lo más mínimo su digna compostura, y cuando los 60 minutos habían transcurrido plácidamente y sin excitaciones, se retiraba para sentarse, momentos después, en la presidencia de su tribunal.

Dejando a un lado el sentido interno que hemos ido analizando en estas ceremonias, voy a indicar brevemente, como remate de todo ello, el fin que tuvo mi aprendizaje en el tiro al arco.

Como ya he anotado más arriba, me instruyeron detalladamente acerca de cómo debía prepararme para dar en el blanco. Cuando la teoría se acabó y llegó el momento de empezar con la práctica, me coloqué frente a la "makibara" con objeto de hacer ese disparo preliminar que entona al arco y el arquero, y apunté procurando no obsesionarme con la idea de acertar o errar el tiro.

Cuando en la subconciencia estaba convencido de que a esa distancia de dos metros y con este cuidado iba a dar necesariamente en el blanco, solté la cuerda tensa que aprisionaba entre los dedos semiagarrotados, y la flecha, después de arañarme la cara con su parte posterior, surcó el aire como un relámpago para clavarse vibrando... en una ventana que se encontraba a mi derecha. No sé cómo ni por qué, pero en lugar de salir hacia delante, como era mi intención, se desvió en un ángulo exacto de 45 grados que no tuvo consecuencias porque en el camino que eligió su capricho, afortunadamente, no se hallaba el ojo de ningún expectador.

A pesar del "éxito", no me desanimé y quise experimentar en mí aquello que teóricamente no entendía. Me hice arquero durante varios meses y hoy puedo afirmar que comencé poco a poco a vislumbrar de un modo experimental lo que no entendía de un modo teórico... antes de mi encierro en el "Kempei".

LOS EXTRAÑOS CAMINOS DE DIOS

En un intervalo que nos dejó la música, las exposiciones, las actividades ordinarias de la vida misionera parroquial y aquella procesión de los primeros días, se me ocurrió organizar una conferencia médica sobre el valor de las vitaminas, que por aquel entonces estaban muy en boga, tanto en los otros continentes como en el asiático. Parecían un esfuerzo para contentar las inteligencias de los que no podían satisfacer los estómagos.

La ocasión me la ofreció un médico católico, profesor de la Universidad de Keijo, en Corea, que pasó por Yamaguchi camino de Tokyo. Había ya hablado en diversas ciudades sobre este tema y por lo tanto no le suponía gran esfuerzo.

Cuando le abordé la primera vez le resultó imposible porque tenía compromisos anteriores, pero me prometió que al volver de Tokyo, camino de Shimonoseki para reembarcarse de nuevo hacia su destino, se detendría en Yamaguchi para dar su conferencia. A mi cargo no quedaba más que la propaganda.

Contento con lo que pensé iba a ser un éxito, empecé a moverme a toda máquina. Como un japonés jamás dice que no, me pareció que la idea agradaba y que no faltaría público cuando llegase el momento señalado.

Sin embargo, no fué así. Cinco minutos antes de comenzar la conferencia, no había más que tres per-

sonas en el salón que había preparado para aquella ocasión.

Dando no sé que excusa al conferenciante, pedí permiso para retirarme un momento y me lancé a la calle a buscar gente.

No hubo conocido que no abordase para darle el sablazo de su tiempo, pero la cosa era lenta y no llevaba trazas de solucionarse. Afortunadamente me encontré con una joven doctora en medicina con la que tan sólo había hablado una vez, pero que en aquel momento de apuro me pareció una amistad arraigadísima a la que en seguida hice mi petición.

—Oh, no sabe lo que me alegró de verle. Precisamente dentro de unos momentos va a comenzar una conferencia sobre el valor de las vitaminas, y como para Ud. puede ser de interés profesional, no quería dejar de invitarle.

Cuando me había dado tres veces las gracias por mi "amabilidad", creí llegado el momento de la puntilla.

—El caso es que, después de haber hecho mucha propaganda, está ya esperando el conferenciante y no hay más que tres personas en la sala. Si Ud. pudiera ir con algunas de sus discípulas y amigas...

Le cayó bien mi petición y casi sin decir nada para no perder tiempo, se lanzó a una caza desesperada de aficionados a las vitaminas.

En media hora había reunido unas 200 personas. Se había resuelto el problema de tal modo que el retraso parecía debido a una equivocación en el horario.

No sabe ella lo que le agradecí no sólo el salir a flote entonces, cuando tenía el agua al cuello, sino las consecuencias que se siguieron después.

Completamente a la fuerza había llevado a un pariente suyo de 22 años al que no le apetecía ni mucho ni poco asistir a la conferencia. Quiso probarle que

le convenía conocer a fondo esos problemas y se habló de vitaminas A, B, C, D,... no me acuerdo hasta donde llegó en el alfabeto. Al fin, aunque no le convenció de que aquello sirviese para nada, discutiendo, logró que entrase en la sala y que aumentase el número total con su presencia.

Entonces se enteró que el conferenciante era católico, qué era el catolicismo y quién y para qué estaba allí el misionero. Al principio tan sólo sintió curiosidad. Más tarde interés. Luego fe. Meses después recibió el bautismo.

Cuando reflexionó sobre el sonrojo que estuve a punto de pasar aquel día, sobre la falta de público voluntario, sobre el desinterés nacional... leo entre líneas que la Divina Providencia había decidido se acercase a la Iglesia aquel joven, que nunca lo hubiera hecho si todo hubiera ocurrido por sus cauces normales.

No fueron los que pudieran haber ido. El, sin quererlo, tuvo que ir obligado por un compromiso de amistad. Y allí, donde menos lo esperaba, precisamente en un lugar que rehuía, se encontró a Dios que le aguardaba para deslumbrarle con un fogonazo de luz divina.

Cuando queriendo escudriñar por qué un joven como este encontró el camino recto, casi contra su voluntad, me acuerdo de aquellas palabras que el célebre Cardenal Newman respondió cuando le preguntaron cómo de enemigo acérrimo de la fe católica, había podido llegar a tan alta vida sobrenatural. "No he pecado jamás conra la luz...", fué lo único que dijo.

Tal vez fuera esta la respuesta que aquel muchacho de 22 años podría darnos; "Estaba equivocado, no conocía la Verdad, pero nunca había pecado contra la luz..."

Algunos de mis lectores pensará "tanta cosa para obtener una conversión". Sí, es cierto, aunque sería suficiente responder: "un alma vale más que todo el mundo", tal vez aquí la respuesta más adecuada sería: Ese era el trabajo apostólico en Japón antes de la guerra: días, semanas de preparación para un resultado que en números era con frecuencia cero; ya el mero hecho de entrar en la serie de unidades se reputaba como un gran éxito. En Japón no tenían ni tienen entrada los pesimistas. Hay que valorar las cosas por su lado positivo, no por el negativo o el del esfuerzo. Maneras de enfocar las cosas: El pesimista: ¡Ve Ud., después de tanto trabajo, total un catecúmeno que ni sabemos si llegará al bautismo!

El optimista: ¡Ve Ud., si se trabaja, siempre se obtiene algo, si seguimos así pronto tendremos un grupito selecto.

En Japón necesitamos optimistas.

Poco antes de comenzar la guerra y como última experiencia de este período de preencarcelado, me parece que es de interés detenerse en un último caso que pone de manifiesto una faceta nueva del alma japonesa.

Hasta ahora hemos dicho muchas cosas de sus reacciones, pero siempre han sido más de un orden efectivo o psíquico, que ideológico. Estas tampoco hay que perderlas de vista, porque siendo el hombre esencialmente racional, por el pensamiento vamos a la Verdad, y por la Verdad a Dios.

Había en Yamaguchi un profesor de Shoogakko —escuela primaria— gran amigo mío, que estaba haciendo estudios especiales para ascender dentro del escalafón de su magisterio. Nuestra intimidad databa de antiguo, el contacto continuo, las charlas sobre todos los temas, sin omitir el religioso... Muy bueno, sí, pero en una palabra, no acababa de arrancarse. Ni pedía instrucción, ni parecía dar señales de hacerlo en mucho tiempo.

Un día que habíamos entrado de lleno en el campo de lo sobrenatural, me preguntó por fin:

—¿Cree Ud., Padre, que se puede probar la existencia de Dios?

—Desde luego que sí. En caso de que hubiera la menor duda no estaría yo aquí. Solamente por razón, sin emplear ningún argumento teológico, podemos llegar todos los hombres a la certeza absoluta de que existe un Ser al que corresponden todos los atributos que aplicamos a Dios.

Y como manifestó deseos de que le hiciese correr aquel mundo de posibilidades nuevas para él, que le anunciaba, le fuí explicando despacio, y con muchos ejemplos, las razones con que probamos la existencia de Dios.

Una a una fuí desbrozando las cinco vías que Santo Tomás usa para ello. El movimiento de seres vivos e inanimados que necesitan un primer Ser-Motor que lo origine, la contingencia de todo lo creado que requiere la existencia de un Ser Necesario que exista por sí mismo. La tendencia última de todas las cosas creadas que presupone un fin supremo. El orden admirable que reina en el triple mundo de la naturaleza, de los astros y de la vida vegetativa, y animal —racional e irracional. Y por último, el argumento supremo de la Causalidad, que presupone una causa inicial, que exista por sí misma, que a nadie debe su Ser y en la que, apoyándose con la relación de efecto de causa, existan todas las demás cosas.

Fueron dos horas largas las que empleé en desarrollar estos argumentos con todas las aclaraciones que requería el caso. Cuando había llegado ya hasta el fin, cuando había resuelto todas las objeciones que yo mismo me iba poniendo para prevenir posibles dudas, cuando había repetido todo lo que Santo Tomás juzgó necesario para probar a cualquiera que

Dios existe, aquel profesor me preguntó con toda naturalidad:

—Entonces ¿Ud. cree que hay algún modo de probar que Dios existe?

Me quedé de una pieza. Toda la cadena de argumentos eslabonados que tan cuidadosamente había intentado trabar, había sido un golpe en el vacío. Mi oyente se había perdido en el primer silogismo y no se le había ocurrido decirme nada hasta el final.

Quise empezar otra vez, pero no me dejó.

—Pero, si no me importa volver a explicárselo...

—Lo creo; me contestó sonriendo, ya sé que lo haría con gusto, pero no hace falta. Ud. quería demostrarme que Dios existe y ahora lo creo ¿Para qué va a volver a repetir lo mismo que antes?

—¿No me ha dicho que no ha entendido nada? Le pregunté desconcertado.

—Así es, y puedo repetírselo sin faltar a la verdad. No le entendí ni una sola palabra. Pero Ud. es un "hotoke" (ser perfecto)... he observado su vida durante unos meses y ahora veo su convencimiento que para cerciorarse de la verdad que predica, ha estudiado el tema. Y la visión clara de su aplomo, el haber podido palpar hasta el fondo la profundidad de su propia fe, es lo que me ha bastado para convencerme de que tiene que ser cierto lo que dice.

Si antes me había quedado de una pieza, ahora me quedé helado. Aquello era para mí un mundo nuevo. Me habían enseñado a convencer razonando. sin embargo, cuando quise hacer eso en Japón, usando todas las agudezas de la Filosofía Escolástica, me encontré que era labor inútil, porque no me podían seguir por su camino de abstracción, por más que me había esforzado por darles color y vida en los ejemplos. Este caso junto con otros que me acaecieron después, me han enseñado también, quizá porque vivimos en un siglo que niega a Dios contra lo que las

almas, si son sinceras, sienten, que para probar su existencia hay que utilizar en muchos casos, más que los argumentos metafísicos, que prueban mejor, otros tal vez no tan apolíticos y que escolásticamente son considerados tan sólo como escolio. En una palabra, que la metafísica y la pastoral son cosas diversas.

En Europa y América se prueba con argumentos. En Japón se prueba con una convicción vivida que, naturalmente, ha de desprenderse explícita o implícitamente de esos mismos argumentos. En otros continentes nos preguntan por qué creemos. En Japón se fijan cómo creemos. Allí pesa el valor de nuestra ideología, desnuda, descarnada. Aquí, si nuestra vida es consecuente con esa ideología cuyo esqueleto no les interesa apenas conocer. Y todos, sea cual sea su raza y su pensamiento, tal vez el único punto inmutable en el que necesariamente concurren, es el de la buena o mala voluntad para creer. En todas partes podemos repetir como S. Agustín: "Para los que quieren creer tengo mil pruebas. Para los que no quieren creer, no tengo ninguna".

Esto, que al principio me desconcertó muchísimo, me va pareciendo cada vez más natural. Los japoneses son orientales, como lo son los indios, y más allá en un salto continental de este a oeste, los palestinos.

Cristo no concatenó silogismos. En todo el Evangelio no encontramos ni un solo floreo de retórica. Hablaba sencillamente. Decía las cosas como eran y añadía un ejemplo que ayudase a entender lo que nadie dudaba en creer cuando el Maestro lo había dicho. Pero hablaba "tamquam potestatem habens", y podía decir "¿Quién me argüirá de pecado? Y también "Ejemplo os he dado para que me imitéis".

Aun entre los griegos, fundadores de una filosofía que se da la mano con la Escolástica de siglos posteriores, era célebre el aforismo: "Magister dixit" (Lo

ha dicho el Maestro). En la incertidumbre de un problema difícil, la fe sencilla en quien sabía más, era el último reducto.

A los superfilósofos de Occidente les parece hoy ridícula esa posición infantil. Se ríen de los que creen sin saber por qué y casi de lo que creen. Han negado, como por teoría y como principio, una serie de valores eternos que llevan en la misma esencia del alma, porque Dios allí los grabó desde todos los tiempos. Y cuando rendidos a la evidencia por una fatigosa concatenación de ideas que difícilmente arrancan a su razón, ensoberbecida, no les debiera quedar más remedio que confesar a Dios, prefieren volver sus espaldas, cargadas de pecado, hacia la lógica que entronizan como Diosa, para vivir en un mundo de sinrazón injustificable.

Los orientales son más sencillos. Todavía no han hecho la disección a su ideología y a sus creencias. Por eso confiesan con más ingenuidad lo que llevan dentro y no analizan si "piensan,, luego existen". o si su existencia es tan sólo una concatenación de pensamientos, que según algunos adelantados de la abstracción, ni siquiera tiene un abstracto que se llame alma.

Aquellas palabras, que tanto me impresionaron "Creo, por la fe con que Ud. cree", son una inyección de vida sobrenatural para el misionero. Es un estímulo para la santidad porque demuestran que hemos de convertir más almas con el ejemplo que con la lógica.

El gran escritor alemán Moehler, al morir, exclamó enardecido: "Ahora sí lo he visto (a Dios)... Ahora sí podría escribir algo que mereciese la pena... ¡Eso sí que llegaría a ser un verdadero libro...!"

Vida del Misionero: una fe tan grande como si hubiera visto a Dios para que sus días todos sean un libro —páginas las horas, líneas los instantes— que

convenza con la apología viviente de la acción. ¡Qué bien entendió esto el Apóstol de los Gentiles! ¡Quién pudiera decir con él a boca llena "imitatores mei estote sicut et ego Christi".

Recuerdo otro caso más, en que aparecen claros estos extraños caminos de Dios: Durante la guerra vivía en Tokyo un afamado ingeniero aeronáutico que había alcanzado éxitos notables en la construcción de aviones extrarrápidos. Militarizado durante la guerra, al llegar la derrota fué desposeído de su cargo y tuvo que retirarse lejos de la capital. Vino a vivir a Horishima y se trajo a su mujer y a sus siete hijos.

Inteligente, culto y amable, estableció en seguida contacto con nosotros, y no dejó de manifestar alguna simpatía por el catolicismo. La conversación recaía frecuentemente sobre temas en conexión con él; eso nos daba cierto optimismo por lo que se refería a su conversión.

Pero fué corriendo el tiempo y la situación quedó del todo estabilizada. Siempre amable, siempre agradable, siempre simpático, pero sin que su espíritu diese el menor paso de aproximación hacia el Bautismo. Cuando hablábamos de Religión seguía exponiendo las mismas dudas que el primer día y volvía a enroscarse en las mismas dificultades.

Tanto fué así que mi optimismo de antaño llevaba camino de convertirse en franco pesimismo. Comprendí que su manera de conducirse que, al principio, me había parecido tener matices de aproximación religiosa, en realidad no era más que una línea de conducta exigida por su educación y por su temperamento. Japonés fino, era incapaz de llevar la contraria a un extranjero o de manifestar el menor desdén hacia mis opiniones.

Cambié de táctica. Recordaba el refrán español: "de perdidos al río", me decidí a atacar de frente y con energía para ver donde saltaba la cuerda.

Inteligente como era, y sintiendo una cierta inquietud religiosa que no podía ocultar, no rehuía el tema. También él daba la cara y planteaba los problemas con miedo a que se los resolviese, porque no quería darse por vencido. Para un pagano enraizado en sus creencias seculares, resulta muy duro el cambio que le exige el cristianismo.

Más especulativo de lo que suelen ser los japoneses por regla general, se le podían presentar silogismos claros y concluyentes. Seguía perfectamente mi raciocinio. Se escurría como una anguila cuando podía, pero como al fin y al cabo la verdad es sólo una y esta estaba de mi parte, siempre le conducía a un callejón sin salida que era el de su derrota.

¡Cómo reaccionaba entonces! Veía y no quería ver. Le forzaba a reconocer mi tesis con pruebas irrefutables y no quería reconocer. Y en su obstinación saltaba violentamente buscando cualquier escapatoria en un modo tal que la prudencia me aconsejaba guardar silencio.

Las discusiones que al principio, cuando yo tan sólo hacía insinuaciones, eran tan cordiales como hemos indicado, se fueron haciendo más y más tormentosas cuando de la indirecta pasé a la directa y de la política pasé a las armas.

Tanto fué así que llegó un momento en el que todo pareció perdido y empecé a considerar seriamente si sería mejor retirarme y cejar en mi empeño.

Un día en que me dirigí a su casa, barajando esas dudas, me recibió más amablemente que de costumbre y con un gozo que no podía ocultar me dijo:

—Padre, me alegro que venga porque quiero darle una buena noticia.

—¿A mí?

—Así es. A Ud. ¿A qué no se figura que es?

Me quedé pensativo sin poder caer en la cuenta de lo que podría ser. Al fin me di por vencido.

—Si no me lo dice me parece que no lo adivino.

—Es algo de lo que hasta ahora tenía Ud. más ganas que yo, y que ahora tengo más ganas que Ud. ¡Quiero bautizarme!

Me quedé petrificado. Le habia estado cercando no sé cuantos meses, y su invulnerabilidad me había ido haciendo aflojar el cerco. Y precisamente cuando ya casi empezaba a desesperar que pudiese lograr nada, espontáneamente, sin la menor insinuación, pidió el bautismo dispuesto a convertirse.

Todavía no acababa de creerlo. Para ser cierto me parecía demasiada felicidad. Para ser una broma, me parecía de excesivo mal gusto.

—Pero, ¿qué le ha pasado a Ud. para cambiar así y decidirse de repente?

—Ha sido algo momentáneo, es verdad, pero que me ha impresionado tanto, que no he vacilado ni un solo momento. Déjeme que le cuente.

Ud. llevaba ya mucho tiempo intentando que diese este paso, pero ¡qué quiere Ud.! yo no me sentía animado a hacerlo, no creía que hubiese sonado la hora de mi conversión.

Así llegó ayer por la noche. Un día como otro cualquiera en el que luché por la vida, trabajé, reí, sufrí, lo mismo que los demás. Durante toda la jornada no hubo nada que lo hiciese diferente de los otros. La maravilla ocurrió a la noche.

Al terminar de cenar nos encontrábamos todos reunidos en el comedor. Me acompañaba mi mujer y no faltaba ninguno de mis hijos. Me sentía feliz, con una felicidad puramente natural, humana, pero íntima y profunda. Y como todos nos encontrábamos en igual estado de ánimo ya puede figurarse la alegría que reinaba en aquella pajarera en que se encontraban todos los niños.

Les estaba mirando yo unas veces a unos y otras a otros cuando de pronto me llamó la atención el ver

la seriedad que repentinamente se había adueñado de la cara del más pequeño. Ya le conoce Ud. Tiene cinco años y va a estudiar al Jardín de la Infancia de la Parroquia.

Le miré un momento extrañado, pero antes de poder decirle nada ví que se ponía en pie y sin hablar palabra se retiraba del cuarto. Me quedé pensativo. ¿Qué le sucedía? ¿Tendría alguna de esas tristezas infantiles que a todos nos parecieron tan grandes cuando teníamos aquella edad?

Iba a mandar a uno de sus hermanos a buscarle cuando le ví volver con una cara alegre como unas Pascuas, dispuesto a jugar con todos como el que más.

—Tetchan, ven aquí.

En cuanto le llamé se me acercó corriendo. El de pie y yo de rodillas teníamos más o menos la misma altura. Me miró un momento y luego, jugando conmigo, me acarició la cara pasando suavemente sus manos por mis mejillas.

—Como le quiero mucho, confieso, padre, que me emocionó.

—Tetchan, ¿dónde has estado? ¿De dónde vienes?

Me miró sonriendo y me contestó:

—Vengo de rezar.

—¿A quién?

—Al kamisama (a Dios).

—¿Y que tenías que pedirle tan a escondidas y tan urgente qué te has escapado de aquí cuando todos estábamos reunidos?

Me volvió a poner sus manitas de juguete en la cara y me dijo con una voz que parecía un soplo:

—Papá, le he estado pidiendo que le hagas caso al Padre y te bautices..

—Padre Arrupe,. —me decía al contarme esto el padre del niño—, le aseguro que al oír eso se acaba-

ron de repente todas mis dudas y todas mis rebeldías.

La oración de mi hijo, que no había durado más que un minuto, fué la que de golpe me trajo la gracia de la luz. Entonces ví que cuanto Ud. me había estado predicando era cierto. No sabe él, con sus cinco años, todo el bien que me ha hecho.

Cuando concluyó de darme la feliz noticia estábamos los dos emocionados. El por el recuerdo cálido vivido la noche anterior. Yo por la noticia nueva de lo que tanto había pedido sin lograr nada hasta entonces. ¡Con qué cariño saludé aquel día a aquel aliado infantil que me había ganado el combate definitivo cuando ya estaba yo a punto de batirme en retirada!

Fué una maravillosa lección para remachar la eficacia de la oración. Un minuto de súplica había sido mucho más fecundo que todas las largas horas de mis especulaciones. Y al mismo tiempo me enseñó que el mejor apóstol de una familia es un miembro de la misma.

Lo curioso es que en este caso, ni siquiera el causante de aquel cambio que se verificó en todos, porque todos se convirtieron, era católico. Aquel niño no había recibido el bautismo ni sabía nada de religión. Pero como en el jardín de la infancia católico le habían dicho que rezase por su padre que era pagano, él lo hizo sin conocer el alcance de su oración.

Y Dios le oyó, porque Dios ama a los pequeñuelos y se rinde a sus oraciones que son inocentes y puras como sus almas...

— — — — —

En aquella lucha misteriosa por la conquista de las almas, continuamente palpamos nuestra impotencia humana. Sólo en Dios podíamos esperar. Por eso con fe redoblada, le consagramos nuestros afanes de siembra.

Lo habíamos hecho mil veces individualmente, pero llegó un día en que para arrancar más fruto a las esquinosidades de nuestra vida pura, quisimos hacerlo todos reunidos.

Con emoción nos arrodillamos todos los misioneros españoles ante una imagen del Corazón de Cristo. Allí, recordando sus promesas de bendición y sus ansias de amor correspondido, fuimos deshojando nuestra plegaria con entera confianza en su bondad.

Aunamos en nuestra congregación lo más profundo de su teología de entrega y lo más íntimo de su sentido personal.

En nombre de todos, con voz reposada y serena, el P... leyó las siguientes palabras:

"Consagración de la Misión de Yamaguchi al Sacratísimo Corazón de Jesús". ¡Señor: aquí nos tienes postrados a tus pies, en el mismo lugar que Javier, con el corazón despedazado pero lleno de confianza también se postrara!

¡Señor: queremos que desde hoy, esta incipiente misión sea de un modo especial la Misión de Tu Corazón! Por eso hoy, desde lo más íntimo de nuestra alma, te la entregamos por completo.

¡Oh Rey eterno y Señor Universal! Tú que "infirma mundi eligis ut confundas fortia", aquí tienes a los débiles de los misioneros tratando de conquistar para Ti esta región, cuyas dificultades hicieron encanecer al mismo Javier. Convencidos de la inutilidad de todos los medios humanos y sintiendo la escasa eficacia de los métodos ordinarios de apostolado en este país que Tú quieres encomendarnos, no encontramos más recursos que tus promesas. Confiamos, Señor, ciegamente en tu palabra: "A los que propaguen la devoción a mi Corazón, daré eficacia extraordinaria en sus trabajos". Y puesto que necesitamos esa fuerza extraordinaria, te prometemos hoy ser verdaderos apóstoles de tu Corazón, llevan-

do una vida perfecta de amor y reparación. Concédenos, Señor, la gracia de que desapareciendo nosotros por completo, esta Misión sea pronto el argumento fehaciente de la realidad y eficacia de tus promesas.

Nosotros, en cambio, ante la Divina Majestad, por medio de la Inmaculada Virgen María, del Santo Patriarca San José, de N. P. S. Ignacio, del primer misionero de Yamaguchi, S. Francisco Javier y de todos los Santos Apóstoles y Mártires del Japón, te prometemos con tu favor y ayuda consumir todas nuestras energías y nuestras vidas por este único ideal: que todas las almas que Tú nos has encomendado y todo el mundo conozcan las riquezas insondables de Tu Corazón y se abrasen en tu amor".

Y Dios nos oyó. Lo hizo —hoy vemos lo que entonces con fe íntima creíamos—, viniendo a nosotros por unos caminos incomprensibles para nuestra inteligencia humana, víctima de su inmensa limitación.

Quería El que nuestra Misión naciente fuese como el grano de mostaza que empieza ya a crecer; pero para esto, como un recuerdo de su Pasión sangrienta, quiso que su Providencia amorosa y redentora fuese acompañada por nuestras decepciones, nuestros sufrimientos y nuestros temores.

Quiso probar nuestra fe, como lo hizo con Pedro cuando caminaba sobre las aguas. Y para eso, antes del resplandor glorioso de la era que ya apunta, quiso hacernos pasar por una noche negra, como su "noche triste" y por una abandono total de parte de los hombres.

La réplica externa a nuestra consagración fué la cárcel para mí y el destierro para el P. González Gil. Y sin embargo, aquello que aparentemente era un retroceso en el campo de nuestras posibilidades apostólicas, no era más que el fin de un período duro que ya estaba abocando en el principio de una etapa más

fácil y más llena de conversiones: la que hoy vivimos.

Hoy se nos permite hablar de Cristo sin ingerencias extrañas ni sospechas infundadas.

Dios sabe escribir derecho con renglones torcidos.

Señor, tus juicios no son nuestros juicios, ni tus caminos son nuestros caminos...

¿ESPIA?

Había estallado la guerra. Japón era una pieza más en el gran ajedrez del mundo que hervía en odios. Y frente a él, como enemigo vital al que dar jaque mate, su poderoso adversario de la otra playa del Pacífico.

Pearl Harbor había sido ya la sepultura de la mayor escuadra que en una guerra había visto hundirse junta. Miles de toneladas que en inspección de paz cortaban siempre la horizontal marina con la esbelta cuchilla de sus proas de acero, se sumergieron en una vertical de muerte hacia el fondo del mar. Y aquellos colosos del poderío y de la técnica se perdieron entre el verde musgoso de las algas y los reflejos, como de laca, de las caracolas del mar.

Japón cubrió el cielo con las alas de sus numerosos aviones, soltó por el mar sus barcos de guerra, con más de millón y medio de toneladas, empezó a vivir la contienda más dura que jamás había conocido. Y los que entonces vivíamos dentro de sus fronteras, nos sentimos participantes de un conflicto cuyas fatales consecuencias nos podían aplastar, sin posibilidad ninguna de beneficios en las problemáticas ventajas.

Remontándome brevemente a horas de cronología ya narradas, recordaré algunos detalles que son necesarios para comprender el mes aproximado que estuve prisionero, bajo la custodia del kempei o policía militar japonesa.

Ya he apuntado varias veces que a Yamaguchi llegué en años difíciles de nacionalismo exagerado, que hacían sospechosas todas las actividades extranjeras.

Mi antecesor inmediato, el P. Domenzáin, había trabajado con gran acierto y cuando pensaba continuar su actividad en mayor escala tuvo que desaparecer del escenario por varios años, dejándome a mí en su lugar. Mi labor, pues, se apoyaba en la obra meritoria y difícil de mi antecesor, que habiendo vivido en los momentos complicados de toda iniciación, no había llegado a los del incremento.

Todas las actuaciones públicas, que ya han quedado largamente comentadas, crearon alrededor del "kyookai", y sobre todo del extranjero que lo dirigía,, un ambiente de simpatía por parte del pueblo, y de sospecha (por no decir hostilidad) por parte de los sectores nacionalistas, que eran entonces los gubernamentales.

Mientras lo estaba viviendo no me daba cuenta de ello. Con todo no dejó de alarmarme hasta cierto punto, ver que, a los comienzos con frecuencia, y después diariamente, se me presentaba un policía para tomarme una disimulada declaración. Era uno de esos tipos que nunca miran de frente. De un aspecto algo afeminado, y con la pasión dominante de mirarse de reojo en el cristal de la ventana, que a falta de espejo le recreaba con el reflejo de su figura. Hablaba de todo. Preguntaba todo. Y desde las más insignificantes superficialidades de ascética, hasta los núcleos álgidos de los más abruptos problemas políticos no quedaba nada por indagar.

Al principio, sin saber quién era ni a qué venía, me hice la ilusión de que le interesaba el cristianismo con la posibilidad de convertirse. Por eso procuraba unir a la claridad de mis respuestas la mayor paciencia y delicadeza de que me sentía capaz. Pero cuando vi que todo era un juego político, me persuadí de que

mi tiempo debía consagrarlo al apostolado, y fuí cada vez más arisco con aquel tesonero agente de la autoridad.

Esto, que tiene una explicación tan sencilla mirada bajo el prisma de mi vida misionera y de mis obligaciones sacerdotales, excitó más y más las sospechas de cuantos no podían librarse de su obsesión de espionaje.

Les resultaba absurdo tanto trabajo por un Dios a quien ellos no veían y en el que no creían. En aquellos años la fe en el budismo estaba muy apagada ;pero hubiera sido lo mismo en años de efervescencia religiosa, porque su bullir consiste en una serie de limosnas prácticas y ceremonias en fecha fija. Un apostolado como el nuestro siempre será incomprendido por un pueblo pagano.

Cuando estalló la guerra, todos los infolios que aquel policía iba llenando al volver a su casa después de las visitas, fueron relegados (por usar analógicamente un término jurídico) del brazo civil del militar. Cuál no sería el paso del "kempei" al encontrarse mi historial completo a través de la interpretación que aquel reportero iba dando a lo que oía o contemplaba.

A las 6 de la tarde del día de la Inmaculada, 8 de diciembre, cuando estaba preparando todo para la Bendición con el Santísimo, tres policías militares se me presentaron para pedirme —firmes pero delicados— que les permitiese registrar toda la casa.

¡Qué revuelo se levantó en la cristiandad! Hubo de suspenderse la Bendición, para obedecer la orden, y tuvieron que retirarse los fieles, clavada en el alma la incertidumbre de lo que iba a suceder. Antes de una hora, sin ruido, porque era peligroso manifestar simpatía por un extranjero, se había corrido la noticia entre todos los católicos. Nadie sabía si aquello iba a ser un principio de persecución.

Sin dejar un milímetro, revolvieron todo lo que había en la iglesia y en la casa. Hasta me hicieron abrir el Sagrario para mirar, con el respeto que les supliqué, lo que había dentro de aquella especie de "caja fuerte". Cuando vieron las hostias blancas, sobre el oro cansado del Copón, hicieron un gesto de indiferencia y me permitieron volver a poner todo de acuerdo con la Liturgia.

El registro iba terminándose sin el menor contratiempo, cuando ocurrió algo que fué en apariencia lo que dió con mis huesos en la cárcel. Al abrir uno de los cajones de cartas perfectamente catalogadas. Había cometido la imprudencia de conservar todas las que había recibido desde mi llegada. Por eso cuando empezaron a husmear en ellas y se encontraron con algunas en japonés, y las demás en español, alemán, inglés, francés, italiano y hasta algunas en latín, no les quedó la menor duda de que aquella poliglota correspondencia, para ellos completamente incomprensible, tenía que tener fines políticos y matices velados de espionaje.

Por eso, recogiéndolas cuidadosamente, hicieron un gran envoltorio, lo ataron para evitar que algún sobre se deslizase furtivamente al exterior, y salieron con él... y conmigo camino de la cárcel.

Me aseguraron que no tenía nada que temer, que tan sólo iban a entregar aquellas cartas para que las analizasen, y que en cuanto se viese que eran inocentes e inofensivas, podría volver a casa para seguir viviendo con toda normalidad.

No muy seguro de sus afirmaciones, cogí mi breviario, la maquinilla de afeitar y un diccionario para poder estudiar, y con este equipaje sencillo y heterogéneo, me fuí con ellos hacia el edificio central del "kampei".

Ya estoy preso. Me han metido en un salón espacioso de lo menos 25 metros por 15. Tatami, des-

nudo, sin deroración ni mueblaje, que da sensación de frío y soledad. Solamente unas cañas arrinconadas en uno de sus ángulos recuerdan que en tiempos de paz aquello era una sala para practicar el "kendoo" —esgrima—.

Es de noche. El sol de diciembre se acuesta a las 4, para no despertar hasta 14 horas después. Sin futón ni manta me acurruco en un rincón, y procuro dormir sin preocuparme mucho. Dios dirá cuál ha de ser mi destino. Hace demasiado frío para poder conciliar el sueño. Temblando y castañeteando con intervalos de gimnasia sueca para entrar en calor, pasé la noche.

Amanece un sol frío que se filtra por las ventanas espaciosas y corridas del salón. Silencio absoluto.

Van pasando las horas con la lentitud de la espera. Mis esperanzas de poder celebrar la Santa Misa van desapareciendo, porque la mañana está más que mediana y no parece me vayan a dejar en libertad.

A eso de las 11, en vista de que nadie respira por ningún sitio, me asomo a una de las ventanas y llamo a un soldado que pasea por allí. Nuestro diálogo es breve, pero lo suficientemente claro para sacar la conclusión de que he de permanecer largamente allí... "Anone" (Oiga). Estoy esperando aquí, esperando para que me digan cuándo puedo salir a decir Misa "¿Sa, so desu Ka? pues es mejor que le traigan de comer, pues yo creo que va para largo..."

A los dos días se abrió la puerta violentamente y una veintena de soldados se colocó en el interior de la sala. Eran muchachos fuertes, de campo, sin gran cultura. Su entrada fué, pisando fuerte con el gesto y la fe de un ejército que sólo conoce el triunfo. Me arrinconaron en uno de los ángulos, colgaron unas cortinas de separación y me fabricaron un cuarti-

to de unos dos metros de lado a lo sumo. Allí iba a estar recluído, y lo peor es que no sabía hasta cuando.

Al tercer día me encontraba con unas barbas de patibulario. Como no era cosa de seguir así definitivamente, pedí permiso para afeitarme al centinela de guardia. Aquel pobre soldado pueblerino, se rascó la cabeza con unas dudas abrumadoras y decidió que, como él no tenía autoridad para darme ese permiso, lo más conveniente era que elevase una instancia por escrito. No me pareció mal seguir las leyes de ese protocolo, de modo que en cuanto me trajo papel y funde —pincel— le pedí que hiciese por sí mismo la petición, ya que yo no sabía escribir como para eso. La redacté de prisa y yo no tuve que hacer sino firmar.

Con seriedad hizo correr la instancia a su inmediato superior para que él diese curso legal. Así se hizo y varias horas más tarde estaba concedido aquel permiso por las benévolas autoridades para las 7 de la mañana del día siguiente. A las 7 en punto se presentaron dos soldados con una gran palangana rebosando agua hirviendo. Les di las gracias, les indiqué que para otra vez me bastaría la décima parte de agua, y me dispuse a empezar mi afeitado.

Nuevas dudas. Al fin les pareció que aquel sitio no era apto y me trasladaron con mis bártulos y la escolta de los dos soldados de la palangana a un cuartito en el que había varios lavabos corridos. La siguiente dificultad radicaba en el espejo. No estaba acostumbrado a un afeitado a ciegas, en vista de lo cual se lo pedí a uno de los soldados que allí estaban, convencido de que, como todos los demás, llevaría uno. Lo sacó muy amable, pero al ver que era muy pequeño algo así como los de los bolsos de las señoras— se creyó que me sería imposible servirme de él. Cruzamos unas cuantas palabras precipitadas,

yo procurando convencerle de que era suficiente aquello, y él afirmando que era necesario uno más grande. Después de unos momentos en que perdí la polémica y fallo mi lógica, me indicó que esperase un momento y se retiró por uno de los pasillos.

Antes de cinco minutos le vi volver acompañado de dos soldados fuertotes, que traían a pulso el paragüero del recibidor con su magnífica luna central, en la que casi me reflejaba de cuerpo entero.

Sumamente agradecido a tantas amabilidades, me enjaboné a toda prisa y comencé a pasar la maquinilla por la cara con la misma velocidad. Al principio mis únicos espectadores eran el centinela y los dos soldados que habían traído la palangana, y los otros dos que habían cargado con el espejo. Es decir cinco. Pocos relativamente, pero muchos para un afeitado.

Pero cuando empecé a funcionar con toda la habilidad que se tiene para repetir lo que se hace a diario, todos los que estaban barriendo dejando las escobas se fueron agrupando a mi alrededor, dándose codazos de pasmo y haciendo gestos de mayor admiración.

A un accidente le resultará esto extraño, pero es porque ignora que el japonés, habitualmente, casi no tiene barba. Esto es ya suficiente para que las nuestras constituyan aquí una novedad. La gente de campo, como eran aquellos soldados, usan la maquinilla de afeitar y la navaja con extraordinario cuidado y muy despacio.

La tarde de aquel mismo día se me presentó un "Sochoo" —centurión— para comenzar a interrogarme. Como en mi cuchitril no había nada, se trajo una mesa, una silla, papel y pluma. Me preguntaron mi nombre y dos apellidos, y los nombres de mis padres y hermanos. Hecho esto, con gran pasmo por mi parte, se levantó, cogió otra vez su me-

sa, su silla y las cuartillas que había en ella ,sin más borrón que los pocos datos que le había dado, y despidiéndose cortesmente desapareció.

A los dos días, en las mismas circunstancias, se volvió a repetir la misca escena. La única diferencia fué que le hice poner el epílogo. Cuando se iba a retirar le pregunté a ver por qué estaba allí y hasta cuándo pensaba tenerme encerrado. Afortunadadamente era un jefe correcto y servicial que no se negó a contestar:

—¿Quiere Ud. saber todos los cargos que hay contra Ud?

—Sí, —contesté decididamente.

Sin embargo, al verle sacar un fajo de papeles en el que había más de cien cuartillas escritas hasta los bordes, llegué a tener miedo. ¿Habrían declarado alguna falsedad los cristianos bajo la fuerza física o moral de la coacción? No duró mucho mi duda.

Sentado en su mesa empezó a leer. Sentado en el suelo empecé a escuchar. Durante 45 minutos le dejé que siguiese adelante sin una sola pausa, sin la menor interrupción. Fueron tres cuartos de hora en los que por primera vez tuve conciencia de muchos pecados y traiciones —porque se mezclaba lo político con lo religioso— que no había cometido jamás.

Cuando hubo concluído, ante una mirada mía interrogante que se clavaba en aquel rimero de papeles, me indicó brevemente que todo aquello era la ficha de mis actividades hecha por la policía civil, antes de la guerra. Entonces me enteré, que al comenzar la contienda la habrían traspasado a la militar, y que aquel malhadado policía de tiempos pasados era el que después de cada entrevista escribía lo que más le agradaba. Descansé cuando vi que allí no habían intervenido los cristianos. Luego, ya veríamos lo que sucedía, pero al menos, en mi prisión inicial y en las primeras acusaciones, ellos se habían mantenido fieles.

Al terminar de oír todos aquellos cargos contra mi, espontáneamente se me escapó con ironía: "La humildad cristiana nos hace pensar mal de nosotros mismos, miserables pecadores, y yo me había formado muy mal concepto de mí mismo, pero tan malo como todo eso... no..."

Se retiró dejándome sumido en un mar de recuerdos y cavilaciones. Mi sistema nervioso que se iba debilitando, hacía trabajar a la imaginación de un modo extremo. Todas aquellas extrañas acusaciones fueron desfilando abultadas por mi fantasía. Tratando de buscar la causa u ocasión que las había originado llegaba siempre a la misma conclusión: "Todo mentira". Pero, ¿me darían ocasión de demostrarlo? Si no, el horizonte se presentaba muy oscuro. No podía sentirme optimista...

Con la presencia de los soldados, mi prisión, a partir del segundo día, varió ligeramente de matices. Me resultaba más duro el tener mucho menos sitio para moverme, y el continuo alboroto me quitaba hasta la posibilidad de rezar el brevario; pero en cambio aquella gente —buena en el fondo— me prestaba revistas que gracias a mi diccionario, me daban materia de estudio.

CATEQUESIS E INTERROGATORIOS

Un día me encontraba sentado junto a una de las paredes, cuando un par de soldados hicieron lo mismo al otro lado de la cortinilla. Empezaron a hablar, y su charla se convirtió pronto en discusión. El conocido problema de quien cuenta con la gloria de la propiedad entre el huevo y la gallina, lo habían trasladado ellos al agua y a las nubes. Y a la media hora, seguían como al principio, defendiendo el uno que primero fué la nube, y el otro que antes fué el agua de la que aquélla se formó.

Faltos ambos de argumentos sólidos, fueron llamando a todos sus demás colegas hasta formar un grupo compacto, siempre pegados a mi cortinilla, divididos en dos fracciones ideológicas. ¡Problema difícil, irresoluble para ellos!

En una de esas pausas en las que se cogen nuevos bríos para discutir más fuerte, uno de ellos sugirió inspiradamente:

"¿Por qué no se lo preguntamos al gaikokujin —extranjero. Es un Sensei —Maestro— y tiene que saberlo".

La asamblea acogió con aplausos estas palabras y todos en masa se acercaron para ver si les podía sacar de dudas.

El único que se mantenía siempre en un mutismo que nunca traté de esforzar, fué el centinela. Los demás charlaban conmigo ligeramente.

Aquella ocasión me pareció estupenda para hablarles de la existencia de Dios, de la Creación de las relaciones entre el mundo creado que vemos y su Creador... etc. Y me escucharon en un silencio de religiosa atención, porque todo aquello les resultaba nuevo y respondía, además, a esa gran inquietud que todos los hombres llevamos dentro y que no es sino nostalgia de Dios.

Los veía ante mí, con sus ojos fijos en los míos y su emoción clavada en mis palabras. Y yo les devolvía la mirada, sabiendo que no eran felices, y que cada latido de su alma era un vacío y un clamor. Vacío de Cristo; clamor de luz.

Dice Tolstoi, que en el rostro de muchos moribundos se pinta, como última reacción que después perdura, un gesto que no se sabe si es sorpresa o admiración, al ver la magnitud de la vida que entonces se les abre. No niego la verdad de esta frase, aunque tal vez recoja más el sentido de un símbolo que de una realidad. Lo que sí puedo asegurar es que

en la mirada ávida de aquellos soldados, vivos pero con la inseguridad de una malicia de guerra, se dibujaban mil veces los trazos que descubría en los muertos el análisis del autor ruso.

A partir de entonces la catequesis fué diaria. Ni a ellos ni a mí nos faltaba tiempo. No nos ponían especiales cortapisas, porque nuestra conducta era concorde con la legislación de aquel salón que era cuartel-cárcel. Y lo que era básico, ellos tenían ganas de oír y yo de predicar.

Aquellas jornadas intensivas derramaron mucha luz sobre aquellos hombres que el azar juntó y la guerra volvió a separar a su capricho. Tuvieron un conocimiento bastante exacto de nuestra religión. Les resolví todas sus dificultades. Pudieron convertirse, pero no sé si después lo hicieron. Alguno, tal vez, la mayor parte, ciertamente no. Porque como dice León XIII: "La raíz de los errores religiosos radica más en las pasiones del corazón que en las aberraciones de la mente". Y yo, que podía barrer el confusionismo de sus ideas, no podía purificar el fuego pasional de su corazón. Y para convertirse hay que renunciar a muchos pecados y a muchas satisfacciones.

Aquellas catequesis fueron para mí extraordinariamente luminosas, porque comprendí el sentido exacto que ellos dan a nuestras palabras. Ya he indicado más arriba que con frecuencia vivimos en mundos iguales en sus palabras, pero de contenidos diferentes. Y aunque esto sea cierto en todos los órdenes de la vida, el contraste culmina en el vocabulario ascético-religioso. Su idea de Dios no es la nuestra, ni su pecado nuestro pecado, ni su eternidad nuestro vivir sin fin, ni su paraíso nuestro cielo, ni su resurrección entre dudas la nuestra que deshace, basándose en la de Cristo, cualquier duda contra la fe en el triunfo de la otra vida.

Yo les daba el contenido de nuestra Teología, y ellos, con sus palabras y expresiones, me daban la forma que corresponde a ese sentido, aunque haya aparente divergencia y aun contradicción en las palabras.

Y aquel trabajo mutuo en que procurábamos adaptar continentes y contenidos, para llegar al máximo grado de comprensión mutua, fué convirtiéndose en amistad auténtica, aunque extraña y con matices, si si se quiere, paradójicos.

Un detalle curioso, que pone esto de manifiesto, aclarará lo que quiero decir.

Un día, como tantos otros, se me acercó el "gochoo" —cabo—. Traía una carta con la pretensión de que yo la leyese.

—Imposible, —le dije—, no la entiendo, porque están escritos los kanjis de un modo excesivamente corrido para mí.

—Es de mis padres, —me dijo—. Me dicen que me han buscado una novia que me conviene y que no falta más que fijar la fecha del matrimonio. La carta es, más que para pedir consentimiento a la elección que han hecho, para dar la noticia. Pero de todos modos en mi matrimonio quiero decidir por mí mismo, y a mi gusto, sin que nadie se inmiscuya en lo que es asunto mío.

Y después de esta explícita repulsa a la intervención de sus padres, continuó en manifiesta contradicción consigo mismo:

—Sensei, quisiera que Ud. me diera su opinión. ¿Le parece que debo casarme con ella? Porque tengo miedo a cometer una imprudencia que haya de durar toda la vida.

¿Qué iba yo a responderle? Ni conocía a la novia, ni estaba en autos sobre el asunto. Pero precisamente esto es lo que hace resaltar ese matiz de

confianza y al mismo tiempo de autoridad al que habían llegado nuestras relaciones.

De aquel edificio, en que me confinaron el primer día, apenas salí hasta que mi proceso quedó liquidado. Solamente en una ocasión me llevaron entre dos guardias, atravesando toda la ciudad, al "furo" —baño— público. Tener esta delicadeza con un preso resulta extraño cuando después hay en el trato contrastes durísimos. Pero, para comprender esto hay que estar al tanto de que tomar el "furo" es una costumbre nacional tan arraigada como la que más, que ningún japonés deja de hacerlo con la mayor frecuencia que le sea posible.

A ellos les pone de un humor envidiable. Al salir de esa agua que abrasa, tienen un "kimochi" —humor, temple— paradisíaco. Hasta tanto llega esto, que en cierta ocasión me encontré a un niño de cuatro años, hijo de un carpintero que trabajaba en casa.

—¿Qué tal estás? —le pregunté cuando estaba cerca.

—Muy bien, —me dijo retorciéndose como un gato mimado. Y como causa justificante de su bienestar añadió solemnemente—: "Termino de salir del furo".

Así pues, agradecí la delicadeza creyendo que estaría dentro de la misma cárcel. Cuando me sacaron de la sala que me servía de celda, serían las cuatro de la tarde, es decir, la hora en que los estudiantes salían de la Universidad en que yo daba las clases de español.

Iba sucio porque no me afeitaba sino una vez a la semana, ni me cambiaba ni me podía cepillar la ropa. Por eso fué muy duro mi paso entre los universitarios que me habían conocido como respetable "sensei" y que aquel día, sin saber lo que había sucedido, me veían como un facineroso, entre dos policías que me llevaban preso.

No fué mucho tiempo, pero sí el suficiente para que pudiese aprender un poco de los sufrimientos de Cristo cuando, criminalmente maniatado, fué dos veces conducido de la corte romana a la judía.

Con todo, también aquella hora de amargura tuvo su contrapeso.

Fué la noche de Navidad. Cuando la ciudad dormía, mis compañeros de habitación, pero no de infortunio, también descansaban, y... mi corazón volaba a mi capillita con una tristeza inenarrable imaginando la Misa de Gallo que este año no podría celebrar... Oí un ruido extraño junto a una de las ventanas. Era el musitar quedo de muchas voces que con sus acentos contenidos no querían delatarse. Escuché. Si algún lector ha estado condenado en una cárcel, sabrá con qué ansiedad se siguen todos los ruidos anormales que, por el mero hecho de serlo, son ya sospechosos. ¡Hay tantos temores entre las cuatro paredes de una celda!

De pronto, dominando el cuchicheo que hasta mí llegaba, rompió suave, ungido, lento, un villancico de Navidad. Uno de los villancicos que yo mismo había enseñado a los cristianos. ¡Qué contraste el de aquella delicadeza con la injusticia de una condena sobre falsas acusaciones! y a la vez, ¡qué ejemplo de fortaleza cristiana en los acordes de aquel canto que me hablaba de un Cristo Niño, prisionero de amor en un establo...!

Pasaron algunos minutos y aquella ronda, que cantó en la noche, se perdió en el silencio de la ciudad muerta. Ellos se fueron. Yo me quedé. Pero nuestros espíritus quedaron unidos ante el Portal del Niño que dos mil años atrás había nacido en Belén, con gesto de desafío a la comodidad y al egoísmo.

Llegó el 11 de enero. Me había acostado ya cuando un ruido inusitado vino a despertarme. Miré el

reloj y las dos agujas se encontraban montadas sobre las doce. Se encendieron las luces y un "Shochoo" —centurión— con varios subalternos, hizo acto de presencia con libros y papeles para comenzar un interrogatorio. Tuve el presentimiento de que iba a ser el último y definitivo, pero ni adiviné que iba a durar 37 horas seguidas, ni que se iban a dar por contentos con mis declaraciones.

No dejaron punto por indagar. Afortunadamente empezaron por mi vida privada, que prescindiendo de algunos datos concretos, era exactamente igual a la de cualquier otro misionero. Las horas de levantarme y acostarme, la longitud, obligación y utilidad del rezo del Breviario, la continuidad de la meditación matutina, las mortificaciones voluntarias —no pueden comprender este punto de nuestra ascética— y la resignación ante las cosas imprevistas. En una palabra, un recorrido a toda mi vida última.

Y este es un punto que no quiero pasar por alto. El pagano no acaba de comprender para qué viene el misionero, hasta que ya se ha convertido y puede medir todo el alcance y la grandiosidad de la fe. Antes de ese momento nos miran unas veces con curiosidad, otras con simpatía, las más con indiferencia y siempre como a unos comerciantes que vienen a negociar. Y si por cualquier circunstancia llegan a descubrir que esto último es falso, no les queda duda de que somos unos locos.

Es una continuación de la idea de San Pablo, cuando afirma que nuestra Fe en la Cruz es locura para los gentiles. Si esto es así: ¿Qué pueden ser los que predican una insensatez?

En su ignorancia supina no ven en la vida del Misionero más que cuatro rasgos de superficie. Saben que habla de un Dios, distinto de su Buda, que es el Cristo que conocen por la literatura y por las polémicas traducidas del Occidente; pero ignoran los

sacrificios que eso entraña. Cuando al dinamismo que contemplan por fuera, y que a su juicio es capaz de llenar todas las horas del día, tienen que añadir la hora larga del Breviario, los tres cuartos de hora de la Misa, la hora de Meditación, los exámenes de conciencia y las oraciones más breves de otros momentos, se encuentran con que es cierto lo que, de oírlo tan sólo, hubieran jurado que era falso.

Durante mi interrogatorio me dí cuenta de la impresión tan extraordinaria que esto les iba causando. En sus palabras había cada vez más respeto. más desorientación y menos hostilidad. Nunca habían dejado de ser corteses, pero entonces empezaron a ser positivamente deferentes.

A las catorce horas, habíamos agotado el tema privado. Estaba dicho todo, y afortunamente no habían encontrado nada que les pareciera reprensible. Seguimos adelante. La segunda parte iba a ser no ya sobre la persona, sino sobre la doctrina. Tuve miedo porque sabía que iban a procurar que me contradijese en el tema Dios-Emperador.

Estaba cierto de que me iban a poner el mismo problema que los fariseos plantearon a Cristo, cuando le enseñaron la moneda con la efigie del César. Pero tuve que arrepentirme después de ese temor, que tal vez implicó desconfianza, porque Cristo me respaldaba con sus palabras infalibles: "Decidíos a no pensar de antemano cómo habéis de responder, pues yo pondré en vuestra boca unas palabras y una sabiduría a que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros enemigos". (Luc. XXI, 15).

Estaba cansado, estaba nervioso, sabía que en aquel juicio por todo lo alto, me jugaba todo, tanto lo que se refería a mí como lo que estaba en conexión con mis cristianos. Una palabra imprudente podría tener consecuencias desastrosas. Sin embargo, no pasó nada: Cristo estaba conmigo, porque yo es-

taba en la cárced, no por mí, ni por mi doctrina, sino por El y porque predicaba sus mandamientos.

—Explíquenos Ud. —me dijeron ex abrupto— el primer mandamiento de la Ley de Dios.

Había llegado el momento. Me encomendé a Dios y me dispuse a empezar confiando en El para no cometer una imprudencia.

Repentinamente, sin duda inspirado por Dios, en cumplimiento del texto que hace poco he citado, se me ocurrió una idea providencial:

—Está bien. No tengo el menor inconveniente. Además, para que vean Uds. que lo hago con gusto y sinceridad, voy a emplear el mismo procedimiento que uso siempre cuando explico en la iglesia, en lugar de una larga disertación filosófico-teológica, voy a suponer que Uds. son mis catecúmenos, y voy a obrar de acuerdo con este presupuesto.

Les pareció que eso daba más realidad a la explicación y me dejaron llevar adelante mi propuesta.

Después de unas ideas preliminares sobre Dios, sobre la Creación, sobre el hombre y las relaciones que lógicamente debe haber entre el Creador y las criaturas, les pregunté a bocajarro:

—¿Creéis vosotros que Tenno Neika —Emperador— es el creador del mundo?

La pregunta era más profunda de lo que a primera vista parece, y la respuesta embarazosa, dadas las circunstancias del Japón. El Emperador todavía era reconocido como un Kami —Dios—, descendiente y engendrador de Kamis —Dioses—. Pero al mismo tiempo esa palabra Kami era de una significación sumamente vaga para ellos. Con todo, el Japón de hace 10 años estaba demasiado adelantado para poder creer ciegamente que el Emperador era un Dios en el sentido cristiano, y que al mismo tiempo muriese y naciese en una sucesión de vidas como las nuestras. Contradicción de conceptos que sin mucha filosofía

era fácil descubrir. Sin embargo, aunque esto bullece en todas las subconciencias, nadie hubiera podido afirmarlo claramente, porque se hubiera considerado esto como un acto de rebelde insubordinación, un crimen de lesa majestad.

Por eso mis jueces, que en aquel momento se habían convertido en unos niños de catecismo, se encontraron ante la espada y la pared. Era manifiesto que el Tenno Neika no había podido crear un mundo que ya existía hace miles de años. Ni podían afirmar lo que en seguida les hubiera demostrado que era falso, ni querían reconocer lo que les conducía a un terreno resbaladizo que no sabían dónde acababa, y en el que tenían miedo de perjudicarse con alguna respuesta poco concorde con el respeto exigido al Emperador. Optaron por negar hasta la poca ciencia que tenían, prefiriendo pasar por más ignorantes de lo que eran, antes que arriesgarse en una afirmación que nada podía beneficiarles.

—Nosotros no entendemos la Filosofía, dijeron soslayando la cuestión.

A partir de aquel momento me encontré en mi terreno. Empecé a dominar la situación, la confesión de su propia ignorancia, me levantaba cien codos sobre ellos a la vez que les quitaba a ellos la posibilidad de rebatirme en un campo que reconocían ser precisamente el mío.

No contento con la conquista de esta primera posición, comencé a argüirles "ad hominem". Dejé a un lado la Dogmática y me tiré a fondo por la moral. Argumentos de conciencia que no podían negar porque la ley natural que llevaban dentro y las luces de la razón que a todo hombre iluminan estaban abogando en mi favor. Hasta hice palanca en los pecados que cometían contra ese Dios que lo había creado todo y ante el que tendremos algún día que liquidar hasta la última de nuestras responsabilidades.

Aquello casi llegó a una confesión pública de pecados ajenos. Tanto que decidieron cambiar el tema en absoluto sin intentar averiguar cómo explicaba los demás mandamientos.

Nuevos forcejeos en el campo de la política, de las ideas sociales, de las fobias y de las filias bélicas. Un goteo incesante de preguntas hasta que a la hora 37 dieron por terminado el juicio.

—No se preocupe, —me dijeron—, que esto va bien.

El "Sachoo" cogió el funde y se puso a escribir. Al otro lado de la mesa miraba yo el resbalar vertiginoso del pincel sobre las blancas cuartillas que iba llenando con grandes caracteres de elegantes trazos. Al acabar, dándose cuenta de que todo el rato había seguido el movimiento de su mano preguntó:

—¿Ha entendido lo que aquí queda escrito?

—No. Me ha sido imposible leerlo. Es letra difícil y me cogía al revés.

—Entonces, antes de que ponga su firma—propiamente era la huella digital— se lo voy a leer para ver si está conforme.

Y fué cayendo de sus labios la más hermosa confesión de fe que en mi nombre había escrito en primera persona: Yo, Pedro Arrupe... Aquel hombre había penetrado hasta el fondo de mi pensamiento misionero y sacerdotal. Y eso se debió al providencial contacto que había tenido durante los días de prisión con los soldados. La exactitud de expresión que había conseguido para decir, con palabras al parecer inexactas, lo que ellos debían de entenderme, hizo que en las 37 horas de interrogatorio no les diese ni una sola respuesta en la que quisiera decir una cosa y me entendiesen otra diferente.

Al poner el dedo emborronado en tinta sobre uno de los extremos como prueba de que estaba de acuer-

do con todo ello, le pedí al Chochoo por si accedía, que me dejase llevar una copia de aquel documento que tan maravillosamente resumía mis creencias y mis actividades.

No me concedió ese favor. "Es un documento oficial" me dijo un poco arisco; pero en el tono brusco de su voz más que molestia, adiviné la satisfacción que le producía el reconocimiento de su sagacidad, que iba implícito en mi petición.

NO LES GUARDO RENCOR

Media hora más tarde me llamó a su despacho el Jefe Superior. Me anunció que mi libertad era ya un hecho y que podía retirarme cuando quisiera. Pero antes de hacerlo todavía tuve una larga conferencia con él.

Para disculparse de haberme mandado prender me recalcó que eran muy malos los informes referentes a mi persona que de la autoridad civil había recibido. Esto les había obligado a registrarme la casa para evitar males posteriores, y a detenerme para poder hacer un estudio a fondo de mi persona, de mi vida y de mis creencias.

—Si esto es así ¿cómo es que han tenido tanto tiempo sin preguntarme ni una sola palabra y sin someterme al menor interrogatorio?

—Porque uno de los principales elementos de juicio que en estos casos tenemos es la conducta del acusado, no sólo antes sino también después de haber sido encarcelado. Ud. desde el principio se sometió sin la menor rebeldía a todo cuanto se le dijo. Se dedicaba a sus estudios y rezos sin protestar en nada, sin quejarse de nada, sin insultar a nadie.

Mientras decía esto último me estaba acordando de un profesor chino detenido no muy lejos de mí y al que continuamente le oía quejarse a grandes gri-

tos, protestando de todo y prodigando epítetos no de los más correctos a todos los que le rodeaban.

Cuando ya me había puesto en pie para despedirme, aquel hombre volvió a disculparse de lo que entonces llamaba su precipitación.

—Ya sabe Ud —me decía—, que en estos momentos de guerra los nervios están más crispados y no es fácil hacer todo y sólo lo que después se quisiera haber hecho.

Viendo que parecía sinceramente pesaroso le dije sonriendo:

—Ya le he dicho que no tiene por qué preocuparse. Ya sabe Ud. por todas las declaraciones que ha leído que mi misión es predicar el evangelio de Cristo, y que he venido al Japón para hacer esto y para sufrir por los japoneses. Para un católico el sufrimiento no es objeto ni de vergüenza ni de odio. Porque Cristo sufrió mucho más que cualquier hombre, cualquiera de los misioneros católicos con los que Ud. se tropiece verá que no tienen miedo a padecer con y como El. Ud. es la persona que más me ha ayudado para eso, de modo que en vez de rencor, sepa que siento hacia Ud. el agradecimiento que los hombres reservamos para nuestros bienhechores.

—¿Yo su bienhechor? —dijo mientras me miraba extrañado.

—Sí, —le contesté sin pensar en lo que respondía—, mi ideal es sufrir por la salvación de los japoneses y Ud. es el hombre que me ha hecho sufrir más.

Aquellas palabras que Dios debió de poner en mi boca porque no tuve tiempo ni de pensarlas, le impresionaron terriblemente. Me dió la mano a la europea y me dijo mientras me la estrechaba fuertemente:

—Predique, predique una religión como esa: "Subarashii" (admirable).

Y al cruzar sus ojos con los míos pude ver que, además de un reflejo de admiración hacia el cristianismo, había lágrimas, lágrimas de emoción ante la sublimidad de una doctrina que se le presentaba grandiosamente nueva.

Antes de marcharme definitivamente, pasé a despedirme de aquel grupo de soldados que durante días habían estado conviviendo conmigo. Eran amigos, y en cierto modo, eran también catecúmenos de ocasión. Y, cosa rara, a pesar de que no hacía un mes de que nos conocíamos, estaban ellos y estaba yo, sinceramente emocionados.

Aquel fenómeno que he podido observar en diversas circunstancias, no se debía a que fuese yo el que se marchaba, sino el misionero que en mí había encarnado. Era la palabra de Dios que se apartaba de ellos, probablemente para siempre. Era la doctrina de Cristo que se replegaba a donde no la podían alcanzar más. Era la nostalgia indefinida, imprecisa de algo que no les resultaba posible concretar. Creían emocionarse porque yo me marchaba, y no era así. Era Cristo el que se iba de ellos. ¿Puede haber otra explicación de su tristeza...?

Antes de cerrar definitivamente las puertas de la Policía Militar y de cruzar el umbral coronado con los jeroglíficos orientales que se leen Kempei, quiero hacer algunas observaciones sobre el trato que recibí mientras estuve preso.

Se ha hablado mucho sobre las relaciones entre los japoneses carceleros y las víctimas de otras naciones. Se han escrito maravillas y en muchos ha quedado la impresión de que los presos eran galeotes y los carceleros cómitres con el látigo, siempre chasqueante, de su salvajismo.

Antes de asentar una afirmación me gustaría distinguir entre un ejército con sed de sangre e instintos desbocados, y una prisión regida por un cuer-

po disciplinario, que se somete a las leyes vigentes, y que desempeña un cargo, no como quien se venga, sino como quien cumple su deber.

Yo estuve preso en este segundo ambiente, por tanto es el único que conozco con los datos imborrables de mi experiencia. Pero con todo no estará mal decir que los ejércitos de todas las naciones y de todos los tiempos, al romper los frenos de su disciplina militar, han llegado a extremos de la más vergonzosa avilantez.

Sin embargo, ni la historia ha sido sincera en sus apreciaciones, ni el público que se sacia, sin juicio propio, con el pasto que le dan, ha conocido los hechos en su verdadero valor.

Resulta curioso observar que siempre las naciones que han perdido las guerras, han sido las que se han visto cargadas ante la posteridad con los crímenes más repugnantes, y que nunca un pueblo que haya tenido el dominio de la prensa haya sido infamado con salvajismo que deshonra.

En un orden parecido pero con matices de cruenta religiosidad, se encuentra el momento histórico de la Rusia de hoy. Tan comunista es ahora como hace treinta años, sin embargo: qué distinta la reacción del mundo ante la misma realidad. El análisis de este cambio de conducta es humillante, porque crucifica en cuatro rasgos todas las claudicaciones de nuestra cobardía.

Mientras Rusia no fué un peligro, casi nadie se preocupó de sus errores. Hoy que es una amenaza, el mundo clama contra sus desmanes. Y sin embargo, ¿es hoy su maldad mayor que ayer, que hace 10 años?

Cuando León XIII abrió los Archivos Pontificios al célebre historiador Pastor le dijo solamente: "Quiero sólo la verdad y toda la verdad".

La malhadada pluma del Enciclopedismo francés usó otra frase: "Calumnia, calumnia, que algo queda".

Y el mundo, ante esta doble línea de conducta ha preferido entronizar la calumnia desprestigiando a la historia, que respetar la verdad cuya honradez se clava como una espina en los egoísmos creados.

Volviendo pues al trato de los japoneses con sus prisioneros, dejemos que otros juzguen los desenfrenos orgiásticos de las masas salvajizadas, y no condenemos sólo por lo que dice una propaganda que mil veces se ha manifestado tendenciosa.

En el Kampei no me trataron bien... ni mal... Fuí un preso vulgar, uno de tantos. Lo mismo que muchos otros cientos de japoneses que en aquellos días corrían la misma suerte.

La dureza que un extranjero suele creer usan con él, estriba más en las circunstancias que en una disimulada o franca mala voluntad.

Una cárcel occidental, aunque sea paupérrima y durísima, siempre ofrece a los presos un catre, una banqueta y una mesa. Todo en madera de pobreza franciscana, pero no menos útil para el fin que se pretende.

En una cárcel jajonesa faltan las tres cosas. Ellos no las usan ni siquiera en libertad. ¿Cómo, pues, se las van a dar a un recluso? Y resulta, lo confieso, muy duro, tener que estar todo el día tirado por el tatami, con los riñones doblados por no encontrar el apoyo de un respaldo y el tronco molido por la falta de cama.

Pasando a la comida, el extranjero se vuelve a creer que le torturan. Cualquier occidental preferiría el pan y agua de una celda de castigo, a las algas, a los nabos fibrosos y duros, y a los caldos de sabor concentrado —a muchos paladares occidentales repugnantes— con que condimentan todos sus

platos. Ante un menú japonés, muchos americanos y europeos prefieren quedarse en ayunas. El darles eso como ración de rancho, ¿es mala voluntad? No, es tratarle como se trata en Japón a los japoneses.

Esto es lo objetivo. Comprendo que las reacciones subjetivas sean terribles, sobre todo si a estas molestias materiales que he indicado se añade la angustia natural del presidiario.

En mi caso concreto no me quejo del trato recibido, porque lo miro todo bajo el punto de vista japonés. Además les tengo que agradecer la sinceridad con que investigaron mi proceso y lo rápidamente que me pusieron en libertad cuando llegaron a la conclusión de que era inocente.

Detalles delicados no faltaron. Recuerdo que un día me encontraba en mi cabina de 4 metros cuadrados, cuando se me acercó uno de los jefes subalternos.

—A las seis será el "Saikeirei" —saludo de adoración al Emperador—. Ud. lo mismo que todos los demás, tiene que inclinarse respetuosamente para rendirle su homenaje.

Y se retiró sin esperar comentarios míos, tal vez porque mi buena conducta general le hacía confiar en mi obediencia.

No bien había desaparecido por la puerta que da acceso al pasillo central del edificio, cuando se me acercó mi centinela y me dijo en voz muy baja.

—No se preocupe, cuando den las seis, Ud., en lugar de hacer la adoración al Emperador, se inclina con todos pero hacia el lugar en que se encuentra su capilla. Con esa reverencia puede adorar a su Dios.

Delicadeza, ¿no es cierto?

Hubo otro detalle que pudo interpretarse bajo diversos prismas.

El día de Año Nuevo los soldados se habían reunido para celebrar la entrada de aquel enero. Todos ellos habían recibido de sus familiares o habían comprado en las tiendas los tradicionales "mochis" —pastelillos de arroz— que constituye uno de sus mayores encantos culinarios.

Con la cortinilla abierta para que cayese más de lleno la luz sobre mi diccionario, les veía, entre distracción y distracción, comer con fruición los mochis de circunstancias.

De pronto, uno de los reclutas se encaró conmigo y me gritó a varios metros de distancia:

—¿Todavía no has comido mochis este año?

—No, —le respondí levantando la vista de mi libro.

—¿Tienes alguno?

—Ninguno.

—¿Te van a mandar?

—No creo que lo hagan.

Entonces, con el mismo gesto con que un senador romano echaría los restos de su plato al último de sus esclavos me arrojó por el aire uno de los pastelillos al tiempo que gritaba:

—Yutte... kure.

Traducción difícil la de esta palabra. Es el comer, pero no de una persona, sino de una bestia. Se usa por ejemplo con los perros. Me pareció una provocación y un insulto.

El mochi cayó junto a mí. Y allí quedó largo rato. Había sido una frase tan humillante.

Sin embargo, me equivocaba. Miré al soldado y ví que seguía comiendo tranquilo, sin una broma a lo que había hecho, sin un comentario burlón.

Aquella actitud, tosca si se quiere, pero natural y tranquila, me hizo pensar que su acción y sus palabras se podían interpretar de modo diferente. Se

podían interpretar como un latigazo insultante, pero también como una grosería sin mala intención. No se había reído de mí. No había buscado en sus compañeros el aplauso a su proceder. Tal vez todo ello no había sido más que la conducta natural de un alma sin educación ni forma que puliese sus estridencias. Pero al fin y al cabo, él fué el único que me dió el mochi. ¿Por qué iba a dar más trascendencia a lo que el modo tenía de malo que a lo que la acción tenía de buena?

Mi mayor sufrimiento durante todo aquel período fué puramente subjetivo y luego ví que plenamente injustificado.

Me encontraba en la cárcel por ser extranjero y por predicar a todos los vientos el Evangelio. Como extranjero, dejaba detrás de mí la estela de todos los demás que conmigo trabajaban, alemanes unos y españoles otros. Como misionero me sentía en una íntima comunión con todos los fieles de mi parroquia.

Si hubiera podido cortar todas mis relaciones con los demás mortales para que la policía fuera árbitro de sólo mi destino, no creo que me hubiera importado estar allí un mes o un año. Esperaba que no me fusilasen, y si lo hacían, tampoco la cosa tenía gran trascendencia. Mis cuentas se encontraban en regla y no tenía miedo de presentarme ante el Tribunal de Dios.

Mi temor era que, por cualquier imprudencia mía, empezasen a poblar las cárceles de jesuítas misioneros y de japoneses misionados. Repito que todo fué un temor vano, sin fundamento alguno, pero en las horas sin fin de la reclusión, cuando la imaginación —la loca de la casa en frase sumamente gráfica de Santa Teresa— se encabrita, no hay quien le ponga el bocado que corta el fuego del más brioso potro. Dolor psíquico, como el mío, era el de la mayor parte de los prisioneros de guerra.

De todos mis cristianos solamente tres fueron interrogados. Dos mujeres y un muchacho.

La primera en recibir la visita de la policía fué la madre de un actual jesuíta. Qué entereza la suya. Serena, digna, sin una vacilación en sus respuestas, sin una duda en las preguntas que rozaban los puntos de la fe. Los jueces la admiraron mientras declaraba, pero tal vez se sintieron más sobrecogidos ante su impotente aplomo, cuando se enteraron de que, al concluir el juicio, había caído desmayada, exhausta por su magnífico esfuerzo. Grande es una entereza que resiste sin la menor muestra de debilidad, hasta que el sentido se pierde en un eclipse de la razón y de la vida.

Murata-San, de 22 años, fué la segunda interrogada. Se había convertido no hacía mucho tiempo, pero tenía una formación espléndida. Su familia se había opuesto terriblemente negándose sus padres a consentir en su bautismo.

Al principio fué una oposición cerrada, pero sin argumentación. Quisieron imponerse con la sola autoridad que les daban sus derechos paternos. Pero vieron que Murata-San no se resignaba. Había estudiado a fondo el catolicismo y sabía que un padre puede mandar muchas cosas, pero que su radio no es ilimitado. Ante el mandato de Dios, la voz paterna no es nada. Su autoridad delegada nunca puede ser válida contra el mismo que se la dió.

Por eso insistía más y más dejando a un lado esa obediencia ciega japonesa, que es tradición, pero que no puede mantenerse cuando conculca directa o indirectamente los preceptos divinos.

Intentaron disuadirle enfocando el problema desde otra faceta. Día tras día iban presentándole todos los argumentos contra el catolicismo que en libros, revistas o conversaciones podían encontrar.

Murata-San conocía muchas de las respuestas, y

cuando ignoraba alguna venía volando para preguntarme cuál era la solución del problema.

Al fin su familia cedió y pudo bautizarse.

Cuando fué llevada al tribunal tenía todavía frescos todos los argumentos que la Providencia, en forma de oposición familiar, le había hecho aprender durante el largo período de su catecumenado. Desde las primeras preguntas el Espíritu Santo empezó a hablar por su boca, y aquellos pobres jueces, que ni siquiera dominaban los problemas de ética natural, se vieron arrollados por el torrente de verdades que Murata-San dejó caer sobre ellos como un chubasco de verano.

El último de los cristianos que se vió ante los jueces fué un muchacho todavía catecúmeno. Llevaba poco tiempo en contacto conmigo pero era fervoroso y con un deseo ardentísimo de recibir el bautismo.

Le miraron con cara hosca, tal vez para ver si desde el principio lograban atemorizarle:

—¿Por qué vas a casa del extranjero?

—Porque es el único que me enseña una religión que es la verdadera.

—¿Y, las religiones nacionales no te bastan?

—Las respeto, pero no las acepto. Son falsas.

—¿Qué harías si te dijéramos que está prohibido el ir a hablar con el Sensei, extranjero?

—Seguiría yendo, —contestó el muchacho imperturbable.

Los jueces quisieron dar el último toque a su temple.

—¿Aunque te costase...?

—La vida, —les dijo sin dejarles concluir—. Creo en otra vida eterna que no acaba, y por entrar en ella estoy dispuesto a salir de ésta.

La decisión de estas palabras fué tal, que los jueces juzgaron inútil seguir adelante. Dios sabrá por

qué, pero los tres creyentes que enjuiciaron era lo mejor que tenía en mi iglesia. Providencial sin duda, porque se necesitaba además de claridad de ideas, mucha serenidad para no perder el equilibrio al tener que pasar aquella maroma floja de las relaciones de la Fe y del Patriotismo.

Cuando el Rey Pirro envió un embajador a Roma, informó éste a su regreso: "Cada ciudadano romano me hizo la impresión de un rey". Algo parecido debieron pensar de los cristianos los japoneses que en aquellos días de pruebas conocieron el catolicismo a través tan sólo de los tres testigos por mi culpa encausados.

Cuando, libre ya, aparecí delante de mi capilla, me hicieron un recibimiento de los que no se olvidan fácilmente. La primera persona que ví fué Teresa Moriwaki, y ciertamente que no me hubiera acordado de ese detalle a no ser porque se me grabaron hondamente los gritos —verdaderos gritos— que dió al verme. La moderación japonesa que impera siempre en todos los actos de cierta solemnidad, no hizo entonces acto de presencia. Era imposible. Aparecía yo ante aquellos cristianos que me rodearon al momento, como un resucitado que volvía del más allá, o como un evadido de las lóbregas cárceles Mamertinas. Otra vez sentí, como al salir del Kempei, la emoción que produce la persona del misionero, por el mero hecho de representar a Cristo entre aquellos que convirtió un día. Y la conciencia de esa dignidad tan sublime, me pareció contrastar con mi indignidad humana, en una paradoja sin límites de amor divino.

Sí, no había duda, era a Cristo a quien en mí veían.

El P. Lademan fué uno de los primeros en acudir a los desacompasados gritos de Teresa Moriwaki. ¡Qué abrazo! El, que había pasado casualmente por Yamaguchi, allá por los días de mi encarcelamiento,

se había visto obligado a permanecer en mi puesto para no dejar abandonada aquella cristiandad. Cuando me devolvió de nuevo el puesto que tan caritativamente había ocupado, durante mi ausencia, ni él ni yo pudimos sospechar cuán poco iba a durar mi estancia en él.

Inmediatamente empezó mi vida ordinaria de misión. El gran acontecimiento a partir de entonces, era encontrarme en la calle con algunos de los muchos soldados del Kempei, que había conocido en la veintena aproximada de mi encierro. Cada vez que me veían atronaban la calle con un saludo.

—Arrupe San, Arrupe San.

Y entre la curiosidad de la gente, que veía un enemigo de la patria en cada extranjero interpelado por la policía militar, se acercaban a mí para recordar un rato de charla de los ya pasados o para interesarse por mis trabajos del futuro.

Nunca me sentí más seguro ni mejor respaldado que entonces, porque nunca había tenido tantas amistades entre las filas, severas y vigilantes, en que formaban todos mis nuevos amigos de ayer.

MI ADIOS A YAMAGUCHI

En una de las clases de castellano que daba en la Universidad Comercial, establecí contacto con un joven, estudiante. Ví que valía mucho y me dispuse a sitiar la fortaleza de su libre albedrío.

A los dos días tenía emplazada todas las baterías religiosas de grueso calibre y de montaña. Disparé obuses, cañonazos y morteros. No faltó nada, pero qué heroísmo el de su resistencia.

Seis horas, repartidas en tres días consecutivos, nos costó solucionar el gran problema de las relaciones entre el Tenno Heika y Dios Nuestro Señor. Argüía y argüía con la lógica más fría que he visto

en un japonés; casi diría que con la única lógica de estilo plenamente escolástico que me he tropezado desde que llegué aquí.

Cristo y el Emperador. ¿Quién está por encima? Esta era su gran obsesión. Mis respuestas, si eran evasivas, no le satisfacían, pero no podía decirle que los Obispos de Japón, todos de común acuerdo, nos habían aconsejado a sacerdotes nativos y misioneros, que tratásemos la cuestión con la mayor prudencia, porque temían que, la indiscreción de algún fervoroso inconsciente, levantase una polvareda con más daños que beneficios.

No quedaba más remedio que recalcar la diferencia que hay entre un Rey del Cielo y un Emperador de la Tierra. Ambos eran, en su distinto **rango**, sumas autoridades. Y después de amplificar esto con todo lujo de detalles, dejar sin respuesta la pregunta hecha en un sentido absoluto.

En general se daban por satisfechos con esa división en un doble hemisferio; espiritual y temporal, dejando a Cristo y al Emperador con la potestad suprema de su respectivo mundo de relatividades. Solamente aquel muchacho —hoy jesuíta— volvía a insistir una y otra vez. Pero en absoluto, en conjunto, prescindiendo de los mundos distintos en que se encuentran, en una puja total de todos sus valores, en una comparación llevada hasta el último de los detalles, quién está por encima? Y yo sudaba y sudaba por decir, sin decir, lo que no podía decir, y para que me entendiese, sin que yo lo dijese lo que él no me quería entender.

Pero era de buena voluntad y al fin se dió por satisfecho. Comprendió la verdad más por vía negativa que positiva, en cuanto entendió que el Emperador no podía estar, de acuerdo con la lógica, por encima. Y esto le bastó al fin para convertir esta negación de superioridad en afirmación de inferioridad.

Llegamos al segundo punto difícil. Al de un Dios personal.

El Budismo es panteísta. Admite que un ser supremo perfecto existe, pero con un concepto panteístico que destruye la verdadera esencia de Dios.

Intentando darle una prueba clara cometí un gran error. Me pareció lo más conducente probarle, por las cinco vías de Santo Tomás, que Dios existe. Tenía experiencia, por otro intento ya narrado, que para los japoneses es muy didícil seguir este proceso, pero me pareció que aquel muchacho se encontraba en condiciones de manifiesta superioridad intelectual sobre el nivel ordinario y, que por lo tanto, seguiría el pensamiento.

¡Dios me libre de volver a intentar una prueba metafísica en mis probaciones! Aquel pobre catecúmeno se armó tal confusión, que al terminar mis explicaciones de que Dios existía y de que tenía ser personal no panteístico, no sólo se había quedado sin comprender esta segunda parte, sino que le habían entrado grandes dudas de la primera, que al principio daba por cierta.

Tuve que empezar otra vez a recuperar el terreno perdido. Cuatro días de retraso por un desliz de inexperiencia. A partir de entonces, para probar la existencia de Dios, en caso de duda, prefiero el conocido argumento de conciencia. En realidad es el más flojo de todos, y puede decirse que no prueba mucho. Pero por ser más sencillo es el único que algunos comprenden y les deja convencidos totalmente. Para su mentalidad es el mejor, porque pone muy claro lo que ellos pueden comprender y deja en la penumbra de unas sutilidades verdaderamente metafísicas, las grandes dificultades, pero que por ser muy abstrusas nunca llegan a percibir.

Hasta hace diez años lo corriente entre los japoneses era creer en la existencia de Dios. Había que

purificar el concepto que de El tenían. Había que pulir imperfecciones y completar ideas pero no había que probarles lo que la mayoría daba por evidente. En cambio, ahora va evolucionando el problema de un modo pavoroso, porque la enseñanza positivamente atea que reciben en las escuelas, niega en redondo su existencia y nos hace a todos los hombres descendientes del mono o de la amiba. Por eso ahora hay que comenzar el proceso de conversión un paso más atrás que hace un decenio. ¡Maravilloso contacto con la cultura de Occidente que ha destruido uno de sus pocos valores esenciales...!

A paso de carreta, porque era un alma que no quería avanzar sino cuando la evidencia de las pruebas no le permitía permanecer inmóvil, entramos en el punto final de la divinidad de Jesucristo...

Procuré olvidar todos los argumentos teológicos menos uno. Tuve miedo, después del fracaso de días anteriores, de dificultar la comprensión si multiplicaba las pruebas, y no me aferré más que al milagro de la Resurrección, siguiendo la lógica de San Pablo. Fué una línea nítida, sin arbotantes ni contrafuertes que reforzasen el conjunto. El nervio claro de una ojiva que deja pasar toda la luz de la verdad por el arco catilizado de sus dos brazos de piedra. Un argumento, nada más, porque acumulando pruebas el arco ojival se convertia en románico, sólido, mazacote, capaz de resistir la convulsión de cualquier seísmo, pero con una luz insignificante, filtrada difícilmente por el túnel de piedra de más profundidad que de diámetro. Y el japonés, me lo había enseñado la experiencia, necesita luz de ojiva, no solidez románica. Preferible es su fe cristiana, basada en su argumento único que pruebe, es decir, que le pruebe a él, que no su paganismo irreductible porque ha sido atacado con argumentos a los que su incomprensión le hace invulnerable.

Cuando los catecúmenos comienzan a debatirse entre las dudas de la fe, que se les exige antes de su bautismo, suelen dividirse en dos grupos de líneas y matices nítidos. Los que rezan y los que no rezan. Los primeros han entrado por buen camino. Los segundos no darán un paso hasta que no cambien de actitud.

Por eso procuré con toda mi alma, lograr de aquel muchacho se hiciese lo primero. Y, aunque dudaba, comenzó a orar, y una vez que oró desaparecieron sus dudas.

Le hice repetir la oración de la célebre convertida alemana, M. K. Kolb, que cuando todavía dudaba, y más que protestante era atea, solía repetir al pasar por delante de las iglesias católicas: "Si estás ahí, ¿por qué no me dejas creer?... Si estás ahí, déjame creer". Y en el momento de la conversión, delante de la estigmatizada de Konnersruth, Tersa Neuman, sus únicas palabras, su única oración, era esta frase: "Fe, Señor, fe... Luz, Señor, luz... La fe de un San Pablo. La Fe de un San Agustín".

Y porque pidió se le concedió creer.

Este mismo es el camino por el que se ha de meter a los catecúmenos: la oración. El que pide está a punto de convertirse, o mejor, se ha convertido ya. El que no ora podrá oír al misionero, pero el último día estará tan lejos de Dios como el primero.

Después de pedir a Dios la luz día tras día, brilló sobre su alma una llamarada de Petencostés. Vió, creyó y recibió el Bautismo. Fué a tiempo: poco después era embarcado con las tropas que iban a Filipinas.

Cuál no sería mi pasmo, cuando recibí una carta de letra desconocida con remite de Filipinas y estas escuetas señas: "Al P. que convirtió a X.X." La abrí y me encontré dentro un panegírico admirable de la

fe y de la conducta de mi convertido. Había estado de posición cerca de un pueblecito en el que había un sacerdote católico, y siempre que sus obligaciones militares le dejaban libre, se presentaba en la Parroquia para oír Misa y comulgar. Conducta intachable la de aquel muchacho —todavía fresca el agua del bautismo— a través de los azares y tentaciones de una vida castrense.

Había dudado, había tardado en rendirse a la gracia de Dios, pero una vez que lo hizo, en un anhelo constante de suprimir la abrumadora distancia que separa al hombre de Dios, lo dejó todo para seguirle de cerca en la vida religiosa. Buscando siempre, llegó hasta la meta de su felicidad.

Me quedaba muy poco de estar en Yamaguchi. Sin sospecharlo siquiera seguía con toda normalidad mi apostolado diario, repartiendo mi tiempo entre los cristianos cuya fe había que asegurar, los catecúmenos que había que instruir y los visitantes amorfos que hoy vienen y mañana se van, dejando de vez en cuando una nueva alma para el catecismo.

Entre estos amigos de aluvión los más numerosos eran mis amigos de Kempei. Con sus pomposos uniformes y sus botas altas de cuero venían con frecuencia a devolverme la larga visita que les hice... y a jugar al ping-pong. Todo ha de decirse: muchas veces les apetecía charlar y venían a mí pero muchas otras lo que querían era descargar su ira contra la inocente pelotica blanca y jugar como chiquillos en algún lugar donde no estuvieran obligados a mantener los formulismos de su rango y de su edad.

Cuando llegaron a Yamaguchi los americanos, y se enteraron de que había estado en la cárcel, quisieron saber quién y por qué había mandado eso, para exigir responsabilidades. Pero yo me acordé de aquel apretón de manos del jefe del Kempei, cuando me dijo emocionado: "Siga predicando esa religión", y de

aquellos muchachos toscos, pero en el fondo buenos, y preferí callar que delatar. Aquello pertenecía al pasado. Y sin embargo, mi calidad de misionero —enviado de paz— era algo presente, en repugnancia manifiesta con un deseo de venganza o de justicia excesiva. Me pareció mejor perdonar. Y no me arrepiento de que ninguno de ellos haya entrado en la cárcel por mi culpa. Tal vez algún día lleguen a conocerlo y el agradecimiento les acerque al Señor...

El día 9 de marzo de aquel mismo año del 42, el P. Lasalle, Superior mío de entonces, vino a Yamaguchi. En medio de una charla sin meta fija me propuso de repente:

—¿Qué tal le parecía dejar esto e irse a Nagatsuka de Maestro de Novicios?

—Por Dios, Padre, le contesté como quien ve visiones. Pero si ni sé japonés ni conozco apenas la psicología de los japoneses... ¿Cómo me voy a meter ahí si no tengo ni idea del camino?

—No se preocupe por eso. Todo se irá arreglando. Lo interesante es que alguien sustituya al actual P. Maestro, porque está enfermo y no puede continuar con su cargo.

—Bien, ya lo pensaré y se lo diré en seguida.

—Sí, es lo mejor. Ahora, que ya lo tengo pensado, —añadió sonriendo maliciosamente.

Dos días más tarde recibí un telegrama para que me trasladase lo más rápidamente, llevándome sólo lo indispensable, porque se debía verificar el cambio a la mayor brevedad posible.

Con el apremio de esta urgencia organizaron los cristianos, como mejor pudieron, una despedida. Fué sencillísima: cantos, discursos, danzas típicas y las tradicionales tazas de te, amarillento y amargo, que no puede faltar en una fiesta japonesa.

Cuando me llegó el momento de hablar, en respuesta a todas las delicadezas que tuvieron, se me hizo un nudo en la garganta. Fué entonces cuando me di cuenta de lo unidísimos que estábamos y de los lazos tan profundos que se establecen entre los cristianos y el misionero.

Una parroquia entre infieles no es lo mismo que en país de iglesia establecida con todos los grados de la jerarquía y todo el desenvolvimiento de un organismo perfecto.

No, una parroquia en tierra de misión es algo así como una isla en el océano o un oasis en el desierto. Se vive en la compenetración de dificultades y problemas de los náufragos que desde la misma roca contemplan el mismo pedazo de cielo inhospitalario. Se sienten las mismas angustias y las mismas alegrías, que los miembros de la caravana perdida entre un mar de dunas con candentes olas sólidas de arena.

Hace falta haber vivido rodeado de paganismo para comprender cómo aprieta con su cerco a los cristianos, y cómo el vacío circundante de un mundo con criterios antagónicos, fuerza a la unión para que un grupo insignificante logre despertar la conciencia de su fuerza.

Y es el misionero el que vivifica todos esos esfuerzos de mantenerse unidos alrededor de una Verdad y de un Credo. Y porque los cristianos saben eso, le aman y le veneran con un cariño fiel que entraña sacrificio. Y porque él conoce a los que ha engendrado a la vida de Cristo, y sabe cuáles son sus dificultades y sus problemas, siente dejarlos, en una separación que encierra para él el mayor de los sacrificios.

Pero esto no se piensa en la vida ordinaria, como no se piensa en la salud cuando se está sano. Esto se vive rápidamente, en un relámpago de afectividad

que cruza el cielo del alma, cuando llega el momento de la separación. Entonces se recuerda lo que se sufrió juntos, y lo que se gozó unidos. Y sintiendo la nostalgia de lo que se acaba, se hace a Dios un nuevo ofrecimiento: El de la cristiandad que se forjó para El, y en otras manos se deja para El.

—Señor, por Ti lo hice, por Ti lo dejo, y a Ti te la doy...

IV

Hiroshima

IV

EL NOVICIADO DE NAGATSUKA

Nadie me esperaba. El P. Rector era el único que conocía mi nuevo cargo de Maestro de Novicios, pero no pude verle hasta el tercer día de estar allí por causa de su enfermedad. Mientras tanto, me instalaron en el "Demdoba" o lugar donde se suelen tener las instrucciones catequísticas.

Como no tenía ninguna prisa por entrar en funciones dejé correr las cosas hasta que no sólo se hizo público lo que yo ya sabía, sino que me notificaron que había sido nombrado Rector.

Me cayó como un jarro de agua fría. Difícil era ir de formador de jesuítas, pero la complicación se multiplicaba si a eso se le unía el rectorado de cuatro comunidades más, muy pequeñas todas, pero cada una con sus problemas peculiares.

El filosofado y teologado que hasta poco antes había estado en Kanonmachi, lo habían trasladado a Nagatsuka hacía una semana. Había, pues, que organizar todo el montaje para ponerlo en marcha sobre bases nuevas. A las dificultades naturales que esto lleva siempre consigo había que añadir la de

una carencia absoluta de medios, como suele suceder en cualquier misión incipiente, y las cortapisas que para cualquier acción eficaz se derivaban de la guerra en marcha.

Con todo, esto era lo de menos. Se reducía tan sólo a los obstáculos materiales.

El verdadero problema era el de la formación de los novicios. Los iban a poner en mis manos con su psicología propia, con su idiosincrasia de raza, ambas cosas en todo opuestas a las nuestras, con muchos valores positivos dignos de conservación y perfeccionamiento y con una serie de deficiencias, que no podían faltar siendo hombres de naturaleza caída.

Me convencí desde el principio que lo esencial era embeberse en su espíritu y para ello procuré leer y, sobre todo, oír cuanto en este sentido pudiera orientarme.

Buscando el espíritu que ellos ponen en su diversas ceremonias y en los "doo" de que hemos hablado en otro lugar, me vi en la necesidad de experimentar por mí mismo lo que a ellos les es tan familiar y les da un modo de ser tan típico.

A cualquier extranjero le parecerá que en poquísimo tiempo se puede aprender a manejar el pincel, o a tomar el te de acuerdo con su ceremonial, o finalmente a arreglar las flores. Sin embargo, rara es la metodología que conduce a la perfección de estas artes en menos de tres años.

Dos estuve yo escribiendo con "fude" de 10 a 11 de la noche, procurando ensimismarme en lo que tiene de bello, no de útil.

Y mucho tiempo consagré también al aprendizaje de las complicadas ceremonias del té. Nunca se me olvidará el frío que pasaba recorriendo en bicicleta, en pleno invierno, los 6 ó 7 kilómetros que hay de Nagatsuka a Hiroshima.

En esta ciudad de primer orden, con sus 400,000 habitantes, había muchos profesores doctorados en la ceremonia del té. Un magnífico diploma aseguraba al discípulo que, a su debido tiempo, dieron todas las pruebas de suficiencia.

Kato San era uno de ellos, y católico excelente por añadidura. Fui a verle y le expresé mi deseo de someterme a su magisterio. La única dificultad que tenía era la de asistir a sus clases al mismo tiempo que los demás discípulos, y sobre todo discípulas. Esto se comprenderá fácilmente que me resultara poco agradable y poco serio. Con una delicadeza exquisita se ofreció a enseñarme todo en lecciones privadas y decidimos que un par de noches por semana iría por su casa.

Me dió, con normas prácticas de aprendizaje, un montoncito de páginas desencuadernadas que él iba llenando con sus instrucciones, y en la primera, como título y resumen de toda la gran ceremonia en que iba a intentar sumergirme hasta los ojos, se leía: "Wa-Kei-Se-Jaku". Cuatro sílabas correspondientes a otros tantos kanjis con el sentido de paz, respeto, pureza y soledad, respectivamente.

Son cuatro ideas que condensan los valores esensiales de la ceremonia. La **paz** lo invade todo. Paz en los movimientos, paz en los gestos, paz en el sosiego moderado con que se mueven. Siempre paz.

Respeto a sí mismo sin un gesto que desdiga de su propia dignidad. Respeto hacia el huésped que es tratado con todas las delicadezas de una hospitalidad exquisita. Respeto hacia la tradición que marcó la pauta, codificada después, de toda la ceremonia.

Pureza en los diminutos palacetes, con puertas más diminutas todavía, para que, según la tradición, no cupieran por ellas los caballeros armados. Pureza en las finísimas porcelanas que componen los jue-

gos de té. Pureza en el modo delicado y pulcro con que se sirve a los invitados.

Y soledad. Recintos especiales lejos de todo bullicio callejero. Libres hasta del ruido acogedor de la colmena infantil que anida en cada casa. En un rinconcito del jardín, bajo las sombras densas de un palio natural de ramas, la soledad invitante de la salita del té.

Al recibir la primera clase de mi profesor me hizo subatearme en un rinconcito de la sala y a continuación comenzó con toda solemnidad a moverse de acuerdo con el ritual que pretendía enseñarme.

Durante los 15 minutos estuvo fluctuando en todas direcciones, haciendo reverencias, andando un número fijo de pasos en cada dirección, moviendo los brazos y las manos conforme a cánones preestablecidos.

Cuando terminó se volvió hacia mí y me dijo con una naturalidad desconcertante.

Ahora haga Ud. lo mismo que yo he hecho.

—Pero si no me acuerdo de nada, —le objeté pasmado de que pensase había podido retener todo aquel ceremonial, con complicaciones semilitúrgicas y majestuosidades de magnas solemnidades.

—No importa, pruebe a ver qué tal le sale.

Intenté hacerlo pero fué caso perdido. No tenía la menor idea. Los movimientos en que me había ido fijando se me habían olvidado. Y los que se me habían pasado desapercibidos, como determinadas posturas de los dedos, pasos hacia adelante o hacia atrás en número constante, reverencias con matices para mí inaprehensibles y para él inviolables... fué imposible que ni siquiera intentase imitarlos.

Al terminar mis inútiles esfuerzos se había concluído la primera hora de clase por lo que me retiré, para volver a presentarme allí varios días más tarde.

Me instaló en el mismo sitio que la primera vez y volvió a repetir la clase exacta de igual manera. 15 minutos sin parar ni un momento y sin hacerme la menor indicación. Al concluir, el mismo deseo de que yo le imitase, el mismo fracaso y la despedida hasta el día correspondiente de la semana que entraba. Al terminar esta segunda lección me dijo: Estas cosas son inexplicables: es necesario aprenderlas por intuición.

En la tercera clase conseguí por fin dos cosas que fueron grandes conquistas. La primera fué que explicase los movimientos que iba haciendo. Con eso a la vez que se me grababan mejor estaba cierto de que ni uno solo se me pasaba desapercibido. La segunda que me dejase copiar de unos cuantos papeles que a prevención llevaba, las indicaciones que para mi uso me pareciesen más convenientes.

Con eso progresé notablemente. Aprendí ya aquel día un número no pequeño de detalles que en las dos primeras clases me habían resbalado totalmente.

Animado con esto, recuerdo que le pregunté:

—¿Le parece a Ud. que en un par de semanas podré dominar suficientemente la ceremonia?

Se sonrió, me pareció que compasivamente, y me dijo moviendo la cabeza lentamente:

—Si es constante y se esfuerza, tal vez en tres años llegue a saber lo esencial.

Y más tarde comprendí que tenía razón.

En la ceremonia del té, como en la de cualquier otro "Doo", hay algo que no constituye más que su estructura, y algo, mucho más profundo, que es lo que le da su esencialidad.

Esto que a primera vista es tan difícil de comprender para un occidental, se aclara en cierto modo recordando que en la música por ejemplo, hablamos mucho de la ejecución y del alma. En el piano,

por nombrar un instrumento concreto, la ejecución consiste en la digitación y el alma, en el movimiento, en la vida que se da a la pieza.

En cierta ocasión el famoso violinista navarro, Sarasate, se encontró a la puerta de una iglesia a un ciego recogiendo limosna a fuerza de herir los oídos de los transeúntes con un desafinado violín.

Sin decir nada lo cogió en un momento en que su dueño lo había depositado sobre el suelo y comenzó a hacer maravillas con aquel artefacto que tenía tan poco de Stradivarius. El público, entusiasmado, se arremolinó alrededor de él y las pesetas empezaron con su repiqueteo a hacer el dúo a la música del violinista.

Cuando se quedaron solos y entregó al ciego la colecta, aquel pobre hombre exclamó admirado:

—Señor, es posible que con mi violín hayáis hecho esa maravilla.

Y sin embargo, era así. Allí estaba el instrumento muerto a los pies del ciego, y dispuesto a seguir maullando bajo sus dedos.

No lo olvidemos pues, hay alma y hay ejecución.

Esta verdad que tal vez sin comprenderla admitimos en la música porque la hemos oído mil veces, tenemos que reconocer que se puede dar en otros momentos y diferentes órdenes de vida.

Y esto, un extranjero, no puede hacer más que creerlo. Tener una especie de fe en el sentido común que se lo dice por boca de todos aquellos que han tratado de cerca a los japoneses. Todo el mundo, y mucho menos ellos que lo afirman los primeros, no pueden engañarse a un mismo tiempo.

Entra en cambio en nuestras posibilidades el destacar los grandes beneficios que los japoneses han sabido arrancar a esas minas para nosotros inexplo-

tadas y desconocidas. Y lo haremos en seguida, cuando esbocemos rápidamente los rasgos esenciales del carácter japonés, en orden sobre todo a una formación ascética. Si esto es lo más interesante para cualquier misionero, cuánto más no lo sería para mí que inopinadamente me había encontrado de maestro de novicios teniendo que transplantar toda la reciedumbre de la ascética ignaciana a unas almas con sensibilidad y cualidades tan distintas.

HONRADEZ JAPONESA

Ya hemos hecho más arriba algunas indicaciones acerca del principio de la guerra. Ahora queremos narrar con la cronología más exacta que nos permita la memoria, unos cuantos rasgos de aquella época que tuvo aristas tan duras y que tanto nos hicieron sufrir.

El mayor agobio de cualquier rector que tenga a su cargo una comunidad que alimentar durante un conflicto internacional versa, indefectiblemente acerca de la primera petición de la segunda parte del Padrenuestro: El pan nuestro de cada día dánosle hoy..." Yo no fuí una excepción. Había una penuria en intensidad creciente y un horizonte tan cerrado que nada hacía prever cuándo se acabaría aquello.

El único racionamiento que nos daban era arroz. 330 gramos diarios por persona, sin el menor acompañamiento de carne, huevos, pescado, azúcar, chocolate... Era la austeridad japonesa llevada al límite de la resistencia.

Intentamos que la vida de estudio de los jóvenes teólogos y novicios sufriese lo menos posible, aunque es evidente que con esa infraalimentación no se podía exigir a nadie un sólido y continuado esfuerzo mental.

Las clases se daban con regularidad. Todos los discípulos acudían a ellas aunque las circunstancias eran las que a veces decidían acerca de su fin.

Recuerdo que un día se encontraba el profesor de "Trinitate" explicando uno de esos problemas teológicos por los que necesariamente se llega a los polos sin fin de las impalpables abstracciones de la materia. En el momento en que se había abismado en lo más sublime de sus especulaciones, se abrió rápidamente la puerta y apareció por ella la cabeza del P. Ministro. Todos volvieron la mirada un tanto alarmados de aquella repentina aparición, que en los momentos tensos de la guerra podía tener un significado peligroso.

—¿Sucede algo?, —preguntó con manifiesta inquietud el profesor cortando su explicación en el nudo gordiano de un silogismo impenetrable:

—Sí, Padre; vaya que si ha sucedido algo. Que han llegado las patatas y... hay que descargarlas.

Aquella invitación fué recogida unánimemente por todos los discípulos que se pusieron en pie sabiendo lo que aquello significaba.

Momentos después el profesor se volvía a su cuarto, rumiando sus profundos pensamientos teológicos, mientras que la gente joven, en traje de faena, se olvidaba momentáneamente de Sto. Tomás y de sus maravillosas especulaciones, que tal vez no hayan tenido igual en el ingenio humano, para pensar en la segunda parte de la parábola del sembrador evangélico, es decir, cuando les tocaba recoger la cosecha para llenar con ella sus trojes y desvanes.

Es evidente que eventualidades como ésta, más frecuentes de lo que los profesores hubiesen deseado, dificultaban no poco la seriedad intensa de la vida de estudio. Pero esto no era más que una parte.

En Japón casi todas las casas que no están enclavadas en el casco de las grandes poblaciones, tienen su jardincillo o su huerta. Durante la guerra desaparecieron los primeros, cuyo arte era estéril entre el rezongar de los cañones, para duplicarse los segundos, de manifiesta utilidad.

En nuestros países, los pueblecitos campesinos se agrupan apiñados alrededor de la iglesia y de la casa consistorial. Son los dos polos de atracción que aglutinan con la fuerza de su tradición a todas las familias del vecindario. Y alrededor del pueblo, en una extensión más o menos grande que define su poderío y su grandeza material, se extiende la tierra ocre de los culttivos, el verde aterciopelado de sus praderas o las adustas soledades de sus montañas.

Concepto bélico de la vida que permitía recogerse dentro de unos muros, junto a un castillo defensor, abandonando al enemigo sus campos pero no su independencia o su vida.

En cambio en Japón no predomina este concepto de población rural. Hay pueblos enteros en los que jamás una casa descansa confiadamente en la pared de la siguiente. Se encuentra aislada como una islita en un lago de paz. A su alrededor, 100 ó 200 metros cuadrados de cultivo y a veces muchos menos.

Y esta forma llena de poesía, aumentada por el corte ascético de su arquitectura campestre, un pueblecito de 300 casas extendido por toda la extensión de un valle con varios kilómetros de longitud.

Nuestra casa de entonces también tenía su parcela cultivada al máximo de rendimiento. Varios japoneses cuidaban de ella; pero un día desaparecieron bajo el kaki militar cuando se alistaron en el ejército.

La situación de entonces fué difícil, ni rendía la tierra, ni se podía comprar por falta de dinero y de subsistencias nada que supliese lo que antes produ-

cía. En vista de lo cual optamos inmediatamente por laborar nosotros mismos lo que no podían cultivarnos los demás.

Esta necesidad fué otra cuña metida en el alma de las clases. Porque cogía el tiempo de éstas o de su preparación y en ambos casos resultaba imposible un avance metódico en el aprendizaje.

Así continuamos una temporada sin que se presentase ninguna variante en la distribución del tiempo ni en las dificultades del conjunto. De entonces es un incidente curioso que podría haberse desarrollado en otro tiempo y que no tenía ningún contacto con el ambiente de guerra que vivíamos, pero que no quiero omitir porque pone de manifiesto una de las virtudes peculiares del pueblo japonés, cuando menos hasta la rendición. Mucho han cambiado las cosas desde entonces, pero bueno es con todo, que les reconozcamos como gloria de su pasado lo que ya empieza a desdibujarse en el presente.

El P. Schaffer, de quien ya hemos hablado en algún otro momento, tuvo que ir un día de Nagatsuka a Hiroshima. Hoy son 6 kilómetros de una carretera destrozada por la guerra y que, entre las ruinas de la ciudad arrasada, no se ha podido todavía arreglar. Entonces en cambio no era así. Era amplia, bien cuidada y con espléndidas comunicaciones.

Antes de que estallase el conflicto podía viajarse en cómodos autobuses sin notables sobrecargas de pasajeros. Pero cuando necesidades bélicas obligaron a requisar muchos de los vehículos civiles como contribuciones activas a la campaña en sección, mermaron los transportes, y se duplicó el número de viajeros en cada autobús.

Subió el P. Shaffer a un coche cuyo ballestaje iba gimiendo con el exceso de peso mientras el motor se quejaba con un zumbido exhausto de agonía. Se aco-

modó como pudo, de pie junto a una ventana y empezó a recorrer el trayecto que le separaba de su fin.

En una de las paradas en que subió la gente en avalancha, perdieron el equilibrio los del interior y el P. Shaffer, apoyándose involuntariamente en uno de los cristales, lo hizo pedazos.

Se le acercó uno de los empleados:

—Lo siento, —le dijo, pero tiene que pagarlo.

—Vea Ud. —le respondió el Padre—, que no tengo ninguna responsabilidad. Han admitido más gente de la que cabe en el autobús y esa ha sido la causa... No ha sido descuido mío.

El empleado muy correcto se calló. Aquí también la timidez respetuosa no le permitió decir otra cosa que: Soo desu Ka? Ah, sí. Pero el Padre reflexionó y por no salirse del marco de lo normal —sobre todo siendo extranjero— sacó su cartera y pagó...

Al volver a casa nos contó lo sucedido y ya nadie volvió a acordarse de aquel incidente sin importancia.

Con todo no pudimos olvidarlo porque días después se presentó un muchacho con el uniforme y la gorra de aquella compañía de autobuses preguntando por el Padre que había roto y pagado un cristal en un autobús.

Como todos estábamos al tanto del asunto, nos resultó fácil localizar al interesado. Fué inmediatamente a la sala de visitas y allí le saludó, con cortesía no exenta de embarazo, el mismo joven que le había recibido los 50 céntimos para el cristal.

—Sumimasen, Ud. perdone, —le dijo varias veces mientras acompañaba sus palabras con las reverencias de rigor—. ¿Se acuerda Ud. que el otro día le pedí 50 céntimos de yen por el cristal roto?

—Así fué si mal no recuerdo, —le respondió el Padre dispuesto a no pagar más como no le demostrasen apodícticamente que el precio era más alto.

Pues fué una confusión. Costaba solamente 45 céntimos de yen... y vengo a devolverle los otros 5.

Y sacó de su cartera la cantidad indicada para entregarla en honrada devolución.

Rasgo admirable en cualquiera, pero mucho más en un pagano sin más religión que la de su ley natural. Y mucho más digno de estima si se recuerda que desde Hiroshima a Nagatsuka, hay 6 kilómetros de distancia y, que por lo tanto, para devolver sus 5 céntimos había tenido que hacer un recorrido de 12,000 metros.

Si fuese un caso único en Japón, entonces lo hubiéramos reseñado como una excepción y como algo curioso que no se repite. Pero en esta extraña tierra del Oriente, eso era algo que diez años atrás lo hacían siempre. Era su mentalidad frente al robo.

Vamos a añadir un segundo caso sumamente orientador, con lo que se verá que la honradez japonesa de antaño, un tanto damnificada por la guerra, pero que esperamos vuelva a ser lo que era, constituía la gran excepción del mundo. Porque ni siquiera en los países cristianos se había llegado a formar una conciencia universal más en armonía con la prohibición del hurto.

En rigor cronológico, tenemos que remontarnos a los años en que me encontraba en Yamaguchi.

Para una festividad que deseaba se celebrase con el mayor esplendor posible, necesitaba una serie de ornamentos que no encontraba en las pobres reservas de mi sacristía misional.

Acordándome que el P. López, entonces en Shimonoseki, tenía cuanto yo necesitaba, le puse cuatro letras pidiéndole el favor de que me lo enviase.

Pasaron varios días y no recibí la menor respuesta. Llegó el día de la fiesta y el mismo silencio que hasta entonces. Ya me había determinado a cortar

alas a mis deseos, limitándome a la pobreza franciscana de otras veces, cuando recibí un improvisado telefonazo.

—¿Padre Arrupe?

—Sí, yo soy. ¿Quién es Ud?

—Soy el P. López. Resulta que hasta hace dos horas no he recibido su postal que me ha llegado con tres días de retraso. Como no me daba tiempo de hacer otra cosa he puesto todo en una maleta y la he metido en el tren que llega ahí al medio día.

—Pero ¿quién la trae?

—Nadie, va sola. La encontrará en el primer vagón junto a la máquina. Es marrón, tiene una tarjeta con mi nombre y va encima de la primera ventanilla de la izquierda.

—¿Pero no cree Ud. que se la robarán? Son tres horas y media...

—No, hombre, no. ¡Qué van a robarla! Ud. no conoce todavía a los japoneses.

Y en el auricular resonó un tanto burlona, su risa en miniatura de sonido. Unas palabras más y nos despedimos.

Confieso que era víctima de una crasa ignorancia. Y precisamente por eso no podía sentirme tranquilo hasta que tuviese la maleta entre las manos para poder comprobar que allí no faltaba nada.

A la hora indicada, con una puntualidad cronométrica, entró en agujas una magnífica máquina que bufaba como un centauro. Detrás de ella, un gigantesco gusano, todas las unidades que componían el conjunto.

No me fijé más que en la primera. En la que iba pegada a la máquina con el triple trazo de tercera clase.

Subí rápidamente. Miré encima de la primera ventanilla de la izquierda y allí me encontré una fla-

mante maleta marrón con la tarjeta del remitente. La cogí con naturalidad como si yo mismo la hubiera puesto allí tres horas antes y volví a descender sin atreverme a desafiar la mirada de los que tal vez siguieron la maniobra.

Apretando fuertemente el asa llegué hasta la capilla, todavía con un rescoldo de inquietud. Sólo cuando la abrí y me encontré con que su contenido venía intacto, sentí un alivio absoluto... y una admiración sin límites. Aquella honradez era algo indescriptible. Para mí fué una revelación. Para el P. López ya lo había sido mucho tiempo antes. Por eso se decidió a mandarme la maleta, y en ella lo mejor de sus ornamentos sagrados, con la seguridad de que ningún japonés pondría la mano en ella[a] por la sola razón de no ser suya.

NUEVAS SOSPECHAS

Volviendo otra vez a la vida de Nagatsuka, en la que los jesuítas estudiantes alternaban la teología con la labranza y los demás se movían en un apostolado difícil con todas las trabas de la supervigilancia, nos encontramos con una notable variación. Vistas las circunstancias, los Superiores decidieron que toda la gente joven se trasladase a Tokio, para continuar allí sus estudios y yo me quedé en mi puesto, más que de Rector, de enfermero de cinco o seis pacientes que no se trasladaron porque habían caído en cama.

Sin medios de transporte, sin posibilidad de comprar nada porque nada se encontraba, tenía que defenderme con una bicicleta para toda clase de servicios. La usaba en mi esfuerzo por encontrar algo en los pueblos de los alrededores, jiras interminables y muchas veces inútiles y montaba también en ella

para estudiar literatura japonesa en la Universidad y asistir a los Ejercicios de Chado y Shodo. Hubiera querido tener alas como un clavileño metálico, y me encontraba con que apenas era un miserable rocinante con el don de tropezar con todas las piedras del camino.

Hasta tal grado llegó su decrepitud que un mal día se me pinchó tres veces en los seis kilómetros que me separaban de Hiroshima.

¡Neumáticos! ¿Quién los encontraba entonces? Tuve que pensar desesperadamente estrujado toda mi sustancia gris en aras de una solución. Al fin, mientras paseaba por la huerta con esta idea fija metida en la cabeza, brilló el relámpago providencial que había de despejar las incógnitas de mi ecuación ciclista. Vi una manga de riego, larga y fina como una culebra de goma. Aquello podía ser mi salvación.

La cogí. La corté a la medida conveniente, y empujando con un palo fuí metiendo por uno de los extremos paja y tierra a partes iguales. Cuando ya se encontraba endurecida por la tierra y flexible por la paja, la cosí por sus extremidades y la adapté a la bicicleta como si fuese un tubular... macizo. Con eso el conjunto ganaba en peso de una manera asombrosa, pero al mismo tiempo (esto era lo que perseguía) en solidez.

Mis primeros viajes a Hiroshima fueron triunfales. Un poco fuerte había que pedalear, pero al fin y al cabo eso era una pequeñez. Peor fué que a las dos docenas de kilómetros, la paja había cedido y la manga de riego, perdiendo su forma original cilíndrica, se había achatado hasta tocar casi al doble hierro de la horquilla. Con todo, aunque afeada con esa antiestética magullación de sus líneas sinuosamente circulares, siguió resistiendo hasta que un buen día por un reventón de un decímetro de largo se salió el aire sólido de mi pomposo neumático.

El Noviciado hospital en que entonces estaba viviendo volvió a convertirse en teologado cuando después de una incursión aérea americana nuestra casa de Tokio quedó reducida a cenizas.

En Nagatsuka, la policía militar, se nos había acercado mucho pero nunca nos había molestado demasiado a fondo. Nuestra vida pacífica no les daba motivo para procesarnos violentamente, pero tampoco apagaba por completo las sospechas que nuestras condición de extranjero levantaba.

Un día que trabajaba en mi despacho, llamó alguien a la puerta.

"Entre", dije levantando la vista de un rimero de papeles que estaba ordenando.

Padre, hay un muchacho que desea verle. Dice que viene recomendado por el P. Tanaka".

"Está bien. Que espere un poco".

La puerta se cerró y yo, apartando a un lado cuanto delante de mí tenía, me levanté para ir al recibidor, y un joven de unos 20 años se levantó para saludarme. Con un poco de esa tosquedad primitiva que tiene lo que sabe a pueblo, se desenvolvió como mejor supo. Pero en medio de su sencillez de aldea supo mantener las formas y presentarse de una manera agradable.

"Vengo de parte del P. Tanaka", me dijo en cuanto habíamos cubierto las necesidades del protocolo, siempre igual, de los saludos. "Aquí traigo una carta que le explicará todo, y si algo no está lo suficientemente claro no tiene más que preguntarme lo que desea.

Rasgué el sobre y reconocí, en efecto la letra del Padre. Era también jesuíta y trabajaba entonces en Jure a unos 40 kilómetros de Nagatsuka.

Plegué el papel, lo metí en el sobre y me dispuse a hacerle unas cuantas preguntas para constatarlas

con las de la recomendación, pues nada más que eso era del P. Tanaka.

—"¿Eres católico?" le pregunté al principio.

—"Todavía no; llevo seis meses de instrucción y estoy deseando bautizarme. El Padre ha dicho que no podrá ser pronto y estoy esperando a que fije la fecha".

—"Tus padres, ¿qué creencias religiosas tienen?

El muchacho pareció sentirse bajo un gran peso ante esta pregunta en sí tan trivial y tan repetida en una nación donde hay tantos credos y tantos ateísmos prácticos.

—"No son cristianos", me respondió por medio de una negación.

—"Pero, ¿te dejarían serlo?"

—"Hasta ahora no, pero confío, continuó más animado que ya cambiarán de parecer. Creía que el P. Tanaka le explicaba todo eso"..

Hice como que no oía esta insinuación y seguí preguntando sin responder a ella:

—"¿Qué te gustaría hacer aquí"?

—"Trabajar en cualquier cosa", me dijo sin grandes pretensiones.

Se me presentó entonces un doble programa. Por una parte no necesitábamos en absoluto de su ayuda, porque teníamos todos los puestos cubiertos por gente de plena confianza. Por otra parte, el P. Tanaka me indicaba la oposición tan terrible que su familia le oponía para bautizarse, el mal ambiente en que tenía que moverse por necesidad, y los peligros que esto suponía para una fe naciente. Añadía, por fin, que a juzgar por las charlas que había tenido con él, no le extrañaría que, corriendo el tiempo, entrase de Hermano Coadjutor. No había más remedio que buscarle algún oficio.

"—Aquí están todas las plazas ocupadas. De momento no hay colocación que pueda convenirte. Con todo, si quieres quedarte para arreglar un poco los jardincitos de la entrada y para trabajar un poco en la huerta, podemos llegar a un arreglo".

—"Antes de volver allí, donde el recibimiento de mis padres va a dejar mucho que desear, estoy dispuesto a quedarme para lo que Ud. disponga".

Quedamos de acuerdo. Exigía poco, se presentaba bien recomendado y sabía hacerse simpático desde el principio.

Cuando horas más tarde me encontraba con el P. Ministro le conté lo que había sucedido aquella mañana. No esperaba que tuviese objección alguna que ponerme, pero su suspicacia natural de una tensión nerviosa excesiva, le hizo exclamar en el acto con muestras de gran desconfianza:

"Ese muchacho es un Kampei" —policía militar—.

Y repitiendo esto con tesón movía la cabeza con gestos cada vez más expresivos.

"No lo dude Ud. Es un kampei que se nos ha colado en casa para inspeccionarlo todo y tenernos bajo su constante vigilancia.

Si he de ser sincero, casi me molestó el tono profético con que hablaba. Cuando menos me quitó la tranquilidad que hasta entonces había sentido de que aquel lugareño que tan bien recomendado venía era un inofensivo paisano sin más deseo que ganarse la vida en paz con Dios y con los hombres.

"Para salir de dudas, vaya Ud. a verle", le dije, "y charle con él. Luego confrontaremos impresiones".

Se marchó él, y me volví hacia mi despacho con el presentimiento de que tenía razón.

Me senté a la mesa, me pasé la mano por la frente como para barrer los pensamientos siniestros que empezaban a inquietarme y continué mi trabajo habitual.

Hora y media después llamaron a la puerta.

—Entre, —respondí en el acto. Y las cinco letras salieron de mis labios con el tono de una muletilla que se repite mil veces cada día.

—Tenía Ud. razón, —me dijo el P. Ministro—, me había confundido. Hemos hablado largo y tendido y es un muchacho excelente al que no se le puede poner ningún reparo. Ya me tiene arrepentido de mis sospechas de antes. —Y se rió satisfecho porque él también se sentía descargado de un pensamiento molesto.

Dos días más tarde tuve que ausentarme. Queríamos reunirnos unos cuantos Padres de aquel distrito misionero para dar solución a los problemas más urgentes que se nos presentaban. Entre los congregados estaba el P. Tanaka, con el que tuve ocasión de hablar largamente de su recomendado.

—Le advierto que lo hemos tenido por un kempei, —le dije entre broma y broma.

—Por Dios, Padre: Que Dios les conserve su olfato policíaco, pero no se lo aumente. Por esta vez les puedo asegurar que se engañan. Lo he tenido seis meses de catecúmeno con una conducta ejemplar, que no puede fingirse si no es verdadera. Somos los dos igual de japoneses, y le aseguro que igual también de no soldados.

—No hace falta que lo repita dos veces. Por nosotros mismos nos convencimos después de un doble interrogatorio que puede compararse con los que ellos hacen. Para algo estuve casi un mes aprendiendo sus procedimientos judiciales.

Así nos despedimos, optimistas los dos, y casi convencidos de aquel muchacho con el correr del tiempo, sería un estupendo jesuíta.

Cuando llegué a casa estaban todos los PP. esperándome en sesión plenaria. "Malo", pensé para mis

adentros. Antes de poder hacer la menor pregunta me dieron la respuesta.

—Padre, ya no hay duda. Es un kempei.

Era lo único que no esperaba. ¿Cómo nos podíamos haber equivocado todos? Con una seguridad de la que no podía desprenderme, les dije:

—Imposible, he estado hablando personalmente con el P. Tanaka y me ha demostrado hasta la saciedad, con su conducta de medio año y sus antecedentes familiares que no puede ser así.

—Pues a pesar de todo, lo es. El postulante de Corea le ha reconocido. Se lo encontró una vez cuando lo llevaron a la cárcel.

La historia de aquel coreano era sencilla. Había estado trabajando en una fábrica militar de Tokio. Durante ese tiempo es evidente que tuvo que ver todo el funcionamiento de la misma y sabía lo que se construía en ella y la finalidad que tenía, etc...

Era católico y quería hacerse religioso. Durante bastante tiempo le frenó sus deseos un Padre que le dirigía, y tan sólo cuando le pareció que era una vocación bastante probada le dió permiso para entrar en el Noviciado.

Cuando tuvo todos los papeles en forma se despidió de la fábrica en que trabajaba y se vino a Nagatsuka.

Antes de las 24 horas se presentaron varios kempeis, y sin decir por qué se lo llevaron a la cárcel. Lo encausaron y después de muchos interrogatorios vieron que era inocente. Habían creído que después de conocer a fondo el montaje de la fábrica se había ido donde los extranjeros para venderles su secreto. Es decir, que lo tomaron por espía. Con todo, fueron consecuentes con la inocencia que en él descubrieron y cinco días después lo teníamos entre nosotros.

Cuando aquel postulante coreano se tropezó en el jardín con el nuevo criado, se le heló la sangre en las venas. Era uno de los soldados que había conocido en su corto cautiverio...

No había, pues duda. Era un kempei y había que obrar con prudencia. Ni resultaba agradable tenerlo siempre en casa, con cien ojos para mirarlo todo, ni se le podía tratar mal. Mi experiencia de Yamaguchi me había enseñado a ser cortés, ya que la sequedad empleada con aquel otro policía que todos los días me robaba una hora, había sido la causa de que la autoridad militar recibiera un centenar de folios que la civil había ido llenando con las calumnias de aquel hombre, herido en su susceptibilidad.

Afortunadamente nos movíamos en casa dentro de la más estricta legalidad; por eso nunca, ni en interrogatorios ni en registros, encontraron nada que echarnos en cara. Con todo, resultaba crispante el saber que se nos vigilaba como a criminales.

La seguridad de una conciencia tranquila nos hizo decidirnos a obrar de tal modo que, ni siquiera la Policía Militar, pudiera multiplicar sus registros y sus investigaciones, pero que al menos cuando nos encontrásemos solos, nos permitiesen vivir con la paz y la tranquilidad de los que se sienten en familia.

Si un desconocido molesta, porque su presencia se clava como una espina en la confianza hogareña, ¿cuánto más no sucederá con un policía aunque no haya nada que ocultar?

Después de consultar a los otros Padres me decidí a hablar con él.

Le cité en el recibidor a primera hora de la mañana siguiente y cuando llegó, sin preámbulos de ninguna clase, sin guardar la costumbre japonesa de hablar media hora de cosas indiferentes antes de entrar en materia, abordé de frente la cuestión para ver cómo reaccionaba.

—Ya nos hemos enterado que Ud. no es un catecúmeno, sino un kempei. De modo que sería mucho mejor acabar la farsa cuanto antes.

Al pobre hombre pareció que le caía un rayo. Empezó a negar con gestos de dignidad ofendida, doliéndole mucho que no confiásemos en su palabra. Y en el fondo creo que su dolor era sincero, aunque por otro motivo. Seis meses de preparativos para ver cómo se colaba en casa sin levantar sospechas y ser descubierto a los pocos días, era un golpe muy fuerte para su prestigio de agente policíaco. Demostraba a las claras que su labor —la que quería ser de contraespionaje sobre espionaje que no existía, había sido muy poco eficaz.

Cortando en seco todas sus excusas que no me interesaban por saber que eran completamente falsas, le ataqué por el punto recién indicado que me pareció el más vulnerable...

—Comprendo, —le dije mostrando mucho más aplomo del que en realidad tenía— que se encuentre Ud. en un verdadero compromiso. Le han enviado sus Superiores a esta casa para vigilar sin ser notado todo lo que en ella pasa. Antes de empezar se encuentra Ud. descubierto y en la difícil situación de tener que declarar esta realidad para Ud. tan poco halagüeña.

Callé un momento para ver qué contestaba, pero no hacía más que hilvanar frases con excusas incoherentes sin la menor fuerza persuasiva. En vista, pues, de que él no aclaraba la situación, continué hablando:

—De casa no pienso arrojarle violentamente, siendo como es Ud. un agente de la autoridad. Con todo, hasta que no me presente una documentación oficial, y una orden de vigilar esta casa, como Superior de ella, estoy dispuesto a impedirle que lo haga.

Las puertas están abiertas para cualquier investigación que la ley quiera hacer, pero no para el primero que se presente sin un aval de su personalidad.

De modo que, en adelante, sepa que puede estar siempre que quiera en esta sala de visitas, pero que de ningún modo puede pasearse por toda la casa ni sus alrededores. Si no está contento con estas medidas, puede retirarse definitivamente y dar parte para que se actúe de acuerdo con la ley.

Después de decirle esto, di la entrevista por terminada y me retiré, dejándole sumido en un mar de dudas... igual al que yo me llevaba. ¿Por dónde saldría él y por dónde nosotros, de aquel atolladero en que nos habíamos metido?

Tuve interés en que viese que no había nada fuera de la ley y que, por lo tanto, estábamos dispuestos a que nos registrasen la casa tres veces al día si les daba ese capricho. Pero también quise que respetasen nuestra independencia de ciudadanos libres, que nunca habíamos delinquido ni tenido el menor roce con la autoridad vigente. Eran sólo suspicacias, que no justificaban un proceder de vigilancia desagradable y entrometida, mientras no tuvieran algún fundamento sólido.

Verdad es que ahora comprendo la manera de proceder que tuvieron. En una guerra en la que se jugaban todo, era natural que tuvieran un cuidado infinito por evitar cualquier incidente que pudiese serles perjudicial. Y un extranjero, por buena que haya sido su conducta hasta el momento del conflicto, inspira siempre recelos, o al menos no confianza plena, a los súbditos y gobernantes de la nación en que residen.

Cuando llegué a mi cuarto después de abandonar la sala de visitas, llamé a uno de los novicios que pasaban por allí:

—Vaya Ud., —le dije—, a la sala de visitas. Ahí está el jardinero que vino hace unos días a trabajar. Ha habido ciertas complicaciones, y en adelante no lo hará más; con todo, es fácil que durante algún tiempo esté en la sala de visitas varias horas al día. Quédese en la puerta, y cada vez que salga pregúntele a dónde y a qué va. No le deje ni a sol ni a sombra. Y si se empeña en entrar por la casa o en pasearse por los alrededores, deme aviso inmediatamente.

A continuación instruí a todos los demás novicios, porque durante el resto del día irían turnándose en la nueva distribución que repentinamente había entrado como una imprevista cuña, en su horario de vida.

En el fondo no dejaba de resultar cómico que un policía, que quería ser algo así como un detective disfrazado de labriego, fuese mantenido en jaque por la asidua y tenaz vigilancia de unos novicios que alternaban su guardia a la puerta del recibidor, y eso los ratos que les dejaban libres los ejercicios humildes de secar platos, barrer pasillos, las pláticas de formación ascética y esos recreos ingenuos que son nota típica de su formación.

Cada relevo se presentaba en mi cuarto para darme cuenta estricta de lo que había sucedido.

—Ha pedido agua dos veces.

—¿Y le ha dejado solo mientras la traía?

—No, Padre, he esperado a que pasase otro novicio y se lo he encargado a él.

Venía otro muy regocijado.

—Durante mis tres horas ha pedido varias veces permiso para lavarse las manos. Le he acompañado siempre por el mismo camino y al mismo lavabo y no ha podido dar ni siquiera un paso fuera del itinerario previsto.

Y así todos, cada uno con su comentario, jugando a policías con un policía de verdad.

¡Qué dirán los otros Maestros de Novicios de esta distribución, verdaderamente original! Casi esoy por recomendársela a todos. Nadie sabe lo que espabila este jugar a los soldados... con la emoción de que la comedia se termine en tragedia.

A pesar de todas las informaciones que recibía no dejaba de darme algún paseo yo mismo por aquellos andurriales, dirigiendo una mirada escrutadora por el cristal sin esmerilar que separaba el vestíbulo del recibidor. Y allí le encontraba al pobre hombre aburridísimo escribiendo pliegos y más pliegos con los informes de todo lo que no veía, pero se figuraba.

Al verle tirar del lápiz de aquella manera me acordaba, no sin aprehensión, de aquel otro policía que antes de la guerra me visitaba en Yamaguchi, y después de charlas inofensivas sacaba unas conclusiones que al fin dieron con mis huesos en la cárcel. Pero como no me atrevía a tomar ninguna medida más enérgica de las que ya había ordenado, dejé todo en las manos de Dios y seguí, lo mismo que toda la Comunidad, haciendo una vida perfectamente normal.

Y Dios supo arreglarlo todo...

A los treinta días —no falló ni una sola vez en todo el mes— se dió por satisfecho. Recogió todos sus papeles a la hora de retirarse, me hizo llamar y me dijo con gran naturalidad que habiendo terminado sus informaciones, iba a retirarse ya definitivamente. Que podíamos quedarnos tranquilos porque no había notado ninguna irregularidad en nuestra vida.

Cuando le vi bajar la cuestecilla que arranca de la misma puerta del Noviciado, me quedé entre satisfecho y preocupado. Me agradaba el haber llegado por fin al epílogo de aquella farsa, pero a pesar de sus palabras de paz no estaba muy seguro de que con sus informes no nos hiciera la guerra.

Afortunadamente me equivoqué. Sus afirmaciones habían sido sinceras. Había escrito mucho pero nada en contra nuestra, y nadie volvió a molestarnos con nada que tuviese contacto con su estancia en casa.

Verdad es que después de eso fueron todavía muchas las veces que se presentó la policía para hacer distintas clases de averiguaciones. Pero éstas eran del mismo matiz inofensivo que las de los principios de la guerra y nunca tuvimos que lamentarnos de ningún contratiempo.

Una de las cosas que más les intrigaba era la torreta de tres pisos, casi perfiles de pagoda, que flanquea una de las alas del edificio. Muchas veces se repitió este mismo interrogatorio:

"¿Por qué han construído aquí esta torre"?

"Porque todas las iglesias católicas la tienen. En esta parte del edificio está la Capilla, que, si quieren, pueden visitar sin dificultad. Junto a ella está la torreta de estilo oriental, porque vivimos en Japón. De haber estado en cualquier otro sitio nos hubiéramos acomodado a la arquitectura del país".

"Eso está muy bien", contestaban siempre sin convencerse en lo más mínimo. "Pero cuando la han hecho de tres pisos es porque o la usan de observatorio, para vigilar desde ella cuanto sucede en Hiroshima, o tienen en ella montada alguna radio o algún otro aparato de señales".

A mí me hacía verdadera gracia la ingenuidad con que repetían esto. En vista de que mis negativas siempre eran inútiles opté por demostrarles la verdad con hechos irrefragables que de ninguna manera se pudiesen poner en duda.

"Vengan conmigo, hagan el favor", les dije una de las veces que vinieron a repetir las mismas preguntas.

Salí fuera y me siguieron. Sin decir una sola palabra subí con ellos al montecillo en cuya falda está

contruida la casa, que también pertenece a la finca. En ella dominándolo y bendiciéndolo todo, está hoy una imagen del Sagrado Corazón que los cristianos pusieron allí trabajando asiduamente.

Desde el punto más elevado de aquella auténtica atalaya les pregunté:

"¿No les parece que teniendo este magnífico observatorio natural sería absurdo construir una torrecilla insignificante, lo menos 25 metros más baja y de la que se domina mucho menos terreno?"

"Es cierto", comentaron entre ellos con sinceridad manifiesta. "Con todo" y al decir esto se dirigieron a mí, "pueda ser que tenga otros fines..."

Como mi primera prueba por ejemplo, había dado tan buen resultado opté por seguir el mismo método.

Nos dirigimos hacia el lugar del litigio. Abrí la puertecilla que daba entrada a su base y los dejé pasar adelante. Una vez todos en el interior, les enseñé en el techo, encabalgada entre dos vigas, una gran plancha de hierro que obstruía un hueco toscamente hecho. En uno de los rincones se encontraba la escalera de mano que hacía posible el acceso.

"Pueden subir cuando quieran", les dije indicándoles el modo de hacerlo.

"¿Y Uds.?"

"¡Oh! A mí no me hace falta. Conozco muy bien lo que hay ahí arriba y no me interesa volver a verlo. Si no tienen inconveniente aquí les espero".

Con un poco de recelo empezaron a maniobrar lentamente. Apoyaron un extremo de la escalera en una de las vigas sobre las que habíamos encaballado la plancha de hierro, y mientras uno de los soldados sostenía con el pie para que no se resbalase, otro empezó a subir cuidadosamente.

No podía hacerse de otro modo. Ni los peldaños eran demasiado fuertes ni las vibraciones del techo, amalgama de madera, paja, tierra y cal, permitían el lujo de hacerlo más de prisa. A pesar de lo esmeradamente que iba subiendo para evitar vibraciones, una nube tenuísima, como de nieve artificial empezó a descender sobre el que tenía la escalera y sobre el que ya se encontraba a la mitad de ella. Los demás nos apartamos mientras yo me sonreía para mis adentros, viendo la variación de color que se iba advirtiendo en los flamantes uniformes de aquellos laboriosos kempeis.

Cuando llegó arriba empujó horizontalmente la tapadera de hierro y dejó al descubierto un cuadrado oscuro, débilmente iluminado por algún rayo de luz que furtivamente penetraba por las ventanas cerradas del segundo piso.

"¿Qué hay en ese cuarto?" preguntó uno de los de abajo.

"Saa, kitanai na" (porquería), respondió el interpelado mientras volvía a sacar de aquella boca negra una mano envuelta en telarañas.

Así era en efecto. Nadie había subido desde hacía meses, tal vez años. Como les había indicado muchas veces, aquella torrecilla que tanto les interesaba, no tenía más fin que dar su nota cristiana al conjunto sencillo de la capilla. Su silueta mostraba un perfil de pagodilla con innegable elegancia de formas. Pero el interior no era más que un armazón tosco de palos cruzados sin ninguna radio o aparato misterioso de señales secretas escondido en sus entretejidos. Algo así como esas fachadas de escayola pintada que tanto mienten a los espectadores desde las pantallas de los cines.

UN TIFON

A pesar de que la guerra continuaba, cada vez con más dureza, vamos a aislarnos de ella para encastillarnos, fuera de su ambiente, en otras realidades de aquellos mismos días.

Nadie ignoraba que las Islas Filipinas son el trono real de los tifones. Ninguna nación los padece tan grandes y de ningún refugio salen tan furibundos a asolar otras tierras. Como si todas las penalidades que el conflicto mundial iba dejando caer sobre nosotros fueran pocas, hubo un día en que el cielo se nubló, y de los archipiélagos del sur que llevan los nombres de nuestros reyes, Carlos y Felipe, vino en su loca galopada un viento arremolinado que lo arrasaba todo.

"La Galerna", dicen con terror los pescadores del Cantábrico cuando se desencadena furiosa barriéndolo todo desde el Cabo Finisterre hasta el Golfo de Vizcaya. "El tifón", dicen con igual espanto los japoneses del mar cuando las anuncian que el viento avanza en vertiginoso remolino que gira hasta 200 millas por hora. Y mientras aquéllos se encomiendan a Dios o a la Virgen del Carmen que les espera en el puerto, a la palida luz de los cirios chispeantes que les ha encendido la ansiedad de los que están en tierra, estos pobres paganos del oriente únicamente pueden encomendarse a un Buda, de intercesión estéril, porque es tan sólo piedra tallada por el buril del hombre.

Para comprender bien los efectos de un tifón desencadenado en Nagatsuka hay que conocer la topografía del lugar. En sus límites esenciales puede decirse que no es sino una gran explanada, extendida hacia el mar por el sur y el este y bordeada de montes por el norte y oeste. Una carretera la corta en

dos desde un pequeño terraplén. Nuestra casa se encuentra en la falda de una de las colinas del S.O. y no lejos de ella, junto a la carretera, un río insignificante, como el Manzanares, pero que también sabe a veces estallar en una explosión de ira.

Como hay lluvias torrenciales que se dejan caer sobre la región, los arrozales suelen recoger medio metro de agua, mientras el río intenta salir de su madre sin conseguirlo apenas nunca. Ahí suele terminarse el duelo entre el agua y la tierra. Pero hubo un día en que todos los elementos se desencadenaron. El viento se huracanó barriendo cuanto se ponía a su paso. Tejados de casas viejas, postes de telégrafos, cercas, casetas... todo fué cayendo en estrépito al latigazo de sus chasqueantes alas de furor.

Para aumentar la catástrofe que se presentía, las nubes se rasgaron con la puñalada roja de un rayo en tempestad, y comenzaron a descargar con encono una catarata de agua sobre la llanura.

El río fué creciendo. El cauce parecía dilatarse para no dejar que se escapase de sus dos brazos de barro, pero el mar vino a desequilibrar la lucha con una marea alta que entrando por la desembocadura cerró la salida a las aguas tumultuosas y revueltas que bajaban de los montes. Con un esfuerzo supremo, saltaron la barrera natural que les tenía en jaque y fueron a aumentar la siempre crecida profundidad de la llanada convertida en lago.

No habían concluído las desventuras. Unos magníficos depósitos de agua construidos a media ladera de los montes, no pudieron resistir el empuje de todo el caudal que remansaban y sus muros de contensión saltaron hechos añiscos dejando que el agua se desbocase en rápido descenso.

Desde nuestra segura atalaya contemplábamos aterrados la catástrofe. El viento convirtió aquel im-

provisado lago en un mar hirviente con olas como aquellas de Genezaret, cuando Cristo dormía en la popa de la barca... El agua había escalado hasta los segundos pisos y amenazaba seguir adelante en su dmarcha ascensional. Seguía lloviendo torrencialmente y no había indicio de que las nubes pensasen agotarse.

Nos reunimos todos los Padres que estábamos en el Noviciado y decidimos hacer algo. Lo que no encontrábamos era qué habíamos de hacer, ni cómo habíamos de hacerlo.

Llamamos a unos cuantos labriegos de los alrededores, que como nosotros tenían sus casas a salvo en los montes circunvecinos. y les pedimos consejo. Tal vez ellos conociesen una inundación como aquella y supieran la manera de prestar ayuda.

Vano empeño. A todas nuestras sugerencias contestaban siempre. "Shikata ga nai" (no hay remedio), y no conseguimos arrancarles ninguna solución positiva.

Ese fué uno de los momentos en que más claramente vi cómo les desorientaba nuestra respuesta europea: "Shikata ga aru", (hay remedio); les resultaba tan extraña que la consideraban como frase incorrecta, y para su mentalidad lo es, porque jamás la usan.

Con todo, se decidieron a hacer todo cuanto les dijéramos y a ponerse a nuestras órdenes para colaborar a la obra de salvación.

Viendo que iba a oscurecer pronto y que no había tiempo que perder empezamos a recoger los postes de telégrafos y grandes vigas de casas derribadas que el viento iba arrastrando sobre el agua encabritada. Con una docena de ellos hicimos una almadía atada con cuerdas, y nos dispusimos a emprender el salvamento.

Empujando las balsas por detrás nos dirigimos hacia las casas más amenazadas. Nuestra base de operaciones, por decirlo así, se encontraba en el terraplén de la carretera, que dominaba la furia de las olas; pero tan pronto como nos empezamos a alejar vimos que el agua pasaba de las cinturas a los hombros y de los hombros... a ningún sitio porque continuábamos a nado. El avance era lentísimo. El viento nos soplaba de lado y aunque éramos bastantes los que nadaban empujábamos la almadia, su volumen ofrecía una notable resistencia. Llegamos con todo a las primeras casas y empezamos a poner sobre los troncos a las mujeres, y a los niños que bajaban por las ventanas de los segundos pisos.

Durante la operación del salvamento no había mucho tiempo para pensar, pero sí lo suficiente para admirarse. Aquella multitud que se encontraba arremolinada, muy cerca de los tejados de las casas, estaba compuesta en partes aproximadas de hombres, mujeres y niños. Que los primeros se mantuviesen en un silencio estoico no resulta extraño. Es lo menos que se le puede pedir a un varón, sea cual sea su nacionalidad. Pero desconcertante que ni siquiera las ancianitas de pelo blanco y cuerpo encorvado por los años, o los peques que apenas habían llegado a los 10 ó 12 años tuviesen en la cara un gesto de pavor ni en los labios un grito de espanto, era algo que nos llenó de asombro.

No hay duda, tienen una mentalidad distinta de la nuestra. Su "gama", paciencia, llega a una altura japonesa no alcanzada por otras razas: es una virtud pasiva, que sufre, pero que no obra. Capacidad enorme de aguante, pero nulidad de acción.

Y aquí, en esta inundación que he querido recordar porque además del hecho material encierra la lección de su psicología, se ven perfectamente desmarca-

dos los dos rasgos dominantes de su voluntad: fortaleza para resistir, indecisión para obrar.

Los hombres cuya colaboración pedimos al principio, no hacían más que repetir continuamente: "Kawaisoona" (desgraciados); Komaru" (qué conflicto) y no tenían la iniciativa suficiente para intentar obrar. Sin embargo, una vez que les dimos la idea, trabajaron con ahinco y sin señal de temor.

Los que se encontraban en los segundos pisos no daban un grito, no lloraban, tenían "gaman" suficiente para morir sin una queja, sin embargo no tenían empuje como para intentar vencer las dificultades que les suponía una tentativa de salvamento.

Psicología extraña, ¿No es verdad?

Hicimos muchos viajes para dejar en salvo a las familias más necesitadas. Ya íbamos a retirarnos definitivamente dando por terminado el salvamento, cuando alguien indicó:

"Allí en esa casa de la izquierda, hay una viejecita en el tejado".

Miramos, todos, y en efecto, así era. Acurrucada junto a la chimenea, miraba hacia abajo para ver cuál era el cariz que tomaba la ascensión ininterrumpida de las aguas.

Cosa curiosa, tenía miedo a ahogarse, porque de lo contrario no se le habría ocurrido subirse hasta el tejado teniendo los años que tenía y, sin embargo, habiendo visto todas nuestras operaciones de rescate no se le había ocurrido dar un grito.

Le hicimos unas señas y le dijimos que íbamos a buscarla. Con naturalidad desconcertante nos gritó:

"No vengan porque estoy muy bien".

Nos miramos unos a otros y volvimos a ofrecerle nuestra ayuda, creyendo que le habríamos entendido mal. Pero su respuesta volvió a ser clara y terminante. Con todo, viendo que la casa se tambaleaba al

empuje conjunto de las olas y del viento, optamos por ir a salvarla, quisiera o no quisiera.

Empujando la balsa nos volvimos a lanzar a nado, con rumbo, esta vez, completamente distinto. Muy despacio llegamos a nuestro destino y arrimamos la almadia a una de las ventanas del segundo piso.

"Obaasan", (abuela), baje Ud. aquí para que volvamos a tierra firme, le dijo uno de los padres.

La viejecita se quedó impertérrita donde estaba. No hizo el menor movimiento ni dió la menor muestra de pensar hacerlo.

"Obaasan", vilvió a gritarle alguien, ¿no nos oye?

Esta vez se dignó contestar:

"Si les oigo, pero no bajo".

"Ya la ayudaremos nosotros".

"No, si no necesito ayuda. Si quisiera bajar lo haría sola, pero es que no quiero".

Nos pareció que estaba loca. Ya estábamos pensando en bajarla a la fuerza o poco menos, cuando nos dió la razón que tenía para obstinarse.

"Si voy en la balsa a lo mejor se me moja este "furoshiki", y nos enseñaba el paquetico de las cosas envueltas en un pañuelo de seda fina. Era todo su equipaje y prefería ahogarse con él que correr el peligro de que se le deteriorase con el agua".

"No se preocupe, abaasan, que ya le procuraremos sacar en hombros".

Solamente cuando le hicimos una especie de "seguro" de sequedad a su "furoshiki" se decidió a bajar. con una agilidad que parecía imposible en sus muchos años, hacia donde le aguardábamos con la almadia.

Cuando legamos sanos y salvos hasta donde la balsa no podía avanzar más volvió a plantearnos el problema de su paquete.

"No se preocupe, le dije, vamos a hacer con Ud. lo mismo que hemos hecho con todas esas personas que nos están mirando. Ya ve que nadie se ha mojado en lo más mínimo. Súbase Ud. en mis hombros, con el furoshiki bien alto, y así llegaremos hasta la orilla".

La obaasan no se hizo de rogar. Una vez que estaba bien segura empecé a andar lentamente por aquella agua fangosa que con sólo mirarla parecía que iba a manchar, mientras ella mantenía el hatillo a la altura de su cabeza.

Para ir más seguro me fuí arrimando a una pared de piedra, en la que tenía la sana intención de ir apoyando las manos, con lo cual la estabilidad aumentaría mucho. Pero no me acordé que junto a ella corría una acequia de más de un metro de profundidad, que unidos al otro metro y medio que por allí alcanzaba la riada, era más que suficiente para cubrirnos al mismo tiempo a mí y a la pobre obaasan que venía encima.

En efecto, en el momento en que ella me ponderaba la importancia de su hatillo, di un paso en falso y con el peso que llevaba encima no paré de bajar hasta el fondo de los tres metros.

Al momento salí a nado y agarré por donde pude a la abaasan que se debatía furibunda, por supuesto que sin saber nadar, en aquella marejada de color terroso. Cuando la sacamos, porque todos vinieron al momento al ver el chapazón que nos habíamos dado, estaba la pobre como una gallina al salir del agua, apretando fuertemente entre las manos su furoshiki (hatillo), tan mojado por dentro como por fuera.

Ella no hizo ningún comentario a la mojadura, y los demás tampoco nos atrevimos por miedo a que nos dijera: ¿Ven Uds. cómo mejor hubiera sido que me hubiese ahogado allí arriba?

LUCHANDO CON EL PINCEL

Terminada aquella peripecia volvimos a sumergirnos en las normales anormalidades de cualquier guerra.

Como el apostolado era cada vez más difícil porque la vigilancia extremada hasta lo increíble dejaba sin movimiento a muchos misioneros, quise aprovechar la ocasión para penetrar en lo posible, en el espíritu del "Shodoo". Es decir, en lo que para los japoneses hay de artístico y formativo en la escritura a pincel.

Este deseo lo tenía ya de muy antiguo. Databa de los tiempos, ya tan lejanos, en que rompí mis primeras lanzas en el Settlement de Tokio.

Conocía a varios universitarios que me invitaron a ver una exposición de Kakemonos. Aunque no fuese más que para poder practicar un poco, charlando con ellos, accedí encantado.

Entramos en una sala espaciosa en la que había muchísimas obras expuestas, para mí todas iguales, para ellos todas diferentes. Yo no podía leer el contenido de aquellos trazos con gruesos perfiles de pincel, ni encontraba una especial belleza ni un sentido peculiar en la manera de hacer esas líneas sinuosas de escritura extraña.

Recuerdo como si fuese hoy que de repente se pararon los tres muchachos delante de uno de los kakemonos.

"Magnífico", exclamó uno de ellos con verdadera admiración.

Y en un coro de sentimientos plenamente armonizados, fueron los otros dos asintiendo con las palabras y los gestos.

Yo, incauto de mí, creí que el autor había sabido condensar en un par de frases felices alguna idea

profunda de belleza concentrada. Por eso pregunté a uno de ellos:

"¿Me lo puede traducir? todavía no lo entiendo..."

"Yo tampoco", me contestó sin dar la menor importancia al contenido de la escritura.

Y volviéndose a los dos restantes les dijo:

"¿Se lo podéis traducir vosotros?"

Pero ambos negaron con la cabeza como si aquello fuera un capricho absurdo que no merecía siquiera tenerse en cuenta.

Entonces, les pregunté de nuevo:

—¿Qué es lo que encontráis de estupendo en este kakemono?"

—Los rasgos con que está escrito son algo magistral. ¡Qué fuerza y qué contraste! Sencillamente estupendo.

Me quedé en silencio. Esta frase de palabras tan diáfanas me resultaba sumamente oscura. No acababa de comprender cómo se puede alabar una poesía, supongamos que lo fuese, por la ortografía con que estaba escrito, si el sentido quedaba oculto bajo la elegancia de sus mismas formas exteriores. Con todo, no me quedó duda de que ellos, juzgando con unas categorías intelectuales desconocidas para mí, se habían acostumbrado a adivinar, o mejor dicho a ver, una belleza totalmente imperceptible para cualquier occidental.

Me encontraba ante los jeroglíficos de otros de los "Doo". Un nuevo camino de la formación del carácter, que conducía a la misma cumbre del autodominio.

Quise que me explicasen en qué consistían las maravillas ocultas en este arte del pincel y la tinta china, perto todos mis ruegos eran recibidos con una sonrisa cortésmente compasiva:

"Eso no es posible. Hay que experimentarlo para sentirlo. Entonces la cosa es muy clara, clarísima".

Y nadie me decía nada.

Decidí probar... Me puse al habla con un profesor y quedamos en que tendríamos clase de 10 a 11 de la noche. Era uno de los pocos tiempos en que los Novicios me dejaban respirar con tranquilidad porque se encontraban e nlo más profundo de su sueño.

Llegó el primer momento de la primera lección. El profesor pintó un modelo y me mandó que lo repitiese. Para eso tenía que fijarme muy bien cómo estaba hecho y tratar de hacer una copia con exactitud, en cuanto fuese posible, fotográfica, pero, y ahí estaba la dificultad, vívida.

Al principio tenía que preparar la tinta china, en unos pocitos que equivalen a los que en occidente se usan para dibujo. En hacer esto se van cuatro o cinco minutos durante los cuales el discípulo debe estar mirando y remirando el modelo que va a copiar. Con eso, cuando llega el momento de dar la primera pincelada, se supone uno perfectamente serenado y que tiene muy grabado en la retina hasta el último de sus rasgos.

De esto me enteré más tarde. Después de la primera tentativa, en que estuve como cualquier otro principiante, varios minutos haciendo mi tinta china en un pocito negro, me pareció que aquello era una lastimosa pérdida de tiempo. Por eso le dije a uno de los novicios:

—"¿Qué tal le parece si me la deja Ud. preparada antes de empezar

Me miró con unos ojos como castañas y me dijo como si hubiese escuchado un disparate que rayase ya en burla:

—"Pero, ¿no quiere, Padre, aprender a escribir con "funde?" (pincel).

—"Sí a escribir sí, pero hace mucho tiempo que sé el modo de hacer la tinta".

"Pero Padre", me dijo ya más explícito, "si eso es imposible. No se puede separar una cosa de la otra. El mismo que va a copiar el modelo es necesario que la haga y que mientras tanto se vaya fijando en lo que va a escribir".

Comprendí que mis palabras habían constituido una herejía contra el arte y me decidí a mantenerme en lo futuro dentro de su más estricta ortodoxia. Por eso dediqué cinco minutos diarios a frotar la barrita negra de tinta china con el fondo del pocillo en que se hallaba el agua.

Poco a poco y gracias a las sucesivas explicaciones que iba recibiendo comprendí al menos en parte, cuál era la esencia misma del Shodoo.

Hay que identificarse con lo que se copia, es decir, hay que trazar una serie de rasgos, que tienen un sentido determinado, anulando cuanto yo podía poner de persona en ello. Lo único que debe quedar es una imitación tan perfecta, que en ella nadie puede encontrar la menor señal de la mano que copia, y sí todos los matices de la que puso el modelo.

Es pues, un ir perdiéndose a sí mismo, para identificarse con la manera de ser de los otros, sin olvidarse que esos "otros" que son los "sensei" (maestros) no tanto dan al discípulo sus propios sentimientos y sus propios rasgos, cuanto lo que ellos aprendieron de sus profesores en una línea siempre invariable que se mantiene continuamente dentro del molde de la tradición.

Para entender, aunque no sea más que un poco de todo lo que el Shodoo encierra, hay que recordar que nuestra poesía y nuestra literatura en general, tiene dos bellezas: la del fondo, más o menos ideológica, y la de la forma, con que esa base substancial se ofrece a los demás.

Los japoneses, además de esta doble realidad, tienen un tercer matiz de expresar la belleza que está

sincronizado, por decirlo así, con ese fondo y esa forma que acabamos de mencionar.

Nosotros prescindimos de si una poesía está escrita a máquina, a imprenta o a mano. Esto podría añadir más o menos facilidad a su lectura, pero en nada aumenta o disminuye su belleza.

Sin embargo, ellos, en la manera de trazar los rasgos, ponen un sentimiento estético que se complementa con el sentido íntimo de la obra.

Vamos a poner un ejemplo que aclare algo estos matices tan oscuros. Todo el mundo ha oído hablar de la grafología, y aunque entendemos poco de ella, cuando vemos una carta con todas las letras separadas e infinidad de rasgos agitados y convulsos que se desarticulan mil veces en cada párrafo, no dudamos que aquello ha sido trazado por la mano de un nervioso.

Cuando por el contrario va todo unido, sin un corte, con las letras cerradas, se encuentran todos los sentimientos esenciales del alma humana.

Supongamos ahora que un escritor que fuese simultáneamente novelista y grafólogo, tuviese la humorada de escribir una obra en la que acompañase las palabras de cada personaje, más aún, las circunstancias de cada momento con los rasgos típicos de ese estado de ánimo. Una persona vulgar que viese aquello, no penetraría más que en el sentido de cada frase y de cada situación anímica. Un grafólogo podría admirar la perfecta armonía entre los sentimientos de cada momento y los trazos usados para expresarlos.

Y alguien que entendiese la grafología pero que desconociese la lengua, lo único que podría hacer era seguir la línea general de las situaciones. Es decir, que podría ir reconociendo, basándose tan sólo en el tipo de letra, cuándo un personaje estaba airado, cuándo la situación reflejaba temor... etc.

No hay duda, pues, que el segundo de estos lectores, el grafólogo, habría podido descubrir una belleza nueva desconocida e imperceptible a los otros dos. La de la armonía entre el sentimiento que encierra la frase y los trazos con que se escribe esa misma frase.

Esto es algo de lo que hay en Shodoo. Es añadir con el trazo una belleza complementaria que refuerza la de la expresión gramatical.

Para nosotros eso es algo imposible de apreciar. Pero no porque en realidad no exista, sino porque no tenemos la preparación suficiente para captarlo.

A este dominio del rasgo no se puede llegar sin un ejercicio continuadísimo.

Es muy fácil traducir de otro idioma al propio. Es muy difícil lo contrario. Es muy fácil reconocer que determinados rasgos de pluma son de un nervioso, pero es muy difícil reproducirlos con expedición. Es muy fácil para un japonés, adivinar en el trazo del pincel el sentimiento dominante, pero es muy difícil tener dominio para escribirlo cuando se quiera.

El shodoo, pues, tiene mucho de labor grafológica inversa. Es decir, no sólo reconocer lo que el trazo dice, sino, venciendo esta primera dificultad seguir adelante hasta reproducirla.

Para ello hay que llegar a un dominio absoluto del instrumento externo y de los sentimientos internos. Mientras esto no se haya conseguido, no se ha llegado todavía a la cumbre que marca la perfección del Shodoo.

El esfuerzo de copia, es decir, el andamiaje que utilizan para llegar al fin, exige que en cada momento el discípulo represe todos sus afectos menos uno: el que está vibrando en el rasgo trazado por el maestro el que su mano firme ha dejado estampado en el papel modelo.

Esto es sumamente difícil, porque exige escribir como si se estuviese tranquilo, cuando los nervios están crispados, y fingir una excitación que no se sufre, cuando la propia psicología descansa en un remanso de paz.

A los tres años, más o menos, es cuando los discípulos aventajados suelen llegar al aniquilamiento de sus propios sentimientos, para poder poner en la punta del pincel el que en cada momento está más de acuerdo, no con las alegrías o sufrimientos de su alma, sino con el del momento histórico que está viviendo.

Sin embargo, nadie crea que en el caso concreto del shodoo es la formación pasiva de la voluntad o que ellos pretenden como fin primordial. No, a donde apuntan es al arte que en su mentalidad orienta, además de coronarse con la belleza, aboca accidentalmente en un fin de autodominio.

Ya había pasado por un doble bautismo de fuego: el del "Chadoo" y el del "Shodoo". Me había adentrado por dos de los caminos que conducen al alma japonesa, pero todavía me quedaban más senderos por explorar. Uno que siempre me atraía profundamente era el de su música, sobre todo la del "No", que es la típicamente popular.

No encontraba una belleza especial en sus notas tristes, sin las estridencias de su "kabuki" —teatro clásico rimado— ni las armonías resbaladas de nuestro gregorismo. Me intrigaba. ¿Qué encuentran los japoneses en ella? Volvía a instigarme el mismo pensamiento que me acosaba ante las interminables ceremonias del té o los horarios sin fin en que aprendían el manejo del pincel.

Me decidí a estudiar. Nadie crea que como curiosidad.

El novel misionero que llega al Japón, sueña con convertir muchas almas en pocos años. Y con unos

cálculos que se basan en sueños y no en verdades, ve a los japoneses ya católicos en un futuro tan cercano que puede alcanzarse con el último extremo de su propia vida.

Ya pasé por ese sueño que es el de todos.

El misionero sin experiencia quiere lanzarse a la conquista con la palabra de Dios en la boca, y en el pecho un corazón de fuego. Vano intento. Frente a esos procedimientos el japonés se le cerraba. Su alma se replegaba a lo más hondo de su carácter que se alzaba esquivo como una fortaleza feudal. Y con una reacción temperamental que siempre era idéntica en esencia, levantaba sobre los fosos llenos de perjuicios que le rodeaban. Vivían en el mismo mundo misionero y misionado. Pero les separaba una barrera difícil de franquear.

Para trabajar con eficacia hay que superarla; es decir, hay que dominar a fondo su lengua. Hay que penetrar lo más hondo de su idiosincrasia, de su manera de pensar. Hay, en una palabra, que hacerse como uno de ellos, para que en todo haya sintonía. Si no se llega a eso, podrá trabajarse muchos años entre ellos, pero siempre quedará en pie la barrera que impide el contacto y por ende el fruto.

Esto es lo que me decidió a estudiar el "No". Me costaba consagrarle tanto tiempo pero lo juzgué una necesidad. Y preferí hacer el apostolado como Dios me lo pedía, de acuerdo a las almas que debía salvar, que seguir mi propio camino, más agradable pero menos divino.

No penetraremos dentro de su esencia como hemos procurado hacerlo con otras peculiaridades japonesas que hemos analizado. Deseo no nos falta pero la Bomba Atómica cortó a los seis meses mi aprendizaje, y no quiero decir más de lo que es. Con todo, siempre resultará interesante conocer alguno de sus detalles.

El "No" ha sido comparado con las formas más antiguas del teatro griego y con los Autos Sacramentales más primitivos, es decir, con los Misterios. Con todo, no es probable que haya más contacto entre unos y otros que el meramente psicológico, es decir, el de ser en ambos respuesta a una tendencia humana que busca una manera de reproducir situaciones reales o caricaturizadas de su vida.

Es el primer esbozo dramático japonés. Antes no hubo nada. Junto a él la lanza; y en su desarrollo evolutivo, el estrado de los bailes rítmicos se convirtió en escena.

Alcanzó su máximo desarrollo en los siglos XIV y XV y se ha mantenido hasta el presente con un sentido profundamente tradicionalista. En su música sin penta ni tetragrama se recogen de una manera desbordantemente lírica sus sentimientos, sus ideas, sus creencias, supersticiones, toda la vida intelectual y moral de aquellas inquietas y tumultuosas generaciones de antaño. Hace desfilar ante nuestros ojos a sus dioses, sus grandes señores, sus religiones, sus taumaturgos, sus guerreros, sus heroínas y hasta sus trasgos y fantasmas; y sobre todo, nos muestra admirablemente la profunda huella que les había hecho encontrar en las bellezas de la naturaleza, y el modo con que enfocaban la inestabilidad de las cosas y la impermanencia del tiempo.

Su origen, a la vez popular y religioso, sugiere el contacto indicado con la tragedia griega. Como ella no tienen más que muy pocos personajes. Dos le bastan muchas veces. Y desde su mismo nacimiento, como complento de estos actores, un coro que alterna con ellos, y que a veces encarna la personalidad de un tercero.

En una nueva analogía de sabor griego vemos que tampoco suben mujeres al estrado. Hombres con caretas representan todos los personajes. Y en estas

caretas se da un hecho muy curioso. Según las posturas en que se pongan varían de fisonomía y la habilidad del actor es conocer estas variantes de tal forma que en cada momento haga una adaptación perfecta entre la expresión de la máscara y el sentido de su recital.

Sólo por apostolado me adentré en este camino tan amplio como una llanura sin límites en su horizonte...

Cuando recomendado por un buen amigo, me presenté en casa del profesor de canto, se quedó éste admirado de que intentase aprender el "No". Si mal no recuerdo era el primer extranjero que le hacía semejante petición, y me temo que también el último, porque la destrucción de Hiroshima creo fué la suya propia.

El primer día tuvimos alrededor de una hora de clase. Una especie de solfeo en el que es necesario oír antes el canto, porque a cada nota le corresponden varios sonidos. No hay, pues, la distinción absoluta de campos de nuestro pentagrama o del gregorismo. La canción va escrita de modo corriente y cada sílaba va apostillada con la aclaración de un sonido un tanto abstracto que el profesor ha de concretar en cada caso.

En días sucesivos fué creciendo el interés de mi maestro, verdadero artista del "No", y cuando en ascención siempre creciente llegó a verdadero entusiasmo, las clases siguieron el mismo rumbo y de la hora del principio pasamos a dos y hasta tres horas seguidas. ¡Cómo acabaría la garganta!, pensará alguno. Pero yo que lo pasé, recuerdo que aquello era lo de menos. Lo malo era cómo acababan los pies de cantar tres horas sentados.

Seis meses se deslizaron sin novedad, y cuando ya empezaba a gustar aquella música difícil pero delicada, la Bomba Atómica vino a poner un violento

punto final a mis estudios, que después nunca he podido, ni podré continuar. Con todo, aquello había sido suficiente para rastrear un poco en lo que los japoneses sienten, cuentan y ponen en su música tradicional.

LA BOMBA ATOMICA

Para hacerse cargo de cuál era el escenario sobre el que la bomba atómica representó su tragedia, conviene recordar algo de lo ya dicho acerca de la ciudad y añadir algunos datos complementarios.

Sus habitantes pasaban de 400,000, es decir algo más de Sevilla. Y su extensión incomparablemente mayor, porque fuera de unos cuantos edificios de cemento que en el centro de la ciudad se levantaban magníficos, dominando la llanada, todos los demás eran típicamente japoneses, de uno o dos pisos, construidos con maderas como elemento de resistencia, y cañizos, barro, cartón, y papel fuerte como complementarios. Y en el suelo esto siempre, paja de arroz en un tejido de estera fina que había de ser un combustible de rapidez espantosa cuando sonase la hora apocalíptica del llanto final.

Militarmente tenía una valor innegable. No era una ciudad que bordase cielos con el humo bélico de factorías guerreras, pero era un puerto militar de embarco y desembarco de tropas, tal vez el más importante de los que miraban confiados a los mares del sur. Todas las semanas, con una constancia que nunca interrumpió la guerra, veíamos el doble desfile de los uniformes nuevos que iban al frente para recibir su circuncisión de sangre, y los que venían destrozados con el dolor de la lucha, y la esperanza de la victoria.

Los Jesuítas teníamos entonces dos casas en Hiroshima: una en el centro de la ciudad que era la parroquia, y la otra en Nagatsuka, a seis kilómetros del casco acogedor de la metrópoli que era el Noviciado. En ella me encontraba yo desde hacía varios años. Treinta y cinco jesuítas formaban el núcleo de la comunidad.

Lo más llamativo de toda la guerra, en el sector de Hiroshima, fué la paz absoluta en que la aviación americana dejó a la ciudad. Relativamente cerca se encontraban otras grandes urbes como Kure, y algo más allá Osaka y Kobe, que habían sido ferozmente bombardeadas.

Aún recordará el lector que en la última guerra mundial al apisonar los alemanes con su impotente aviación la ciudad inglesa de Conventry, se hizo célebre y hasta se veía escrita en los periódicos, la palabra "conventrizar" con un sentido sinónimo al de arrasar.

Pues bien, recogiendo aquella palabra podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que los americanos intentaron conventrizar los principales núcleos militares del Japón, y que solamente algunos rincones privilegiados, como Hiroshima, se salvaron de esa táctica que es el alma de toda estrategia moderna. América se preocupaba mucho más de las máquinas que de los soldados japoneses. Y estaba en lo cierto. Japón se rindió con su ejército intacto, porque le falló la industria con que hacerlo eficaz.

La población de Hiroshima, en un principio se iba a dormir a las cuevas horadadas en los montes vecinos, pero viendo que el tiempo transcurría sin que la tranquilidad fuese turbada por otra cosa que el pitido desagradable e insistente de las sirenas, fué recobrando la confianza perdida en los primeros momentos. Pasado algún tiempo, prefirió exponerse a morir entre sábanas que a vivir entre telarañas, co-

giendo reumas, padeciendo pulmonías, terminando por morir con todas las incomodidades de su nueva existencia subterránea.

Es natural. Esa reacción la llevamos en el alma. Me contaba un muchacho que durante la guerra española eran muchos los soldados que tiraban la careta de gases y usaban su caja metálica para meter otras cosas o para llevar, en ocasiones, agua. Cuando le pregunté si no tenían miedo a un ataque químico, me contestó riéndose:

"Un poquillo, Padre, pero es mejor morirse cómodo que vivir incómodo". Esa era la mentalidad de la ciudad de Hiroshima.

La vida se deslizaba sin anormalidades. Todos los días, a las cinco y media de la mañana, un B-29 cruzaba el cielo de la ciudad que en una sola ocasión dejó caer una bomba sobre nosotros.

Tanta fué su constancia que con naturalidad y un poquillo de ironía fina, fué bautizado con el nombre de "El correo americano".

El seis de agosto del 45, fué el único, el primero y el último, que entró por camino nuevo. A las 7.55 un segundo toque de alarma nos indicó que el enemigo se acercaba. A mucha altura pasó otro B-29 sin que nadie se preocupase de ello. ¡Eran tantas las veces que veíamos cruzar a distancia formaciones aéreas de 200 y más aparatos! A las 8.10 se dieron los toques de fin de peligro y la población se dispuso a continuar su vida por el camino ordinario de la rutina. En mal momento dejaron de tocar las sirenas. Apenas habían transcurrido cinco minutos, eran las 8.15, cuando un fogonazo como de magnesio rasgó el azul del cielo. Yo que me encontraba en mi despacho con otro Padre, me puse inmediatamente en pie y me asomé a la ventana. En aquel momento, un mugido sordo y continuado, más como una cata-

rata que a lo lejos rompe, que como una bomba que instantáneamente explota, llegó hasta nosotros con una fuerza aterradora.

Tembló la casa. Cayeron los cristales hechos añicos, se desquiciaron las puertas, y los tabiques japoneses, de barro y cañizo, se quebraron como un naipe aplastado por una mano gigantesca.

Aquella fuerza terrible que creíamos iba a desgarrar el edificio por los cimientos, nos tiró por el suelo con la bofetada de su empuje. Y mientras nos tapábamos la cabeza con las manos, en gesto instintivo de defensa, una lluvia continua de restos destrozados, fué cayendo sobre nuestros cuerpos tendidos inmóviles en el suelo.

Cuando aquel terremoto se acabó nos pusimos en pie, temiendo ambos ver herido al otro. Afortunadamente nos encontrábamos incólumes, sin más consecuencias que las naturales contusiones de la caída. Fuimos a recorrer la casa. Mi gran preocupación eran los 35 jóvenes jesuítas de los que, como Superior, era responsable. Cuando pasé por el último de los cuartos, vi que no había un solo herido, y que aquella explosión no había causado más que daños materiales de destrucción.

Con esa natural curiosidad que se experimenta después del peligro, todos a una salimos al jardín para ver dónde había caído la bomba que nos había hecho rodar, tan poco cortésmente, al compás de sus vibraciones. Pero nuestros esfuerzos por encontrar la huella esférica de su caída fueron inútiles. Allí no había el menor rastro. El jardín, la huerta, todo como antes. Y en un contraste violento con la naturaleza que irradiaba vida en el nacer de agosto, la casa ajada y lacia, con las tejas rotas, violentamente amontonadas, sin esa elegancia simétrica que les da el estar encabalgadas cada una sobre la anterior. Cristales no quedaba ni uno intacto. Y a través de las ventanas,

brutalmente abiertas y desquiciadas, el interior herido, con los tabiques rotos y el polvo todavía en esa danza circular que mantiene vida hasta que se posa.

Subimos a lo alto de la colina para buscar un mayor radio de visión. Y desde allí, extendiendo la vista por la llanura del este, vimos el solar arrasado de lo que fué Hiroshima. Ya no era. Estaba ardiendo, como una nueva Pompeya. El cráter invertido de la Bomba Atómica había arrojado sobre la ciudad víctima la primera llamarada de un fuego blanco intenso. Y al contacto de su calor terrible, todos los combustibles ardieron como cerillas metidas en un horno. Y como si esto fuera poco, las viviendas de madera que se derrumbaron bajo la onda de la explosión, cayeron sobre brasas de los hornillos caseros que pronto se convirtieron en llamaradas de hoguera.

Ante aquel espectáculo que ni siquiera habíamos podido imaginar nos quedamos clavados en el suelo. Luego, recogiendo datos ajenos a impresiones propias, pudimos reconstruir toda la escena.

A las 8.15 de la mañana un avión B-29 americano dejó caer una bomba que hizo explosión en el aire a una altura de 1,560 m. El ruido fué muy pequeño, pero lo acompañó un fogonazo que fué el que a nosotros nos hizo el efecto de una llamarada de magnesio.

Durante unos momentos, algo, seguido en una roja columna de llamas, cayó rápidamente y estalló de nuevo, esta vez terriblemente, a una altura de 570 m. sobre la ciudad.

La violencia de esta segunda explosión fué indescriptible. En todas direcciones salieron disparadas llamas de color azul y rojo. Inmediatamente un trueno espantoso acompañado de insoportables ondas de calor que cayeron sobre la ciudad arrasándolo todo. Ardió cuanto podía arder; y las partes metálicas se fundieron.

Todo esto fué la tragedia del primer momento. Al siguiente, una gigantesca montaña de nubes se arremolinó en el cielo. En el mismo centro de la explosión apareció un globo de cabeza terrorífica. Y con él una ola gaseosa a 500 millas por hora de velocidad, barrió todo lo que se encontraba en un radio de 6 km. Por fin, diez minutos más tarde, una especie de lluvia negra cayó en el N.O. de la ciudad.

Los japoneses que ignoraban había explotado la primera Bomba Atómica, con esa armonía imitativa de su lenguaje, designaron aquel fenómeno con la palabra PIKADON. "Pika" era para ellos el fogonazo deslumbrador, y "don" el ruido explosivo que siguió después.

A nosotros, como a todo el mundo, aquello nos resultaba inexplicable. A los cuatro años de guerra habíamos visto caer muchas bombas y explotar muchas granadas. Sin embargo, aquello era algo nuevo que en nada admitía comparación con lo hasta entonces conocido. Habíamos oído también hablar mucho de las armas secretas, sobre todo, antes de la derrota alemana, pero al no verlas nunca realizadas con una eficacia definitiva, nos habíamos convencido de que todas ellas no pasaban de ser un mito vivificado por la propaganda.

Quisimos desde el principio entrar en la ciudad. No era curiosidad macabra. Tampoco era para buscar heridos, ya que éstos eran tantos que venían a nosotros sin necesidad de salir a su encuentro. El motivo que nos impulsaba era recordar que en el mismo centro de Hiroshima, en una de las partes más damnificadas por la bomba, estaban los restos de nuestra residencia y tal vez nada más que los cadáveres de nuestros Padres. Era pues, un deber de hermandad. Sin embargo, no podíamos dar un paso hacia ellos. El fuego cerraba todos los caminos, saltando de casa en casa y acorralando las calles con las lenguas roji-

zas de incendio. Un humo negro, denso, que a veces no tenía fuerza de remontarse y lo envolvía todo, salía de los edificios al mismo tiempo que las llamas lamían sus maderas.

Catástrofe terrible parecida al terremoto que asoló Tokio y Yokohama, hace ya más de 20 años. En ambos casos, pasaron de 200,000 los muertos en la hecatombe.

Los números pueden dar una idea más o menos exacta del conjunto. A los pocos meses se publicaron las estadísticas oficiales de los efectos de la explosión atómica. El área afectada fué alrededor de 13,000.000 de metros cuadrados.

Casas completamente arrasadas	56,111
Casas quebrantadas por completo	6,820
Casas principalmente destruídas o quemadas	6,040
Total	68,971

Area de destrucción completa	1,200
Area de fuerte destrucción, edificios	1,600
Area de destrucción menor	4,000

El número total de edificios en Hiroshima era de 75,327; por lo tanto, sólo el 9% quedó salvo.

Siete son los brazos del celta en que está emplazada la ciudad. Y de los puentes que unen sus diversas partes, 30 quedaron destruídos completamente o inutilizados.

Los medios de transporte sufrieron los siguientes efectos:

Tranvías interurbanos destruídos	108
Autobuses	68
Vagones de pasajeros	90
Vagones de carga	65

Este era el estado material de la ciudad a los pocos momentos de la explosión.

No había tiempo que perder. Sólo se podía orar con intensidad y trabajar sin descanso.

Recuerdo que antes de tomar ninguna medida vital, me fuí a la capilla, una de cuyas paredes había saltado hecha añicos, para pedirle al Señor luz en aquella oscuridad terrible que nos abrumaba. Por todas partes muertes, destrucción. Nosotros aniquilados a la impotencia. Y El allí, en el Sagrario, conociéndolo todo, contemplando todo, y esperando nuestra invitación para que tomase parte en la obra de reconstruirlo todo.

¡Cómo se siente a Dios en el fragor de la tormenta! Y cómo se acentúa ese sentimiento cuando se vive rodeado de millones y millones de infieles que jamás le imploran, porque no le conocen. Todo el peso moral de la oración, recaía en aquel momento sobre nosotros, sobre aquel puñado de jesuítas que en aquella casa conocíamos a Aquel que puede apaciguar las olas del mar... y las llamas del incendio.

Salí de la capilla y la decisión fué inmediata. Haríamos de la casa un hospital. Con qué ardor acogieron todos la idea. Con qué doloroso entusiasmo se dispusieron a colaborar.

Me acordé que había estudiado medicina. Años lejanos ya, sin práctica posterior, pero que en aquellos momentos me convirtieron en médico y cirujano.

Fuí a recoger el botiquín y me lo encontré entre ruinas, destrozado, sin que en él hubiese aprovechable más que un poco de yodo, algunas aspirinas, sal de fruta y bicarbonato.

Eran más de 200,000 las víctimas. ¿Por dónde empezar? Había que obrar sin remedios y esta realidad impuso los procedimientos que cabían utilizarse.

Nos encontrábamos con naturalezas gastadas por una guerra durísima, en las que los alimentos escasea-

ban desde hacía mucho tiempo. Tenían los fondos tuberculosos, substrato común de muchos millones de japoneses que habíamos de fortificar a fin de que duplicase sus energías para la convalecencia.

Era, pues, necesario darles de comer en abundancia... y no teníamos en la despensa nada. Nosotros, como cualquier otro japonés, vivíamos con el escaso racionamiento de arroz que nos pasaban. Y éste era tan menguado que no había posibilidad ninguna de hacer economías.

Reuní a todos los jóvenes jesuítas que estaban bajo mi jurisdicción y en cuatro palabras les di la pauta de lo que tenían que hacer: "Vayan", les dije, "a donde Dios les guíe y traigan cosas de comer. No me pregunten más. Me da lo mismo el sitio. Prestado, comprado, regalado. La cosa es que puedan comer y reponerse todos los heridos que habrá aquí cuando Uds. vuelvan de la búsqueda".

Nadie dijo nada. Eran momentos en que cualquier comentario resultaba superfluo. La idea estaba clara. La realización... Dios diría.

Salieron todos. Varios Padres, conmigo, comenzaron a recoger los heridos que se arrastraban aterrados, queriendo alejarse de Hiroshima.

Para cuando volvieron los que habían ido a buscar comida, ya teníamos muchos cuerpos destrozados entre nosotros... muchas cosas que no habíamos visto en cuatro años aparecieron de repente delante de nosotros en aras de la caridad desinteresada que Dios puso, con la ley natural, en el alma de los hombres.

Los pobres aldeanos de los alrededores, que desde una distancia salvadora habían contemplado la bomba y el incendio, dieron con generosidad de lo que tenían y se ofrecieron a proporcionarnos de lo que no

tenían. Y así fué. Ninguno de nuestros heridos se quejó de hambre, porque siempre pudimos darles más de lo necesario.

Esta primera precaución coronó con el éxito nuestros esfuerzos. Sin saberlo, tan sólo porque Dios quiso que así fuera, atacamos de una manera inconsciente la anemia y leucemía que iba a desarrollarse en la mayoría de los atacados por las radiaciones atómicas.

Tanto fué así que sólo un niño, con una meningitis causada por el aumento de presión del líquido cefalorraquídeo, falleció al día siguiente de estar entre nosotros. Los demás entraron en vías de restablecimiento que terminó con una absoluta curación.

Mientras la gente joven se encargaba por todas partes de recoger limosnas, yo procuraba poner aquellos organismos en condiciones de reaccionar de un modo algo más técnico. Había ante todo que limpiar aquellas heridas que tenían diversos orígenes.

Muchas eran consecuencias de contusiones producidas por el desplome de los edificios. Eran fracturas de huesos, y cortes, pero no como los de un sable o una bala que dejan limpios los labios de la herida, sino como los originados por el desplome de un edificio, por la presión de vigas que se hunden sobre uno, por las lluvias de las tejas pulverizadas, que desgarran la masa muscular y dejan incrustadas en ella partículas de serrín, cristal, madera... y esquirlas de los propios huesos destrozados.

Algunas otras eran limpias, como las producidas por vidrios, más fáciles de limpiar y menos propensas a la infección. Pero lo dominante, tal vez, eran las quemaduras. Como la de aquel que vino a las varias horas de la explosión con una ampolla que le cogía el pecho y el vientre, por delante y la misma extensión por la espalda.

Y así muchos. Víctimas que habían caído bajo los restos de sus casas, y que sólo habían conseguido salir de los escombros cuando ya habían pagado su tributo de sangre al fuego que lo abrasaba todo.

Esto era natural en una ciudad construída casi totalmente de madera. Lo que desconcertaba eran las "quemaduras" de muchos que aseguraban no haberse quemado.

A la pregunta ritual:

"¿A Ud. que le ha pasado?"

La respuesta era siempre la misma.

"No lo sé. He visto una luz, una explosión terrible y no me ha sucedido nada. Pero al cabo de media hora he sentido que se me iban formando en la piel unas ampollitas superficiales y a las cuatro o cinco horas tenían el aspecto de una violenta quemadura que al día siguiente empezó a supurar".

Hoy ya sabemos que eran los efectos de las radiaciones infrarrojas que atacan los tejidos y producen no sóla la destrucción de la epidermis y la endodermis, sino también del tejido muscular. Consecuencia inmediata las supuraciones por toda la zona afectada y efecto mediato, muchas veces, una muerte inesperada que por entonces nos resultaba inexplicable.

Había que hacer la punción de las heridas y desinfectarlas a sangre fría porque ni teníamos éter, ni cloroformo ni morfina ni ningún otro anestésico para las operaciones.

Dolores terribles los de aquellas curas en cuerpos con una tercera parte y, a veces más, de su piel en carne viva, que les hacía retorcerse de dolor sin que de sus labios escapase una sola queja. Una nueva prueba del incomparable "gaman" japonés. La que me convenció de que para sufrir será difícil encontrar otro pueblo igual sobre la tierra.

HOSPITAL IMPROVISADO

Debían de ser alrededor de las cuatro cuando la evaporación producida por aquel incendio de dimensiones gigantescas se condensó en una fuerte lluvia que apagó la superficie de la tierra. En el fondo, debajo de los troncos chamuscados y de los tejados hundidos, seguía crepitando una brasa que los chubascos no dejaban llamear. Era el momento de romper el cerco de fuego y entrar en la ciudad sitiada. Visión dantesca la que se presentó a nuestros ojos. Es imposible imaginársela y mucho más describirla. Muertos y heridos en confusión terrible sin que se tendiese sobre ellos la compasión salvadora de un samaritano. Ninguno de los que vivimos aquellos momentos podremos olvidarlos jamás. Gritos desgarradores, que cruzaban el aire como los ecos de un inmenso aullido. Porque aquellas gargantas, destrozadas por el esfuerzo de muchas horas pidiendo auxilio, emitían unos sonidos roncos que nada tenían de humano. Y clavándose en el alma, mucho más honda que cualquier otra pena, la que se experimentaba al ver a los niños deshechos, agonizantes, abandonados y sintiendo sobre sí todo el peso de su propia impotencia.

¡Pobre criatura aquella que se retorcía desde hacía ya ocho horas con un pedazo de vidrio clavado en la pupila del ojo izquierdo. Dolores angustiosos, porque, además de ser terribles, nadie los compartía para suavizarlos con un gesto protector, con una palabra de cariño.

Más espantosa era la visión de aquel otro que se revolcaba en un charco de sangre con una gruesa astilla clavada en los intercostales. Ocho horas también con estas puñaladas de madera atravesándole el pecho. ¡Cómo nos miraba cuando nos acercábamos a él ¡Si ya no parecía vivo! Sus facciones descom-

puestas por el dolor habían pasado de la lividez primera a un color aceitunado verdoso. Su boca medio abierta, estaba babeando de agonía, y sus manos, en un movimiento convulso medio desesperado recorrían mil veces el camino del pecho. Y allí, sin fuerzas para sufrir más, se detenían sin poder arrancar aquella madera astillada que le mataba.

"Padre, sálvame, que no puedo más".

Y sus ojos se avivaron un momento para pronunciar esta súplica que salió sibilante de sus labios contraídos en un espasmo supremo no sé si de confianza o de desesperación.

Y como él, cada uno con una tortura que su mayor verdugo no habría imaginado, miles y miles de criaturas que no habían merecido ser víctimas de la guerra y que estaban purgando pecados ajenos.

¡Qué terror más desesperado debió de sentir aquel pobre niño que nos tropezamos cogido de dos vigas y con las piernas calcinadas hasta las rodillas.

Se derrumbó sobre él la casa, pero ni tuvo la generosidad de dejarlo inmune ni la compasión de dejarlo muerto. No, quedó vivo. Lo mordió entre las fauces sucias de dos vigas toscas, que apretaban sin matar para prolongar su martirio.

Terrible situación la suya al sentirse inmovilizado durante horas, en una postura de caída dolorosa, con el temor justificado de que en aquella hecatombe nadie había de acordarse de él.

Pero mucho más espantosa si al dolor de su carne lacerada y de sus huesos triturados se añadía, con el espanto que siempre produce lo inevitable, la seguridad de que el fuego, iba a hacer presa de él. En efecto, la casa había comenzado a arder en el extremo opuesto al que él ocupaba. La dirección del aire hacía lento y penoso el avance de la llama, pero no lograba cortar su paso. Por eso durante muchas horas, en-

camado entre aquellas vigas que le oprimían, sin fuerzas para intentar escaparse, estuvo contemplando cómo se acercaba el momento en que aquellas lenguas de fuego lamerían sus pies primero, sus piernas después y por fin su cuerpo entero.

Cómo debió de sufrir y sufriendo llorar en su total desamparo. Porque aunque el japonés resista con estoicismo, no podemos exigirle a una criatura de diez años que no haga lo que muchos hombres hubieran hecho.

Y la llama se acercó a sus pies y comenzó a sentir la tortura espantosa del fuego lento. Quien haya leído la descripción que hace Menéndez y Pelayo de la muerte de Miguel Servet, quemado vivo en una hoguera que crepitaba a distancia para prolongar el sufrimiento y retardar la muerte, se hará cargo de lo que este suplicio representa.

Cuando llegamos nosotros a donde aquel niño se debatía, tenía ya las piernas calcinadas hasta las rodillas. Todavía estaba vivo, porque su dolor era de los que no matan más que a largo plazo. Pero aquello no era un ser humano, era tan sólo una piltrafa que no moría para sufrir más.

Y así todos. Con unos sufrimientos de agonía lenta que no sé cómo no explotaban en una desesperación sin límites. Y nosotros viendo cómo se nos morían centenares de personas a cada paso, sin poderles gritar, porque no nos oían, que había un Dios que podía suavizar su paso del mundo a la eternidad.

Si hubiésemos podido derramar sobre sus almas una palabra de consuelo cristiano. Pero no, aquello era imposible. No nos entendían, porque una mentalidad pagana no puede girar ciento ochenta grados en un segundo. Y tampoco podíamos pararnos demasiado a disminuir sus sufrimientos porque en el centro de la ciudad, en un estado que teníamos fuera de total ani-

quilamiento, se encontraban los Padres de nuestra Residencia.

Cinco horas tardamos en llegar a donde se encontraban los cinco jesuítas. Todos heridos, pero ninguno muerto. Poniendo en una camilla al P. Shiffer, que se encontraba sin grandes heridas, pero medio desangrado, emprendimos la vuelta que iba a durar siete horas sin interrupción.

Si macabro era el espectáculo cuando íbamos, creo lo era mucho más con los reflejos nocturnos de las llamas semi-extintas.

En uno de los altos que nos vimos obligados a hacer, escuchamos muy cerca de nosotros los ayes quedos de un moribundo que se apagaba. Eran tan tétricos, eran tan desgarradores, que antes de seguir adelante nos decidimos a buscar la víctima de tanto sufrimiento. Todo fué inútil. Seguíamos oyéndolos como si se escapasen de dentro de la tierra, pero nuestra búsqueda siempre terminaba con la desesperanza de un fracaso. Ya íbamos a desistir, continuando nuestro camino cuando uno de los Padres me dijo violentamente: "Padre, es debajo, estamos aplastando a un moribundo". Empezamos a quitar maderas y planchas de zinc y a los pocos minutos nos encontramos con una ancianita que apenas respiraba. Por sus labios, violentamente retorcidos en un rictus de dolor, se escapaba con cada bocanada de aire el suspiro agónico que desde hacía un rato veníamos escuchando. La sacamos fuera. ¿Trasladarla? Inútil. Pocos momentos después había dejado de existir. Su cuerpo, quemado en más de la mitad de su superficie, presentaba un aspecto terrible que ponía de manifiesto todo lo espantoso que debió ser su dolor.

En nuestro avance lento de procesión macabra por las calles muertas de la ciudad llegamos a la orilla del río, no lejos del centro mismo de la explosión.

Otro recuerdo imborrable en la colección de aquellas escenas dantescas que parecían no tener fin.

En el momento de la tragedia y en horas sucesivas, cuando las quemaduras se empezaron a manifestar en todas sus dolorosas consecuencias, los heridos, para huir del fuego buscaron en la orilla del río un refugio contra las llamas. Medida fatal que costó la vida a muchos millares de desgraciados.

Hundidos en el limo de aquel delta que desemboca casi sin desnivel, dejaron que pasasen las primeras horas de su infortunio, perdiendo durante ellas sangre y vitalidad y energías... Cuando a la caída de la noche empezó el mar su lenta labor de contrabalanceo, las aguas dejaron de bajar, y, un momento más tarde, roto el equilibrio en favor de la marea alta, el nivel de todos los brazos del delta empezó a elevarse de una manera lenta pero continua.

Terrible suplicio el de aquellos infelices que veían la marcha ascendente de las aguas. Prisioneros de su debilidad y de la tierra cenagosa en que temerariamente se habían sumergido, oían la carcajada, aquel día macabro, de las olas que rompían en cada paredón.

Pronto llegaría la última. Sus bocas se llenaban hasta el borde y en el estertor de su asfixia, todavía encontraban fuerzas para despejar los pulmones una vez más. Hasta la nueva ola. Hasta la que fuese definitiva y cubriendo sus cabezas no se retirase más.

¡Qué angustioso era oír los lamentos de todos aquellos centenares de heridos condenados a una muerte lenta, irremediable, que la conocieron como un destino cierto mucho antes de que las primeras víctimas empezasen a resolverse en las agonías de su largo combate.

A la mañana siguiente, todo el lecho del delta estaba empedrado de cadáveres hinchados con el agua salobre del Pacífico. Ni uno solo se había podido es-

capar. Todas aquellas voces que escuchamos nosotros en el lúgubre concierto de aquella noche de infierno habían dado sus últimas notas rasgadas, desacordes, que no volverían a repetir jamás.

Eran ya las cinco de la mañana cuando nos dispusimos a decir la Santa Misa. La capilla estaba abarrotada de heridos. Cada "tatami" (alfombrilla de paja) era una cama y sobre ella un desgraciado con las primeras fiebres de su dolor.

Lourdes... Fátima... qué diferencia más aplanante.

Allí se oye el grito esperanzado de los enfermos que llegan en ferviente romería de miles de kilómetros para implorar la salud de la Sma. Virgen. Y en el silencio solemne del Santo Sacrificio, pueden escucharse los quejidos-oración de los que anhelan una salud que sólo puede venirles desde el cielo.

Al volverme en el "Dominus vobiscum", vi un grupo compacto de dolientes, cincuenta enfermos tenían los ojos fijos en mí, con el reflejo de la extrañeza y sin el brillo de la fe. ¡No creían! No creían que Dios estuviese en la Hostia blanca que mis manos iban a alzar exigiendo culto de latría. Y su ignorancia no era mala fe. Era falta de predicadores. Jamás habían oído los misterios entrañados en el Sacrificio de Dios.

No pudieron rendirle homenje de Fe; pero al menos; le ofrecieron respetuosamente la adoración de su silencio...

Y más hubieran hecho si hubieran sabido, porque ¡cuántos de los que entraron en aquel hospital improvisado cambiaron a su Buda por nuestro Cristo! y sin embargo no eran ni mejores ni peores que los demás. Era tan sólo que habían conocido al gran Desconocido de la Cruz y del Sagrario.

Cuando concluídas las Misas nos reunimos los Padres para buscar un remedio eficaz que completase

la activa curación de una alimentación sobreabundante, Dios volvió a intervenir de una manera providencial admirable.

A las ocho de la mañana se nos presentó un hombre sencillo vecino de casa y nos enseñó un gran saco que traía en la mano.

"Yo también quisiera, —nos dijo— ayudar a esa pobre gente. Buscando por todas partes he encontrado este saco lleno de unas escamitas blancas que parecen una medicina. Uds. verán si puede servirles para algo". El contenido eran 15 kilos de ácido bórico. Allí estaba la solución del problema. Con nuestra ropa interior y las sábanas que había en casa, fabricamos vendas y comenzamos nuestro trabajo, sumamente primitivo, pero que nos dió un gran resultado.

Consistía en poner una gasa sobre la parte lesionada, manteniéndola constantemente humedecida con ácido bórico. Así se lograba calmar un poco el dolor y además se mantenía la herida húmeda relativamente limpia y en contacto con el aire. La supuración quedaba adherida a la gasa, con lo cual, cambiándola 4 veces al día, conseguíamos asegurar la asepsia.

Al avanzar el proceso curativo pudimos ver a los cuatro o cinco días que se iban formando y extendiendo las primeras granulaciones de cicatrización. Avance lento, pero normal, hasta tal grado que de todos los casos tratados no hubo ni una contracción oquiloide (degeneración maligna de las cicatrices).

Cuando después de cierto tiempo de estudio científico acerca de los efectos de la Bomba Atómica en el organismo humano, un grupo de la A. B. C. C. (Atomic Bomb Casualty Commission) nos manifestó sus sospechas de que la Bomba en cuestión tuviese influencias malignas en los procesos de cicatrización, pudimos demostrar con los varios centenares de

heridos más o menos directamente tratados por nosotros, que aquello no era una realidad. Más bien nos inclinamos a creer que los quiloides no fueron producidos directamente por la explosión, sino por el mal tratamiento de las heridas.

Nosotros que estábamos en Hiroshima y pudimos ver aquellos originales procedimientos curativos, nos explicamos perfectamente por qué las llagas, en lugar de curarse, se ponían peor.

El factor básico de la confusión reinante fué la escasez de médico De 260.000 que había en la ciudad, 200,000 perecieron en la explosión. Los 60,000 restantes muchos estaban heridos. El director del hospital de la Cruz Roja, no es más que un ejemplo, estaba debajo del tejado de su casa con seis fracturas de hueso y por lo tanto imposibilitado para prestar ninguna ayuda eficaz.

La muchedumbre de las víctimas, cayó, pues, en manos de curanderos improvisados o enfermeras a medio formar.

Cuántas veces vimos aquellas interminables filas de 100 o 200 heridos esperando pacientemente junto a un edificio medio derruído. Después de horas les llegaba el turno de pasar ante una enfermera, con un "fude" (pincel) iba pintando las heridas con mercurio cromo que tenía junto a ella en una lata y ellos, lo mismo que ella ignoraban que el mercurio cromo destruye los tejidos.

Y estas, al fin y al cabo, pasaban por ser curaciones hasta cierto grado "técnicas". Porque las "domésticas" eran cien veces peores.

El procedimiento más usado era el aplicar a las quemaduras pulpa de nabos. Al principio el efecto era refrescante; pero al cabo de media hora, con el sol japonés de agosto y con el pús que iba supurando de las heridas, se formaba una costra endurecida que

producía dolores insoportables. Esto lo remediaban aplicando puré de patata, con lo que el caparazón de la llaga aumentaba. Verdad es que conseguían pareciese todo el conjunto una especie de cicatriz, pero en realidad se había cerrado en falso, dejando en el interior, la herida y la infección. Para obtener su absorción por osmosis, espolvoreaban todo con ceniza o polvos de carbón vegetal. Finalmente, al aumentar el dolor pretendían calmarlo añadiendo encima aceite. Total, una costra durísima, negra, reluciente, que impidiéndonos abrir la herida hacia afuera clavaba la infección hacia dentro.

Por eso uno de nuestros trabajos era ir recorriendo las casas donde había hospitalizados para intentar convencerlos de que aquello era ir a una muerte segura, crucificada de sufrimientos. Cuando lográbamos esto, era fácil hacerles aceptasen otros procedimientos más sencillos y al par más eficaces. Trabajo agotador el de aquellos días, más exactamente semanas, en los que apenas nos fué posible dormir, porque cuando se sabe que un cuarto de hora de trabajo puede ser la salvación de una o varias vidas, ¿quién puede retirarse a descansar?

Mucho podría decirse de casos individuales que en aquella hecatombe se nos fueron presentando; con todo, para no alargarnos demasiado, citaremos un par de ellos.

Dos días después de la explosión, me encontraba en plena faena, curando heridos, cuando alguien dijo a mis espaldas:

"Mire, Padre, asómese fuera".

Me dirigí a la ventana y por ella vi que dos jóvenes avanzaban penosamente. Ella podría tener 20 años; él aparentaba mucho más. En realidad sólo tenía 23, pero llevaba encima el peso de un sufrimiento mortal. El venía materialmente arrastrándose,

usando pies y manos para avanzar. Mientras lo hacía, acompañaba cada movimiento con un gesto de angustia y una expresión de dolor. Su mujer, tirando de él con una especie de faja que le había atado a la cintura y le ayudaba en su penoso avance.

Me asomé al recibidor en el momento que ellos entraban. ¡Dios Santo! que cuadro aquel. Ella se mordía los labios para no llorar y él... para no gritar. Su cuerpo era desde la cintura hasta la frente una sola llaga, sucia, continuada, costrosa... Su avance era lento. Arrastrado por la joven que estaba indemne, iba ganando metros con agobiante dificultad, dejando un reguero de pus, como nunca lo había visto antes, por el duro camino que pisaba.

Era el caso más grave que venía. Tan desesperado me pareció entonces, que lo juzgué perdido. No podía creer que aquel muchacho volviese a la vida, de la que ya casi se había despedido. Me quedé titubeando delante de los dos. Pero fué sólo un momento, por que me agarraron una mano cada uno, para dejar caer implorantes una suplicante petición:

"Padre, ayúdeme", dijo tan sólo él.

Y descifrando el valor de esas palabras, añadió ella:

"Padre, hace un mes que nos hemos casado. ¡Salve a mi marido!"

Me arrancaron casi a la fuerza una confesión y una promesa:

"Va a doler mucho... veré qué se puede hacer".

¡Qué reacción tan espléndida la de aquel muchacho! Me miró fijamente no sé si con serenidad o con orgullo, y me dijo con firmeza:

"Ud. dele fuerte, que yo aguanto".

Y cumplió su palabra. Lo tendimos trabajosamente sobre la mesa de operación —mi escritorio— en el quirófano —mi despacho— y comencé a limpiar.

El pus endurecido en el fondo de las heridas y recubierto por una costra de días, se resistía a salir. Ni cloroformo, ni éter, ni morfina, nada que pudiera atenuar un poco el dolor de la tortura. Y yo, con una caridad que era salud futura y sufrimiento actual, barrenando sin compasión en aquellos agujeros de carne putrefacta.

Y el pobre hombre se retorcía con un sudor frío que le bañaba el rostro desencajado.

Apretaba los dientes con fuerza, que no impedía a veces su castañeteo, y cuando abría los ojos los clavaba en mí con mirada de loco o de cadáver.

Y en la agonía de aquellas horas, en las que tuve que convertirme en su verdugo, con una fuerza de voluntad que nos llenaba de admiración repetía con voz silbante y rota:

"Dele... dele fuerte, que yo aguanto. Dele... pero sálveme".

Cuando terminaron quedó exhausto, reventado de sufrir, y yo de haberlo hecho sufrir. Pero era una vida la que nos jugábamos y no hubo lugar a una compasión que hubiera equivalido a una muerte cierta.

Al cabo de ocho meses los dos salían de nuestra casa. Una mañana de abril los vi bajar por la cuestecilla que muere en la carretera. Iban felices, sonrientes, satisfechos y, sobre todo... bautizados.

También yo sentí toda la intensidad de su dicha. Mucho había sufrido al tener que hacerle aquellas bárbaras curaciones a sangre fría, pero el gozo de verlos ya cristianos lo compensaba todo. Llegaron a casa guiados por la Providencia. Un retraso de 24 horas hubiera sido fatal, porque ya presentaba las primeras señales de intoxicación cuando dejaron caer su primer S.O.S.

No quiero cerrar esta dolorosa antología de vidas rotas sin reseñar, aunque sea con brevedad, la suer-

te de Nakamura San. No necesito presentación porque los lectores al recorrer la Misión de Yamaguchi, la han conocido como una heroína ante la calumnia, y con una fortaleza admirable en la adversidad.

Había ido a vivir a Hiroshima. Desde que explotó la bomba no supe nada de ella, cuando a las dos semanas me avisaron que estaba herida entre las ruinas de la casa, me lancé hacia Hiroshima: Los escombros y la destrucción de las casas habían hecho desaparecer todos los puntos de referencia para encontrar una calle o el sitio de un edificio. Al cabo de 4 horas de búsqueda unas muchachas me dijeron:

"Padre, por allí... en aquella esquina... a la vuelta..."

Yo les rogué que me acompañaran; un japonés jamás dice que no a un extranjero, pero estas chicas sólo contestaron:

"Sí... está allí... a la vuelta..."

Fuí solo, en el sitio indicado me encontré unos palos que sostenían un tejado de latas chamuscadas. Una pared de madera de medio metro de altura dejaba un espacio interior. Quise entrar pero un hedor insoportable me echó hacia atrás. Nakamura San estaba tendida en el suelo con sus brazos y piernas extendidos. Las cuatro extremidades en toda su extensión estaban hinchadas, hecha toda una quemadura y supurando pues que en hilillos turbios caía y empapaba el suelo. La carne requemada apenas dejaba ver más que el hueso y la piel. Así había estado quince días, extendida sobre una tabla sin cepillar sin que la pudiera atender ni limpiar, y comiendo sólo un poso de arroz que le traía su padre, también herido . La espalda era una pura llaga medio gangrenada por no haber podido cambiar de postura. Al tratar de limpiar la quemadura en la región coxal, me encontré con que la masa muscular corrompida y convertida en

pus, dejaba una cavidad en la que cabía un puño cerrado y en cuyo fondo hervía una madeja de gusanos.

Anonadado ante tan terrible visión no sabía ni qué decir. Nakamura San cuando abrió sus ojos notó que era yo el que estaba allí, me dijo sólo estas palabras que no se me olvidarán nunca:

"¿Arrupe shimpusama, Goseitai, oh motte irashimashita ka? Padre Arrupe, ¿me trae la Comunión?"

Como pudimos, trasladamos a Nakamura San a Nagatsuka. Las curaciones eran terribles. La fiebre hacía delirar a esta pobre chica que creía ver un fantasma que la oprimía el cuello para ahogarla. Entonces yo la tranquilizaba poco a poco: Cuando la creía dormida, intenté retirarme pero ella al darse cuenta se inquietaba de nuevo. Así tuve que estar varias noches velando su sueño.

A los dos meses iba curando poco a poco, pero un ataque al corazón le quitó la vida. Su mismo padre se encargó de quemarla cerca de casa. Pero a mitad de la cremación se le apagó la hoguera y vino a llamarme. Aún me quedaba ver a media noche el cadáver de Nakamura San con un rictus de dolor en su rostro y su carne medio derretida por el fuego. Y vino a mi memoria aquella frase de San Ignacio en su libro de Ejercicios: "Como una llaga y postema de donde ha salido... ponzoña tan turpísima..."

BAJO EL SIGNO DE PAZ

Fuera del Noviciado, en las cercanías tuve otro caso de curación que me impresionó profundamente. No recuerdo cómo y por qué me detuve frente a una casita en la que resultó que había un niño medio deshecho por la Bomba Atómica. Me dejaron pasar a verle y lo encontré tendido en el suelo, con los brazos, toda la espalda y la mitad del pecho formando una sola llaga.

Me arrodillé junto a él, y sus ojos grandes, todavía inocentes, me miraron de una manera triste y derrotada. Apenas tenía ánimos para hablar.

Quise moverle para poder observar la herida de la espalda y no se negó a mi deseo. Pero cuando puse la mano sobre él y sintió mis dedos sobre las llagas supurantes, acentuó todavía más la súplica muda de sus ojos, que era con lo único que me habló al principio.

Le ayudé a incorporarse y cuando pasé mi cabeza por detrás de la suya vi cómo supuraba la parte que había descansado sobre el suelo. Aquella postura mantenida sin variación ninguna durante muchos días, había cortado la circulación de la sangre dando comienzo a la escara.

¡Cómo aguantaba sus curas con sus sólo trece años! Ya parecía un japonés de cuerpo entero. Se retorcía, respiraba entrecortadamente, pero no gritaba. Lo más que hacía era clavarme más y más intensamente sus dos ojazos brillantes, febriles, con lágrimas represadas que no dejaba correr.

Y así, día tras día hasta que entró en vías de franca mejoría. Durante un alto forzado de cuarenta y ocho horas, no pude acercarme por su cama, cuando al fin lo hice ya iba a entrar sin pedir más permiso que el implícito en la costumbre, cuando su madre se me cruzó delante y me dijo misteriosamente:

"Padre, no entre hoy".

Me quedé admirado:

"¿No? ¿Por qué?"

Está dormido, me dijo en un tono dubitante tras el que se traslucía una excusa.

—No importa, lo haré con cuidado y sin despertarle. Y seguí quitándome los zapatos dispuesto a ver al pequeño.

Mi decisión le coartó lo suficiente para no oponerse con eficacia. Cuando llegué donde estaba el enfermo me quedé lívido: Me lo habían pintado de rojo desde la cabeza hasta la cintura... entonces comprendí por qué no me dejaban entrar. "Pero, ¿qué han hecho Uds. con él?, ¿qué pomada le han puesto?"

"Ud. perdone", me dijeron con un tono muy compungido, "es que una parienta del pueblo ha traído esta medicina y como es muy colorada hemos pensado que sería buena".

La que yo les daba era incolora porque se reducía a poco más que el ácido bórico usado desde el principio. Y por lo visto el verla sin color les inspiraba desconfianza.

No sé de qué estaría compuesto aquel remedio casero, pero ya que por su aspecto podía tener mercurio cromo, tan de moda para acabar de matar a los heridos, opté por quitársela inmediatamente, prohibirles que le diesen nada sin contar conmigo y seguir adelante con el método que con todo, y con él también, iba dando tan buenos resultados.

Aquella peregrina intervención retrasó bastantes días la convalecencia del pequeño que al fin pudo levantarse con grandes cicatrices, pero sin consecuencias peores. Y ni él ni su familia me guardó rencor por la prohibición a raja tabla, de admitir más remedios caseros que los que yo aprobase, previa censura. De haberlo hecho, no hubiera tenido el gozo íntimo de verlos un día a todos bautizados...

En medio de las emociones encontradas de aquellos días, había un hecho que nos desconcertaba. Era el de que habiendo muchas personas que estaban en la ciudad cuando la explosión y que no habían recibido herida alguna como consecuencia de ella, pasados unos días se sentían débiles, comenzaban a abrasarse por dentro, como si ardiesen y al poco tiempo se morían.

El primer contacto que tuve con un caso de estos, fué mientras estaba curando a una anciana que tenía dos profundas heridas en la espalda. En plena operación se presentó un hombre todavía joven y me dijo con ansiedad:

"Por favor, Padre, venga a mi casa porque mi hijo dice que le duele mucho la garganta".

Viendo la gravedad del enfermo que estaba tratando entonces, me vi obligado a darle una dolorosa negativa.

Si es tan sólo de garganta no será peligroso, tal vez unas anginas o un catarro fuerte. Dele algo que le haga sudar, unas aspirinas si tiene y ya verá cómo se le quita.

Sin embargo, me equivoqué. Dos horas después aquel muchacho había muerto casi de repente. ¿Qué había sucedido?

Poco después vino llorando una muchacha de trece años que me dijo:

"Padre, mire lo que me pasa".

Y abriendo la boca me enseñó las encías ensangrentadas y toda la fosa bucal acribillada de pequeñas heridas y una faringitis aguda en su último grado de inflamación. Por si esto era poco, se agarraba los cabellos y se quedaba con ellos en las manos. Dos días más tarde había muerto.

Haciendo investigaciones y estudiando diversos casos, nos encontramos con los siguientes síntomas: destrucción de los órganos ematopoyéticos, médula, bazo, ganglios, linfáticos y bulbos capilares.

Es decir, un caso típico de ataque radioactivo. Sabiendo ya las causas, por medio de tranfusiones de sangre, etc., pudimos ayudar a estas pobres víctimas y salvar algunas otras vidas.

Hoy ya sabemos las radiaciones que se desarrollan en una explosión atómica. Y los efectos de la bomba son principalmente la emisión de tres clases de onda.

1). Una onda explosiva que se extiende a un radio de seis kilómetros... En esta zona todas las casas japonesas, y subrayo lo de japonesa, quedaron destruídas. Las casas de cemento y las construcciones sólidas de madera quedaron en pie y quizá se hubieran salvado de no sobrevenir el incendio.

Los efectos de esta aérea no son específicos de la bomba atómica. Son los comunes en toda gran explosión. Por ejemplo: Enfisema pulmonar y desprendimiento de la retina; aumento de la presión en el líquido céfalorraquídeo y en otro orden de cosas todo lo que llevan consigo los traumatismos producidos por las caídas de los edificios.

2). La segunda onda (térmica) con un rayo de tres kilómetros según las medidas de la explosión de Bikini, ya que entonces no teníamos en Hiroshima aparatos adecuados, se desarrolla una temperatura de 10 millones de grados. Y dentro de la zona afectada se producen unas radiaciones infrarrojas que producen la destrucción de los tejidos. Pero para protegerse de ellas basta una tela, una pared. un obstáculo cualquiera que defienda la piel de la quemadura.

3). Por fin, la tercera onda, es la radioactiva. Se extiende en un radio de kilómetro y medio y produce los efectos de cualquier ataque radioactivo; es decir, los mismos que aparecen en un cuerpo humano expuesto excesivamente a la acción de los rayos X. Disminuyen los glóbulos rojos y blancos, se producen hemorragias en las encías, boca y garganta, aparecen manchas en la piel, se cae el cabello, se sufren frecuentes vómitos y sube mucho la temperatura.

Estos son los tremendos efectos de la bomba atómica, pero sin llegar a otros misteriosos de los que tanto se ha hablado en los periódicos, como por ejemplo sombras que aparecen y desaparecen, desintegración en cadena... etc. Nada de eso existe.

Lo que dió origen a hablar de las "sobras de Hiroshima", fué sencillamente lo siguiente. La elevación de la temperatura en la onda térmica era instantánea, de modo que si en una pared había una persona o un objeto, se calcinaban a un tiempo la pared descubierta del muro, y el obstáculo que se encontraba delante de él, quedando, lo que llamaríamos su sombra, siluetado sobre el fondo intacto.

Varias son las estadísticas publicadas acerca del número de víctimas. Parece ser que al principio se dieron cifras inferiores a la realidad, porque no incluían más que la población civil, con exclusión absoluta de la militar que siempre era numerosísima por ser uno de los principales puertos de transporte de tropas.

En el "Information Center" de Hiroshima, se pueden leer hoy los siguientes datos:

Muertos	260,000
Heridos y desaparecidos	163,293

De los primeros, unos 50,000 fallecieron en el momento mismo de la explosión. Otros 20,000 en las semanas inmediatas. Los restantes, como consecuencia de las radiaciones o de las heridas.

Hasta un día después de la explosión no supimos que se trataba de la primera bomba atómica que venía a ensangrentar al mundo como arma de guerra.

Sin electricidad, sin teléfonos, sin radio, estábamos del todo incomunicados con el mundo exterior. Veinticuatro horas tardaron en asomar las chimeneas de los primeros trenes de socorro que fueron enviados de Tokio, Osaka y Kobe...

Todos quedaban en agujas en las afueras de la ciudad. Y a nuestra interrogante de impaciencia siempre respondían con misterio:

"Ha explotado la bomba atómica".

Y toda nuestra insistencia en conocer más detalles de aquella arma terrible se estrellaba en el muro opaco de una ignorancia común. Ellos sabían el nombre. Nosotros los efectos. Pero ni ellos ni nosotros nos hacíamos cargo de sus constitutivos ni de las terribles consecuencias que podían llegar.

La certeza de que en adelante aquella arma feroz sería catalogada en los diccionarios con el título de "Bomba Atómica" no suponía ninguna ayuda a nuestro esfuerzo por salvar a los heridos y ninguna orientación médica a nuestra perplejidad.

Pero los misterios de que estaba rodeada sí nos ayudó, y mucho, desde el punto de vista misionero. Nos dijeron: "No entren en la ciudad porque ha quedado cubierta de un gas cuya eficacia mortífera es de 70 años".

Entonces fué cuando sentimos plenamente nuestro sacerdocio, porque había dentro de la ciudad 50,000 muertos que estaban esperando cremación si se quería evitar una peste que asolase la comarca. Y además 120,000 heridos sin recibir aún los primeros auxilios médicos.

Ante este doble hecho, uno no puede quedarse en las afueras para salvar su vida.

Ante la perspectiva de una muerte segura, como la que nos anunciaban, tuvimos que hacer uno de esos propósitos firmes que tan sólo por Dios llegan a formularse. Y entramos para hacer pirámides inmensas de cadáveres a los que rociábamos de petróleo para quemarlos después.

Así despejamos las calles. Pero a los tres o cuatro días, con aquel sol canicular de agosto, el sentido del olfato nos fué indicando dónde había más cuerpos en corrupción. Levantando los escombros nos encontrábamos familias enteras de cinco, seis, hasta diez personas aplastadas bajo lo que fué su casa.

¡Cuántas de ellas se habrían debatido horas, y aun días, en aquella sepultura viviente!

Ayudados por los mismos transeúntes que al azar pasaban, hacíamos montones de cincuenta o sesenta cadáveres para incinerarlos.

Cuando terminamos, en un último esfuerzo, aquella tarea penosa de los primeros días, nos encontrábamos agotados. Además, todos teníamos en la subconciencia el recuerdo de aquel gas de que nos habían hablado, con efectos mortalmente deletéreos durante 70 años.

Hoy nos reímos cuando recordamos la preocupación con que nos preguntábamos unos a otros al menor dolor de cabeza, de estómago, de garganta:

"Padre, ¿siente usted algo especial? Tal vez sea..."

Y no hacía falta decir más. Todos entendíamos, porque todos esperábamos resignados a que nos tocase el turno... que afortunadamente nunca llegó.

Cansancio mucho. Efectos mortales de un gas venenoso, ninguno...

No deja de ser curioso que a estas alturas de nuestra narración los japoneses todavía quisieran que saliésemos de la ciudad. Terminada la guerra no temían nuestro supuesto "espionaje", sino que el pueblo reaccionase de un modo violento contra los extranjeros. Siempre es peligrosa la hora de una entrega incondicional.

Habíamos montado un hospital para los heridos de la Bomba Atómica, sin buscar ninguna ventaja propia, pero a pesar de todo había duda en aquellas circunstancias de que el populacho quisiera vengar su derrota en los extranjeros.

Durante los cuatro años de guerra, entre los numerosos interrogatorios, presiones e investigaciones con que nos asediaron, hubo algo a lo que todavía no he hecho alusión: a las órdenes de abandonar la casa,

para alejarnos de Hiroshima y del contacto con su vibrante poderío militar.

Cuatro veces en un año nos intimaron la orden de abandonar la casa. Pero siempre pudimos sortear el peligro, justificando hasta la saciedad y de un modo irrefutable, que no teníamos a dónde irnos. No es tan fácil trasladar una comunidad de 40 ó 50 personas, sobre todo cuando la casa que teníamos en Tokio había ardido como la yesca en uno de los grandes bombardeos.

Cuando nos escudábamos para no cumplir la orden en la imposibilidad de hacerlo, se retiraban sin insistir de momento, para hacerlo meses más tarde con la misma ingenuidad que si se tratase de un asunto nuevo que nunca había sido puesto en cuestión.

Con todo, un día, después de terminada la guerra, se presentaron varios agentes de la autoridad para urgirme, de un modo definitivo, que desalojase la casa.

—Imposible —les dije—, no tengo dónde mandar a la gente. Y en la calle no puedo dejarlos.

—Lo comprendemos perfectamente, —respondió uno de ellos con toda corrección—, por eso hemos solucionado este problema de tal forma, que inmediatamente podrán dar cumplimiento a la orden recibida.

—Usted dirá qué debemos hacer...

—Junto al lago en Taishaka, hay un hotel magnífico del que pueden ustedes disponer desde mañana mismo. Está junto a un lago rodeado de montes por todas partes y nadie les molestará cuando anden por ellos. Es un lugar alto y saludable. No creo tengan ninguna objeción que hacerle.

Así fué. Se me abrió el cielo cuando vi el lugar que nos ofrecían. Los estudiantes de la comunidad, que eran casi toda ella, estaban agotados por varios años de estudio, comiendo muy mal y con la tensión nerviosa de la guerra. Les convenía descanso. Pe-

ro ¿cómo iba a proporcionárselo si ni tenía dónde enviarlos, ni podía pagarles una alimentación más substanciosa? Aquella finca a la orilla de un lago, en pleno monte y a fin de agosto era un regalo de Dios para reponer la salud de los que estaban enfermos. Jamás hubiera soñado cosa mejor.

Sólo quedaba un punto por dilucidar. Ellos insistían en que nos fuésemos todos; pero yo les dije desde el principio que no me marchaba. ¿Cómo iba a hacerlo dejando a los ciento cincuenta heridos que teníamos en casa? Era el único médico que había con sobrada experiencia de los fatales resultados que causaba dejar las curas en manos de aficionados. Forcejeamos un poco. Como la posición en que me encastillaba era mucho más humanitaria que la de ellos, no pudieron argüir con fuerza suficiente para conquistarla. Por eso cedieron en toda la línea y pactaron tal y como yo propuse: Me quedaría allí con cinco o seis Padres para que me ayudasen en las curas.

Inmediatamente hicimos los preparativos para el traslado. Llevamos las cosas más esenciales y dejamos lo restante para otra ocasión más favorable... que nunca llegó. A los 15 días, poco más o menos, cuando refrescó demasiado en aquellas alturas montañosas, llegó una orden de que por haber desaparecido todo peligro podían volver a Hiroshima.

Encantados todos volvieron a casa. Venían repuestos en cuerpo y espíritu después de aquel verano y en condiciones de continuar sus estudios el próximo curso.

¡Qué verdaderas son las palabras del Señor: el ciento por uno en esta vida y después la eterna!

¿Quién nos hubiera dicho que en medio de aquella catástrofe íbamos a ser por fuerza obligados a veranear, gratis, en un hotel espléndido con monte y lago? La Providencia de Dios más que maternal.

A pesar de ver a nuestros jóvenes materialmente agotados por el trabajo abrumador, nunca se nos hubiese ocurrido enviarles a "veranear" en aquellas circunstancias; y a una propuesta de ese género hubiéramos respondido con una indignada negativa... Entonces vino Dios a "forzarnos" en forma de policía japonesa...

Otra vez todos reunidos...

¡Qué cuadro más impresionante el de vencedores y vencidos al tropezarse por primera vez! Recelo aquéllos. Temor éstos.

¡Al fin de una guerra, es tan fácil encontrar focos de resistencia oculta en los que han sido humillados! Y es tan frecuente el salvajismo en las tropas embriagadas con el triunfo...

Sin embargo no hubo roces. La entrega de unos fué leal. El dominio de los otros fué noble. Ni abusos, ni traiciones. Comprensión mutua... hasta donde puede haberla en circunstancias semejantes.

Cuando entraron en Hiroshima las fuerzas de ocupación americanas, los católicos me invitaron con frecuencia a celebrar Misa en los barcos que anclaban en la bahía.

Al conocer nuestra precaria situación económico-alimenticia, se portaron con esa generosa gallardía que tan natural es en ellos.

El estipendio de mis Misas nunca era en metálico, porque el dinero, al nacer de una postguerra, es moneda sin valor. ¿Qué puede comprarse con él si no se encuentra nada en las tiendas y comercios? Por eso cada excursión apostólica era generosamente retribuída con latas de todos los colores, tamaños y contenido.

Como me tenía que preocupar de toda la comunidad que estaba a mi cargo hice lo posible para que me pudiesen dar todo lo que quisiera. No quería,

como se dice vulgarmente, hacer un feo a su generosidad. Les dolería que despreciase su rumbo.

Por eso cambié el maletín que llevaba las primeras veces, harto pequeño, por otro ligeramente mayor. Pero ví que siempre se llenaba con excesiva rapidez cuando apenas había metido en él una quinta parte de lo que pensaban darme. Hubo que ir haciéndole crecer hasta que se convirtió en una hermosa maleta de dimensiones más que regulares. Pero la mano de Dios, que en aquellos momentos nos proveía por los jefes de la Armada, continuaba sin dejarse vencer en su afán de dar.

Quise demostrarle a la Divina Providencia que confiaba en Ella mucho más de lo que a primera vista pudiera parecer, y para que viese que no dudaba de su espléndida generosidad, continué mi apostolado con la gran maleta que ya conocen mis lectores... con otra un poco más pequeña dentro... y con una tercera, menor todavía, en el interior de la segunda.

Todas se llenaban, y pesaban de tal forma que o me devolvían a casa en coche o necesitaba un acompañante para que cargase con la mitad. Ni qué decir tiene que mis entradas en casa eran recibidas casi con un Te Deum, porque aseguraba la manutención de todos los estudiantes durante varios días.

A pesar de estos esfuerzos que hicieron reponerse un tanto a muchas naturalezas prematuramente gastadas, hubo un día en que vino a casa un Capitán de Navío, católico ejemplar, y se quedó pasmado de lo mal que nos encontraba:

—Pero Padre, —me dijo entre broma y veras—, ¡si se le está muriendo la mitad de la comunidad!

—Así es, Capitán, y no se muere la otra mitad gracias a la generosa ayuda que nos han venido prestando desde que llegaron a Hiroshima.

—Lo que necesitan son vitaminas. Muchas vitaminas y de las mejores. Descuídese usted, que yo le doy mi palabra de que no han de faltarle...

Dijo esto con verdadero entusiasmo, tanto, que algunos Padres que le vieron de lejos les intrigó la vehemencia de sus gestos.

Cuando se marchó me preguntaron:

—Padre, ¿qué le estaba diciendo con aquel ímpetu tan arrollador?

—Me estaba prometiendo lo que más falta hace para nuestros enfermos y para los medio sanos.

—¿Qué es?

—¡Vitaminas!

Pasados un par de días esperábamos verle llegar con alguna cajita de papel celofán y productos farmacéuticos. ¡Cuál no sería nuestra sorpresa cuando vimos que nos enviaba un coche con su remolque, llenos ambos de cajas grandes y herméticamente cerradas!

—Padre, son unas vitaminas un tanto originales, ¿no le parece? —me dijo alguien mientras descargaban.

Antes de concluir se me acercó el chofer y me entregó una tarjeta del Capitán.

—He comprado para ustedes —decía—, las mejores vitaminas que hay en el mundo.

Le contesté dándole las gracias y mandé retirar las cajas. Poco después se me ocurrió ir a ver lo que contenían porque las palabras enigmáticas y escuetas del ofrecimiento no daban mucha luz sobre la calidad del contenido.

Mandé abrir la primera y nos encontramos con una triple hilera de.... botellas del mejor whisky. Saltaron tablas de la segunda caja y otra triple hilera idéntica a la anterior. Y así la tercera, la cuarta, la quinta, todas las demás.

Aquello era para nosotros, más que whisky, un fortunón. No se trataba precisamente de las vitaminas a las que estábamos acostumbrados nosotros cuando nos encontrábamos enfermos o débiles, pero sí una materia prima espléndida para elaborar, mediante cambios, cualquier otro producto fabricado con más substancias y menos licor.

Los japoneses tienen una afición, tal vez excesiva, a las bebidas alcohólicas. Por eso no nos resultaron difíciles aquellas transacciones.

Al concluirlas fuimos ya entrando en una vida que podríamos llamar totalmente normal. Cuando hoy, mirando al pasado, y las recuerdo, me parece que son detalles en sí insignificantes, pero que dan sobre el conjunto las últimas pinceladas de aquellos años emocionantes siempre, duros con frecuencia y pintorescos a veces.

De todo aquello, apenas queda un perfil difuminado en la lejanía de los tiempos...

V

Junto a las almas japonesas

V

BUSCANDO COMPRENSION

En distintos lugares de estas páginas he apuntado la dificultad que para un extranjero —en concreto para mí— tiene la formación de los japoneses. Y esto aumenta mucho más si lo que hay que moldear son sacerdotes, hombres que se entreguen plenamente aspirando llegar a la cumbre más alta de la perfección sobrenatural.

Convencido de que el conocimiento del alma individual es inseparable y a veces una consecuencia del contacto íntimo tenido con el alma colectiva de la nación, traté de penetrar cuanto me fué posible en su cultura, en su historia, y, sobre todo, en su pensamiento, desarrollado en la literatura a través de los siglos.

Estas consideraciones especulativas que me iban dando una serie de conocimientos apriorísticos, independientes por su misma esencia de todo valor experimental, me abrieron unos horizontes hasta entonces insospechados.

Porque me dí cuenta de que los japoneses que me había ido encontrando al romper mis primeras lanzas en el campo apostólico, eran algo así como la personificación viva de los tipos y caracteres con quienes me iba familiarizando en su literatura. Pude apreciar que el paralelismo era perfecto y que el mundo escrito de los grandes clásicos japoneses no era más que la síntesis archivada de todo cuanto respiraba la vida nacional.

El fin de este estudio tenía en mi caso un fin concreto muy práctico. Los críticos literarios que leen por amor al arte y que se abisman en el éxtasis contemplativo de la belleza es fácil se escandalicen por lo que en mí juzgaran utilitarismo imperdonable reñido con la estética. Pero no me quedaba otro remedio. Era una obligación, no un capricho.

El mismo camino andado y desandado mil veces sin concretar nunca dónde debemos separarnos de él, es una experiencia dolorosa, triste, y que agota energías preciosas que se traducen en almas por salvar y sangre redentora de Cristo que ha de aplicarse a esas mismas almas.

Para avanzar, pues, lo más seguro posible, sin ser víctima de tan continuas vacilaciones, decidí hermanar los valores que la experiencia me había dado y los encontrados en libros teóricos, que hasta entonces habían sido para mí un tesoro vedado.

El estudio, que iba a informar todo aquel material que había almacenado en forma inconexa, me iba a dar las bases y raíces filosófico-culturales de los japoneses y, al mismo tiempo, la explicación de algunos fracasos pasados y la llave para solventar con éxito numerosas dificultades del porvenir.

Cuando reflexionando en el pasado pensaba en el futuro, me echaba a temblar. En los años que ya se habían ido podía recordar muchos ratos de verdade-

ra felicidad, anticipos del cielo que Dios da al Misionero, pero también quiebras y disgustos que habían sido el fruto de mis errores. Me consolaba pensando que habían sido fallas en cosas de poca monta, porque mi trabajo de entonces ni era en gran escala ni implicaba grandes responsabilidades. Pero eso se había acabado. El porvenir iba a ser distinto. Tenía que trabajar en la formación de almas selectas llamadas a ser en un mañana próximo las que integrarían la clase rectora de la espiritualidad de su pueblo. Por eso, la repercusión de mis aciertos y mis desaciertos iba a multiplicarse por tantas unidades cuantos novicios jesuítas pasasen por mis manos.

La Compañía de Jesús me había entregado todos sus hijos japoneses de las nuevas jornadas. ¿No era como para preocuparse bajo el peso de esa estremecedora confianza?

Empecé por evocar con toda viveza mis recuerdos misioneros. Quería tenerlos frescos para darles un repaso del que pudiera arrancar el mayor número de deducciones prácticas.

Vi desfilar por mi imaginación los momentos felices de las horas ubérrimas de gracia y las horas íntimas vividas con mis cristianos. Cómo supieron suavizármelas con sus delicadezas, su fervor, su fidelidad, su rectitud, su nobleza y su cariño.

También recordé, no sin pena, los fracasos originados por la incomprensión psíquica del mundo en que me movía. Como cuando traduje el sentido de muchas frases con ideología occidental o quise exigir a cristianos nuevos lo mismo que hacemos cumplir sin excesivas dificultades a los creyentes de tradición milenaria española, o usé ironías inofensivas entre nosotros pero que a ellos les llegan hasta el alma... Y cada vez que algo de esto sucedía, me apuntaba un nuevo fracaso y un triste consolarme ante el Sagrario...

Fué por aquel tiempo de duros tanteos de aprendizaje cuando un día sentí que alguien golpeaba a la puerta de mi despacho.

—Pase, —contesté desde dentro, dejando de trabajar.

Despacito y haciendo reverencias entró una de mis mejores cristianas que quería preguntarme algo, que nunca llegué a saber qué era.

—Siéntese, —le dije mientras le señalaba un "zabuton" "almohadón") para que se subatease sobre él.

—Padre, —me dijo después de hacerlo—, tengo que consultarle sobre mis grandes pecados...

La frase me la conocía ya de memoria. Era un alma extraordinariamente delicada y lo que llamaba "mis grandes pecados" no eran más que imperfecciones levísimas que ni siquiera rozaban muchas veces al pecado venial deliberado.

En broma, pues, le contesté mientras me sonreía:

—Sus grandes pecados... Yo creo que la Magdalena a su lado se consideraría una Santa.

Aquí acabé de hablar. No me dejó tiempo de empezar a hacerlo en serio. En mala hora le dije estas palabras: Se echó a llorar, entonces sí que como una auténtica Magdalena y se marchó sin que consiguiese sacarle una palabra más y sin que lograse atajar sus lágrimas.

Pasaron dos semanas largas sin que consiguiese verla por la iglesia. Cuando al fin, suavizada la pena y cerrándose la herida, volvió de nuevo, le dije:

—Me alegro de verla otra vez por aquí. ¿Ha estado enferma...?

Bajó los ojos como sin atreverse a contestar y al fin lo hizo.

—No, estoy bien, pero como el Padre tiene tan mal concepto de mí... No sabe la vergüenza que me da presentarme delante de usted...

Necesité Dios y ayuda, como suele decirse, para conseguir que olvidase mis palabras y para que se convenciese, nunca supe si del todo, que aquello había sido una broma a la que no había querida darle ningún alcance serio.

Otra colección de malos ratos tuvo su origen en que frases y palabras que en nuestra boca tienen valor de promesa, puestas en labios de un japonés no pasan de ser una mera fórmula de pura cortesía. Y de peores consecuencias que los momentos desagradables que yo pasé fué el concepto desfavorable e injusto que me formé de algunas personas que eran en realidad acreedoras a toda mi confianza.

Hubo un joven a quien fuí difiriendo la administración del Santo Bautismo bajo distintos pretextos, porque no había cumplido varias promesas que me había hecho. Esto me parecía que era más que suficiente para no tener confianza en él y para no poder fiarme de que sería un buen cristiano si lo admitía entre mis fieles.

El, por su parte, no podía ni siquiera adivinar por qué le daba siempre evasivas, en lugar del agua bautismal, cuando se sabía todo el catecismo perfectamente y cumplía todo lo que en él se mandaba.

Tardé en enterarme que un japonés nunca lleva la contraria, y mucho menos a un extranjero.

Entre europeos, por ejemplo, si alguien quiere embarcarnos en una empresa que no es de nuestro agrado, nos revolvemos y esforzamos por no dar un sí y al mismo tiempo por no cometer un desaire. La habilidad está en esquivar el bulto con delicadeza, pero dejando las cosas claras. Si por no encontrar el modo de hacerlo, entramos en el callejón sin salida de dar nuestra palabra, no nos queda más remedio que atenernos a las consecuencias y cumplir lo que hemos prometido.

Entre los japoneses no sucede esto. Nunca tienen que pasar el mal rato de decir que no, al que insiste desagradablemente haciendo una petición. Contestan siempre que sí, que lo harán, que asistirán a la cita, que le harán el favor que le piden... etc., y con eso no se comprometen a nada. Es una mera fórmula de cortesía.

Y al hacer esto no engañan, porque su interlocutor —si es japonés, claro está— sabe perfectamente que el alcance de su "sí" es nulo y que por él no tienen intención de comprometerse a nada.

Como yo ignoraba esto, las cosas que me prometía aquel muchacho y luego no las cumplía, las interpretaba como falta de seriedad y de palabra, y en realidad era tan sólo que su tímida cortesía oriental no le hubiera permitido, sin cometer una falta, a su modo de ver imperdonable, decirme que no y darme cualquier excusa.

Es cuestión de enfoques. Nosostros preferimos una negativa clara y saber a qué atenernos. Ellos, prefieren una sonrisa y una afirmación sin valor ninguno, pero que les libra del bochorno de tener que desairar al que les pide algo.

¿Cuál es, pues, el valor de un sí japonés cuando se le pide algo? En muchas ocasiones nada más que un "veremos" que en castellano sin retóricas es lo mismo que un "no veremos" porque un "veremos" arrastrado para salir del paso no nos aclara la mentalidad ni la intención del que lo dice.

Tampoco sincronizamos con los cristianos nuevos que con frecuencia son fervorosísimos y tienen rasgos de virtud heroica, cuando viendo que tienen fallas en puntos esenciales y que a nosotros nos parecen injustificables, no sabemos perdonarlas, intentando al mismo tiempo captar su punto de vista que en muchos casos nos dará la clave de su conducta.

Uno de mis mejores catecúmenos asistía casi todos los días a Misa y, sin embargo, faltaba la mayor parte de los domingos.

Cuando ví que el hecho se repetía con constancia crónica, le pregunté:

—¿Por qué no vienes a misa los domingos y en cambio lo haces durante casi toda la semana?

—Porque tengo huéspedes en casa, precisamente ese día, a los que debo atender, —me respondió con toda naturalidad.

Entonces traté de hacerle ver la obligación en conciencia que tenemos de cumplir con la asistencia dominical, y cómo no puede disculparse de ello más que los motivos que tengan cierto peso y cierta importancia. Le expliqué también con toda claridad que para bautizarse era necesario que en ese punto cambiase de conducta y se corrigiese.

Pareció comprender mis argumentos. Me prometió la enmienda y poco después le administraré el Santo Bautismo.

No habían pasado muchos domingos cuando de nuevo volvió a las andadas. Con energía le insistí en el punto de vista católico y sin rodeos de ninguna clase le dije que aquello era pecado mortal. Entonces él poniendo una cara que reflejaba sus dudas me contestó:

—Wakaranaku naru, "no entiendo".

—¿Qué es lo que no entiendes?, —le pregunté un poco descorazonado.

—El concepto de pecado mortal, —fué su respuesta dada en tono humilde y avergonzado.

Me dió pena ver que estaba sinceramente triste y con el mayor cariño que pude le fuí diciendo:

—Pero si Ud. sabe perfectamente lo que es pecado mortal. Es una transgresión voluntaria de la ley de Dios en materia grave.

Al oír esto bajó su cabeza encanecida para mirarme por encima del borde opaco de sus gafas y totalmente desorientado me aclaró:

—Eso es precisamente lo que no acabo de comprender, que el no venir a misa el domingo sea materia grave, y que cuando ese día no venga bien por encontrarse uno con cualquier inconveniente no pueda trasladar la obligación de dar culto a Dios a otro día cualquiera de la semana. Dígame, Padre, ¿Ud. cree sinceramente que Dios Nuestro Señor ha de tomar en serio el que se le adore un día u otro de la semana? ¿Por qué ha de importarle que sea precisamente el día que Ud. dice...?

La contestación me dejó completamente desarmado no por el contenido de la dificultad sino por el tono convencido y humilde del viejecito que me la daba. Aquel buen "ojiisan" (anciano) que había estado 60 años trabajando los domingos con la misma naturalidad que los lunes y los martes no podía comprender cómo una alma de voluntad buena se podía ir al infierno por el mero hecho de no ir a misa los domingos aunque lo hiciese otro día entre semana. A los 60 años "imponer" a una persona una idea de este tipo que va contra todo el modo de pensar de su vida entera es muy difícil. Costumbres e ideas mucho menos arraigadas, hay que ver lo mucho que nos cuestan poder abandonar y lo difícilmente que llegamos a comprender que son equivocadas.

Estos casos, que podría multiplicar sin esfuerzo, me resultaron muy significativos porque me dí cuenta de que vivía en un mundo distinto del de aquellos a quienes había venido a evangelizar. Por eso no les comprendía y saltaba la chispa cuando sin quererlo, por mera ignorancia, acentuaba los roces con cualquiera de las dificultades que yo muchas veces ni siquiera conocía.

Lo único que puedo decir en mi descargo, cuando recapacito sobre aquella época, es que jamás les miré como a seres inferiores, con una mentalidad poco desarrollada, y por consiguiente nunca adopté frente a ellos esa postura antipática y antimisionera a la que tan propensos somos los occidentales cuando nos comparamos con los pueblos del Oriente.

Analizado, pues, cuanto me fué posible la idiosincrasia japonesa, llegué a la conclusión de que debía empaparme primero de aquellos elementos que más influencia tienen en la formación de los caracteres y de las almas, y me pareció que éstos eran: la tradición la familia, la escuela y el espíritu nacional.

La tradición me daría a conocer las corrientes vitales que habiendo brotado hace muchos siglos de la esencia del pueblo todavía continúan corriendo bajo su subconciencia.

La familia me daría elementos decisivos para conocer lo que siempre y en todas partes influye en la formación de los hijos: su trato con sus padres.

La escuela me daría un complemento del ambiente familiar.

El espíritu nacional pondría los rasgos que todos llevamos dentro como consecuencia de una herencia amasada con la sangre de nuestros antepasados, el orgullo de nuestros guerreros, la gloria de nuestra historia y el marchamo de nuestros fracasos patrios.

Todos estos elementos, en unos casos más y en otros menos, habían influído sin duda en la formación de los novicios que iban poniéndose en mis manos.

En la literatura joponesa me tropecé con una sorpresa muy instructiva. Fuí buscando los clásicos y me encontré con que eran completamente distintos que los grecolatinos, Demóstenes, Cicerón, Sófocles... Más aún, ví que no había la menor correspondencia

entre el concepto que nosotros y los japoneses tenemos de la palabra "clásico".

Kakino moto, Okuro, Basho,... forman un mundo que no admite comparación con el de los occidentales citados porque la literatura de éstos y aquéllos encierran valores completamente heterogéneos. Y para la comparación nos hace falta cuando menos una homogeneidad relativa.

En lugar de aquella elocuencia lógica contundente de un Demóstenes, o las proporciones arrebatadoras y sonoras de Cicerón, o los personajes idealmente reales de Sófocles, nos encontramos con la objetividad de Kakino-Hito-Maro, el misticismo de Yamabe, el pesimismo de Basho y el simbolismo del No, que los occidentales lo consideramos como teatro pero que para los joponeses no lo es.

En todos estos autores se revela el alma del artista japonés con rasgos muy sui géneris y difíciles de reducir a categorías clásicas occidentales. El "mono no aware", "sabi", "namida"... dan a la literatura japonesa un sabor y una belleza sentimental grande, pero al mismo tiempo exenta de toda vena lírica.

La mayor parte de las obras clásicas japonesas se caracterizan porque el autor rara vez manifiesta sus sentimientos, pero a pesar de eso hay mucho afecto y mucha pasión.

Las formas preferidas que escogen los clásicos para cancelar sus obras son el "Tanka" poesía de 31 sílabas, el "Haku", de 17 sílabas, el diario y el "monogatori" (narración). Y cuando llegan a la culminación del fondo y forma, escogen el ya indicado "No", que es una especie de teatro simbólico.

Busqué en esta literatura el puesto que la lógica y el raciocino ocupan, pero no pude encontrarlo. Forma exquisita, sentimientos hondos y delicados, identificación con la naturaleza, valor admirable en sus héroes... pero la unión de todas estas bellezas frac-

cionarias no se regía por el entendimiento sino por el corazón.

Traté de hacer la sinopsis de algunas de esas piezas literarias, pero fracasé, siempre: ideas preciosas y profundas expresadas de un modo inimitable, pero el orden, la concatenación, la progresión iba siempre regida por el sentimiento y por los circunstancias de la inspiración del momento.

Me llamó la atención las muchas veces que los héroes japoneses, fuertes, nobles, guerreros audaces hasta la temeridad, lloran... Debajo de su aspecto indomable y de su rostro metálico que les cubre de una indeferencia glacial se ocultaba siempre un corazón sensible y delicado.

Al principio me pareció ver una contradicción en aquella doble faceta. Luego ví que no era así, porque el héroe que lucha y mata y sufre hasta dejarse torturar sin contraer un músculo de su rostro se mantiene inalterable porque le parece indigno manifestar sus sentimientos delante de los demás; en cambio, en el recinto sacro de su soledad, no tiene inconveniente en llorar ante la naturaleza que le emociona con su belleza, o ante la desgracia que le aplasta con su peso.

Al ver esto en los libros comprendí algo que me había extrañado mucho durante mis cuatro años de experiencia. Con frecuencia se me habían echado a llorar mis cristianos, cuando venían con el corazón oprimido; sin embargo, si por cualquier motivo entraba otro japonés en escena, su rostro se transmutaba en el acto, y volvía a adquirir los rasgos fijos y muchas veces inexpresivos que son en ellos típicos cuando ocultan sus penas.

Los cristianos, ante el misionero a quien quieren como a un padre y a quien miran como a representante de Dios, se olvidan de que están delante de otro

hombre, y si tienen penas, las libran ante él, lo mismo que los héroes de sus dramas clásicos sollozan en la soledad.

No hay, pues, en ellos fingimientos ni hipocresía. Tan sólo hay la continuación de una línea de conducta que a nosotros podrá parecernos extraña pero que en realidad tiene cierta semejanza con nuestros propios sentimientos. Porque ¿quién no ha buscado alguna vez el alivio de encontrarse solo para dar rienda suelta a su llanto represado por vergüenza y conveniencia sociales?

Todos mis lectores habrán oído hablar acerca del Shintoismo y Budismo. Después de la guerra, estas dos religiones, una más mística, la otra más patriótica, han dejado de existir como elemento de oposición frente al cristianismo. Su fuerza religiosa no es un gran obstáculo para el misionero. Su falta de fundamentos teológicos las hace incapaces de solucionar los problemas religioso-científicos modernos, y esto hace que no puedan mantener su prestigio a la altura que sería necesaria para influir positivamente en la ideología de la nación.

Esto es cierto. El pueblo, al menos el que tiene cierta altura, se ha dado cuenta que son religiones falsas y al dar ese paso ha perdido la atracción que hacia ellas sentía.

Pero con todo, no hay que olvidar que la ascética-mística budista y la formación del espíritu individual y nacional shintoista son fuerzas reales que siguen influyendo en los japoneses de un modo intenso a través de una serie de costumbres y tradiciones que tienen un innegable valor positivo.

Han perdido su valor religioso, pero conservan su influencia educativa. No satisfacen las ansias de Dios que hay en toda alma, pero toman parte activa en el modelado de los caracteres.

Es decir, que siendo esta faceta de la personalidad una de las que más intensamente me estaba yo esforzando por comprender, no podía echar en olvido el Budismo y al Shintoismo que, aun moribundos como están siguen latiendo ocultos en la subconciencia de la mentalidad y de la psicología del pueblo.

FORMANDO NOVICIOS JAPONESES

Cuando todavía me encontraba a mitad de camino en mis estudios teórico-prácticos del alma japonesa tuve que empezar a formar los novicios que pusieron en mis manos. Desde el principio advierto al lector que hube de corregir muchas apreciaciones falsas, pero puedo también asegurarle que la preparación a la que me había sometido me dió grandes resultados y me sirvió de índice orientador.

El problema básico de una formación ascética, como es la de cualquier novicio, radica en la armonización del mundo sobrenatural de la gracia, con el complejo humano de su naturaleza. No se trata de elevar hasta la mayor perfección sus virtudes naturales, sino de incorporarlas a la vida de Cristo para que El sea la vid y ellos los sarmientos, en frase usada por el mismo Señor.

Aunque me encontraba con la primera gran dificultad. Ante el mundo sobrenatural de Cuerpo Místico, sentimos distinto los cristianos viejos de otros continentes y los recién convertidos de un país pagano. Y es natural, porque se trata de una doctrina muy difícil, con muchos puntos oscuros a nuestra razón, muy limitada a fuerza de humana, y en un plano que rompe todos los moldes conocidos en el orden natural.

Nosotros llevamos en la sangre una tradición de siglos. Nos acompaña siempre el recuerdo de una

fe convertida en obras desde la época en que conservamos los primeros recuerdos. En cada ciudad nos encontramos una catedral como recuento y cifra de nuestras plegarias estilizadas y lanzadas al cielo como una saeta. En cada calle vemos la entrada adusta de un templo que rezuma una piedad de muchos años. Las grandes peregrinaciones, las concentraciones de millares y millares de congregados, los milagros Eucarísticos, los no menos estupendos de Lourdes o de Fátima, nos están recordando siempre que dominando el mundo de nuestra pobre carne está el Espíritu de Dios informando todo y reclamando su derecho en las almas y en la sociedad.

Nuestra Fe tradicional nos hace creer en todas las maravillas de la gracia, mucho antes de tener la menor duda sobre ellas. Sobre la Fe ponemos a la Apologética. Y lo hacemos, no porque tengamos dudas, sino porque conviene saber defender lo que tanto vale.

Los recién convertidos en un país pagano, y por tanto la mayor parte de los novicios, viene de un mundo completamente distinto. ¡Cuántos son los que antes de entrar en el Noviciado tienen que esperar transcurra el plazo de tres años que exige la Compañía de Jesús a los que se han hecho cristianos para que puedan ingresar en la vida religiosa!

¿Y qué tradición les acompaña? La antítesis de la nuestra. Ciudades sin catedrales, calles sin templos, peregrinaciones —también los paganos las tienen— sin milagros y una pseudo fe indecisa en un dios vago a quien no conocen ni saben cómo acercarse.

Y esto no es lo peor. Los rasgos indicados son externos, que rápidamente pueden trazarse sobre sus almas ávidas en las reconfortantes novedades del espíritu cristiano. No les resulta difícil cambiar un templo por una Tera Budista o un Omiya Shintoista,

ni un bonzo por un sacerdote, ni un funeral a la usanza pagana por uno solemne y esperanzador a la cristiana.

La dificultad auténtica está en que lleguen a comprender bien qué es el mundo sobrenatural de la gracia. Al llegar a él se pierden. Hasta entonces han ido haciendo los cambios indicados en los que, al fin y al cabo, dejaban una cosa palpable y tangible para coger otra. Era una sencilla mutación de formas.

Pero cuando se ven frente a frente al mundo del espíritu, infundido por la gracia santificante, se encuentran a ciegas. No tienen puntos le apoyo en su tradición ni en su ideología. No pueden dejar una cosa para coger otra. No pueden basarse en cosas oídas o vividas durante su infancia. Se encuentran como ciegos ante un camino de luz, porque es luminosa la senda de la gracia.

Ese obrar juntos Dios y nosotros en íntima unión de méritos, ese vivificar hasta la más insignificante de nuestras acciones con el valor infinito de lo que Cristo padeció por nosotros, ese apostolado misterioso ejercido sin barreras de tiempo ni de espacio... en una palabra, todas las verdades fundamentales que empiezan a actuar sobre nosotros en el mismo tiempo en que la gracia santificante del Bautismo se derrama sobre el alma, son un mundo tan nuevo para los recién convertidos que se comprende fácilmente no lo puedan asimilar en poco tiempo si no es a fuerza de mucho trabajo.

Cuando más claro vi en este punto fué en una ocasión en que estaba hablando de S. Ignacio, como un comentario a su fiesta. Al terminar, por si había quedado algún punto oscuro que exigiese más aclaración, les pregunté a los novicios que estaban reunidos.

—¿Tienen alguna duda sobre lo que he dicho?

Uno de ellos, y por cierto de los más inteligentes, me objetó con sencillez:

—Padre, en general lo he entendido todo. Ahora que me queda poco clara la cuestión. ¿Le parece a usted que hay tanta diferencia entre las virtudes de San Ignacio y de Confucio? ¿No cree que, para mayor adaptación, podríamos tomar también por modelo a Confucio?

Me quedé de una pieza, ¿qué había entendido aquel novicio, que llevaba más de un año y que había hecho el mes de Ejercicios, del mundo de la gracia? Absolutamente nada. Andaba a ciegas y no veía la menor diferencia entre las virtudes naturales de un alma buena en un plano humano y las virtudes sobrenaturales de un alma unida a Cristo por la Gracia.

Después de un momento de silencio, preferí no responder claramente entonces, porque hubiera necesitado una hora. Opté por citarle en mi cuarto y allí le volví a explicar toda la doctrina de la vida sobrenatural.

Era muy inteligente, pero la inteligencia no puede remontarse encima de la órbita humana que recorre.

Era novicio, pero hacía pocos años se había convertido y no tenía el lastre de vida sobrenatural que pesa sobre nosotros durante años antes de que el uso de razón nos permite pensar en él.

Entonces aprendí una lección que no he olvidado nunca, y es lo peligroso que resulta confiarse demasiado porque algunos catecúmenos o cristianos son naturalmente buenos. Aun en este caso ¡pueden estar tan lejos de vivir conscientemente la incorporación a Cristo!

Solventado este problema que es el más importante, pues sobre él se basa toda la vida ascética cristiana, vamos a ver varias facetas del carácter japo-

nés que hay que modelar para que no sean perjudiciales o para que den fruto doblado.

La primera de todas es la que nos ofrece su ideología. Ya hemos indicado al hablar de sus clásicos literarios que en ellos brilla por su ausencia la lógica que nosotros consideramos como indispensable, para que según nuestras categorías occidentales, una obra pueda ser considerada de verdadero valor.

Si el andamiaje racional es necesario en el arte escrito, lo es mucho más para poder llevar hasta sus últimas consecuencias una intensa vida de Fe, como ha de hacerlo un religioso.

No vendrá mal aclarar que cuando decimos no usar los japoneses la lógica en sus concepciones literarias, no queremos indicar que sean incapaces de discurrir como nosotros. No, no es eso. A lo que apuntamos es que le dan muy poca importancia, puesto que se rigen por principios afectivos de "kimochi", y no por los inmutables de la razón.

Y ¿qué es el kimochi? Es la esencia de nuestro "me apetece", "no me apetece", "tengo ganas", "no tengo ganas"...

Todos los hombres estamos en íntima relación con el contenido de estas frases que son el sustrato de todos los egoísmos, de todas las perezas y de todos los caprichos.

La ideología cristiana no tiene otro recurso eficaz contra esta tendencia humana que la ascética de la abnegación y el sacrificio que llega a dominarlo. Ascética que unas veces es conscientemente practicada, y otras algo impalpable pero real, algo que se respira en el ambiente y que se asimila por osmosis sin que el alma se dé cuenta de lo que está haciendo.

Nadie negará esto recordando cómo, aun los países occidentales que más se han apartado del cristia-

nismo, se refuerzan hoy, en que la cultura pretérita de un continente gastado amenaza derrumbarse, por conservar esos valores que llamamos cristianos. No preguntéis a la gente ruda cuáles son, porque de cierto lo ignoran. Pero esto no impide que esté beneficiándose de sus realidades. Que lo diga si no la esclavitud desaparecida siglos antes que en otras partes, la mujer ensalzada a la justa dignidad de su rango, la poligamia con todas sus funestas consecuencias, omitida desde hace 20 siglos, la dignificación de los trabajos que se llamaban serviles, la desaparición de las clases humilladas por haber nacido bajo los estigmas de ser parias de origen... Y no se olvide que si muchas de estas realidades parecen haber perdido su carta de ciudadanía en la Europa carcomida de este siglo, es porque se ha desquiciado en una órbita que no gira alrededor de su grandiosa herencia cristiana de otros tiempos.

Japón, en cambio, no tiene nada de este ambiente con llamaradas de sobrenaturalidad. Es un pueblo pagano en el que sería una utopía buscar el rastro santificante de un cristianismo que nunca ha conocido. Tienen con todo, el mérito de haber sabido elevarse muy arriba, si se tienen en cuenta sus solas fuerzas naturales, sin que esto quiera decir que su avance sea algo comparable al que le hubiera dado un sedimento tradicional de Ley Revelada.

Libre de todo trance nace el niño en el seno de la familia. Sobre su educación no pesan las obligaciones sobrenaturales de nuestros mandamientos que ya desde el principio exigen una poda continua de sus pasiones. Auscultando difícilmente las almas de sus padres encontraríamos un vestigio de la ley natural, por el que ellos procurarán se deslice la vida de su hijo. Un cauce rara vez desbrozado, lleno de la hojarasca que arrastran los instintos humanos, y por lo tanto difícil de seguir.

El niño crece como un rey dentro de su hogar. Goza de muchos mayores mimos que entre nosotros. Nada se le niega, ni en casa ni en la calle, por no hacerle llorar. Jamás se utiliza nuestro refrán, tan saludable en esos años: "quien bien te quiere te hará llorar", ni el otro útil si bien se entiende: "la letra con sangre entra".

Hay detalles que se van perdiendo, pero todavía hace diez años, entraba en un autobús o en un tranvía una señora y nadie se inmutaba; en cambio lo hacía un niño y siempre encontraba quien le cediese su asiento y le abriese la ventanilla si se encaprichaba el pequeño en ir acodado en ella.

Esto, como es natural, hace que el egoísmo se desarrolle hasta un grado inusitado, a la vez que debilita la voluntad que nunca se ejercita en nada que le sea costoso.

Cuando el niño deja de serlo se encuentra que repentinamente todos sus privilegios han caducado. No digo que esto le cause sorpresa porque continuamente está viendo el mismo proceso en cuantos le rodean, pero aunque esperado ¡qué duro y qué temido debe ser ese momento!

A mí, como maestro de novicios, confieso que no me preocupa demasiado lo que a ellos les tiene que costar su renuncia a los privilegios de la infancia. Lo que sí me llega al alma es tropezar, cuando les trato íntimamente, con las huellas indelebles que deja en su carácter ese período crítico en su formación.

Acostumbrados a vivir durante muchos años al compás de su "kimochi", es decir, de su me apetece o no me apetece, y según esto lo hago o no lo hago, les resulta muy duro ceñirse el yugo de una vida meramente racional en la que ese principio de capricho humano que ha entronizado como a un dios durante su infancia, no puede ni debe tener resonancia algu-

na. Y ¡ay de ellos si la tiene! Nunca estaría segura su Vocación.

Resulta, pues, completamente inacoplable la vida de un jesuíta, que debe ser de renuncias continuas y de obediencia ciega, a las exigencias libres y a las apetencias egoístas del "kimochi". Una de las dos cosas tienen que sucumbir, y si se quiere formar a verdaderos y auténticos religiosos según la mentalidad ignaciana, lo que ha de sacrificarse es el "kimochi".

Sin embargo, al afirmar esto, no queremos decir que haya de anularse totalmente como fuerza activa. Su destrucción ha de ser tan sólo en la parte que tiene de mala, en la que tiene de antiascética, dejando en pie cuanto no se oponga a esta faceta de la espiritualidad.

Es verdad que sería más difícil aniquilar por completo el "kimochi", pero eso sería mutilar a los jóvenes japoneses que se ponen en nuestras manos, para no dejar en ellos nada de lo que es más típico en su raza. La aspiración suprema, posible aunque difícil, es la de unirlo con nuestros cimientos lógicos para que poniendo nosotros el andamiaje racional añadan ellos el elemento efectivo, cálido, intenso, necesario en todo apostolado y en toda ascética personal.

Para ir fusionando estos dos elementos y para robustecer su voluntad sin que pierdan sus notas peculiares, no hay mejor procedimiento que la práctica del "agere contra" ignaciano.

Para poder llevar adelante este vencimiento contínuo es evidente que hace falta una fuerza de voluntad grande. Y para que sea constructiva y eficaz debe ser no meramente negativa, resistente al dolor y al sacrificio, sino activa: capaz de buscarlo voluntariamente como un acto de vencimiento libre.

Al entrar en este terreno el extranjero director espiritual de japoneses, se engaña fácilmente. Cuando

cree estar alcanzando verdaderas victorias en la persona de su dirigido no está haciendo más que llevarle la corriente de su "gaman" (aguante, paciencia). Y cuando esto sucede así, está todo perdido, porque no se está formando su voluntad.

Para entender esto hace falta conocer un poco en qué consiste este "gaman". En castellano unas veces lo traduciríamos por paciencia en las adversidades y otras por aguante ante el dolor. Los japoneses en esto, lo mismo que en la elegancia y en el dominio externo han llegado hasta límites insospechados. Su resistencia al sufrimiento es inconcebible. En esto están muy por encima de los occidentales. Ante el peligro futuro su psicología es diametralmente opuesta a nuestro enfoque: ellos se concentran sobre sí mismos para dejar que pase sobre ellos el aluvión. Nosotros nos esforzamos por encontrar una escapatoria que nos libre de la torrentera.

Ante el dolor actual, presente, también reaccionamos en modos antagónicos. Su frase es "Skikata ganai" no hay remedios..., y no entienden al extranjero que les dice "Shikata ga aru", hay remedio... o ya lo buscaremos. Ellos aguantan y aguantan procurando serenarse y hacerse indiferentes con un estoicismo sin estridencias. El occidental se revuelve como una fiera y no para hasta que el dolor le aplasta o hasta que encuentra él un modo de aplastarlo. Aquí late la idea budista del "unmei" hado; un predeterminismo férreo y fatalista ante el cual el hombre es del todo impotente. Todo está prefijado, y el hombre está bajo un influjo contra el cual no puede nada.

En el fondo hay un estrato común de aversión, de odio a lo que hace sufrir. Lo que son distintas son sus manifestaciones: de resistencia inactiva y de resistencia activa la occidental.

Un ejemplo histórico iluminará esta idea. Los franceses ocuparon España cuando Napoleón. Los americanos Japón después de la última guerra. Los dos pueblos invadidos estábamos unidos por el mismo odio al invasor. Un odio natural que a nadie extraña, porque es la esencia de la raza y una necesidad histórica. Sin embargo, ¡que manera más distinta de manifestar ese odio!

Napoleón —José— da un edicto advirtiendo que por cada francés muerto que aparezca en las calles, serán fusilados 10 españoles. Y a la mañana siguiente aparece un soldado invasor apuñaleado junto a cada cartel.

Los americanos ponen sus polvorines en manos japonesas. Y no hay un sabotaje, vida normal que afecta indiferencia.

Este "Gaman" cuya naturaleza acabamos brevemente de explicar, es con frecuencia un elemento de engaño para el director, porque a veces, al ver que el dirigido no protesta y sonríe en medio de las dificultades y del dolor, cree que ha alcanzado un gran dominio de sus pasiones, cuando en realidad no es sino una posición enteramente negativa con influencia pequeñísima en la formación de la voluntad. El robustecimiento de ésta y el dominio del "kimochi" es la "Crux directorum", pues cuando menos se espera salta el "hombre viejo" y se pierde en pocos minutos lo que parecía haberse ganado en muchos meses y aun años. De aquí nace una gran responsabilidad para el director. El dirigido —debemos suponerlo de buena voluntad—, no hace más que lo que se le manda. Y los dos, director y dirigido, bajo las indicaciones del primero, hay muchas veces que no hacen más que arañar un poco en la superficie, cuando creen que están cavando hasta el fondo para renovar los cimientos del alma que se entrega. Y ¿quién sino el que dirige es responsable del camino equivocado que se tomó para llegar al fin?

Esta dificultad, en el fondo, no es exclusiva del Japón, puesto que se trata del problema del vencimiento propio en el sentido más estricto y esto atañe a todos los religiosos. Pero aquí, por las circunstancias de carácter y educación hay mucho más peligro de engañarse.

En cambio, cuando se vence airosamente esta dificultad, el japonés es un religioso admirable que unifica la firmeza de voluntad con la delicadeza de las formas y el ímpetu de su gran efectividad. Ideal al que hay que tender, aunque como toda meta elevada sea muy difícil de alcanzar.

Otro de los puntos que viendo las cartas de los antiguos jesuítas me llamó la atención, fué las muchas veces que ponderaban la cortesía japonesa. Como dice el P. Valignano parece que todos han sido educados en la corte imperial..., escasa experiencia me ha enseñado lo mismo. En este punto son verdaderamente admirables.

Como ellos estiman esta educación delicada y fina en sumo grado, en la formación de los novicios no se puede prescindir de ella. Hay que darle todo el valor que en la mentalidad japonesa tiene y hay que orientarla de tal forma que de ser un elemento meramente externo se convierta en una fecunda arma de apostolado.

Frente a esta faceta que a veces puede parecer menos importante, nos encontramos con varios escollos que hemos de sortear sin naufragar en ellos.

Pecando por desconocimiento de causa se puede ver en ese rigorismo formulista un valor sobrenatural que en realidad no existe. Esto fácilmente se comprende cuando es perjudicial, ya que pone al maestro de novicios en un plano irreal desde el que difícilmente puede actuar con certera eficacia.

Pongamos un ejemplo.

Es una verdad reconocida por todos los formadores ascéticos que la modestia aun siendo virtud externa, es de capital importancia en la santidad por lo mucho que ayuda al recogimiento. Para San Ignacio era de tal valor que acerca de ella escribió una serie de reglas que la dirijan en medio de todas las acciones del hombre.

Entre los occidentales no es una señal infalible, pero sí muy indicadora, la del análisis de la modestia de un novicio. Con muchas probabilidades de acertar se puede tener una idea aproximada de su vida sobrenatural por los reflejos externos de su modestia o de su falta de ella.

Si queremos trasladar estas categorías de nuestro mundo ascético al Japón, podemos fácilmente caer en el error que venimos previniendo. Con mucha frecuencia se encuentran paganos japoneses —seglares, no me refiero a bonzos—, que guardan una compostura en todos sus movimientos, modulan su voz sin subir nunca el tono y mantienen los ojos bajos en tan plácido recogimiento que podrían dar ejemplo a los más fervorosos novicios de occidente. Hecho un parangón de sola la virtud de la modestia, tal y como nosotros la entendemos vista por fuera, no quedaría por debajo de cualquier religioso o sacerdote ejemplar. Y he especificado que me refiero a seglares porque entre los bonzos todavía se da este tipo más abundantemente y con perfiles más acusados.

Pues bien, si son paganos es evidente que debajo de esas formas de recogimiento y de modestia no hay nada sobrenatural. Habría en ello oposición de conceptos.

Por eso, si un maestro de novicios se fía demasiado de esa apariencia externa que es tan sólo el fruto de una educación que tiene eso como fin, se arriesga a creer que está dirigiendo santos, cuando en reali-

dad son almas vulgares que apenas han dado un paso en el camino sobre natural de la virtud.

Hay, pues, que respetar estas formas, pero modelar a fondo las almas que se esconden debajo de ellas.

El irse al extremo contrario de despreciarlas y anularlas es también peligroso y de resultados antiapostólicos.

A veces se hace esto de una manera franca, refleja, clara. A los occidentales nos resultan muy lentos tantos formulismos, y en este siglo en el que se endiosa a la velocidad nos parece una lamentable pérdida de tiempo el hacer cuatro reverencias antes de empezar la conversación. Nos dejamos arrastrar por el vértigo del siglo presente y nos parecen unos retrógrados los que todavía se mueven, en sus formulistas etiquetas, a la misma velocidad que cuando se usaba la diligencia en lugar del aeroplano.

Por eso cabe que molestos por el contraste entre la lenta realidad que nos rodea y el ansia de velocidad que deseamos, ridiculicemos y nos mofemos de lo que los japoneses hacen mitad por educación, mitad por instinto tradicional.

En caso de que hagamos esto, como nos movemos en medio de un pueblo que admira al occidente y lo reconoce superior en muchas cosas, es fácil que a nuestro alrededor consigamos matar esas formas de cortesía. Antes que ser heridos por una burla, sobre todo los jóvenes, preferirán no hacerla.

Sin ir tan lejos, y dejando a un lado el caso en que voluntariamente tratemos de anular esas corteses exterioridades, hay el peligro real de que lo hagamos de una manera inconsciente y tan sólo con nuestro ejemplo.

Descendiedo al terreno de la práctica que puede recordar lo que sucede en las capillas, los japoneses, sean cristianos, sean catecúmenos, al ir a ponerse en

presencia de Dios, acentúan hasta lo increíble su exquisitez de forma. Entran despacito, hacen una genuflexión en la misma puerta de la iglesia, se detienen, casi en posición de firmes, para hacer la señal de la cruz al tomar el agua bendita, avanzan y sin hacer el menor ruido..., etc. Y así siguen día tras día y lo hacen siempre si no ven a un occidental que asista a sus ceremonias. Cuando nosotros entramos en la capilla lo hacemos de un modo completamente distinto. Sea por temperamento, sea porque una tradición de siglos nos hace mirar a Dios más como Padre, en cuya casa estamos, que como Señor que nos ha creado y ha de juzgarnos, el caso es que pisamos fuerte, metemos ruido, miramos a los lados, cuchicheamos, damos portazos..., etc.

Al principio le causa extrañeza a los japoneses. Luego desedificación. Al fin se acostumbran, y cuando llega a eso empiezan a imitar, tal vez sin darse cuenta, lo que han visto, y puestos en una pendiente resbaladiza en que se han roto las vallas de su educación y sin encontrarse enfrenados por las de nuestras que desconocen, caen en las más lamentables faltas.

Otro caso típico, es el del trato del misionero. Los muchachos, por ejemplo, en los primeros días, le tienen un respeto que a nosotros nos parece excesivo. Muy mirados con él, hacen el efecto de que no tienen confianza. Si para disminuir esta aparente distancia entre ellos y el misionero, se allana éste demasiado, les sucede lo mismo que indicábamos en el caso de la capilla. Rompen las normas de cortesía que usan siempre al tratar con otras personas y que son más rígidas que las nuestras, y una vez que se han desbordado, sin pararse en donde nosotros lo hacemos, que es límite ignorado por ellos, caen en la más baja chabacanería.

Esto, en la formación de los novicios tiene una gran importancia, porque si empiezan a escalar por

este camino se inutilizan para trabajar con la gente educada que es precisamente la que más conviene convertir debido a su mucha influencia.

Recuerdo que en cierta ocasión me decía un católico japonés hablando de un grupo de muchachos por otra parte excelentes, que habían sido educados por extranjeros y habían abandonado sus fórmulas de cortesía: "Padre, buenos son buenísimos, pero no se les puede presentar ante ninguna persona educada". Y es que muchas cosas que a nosotros nos perdonan, porque saben que en nuestras naciones no son señal de mala educación, a otros japoneses no se las toleran nunca.

Muy relacionado con esto, pero en un orden más positivo es lo que sucede con la formación que hay que darles en faceta puramente religiosa.

Tenemos, pongo por caso, que enseñarles a predicar y declamar. Y si lo hacemos a nuestro modo vamos a un fracaso cierto, porque nosotros gesticulamos, gritamos y cuanto más emotivo sea el párrafo que vamos desarrollando más subimos la voz y más nos excitamos.

Esto es incomprensible en un japonés. A nosotros nos lo perdonan, aunque no sé hasta que grado nos lo comprenden. Pero a uno de su misma raza jamás se lo tolerarían porque según su manera de conceptuar la elocuencia, eso supone una inversión absoluta de valores.

Es decir, que si les modelamos a nuestro modo, los inutilizamos, y para hacerlo en estilo oriental tenemos que darles unas formas que nos son difíciles porque nos resultan exóticas.

Hay, pues, que prepararlos para el apostolado cuidando de no incluir al hacerlo ningún elemento que siendo en nosotros importantísimo es en ellos una falta imperdonable.

En muchas cosas cada uno tiene que seguir el camino que le marcó su raza.

Otra gran dificultad que tienen que vencer unidos el Maestro de Novicios y ellos, es el de la claridad de conciencia. Es evidente que si se les ha de formar eficazmente, lo mismo en Japón que en todas partes, le tienen que manifestar los dirigidos al director todo lo que les pasa por el alma, es un elemento imprescindible para la dirección. Y es precisamente en esos momentos de mutua confianza cuando el maestro de novicios puede descubrirles los peligros que les rodean, la dirección que deben tomar, las ayudas que son más prácticas..., etc.

Los japoneses cuando quieren hacer esto se encuentran con un obstáculo de enfoque. Desde niños les han inculcado muy hondo el valor que tiene el "giriki" o autosuficiencia. Es un rasgo de hombría resolver por sí mismo todas las dificultades y es una prueba de caracteres superiores el no necesitar contar a nadie lo que les sucede, permaneciendo siempre inmutables, empapándose ellos solos en sus alegrías y sorbiéndose también solos sus lágrimas.

Que eso sea fortaleza no se puede negar, pero que en la vida espiritual es peligrosísima y contraproducente sobre todo en los principios en que falta la experiencia, también es claro. De repente, al entrar al Noviciado, se encuentran con que tienen que decir al Maestro de Novicios todo lo que les pasa, es decir, que el hermetismo total que hasta entonces lo han considerado como un culto a la formación de su carácter pasa a ser de una virtud un defecto. El cambio es duro y doloroso porque a nadie le resulta fácil en un momento dado de la vida considerar como bueno algo que hasta entonces han considerado como malo, y como malo algo que siempre han dicho que era bueno. Cual será el primer pensamiento de estas almas cuando oyen por primera vez de boca de

un extranjero que han de cambiar por completo su modo acerca de esto. Todos los valores que durante 20 ó 25 años han centrado alrededor de ese "giriki", que era la virtud por excelencia de los hombres, se desmoronan ante ellos no dejándoles más que el recuerdo de los sufrimientos estériles que mucha veces se ocasionaron asimismo como consecuencia de su falso enfoque.

A esto que es una dificultad de orden conceptual se añade otra que es totalmente práctica. Aún cuando quieran hablar largo y tendido de lo que les sucede no encuentran la manera de hacerlo, porque faltos de formación ascética ni tienen analizados sus distintos estados anímicos ni dominan el vocabulario ya consagrado con lo que podrían decir lo que les sucede.

Con todo, cuando consiguen vencer esta doble dificultad es consolador cómo se entregan en manos del Director. Se dan cuenta de cuánto más seguro es el avance por el camino que conduce a Dios y se entregan con la misma confianza que manifiesta el niño al arrojarse en todos los momentos difíciles en los brazos de su madre.

Un último rasgo que no podemos omitir porque durante muchos años ha tenido gran influencia en la formación de varias generaciones de japoneses, es el de la obediencia.

Mis primeros años de Maestro de Novicios, coincidieron con la mayor efervescencia del militarismo. Los jóvenes, por tanto, que venían a mis manos, traían el sello que este sistema había impreso en ellos.

En una palabra se reducía a una obediencia de ejecución tan perfecta que en este punto había peligro de convertir el Noviciado en un cuartel.

Todo el mundo sabe la diferencia que hay entre

obediencia de ejecución y obediencia de voluntad y entendimiento, según lo explica S. Ignacio.

En un centro oficial cualquiera las cosas irán bien con tal que todo el mundo haga lo que se le manda, aunque por dentro esté hirviendo una continua protesta. Lo que los superiores pretenden al dar una orden no es otra cosa que verla cuanto antes cumplida. Y logrado esto lo demás les parece intrascendente. Se trata, pues, de una obediencia meramente externa, natural y mecánica.

Entre religiosos hay que enfocar el problema de otra manera. Se obedece al Superior porque representa a Dios y de El tiene recibida su autoridad de una manera inmediata. Su persona, sus dotes humanos o sobrenaturales, su simpatía, toda la aureola favorable o adversa que pueda rodearle, no debe pesar en absoluto en el ánimo del súbdito. Siempre y en todo caso se reconoce a Dios como Ser último al que se obedece. Esto hace que mientras el superior tenga el cargo que ocupa, aunque sea manifiestamente inhábil, debe ser obedecido y respetado. Esta visión profundísima de la obediencia hace que además de la ejecución haya de implicar el rendimiento de la voluntad y del entendimiento. Hay que desear lo que el Superior quiere porque detrás de él, Dios nos lo está pidiendo. Hay que pensar, que lo que él decide es lo mejor que en ese momento podía decidirse.

A los novicios que llegan y sobre todo llegaban, con la obediencia mecánica, que les enseñaba el régimen, hay que hacerles comprender la diferencia entre ella y la sobrenatural que exige la Compañía. Y para esto hay que probarles de mil modos las razones de la obediencia, porque si se encariñan o les mandan sólo personas de mucha autoridad, obedecen por la simpatía o por el influjo de quienes dan las órdenes. Es decir, que se paran en un plano meramente

natural, a una distancia inmensa de la verdadera obediencia.

Son humanamente tan fieles que por una persona que les inspira simpatía, y en la que tienen confianza se dejarían matar antes que desobedecerla. En cambio —hablando en plano natural de los paganos—, cuando el superior les resulta desagradable son capaces de dejarse matar antes que obedecerle.

Hasta que no se ha logrado hacerles cambiar el concepto de la obediencia y abrirles los ojos para que vean a Dios en la persona de cualquier superior que les manda, no se ha logrado formarles debidamente. Y de no llegar a esa facilidad y la costumbre que tienen de obedecer en un orden puramente humano, más que una ayuda es un obstáculo, porque puede conducir a lamentables engaños.

Todas las observaciones que he ido apuntando en estas páginas son muy fáciles de hacer pero muy difíciles de llevar a la práctica. En todas las cosas se ven en seguida multitud de puntos flacos y corregibles, pero cuando llega el momento de reducir a la práctica los planes que han de remediar las aberraciones, surgen las dudas y las dificultades.

Para cumplir con la mayor fidelidad mi cometido, fuí tanteando cuantas ideas se me ocurrieron. Una de ellas fué repetir la visita que algún tiempo antes había hecho al noviciado de la secta Sen de Tsuwano. Charlando con el Maestro de Novicios había aprendido muchos detalles de psicología puramente oriental que me habían sido muy útiles en el trato con mis propios novicios.

Con todo, pasó mucho tiempo antes de poder realizar mi deseo, porque hasta que un negocio inevitable no me obligó a ir a esa ciudad no encontré un momento libre para hacerlo.

Fuí recibido como un viejo amigo. Hicimos algunos comentarios triviales sobre el largo tiempo que ha-

bíamos estado sin vernos y poco después entré en materia. Mi deseo de conocer más a fondo cómo formaba él a sus novicios no pareció desagradarle. Tanto fué así que me invitó a asistir a una plática que iba a darles momentos después. Acepté encantado y me senté el último de todos para que mi presencia no les distrajese.

Me quedé admirado de la sinceridad con que explicaba sus principios de ascética en muchos puntos parecidos a los nuestros.

Con mucha claridad fué exponiendo los principales procedimientos para librarse de las pasiones:

"Debemos tener un control continuo y perfecto de nuestros sentidos, decía, porque a través de ellos se levantan las pasiones que nos turban. Si dominamos los ojos para que no se derramen en curiosidades inútiles, los oídos en fútiles curiosidades, la lengua en charlas insípidas... habremos frenado la mayor parte de nuestras inquietudes".

Me acordé de S. Juan que habla de la concupiscencia de los ojos, de S. Ignacio que aconseja la guarda de las puertas de los sentidos y me dió lástima que aquel hombre de buena voluntad no pudiese reforzar sus argumentos con textos tan autorizados como los de nuestros autores ascéticos.

"Debemos tener también una idea clara de la finalidad de las cosas. No nos han sido concedidas para el abuso, sino para el uso. No para gozar sino para atender a las exigencias inevitables de la naturaleza. Los alimentos para no desfallecer. Los vestidos para cubrir la vergüenza de nuestras desnudeces. Si usamos de ellos moderadamente no tendremos que arrepentirnos nunca porque les habremos hecho cumplir con su destino. Y los bienes materiales usados de acuerdo con su fin, no despiertan en nuestra alma el fuego de las pasiones malsanas".

¿Qué es esto, sino el "tanto cuanto" de S. Ignacio?

Si todo el mundo obrase de acuerdo con este criterio desaparecerían de golpe todas las avaricias, todos los deseos usuarios, todas las explotaciones injustas. Y al mismo tiempo el individuo llegaría a vivir en esa aurea medianía del que es feliz porque teniendo lo poco que Dios le da, se contenta con ese poco.

"Todos los hombres deben precaverse de los peligros del espíritu. Lo mismo que no nos exponemos a las consecuencias de acercarnos a un perro rabioso o a una bestia salvaje, tampoco debemos correr el riesgo de unirnos a amigos malos o a hombres perversos, que con sus instigaciones y malvados ejemplos rompen nuestra paz y nos hacen turbarnos con pasiones iguales a las de ellos..."

Al terminar de formular esta regla áurea que cualquier predicador puede aconsejar en una nación católica, dió un ligero viraje a su plática, y del dominio de las pasiones pasó el control de los deseos.

En este punto de su exposición intercaló un ejemplo sumamente gráfico que tiene aplicación continua en nuestra vida.

"Suponed, —les decía a sus novicios—, que un hombre sale de caza y coge a un cocodrilo, una culebra, un gran pájaro, una zorra, un mono, y al regresar un perro. Si los ata todos con una larga cuerda resistente y los deja en esa relativa libertad el cocodrilo intentará hundirse en las aguas fangosas de cualquier río, la culebra buscará el refugio de los hierbajos del monte, la zorra pretenderá huir hacia la soledad de su guarida, el mono hará por remontarse por los aires y el perro se obstinará por escaparse hacia un poblado humano.

Si los animales están atados no podrán huir de acuerdo con su instinto, y el más poderoso arrastrará a los demás. Esto mismo sucede con las pasio-

nes y los deseos de la carne. Cada uno nos impulsa en una dirección distinta, pero el más vigoroso de ellos es el que tomando el mando, marca la dirección de las demás.

En el caso de que el cazador ate uno de los extdemos de la cuerda a un poste resistente, después de una serie de estériles conatos por escaparse los seis animales se declararían vencidos y dejando de luchar se echarían por el suelo agotados. Si el hombre ata sus deseos al control firme y rígido de su voluntad, durante un período de tiempo más o menos largo lucharán éstos por emanciparse, pero cuanto se convenzan de la inutilidad de sus esfuerzos, se rendirán a su mando sin oponer apenas resistencia activa. Y una vez logrado este dominio, el hombre habrá pisado el camino de la felicidad".

Según la costumbre y la mentalidad japonesa, que en esto coincide del todo con el estilo de los Evangelios, también de corte oriental, el Maestro de Novicios continuó su explicación en la que siempre barajaba la misma idea cambiando tan sólo las imágenes y las metáforas. Este procedimiento tiene la gran ventaja de que si el oyente no entiende la primera parábola lo hace cuando le exponen la segunda o la tercera.

"Los deseos que en nuestra alma se despiertan de conquistar gloria y honor mundano son una auténtica locura porque se consumen como el incienso y desaparecen sin dejar huella.

El afanarse en su busca es tan peligroso como chupar un cuchillo, por su parte cortante, para gustar la miel que hay pegada en él. El sabor es agradable pero las consecuencias dolorosas. O algo así como correr contra el viento en una noche oscura, llevando una antorcha en la mano. El efecto estético es maravilloso, pero con el tronco resinoso que se consume se quemará la mano que lo sostiene.

El alma que va en pos de todos sus deseos incontrolados, cae necesariamente en el sufrimiento y en la inquietud de lo que se anhela sin poderse conseguir".

Después de una breve pausa en que dejó a sus novicios que rumiasen las profundas sentencias que iban engranando, volvió a hablar, para rematar su plática con una imagen y una idea digna de cincelarse en piedra:

"Los que aspiran a la iluminación deben controlar todas sus pasiones, y para eso han de dominar sus sentidos. Sería una locura avanzar por entre una lluvia de chispas llevando en la espalda un fardo inflamable. Lo mismo sucede si llenos de deseos inflamables, dejamos que se acerquen a ellos las llamas de la tentación, que entra por los sentidos.

El evitar este contacto es doloroso. Lo es. Lo reconozco. A la iluminación no se llega más que por el sacrificio. Y aunque esto sea duro, mucho más lo es el no luchar por un control perfecto de sí mismo y sufrir las desgarraduras de las pasiones, que desbocadas nos conducen a un sufrimiento sin fin de vida y muerte". Así llegamos a ser "Hotokes" (Dios) y evitamos reencarnaciones dolorosas de nuestra alma en animales inmundos".

Cuando terminó estas palabras quedamos todos en silencio y luego, levantándose se fueron retirando los novicios.

Al quedarnos solos comentamos largamente las palabras que había pronunciado. Yo no acababa de admirarme de su profundo sentido humano de algunas de aquellas ideas, y al mismo tiempo experimentaba una honda pena al ver lo mucho que se esforzaban por subir a la cumbre del monte de la Iluminación, que teniendo la esperanza de un Calvario, tenía como fin inmediato el evitar convertirse en un animal in-

mundo, y sin llegar a ser pronto un dios que no existe.

Sentí también un agradecimiento profundo por mi vocación. Ellos y yo buscábamos lo mismo: La perfección y la felicidad pero ¡de qué diferentes maneras!

Ellos iban a ciegas.

Yo por un camino a plena luz.

Y esa diferencia no se debía a méritos míos. Era tan sólo porque Dios lo quiso. Porque tuvo para mí una mirada de predilección.

HISTORIA DE UN ALMA

Al llegar a estas alturas de mis Memorias, me parece que tendrá interés el intercalar la historia de un alma que, en su fase interesante, se reduce a su vocación.

Para ello apenas voy a hacer otra cosa que traducir un manuscrito que providencialmente llegó a mis manos hace ya algún tiempo, y que hasta ahora he guardado con ese cariño que se siente hacia los recuerdos más queridos.

Lo escribió un muchacho a quien yo conocí cuando estaba sufriendo terriblemente con una gran tragedia familiar sobre su vida y a quien ayudé cuanto me fué posible en aquellas circunstancias.

Era agradecido. Cuando consiguió entrar en el Noviciado de cierta Congregación religiosa, como deseaba, me escribió una carta que aún conservo:

"Soy feliz y quiero que Ud. lo sepa, porque es una de las personas que más han contribuído a que llegase a ser lo que soy. Tengo a Dios muy cerca. Esté cierto no le olvidaré en mis oraciones".

Cuando apenas llevaría ocho meses en el Noviciado me escribió otra carta, alegre y triste a un tiempo. Estaba enfermo del pecho y estaba cierto de que

le iba a llevar al cielo muy pronto esa enfermedad, que menos de un año antes se había llevado también a un hermano suyo. Su carta era de despedida y encerraba su "testamento".

"Me encuentro muy mal, —me decía—. Sé que moriré pronto y estoy contento. Así veré a Dios de cerca. Además en el cielo me espera mi hermano Akira. El que murió hace once meses.

Quiero despedirme de Ud. y enviarle un recuerdo. Aquí se lo incluyo, Léalo. Es el diario que fuí escribiendo durante los últimos meses de lucha. Mejor dicho no es un diario porque en él recojo el mismo día cosas que ocurrieron en fechas distintas. Además he escrito a los 23 años, cosas y recuerdos de los ocho, y de los diez...

La única pena que me da morir es que me voy sin haber hecho nada por mis hermanos. Ud. sabe que mi sueño era redimir a los japoneses, y, antes de haber empezado mi trabajo ha sonado para mí la hora de la partida. Dios sea bendito.

Para compensar un poco esta muerte que me roba todas las posibilidades de hacer algo, le he ofrecido a Dios la vida, con cuanta generosidad he sido capaz, pero además quiero hacer algo más.

Tal vez sea un sueño de un pobre visionario. Tal vez la ilusión de un pobre moribundo que vive ya en un mundo muy distinto. Pero he acariciado la idea de que el manuscrito que le envío como agradecido recuerdo. tal vez pueda hacer algún bien a las almas.

Si no le sirve, guárdelo. No lo rompa. Quiero que lo tenga cerca para que al verlo se acuerde de rezar por mí. Yo no le olvidaré desde el cielo.

Infimo siervo en Cristo.

Fumio, —le llamaremos así, aunque la carta transcrita nos permitiría utilizar su nombre—, fué una vocación que pasó por mis manos hace varios años, Dios no le llamaba para Jesuíta, a pesar de que se

dirigía con jesuítas. Entró en otro noviciado, y su diario, que me llegó poco antes de su muerte, me permite intercalar en mis recuerdos esta vocación, que, si no fuese por sus deseos —más bien diría que por su orden expresa— nunca me hubiera atrevido a sacar a luz.

Pero Fumio tiene razón, quiere ser apóstol y así puede serlo, porque serán muchos los que en días de lucha se animen al ver cómo supo vencer él unas dificultades tales que muy poca gente podrá tenerlas mayores.

•

Mi padre, sin ser un potentado, era un hombre de buena posición. Cansado del bullicio de las grandes ciudades había comprado algunas fincas y se había retirado a vivir en el campo, donde ejercía como profesor de un colegio. Con eso sus ingresos eran menores, sus gastos también menores y su paz mucho mayor.

Pero era una paz meramente eterna, porque ni gozaba la sobrenatural que podía darle un alma llena de fe, ni la natural que lógicamente se derivaría de una vida familiar feliz.

Era protestante, pero no practicaba en absoluto. Se había convertido recibiendo una Biblia y dando su nombre a una secta, pero ni había recibido una profunda instrucción dogmática, ni le habían inculcado una intensa vida ascética. Al poco de ser un protestante se había convertido en un ateo práctico.

Cuando recuerdo los años de mi niñez jamás puedo encontrar nada que tenga matiz religioso. En casa nunca me hablaron de Dios, y ni siquiera oí indirectamente, en una conversación entre mis padres, o en un comentario perdido en una charla, que hubiese un Ser Supremo a quien debíamos servir hoy para gozarle mañana.

Pasaron tres años. No era feliz a pesar de que vivíamos confortablemente y de que mis hermanos y yo nos queríamos con locura. Sentía una pena muy honda que me amargaba.

Mis padres vivían en muy malas relaciones. Hacía tiempo que de los primeros meses de felicidad íntima, habían pasado a otros de fría indiferencia primero y de total incomprensión después. Y como los quería como se quiere a los padres, sus penas y sus sufrimientos eran también míos.

A los diez años, esa edad feliz en que los otros niños pueden vivir despreocupados y alegres, a mí me obsesionaba ya una pesadilla. Al ver que de la franca hostilidad se había llegado a la guerra abierta, temía que terminase aquello en una catástrofe y que nos quedásemos los tres hermanos a merced de la caridad pública. Y a pesar de mi poca edad, como era el mayor de los varones, me consideraba responsable de la suerte de mis dos hermanos.

La lucha franca llegó a ser algo de todos los días. El proceso era siempre el mismo. Comenzaban por discutir. Conforme se iba agriando la disputa subían los tonos de voz. Al fin llegaban a las manos. Mi padre, naturalmente, más fuerte, abofeteaba a mi madre. Y ella, sin manifestar el menor temor por las consecuencias de lo que hacía, le tiraba a él la vajilla, la leña de la estufa, y hasta piedras que preparaba a prevención.

Las cenas, que eran uno de los peores momentos en que nos podíamos reunir todos, porque las comidas las hacíamos fuera y en frío, se convertían en una guerra despiadada. En ellas parecían desencadenarse todas las furias.

¡Cuántas veces, como fin de aquellas batallas campales, mi padre arrojaba a mi madre fuera de casa, cerraba con llave y la dejaba toda la noche al sereno: Mientras tanto nosotros, sobre todo Akira y yo,

que éramos los más pequeños, llorábamos desconsolados sin saber cómo remediar lo que sucedía.

La única cosa que se me ocurría entonces, es decir, cuando mi padre se arrojaba sobre mi madre, después de haber recibido la primera granizada de objetos lanzables, era interponerme llorando para que no pudiera descargar los golpes sobre ella. Pero nadie hacía caso de mí, y de un bofetón me tiraban a un rincón donde seguía llorando sin atreverme a moverme.

Y así un día y otro día, sin más consuelo que desahogarme con Akira, el único que me comprendía y al que yo quería con verdadera predilección.

En medio de aquel caos que nos llenaba de amargura a todos, me pasaba el día pensando. No quería condenar a mi padre ni a mi madre. Quería creer que ambos tenían partes de la razón y que ambos iban de buena fe. Pero sobre todo quería que nuestra casa volviera a ser lo que era siete u ocho años antes. Para eso no sabía a quien recurrir. ¡Me encontraba tan solo!

Por fin un día tuve una idea que me pareció salvadora, y a la que me agarré con la fuerza de todo mi desamparo.

Había oído la palabra "Dios", aunque ni en casa ni en el Colegio me habían enseñado que lo hubiese. Y como en la idea de Dios adivinaba la de omnipotencia y la de bondad, quise creer y creí que existía. Por eso todas las mañanas me escondía en donde nadie me viese y rezaba al Dios desconocido con todo el fervor de mi gran deseo: "Kamisama, dooxo, kyooo otoosan to akaasan to kenta shinai yoo ni shite kudasai. Onegai desu". ("Dios míos, haz que mi padre y mi madre no riñan hoy. Te lo pido por favor"). Y repetía mi plegaria todos los días con fe inquebrantable en un Dios que ignoraba.

Sin embargo, todo continuaba igual. Cada noche se desarrollaba una nueva tragedia. Y yo, derramando lágrimas entre mi padre y mi madre que se pegaban, no hacía más que repetirles: "¡Papá, perdónale a mamá! Mamá, perdónale a papá". Al comprobar la inutilidad de mis súplicas, me colgaba del brazo de mi padre para dificultarle el que golpeara a mi madre.

Cuando por excepción transcurría una cena entera sin que riñesen, era tal mi felicidad que no podía contener el llanto que la alegría me arrancaba. Y ellos, que nunca supieron leer en mi alma el dolor que su mala conducta me producía, se admiraban, sin comprender el porqué de aquellas lágrimas que juzgaban extemporáneas.

Al cumplir los trece años tenía que ingresar en el Chuugakko, y como no había ninguno de categoría donde vivíamos, tuve que marcharme fuera para ser alumno de uno de la ciudad.

Otros al alejarse de su casa, siendo tan jóvenes, cuánto sufren y cómo lloran. Pero yo había sufrido tanto que no pude por menos que alegrarme. ¡Por fin iba a vivir sin sentir sobre mí, día tras día, toda la angustia de aquellas reyertas familiares!

Sin embargo, en medio de mi ingenua alegría me llevaba una pena arañándome el alma. ¿Qué sería de Akira, el único que se iba a quedar con mis padres durante aquellos años en que Kazuko, mi hermana mayor, se iba también fuera a estudiar? Si mis padres se divorciasen, como parecía posible, ¿quién se entendería del pequeño?

Trece años tenía tan sólo entonces, pero cómo me dolía dejar a Akira en aquella situación. ¡Con qué gusto me lo hubiera llevado conmigo para no separarme jamás de él!

Mi madre recorrió el largo camino que a la estación conducía. Y conforme nos íbamos acercando,

sentía yo que mi alma de niño se iba quedando muy sola al alejarse de ella, a la que quería, tal vez más porque la veía desgraciada. Fué una nueva nube que se ciñó sobre el cielo azul de la alegría que me produjo el pensamiento de no volver a contemplar las luchas de familia.

Cuando subí al tren y me asomé a la ventanilla para decir el último adiós a mi madre, las lágrimas se me saltaron a los ojos. Ella, que me quería de verdad, pero que me había educado con dureza varonil, quiso cortar de golpe aquel llanto que empezaba, y me dijo bruscamente:

—"Konakutte mo ii, yo" (Aunque no vuelvas no importa). Pero más tarde escribía refiriéndose a eso: "Qué terrible fué el momento en que dejándote solo en la estación tuve que volverme a casa. ¡Cómo sufrí entonces!

Tres años viví en una ciudad como estudiante de Chuugakko (primero a tercero de bachillerato). Mi temperamento se iba volviendo ligeramente melancólico porque no podía olvidar lo que había sufrido ni la guerra sin cuartel que, según me escribían, continuaba librándose cada día entre los míos.

A los diez y seis años, cuando volví a casa para pasar las vacaciones, comprendí que la tragedia familiar había llegado al último acto. Se estaban discutiendo las posibilidades de divorcio, con tanto deseo por ambas partes, que era evidente el resultado. Si los dos querían divorciarse, ¿quién les iba a impedir hacerlo?

Yo, sin saber por qué, adiviné que el divorcio era la ruina de la familia y el fin de la felicidad. Por eso me opuse tenazmente. Pero mi voz cayó en el vacío, y un mal día mi padre, dándonos su último abrazo, se separó para siempre dejándonos a todos con mi madre.

Entonces ella, para amparar un poco nuestro abandono, recibió en casa a un hermano suyo al que atendía solícitamente, al tiempo que recibía como recompensa una buena ayuda monetaria para ir sacando adelante la situación. Cuando cogí el tren para volver al colegio al principio del nuevo curso, llevaba el alma oprimida. Me sentía moralmente deshecho. Quería a mis padres, y lo mismo que cuando tenía diez años. me esforzaba por dejarles libres de toda responsabilidad. Pero era tan difícil encontrar una justificación a su conducta.

Una idea nueva comenzó a torturarme de una manera continua. La idea de la felicidad. Yo la buscaba en una vida tranquila en la que pudiera gozar pacíficamente de la alegría natural de mis 16 años... y no la encontraba. Me la habían roto sin haberla siquiera conocido. Mi padre buscaba la felicidad en una vida más suelta y sin trabas costosas, y para ello había tenido que romper con el cariño indudable que nos tenía a los tres hijos. Y al marcharse con el corazón dolorido, tampoco la había encontrado. Y mi madre que también iba buscando la felicidad fuera de las cortapisas que imponían a su existencia los lazos conyugales, se encontraba triste porque no podía olvidar la dicha lejana de sus primeros años de matrimonio, y las grandes responsabilidades que había cargado sobre sus hombros al admitir el divorcio y quedarse con todos nosotros. Todos ansiábamos la felicidad y ninguno la había encontrado, después de sacrificar cuanto teníamos.

Mientras miraba por la ventanilla del vagón iba barajando estos pensamientos. Al contemplar los miles de casitas que desfilaban ante el tren, que volaba entre silbidos, una sonrisa de amargura afloró a mis labios. Por fuera ¡qué bonitas! Pero por dentro, cuántas habría en las mismas condiciones que la mía.

¡Cuántas familias destrozadas llorarían mi misma desventura!

Durante el largo viaje se me ocurrió una idea que casi me pareció quimérica, pero que me atraía con una fuerza irresistible, la de consagrar la vida a hacer felices a los demás. ¡Me parecía un fin tan alto el dar a otros lo que yo no había conseguido a pesar de todos mis anhelos! Mi corazón sintió ansias irresistibles de amar, tal vez como contrapeso a todo el desamor que había experimentado en casa, y quería rehacer de la tierra todas las fuentes de desventura. Con la mayor generosidad de que fuí capaz, perdonaba una y mil veces a mis padres lo mucho que me habían hecho padecer.

Así empecé las clases queriendo estudiar, pero sin poderlo hacer, porque la obsesión del espectro de mi familia deshecha me perseguía con una tenacidad de locura...

Un nuevo problema vino a agravar más todavía la situación en que nos encontrábamos. Akira, el pobre Akira, cayó víctima de la peste blanca. Una tuberculosis furiosa le atacó los pulmones y tuvo que ingresar en un hospital como preparación remota a una muerte que desde el principio dieron por cierta.

Con un nudo en la garganta fuí a verle en cuanto pude. Allí me lo encontré pálido y triste, pero con un reflejo de esperanza en los ojos. No pensaba curarse, pero había conocido a un sacerdote católico y había oído hablar de los consuelos de la fe.

Estuvimos mucho rato juntos. Antes de separarnos, Akira me apretó fuertemente una mano y me dijo:
—Fumio, quiero pedirte una cosa. ¿La harás?

Le miré extrañado al advertir en el tono de su voz anhelante un acento de rara ansiedad:

—Sí lo haré. Pero ¿qué te pasa?

—Que he conocido a un sacerdote católico que viene con frecuencia al hospital. y quiero que tú hagas lo mismo.

—Pero yo no puedo volver aquí... Tengo que irme para seguir mis clases.

—Ya lo sé. Pero no importa. También donde tú estás hay iglesia católica. Me ha dado las señas. Basta que te presentes allí diciendo quién te manda y ya verás cómo te atienden bien.

Me dió la dirección escrita del puesto de un misionero.

Un día con timidez, porque me resultaba una aventura nueva, me presenté en el "Kyokai" (iglesia) y toqué el timbre de la puerta. Me hicieron pasar y me encontré ante un misionero extranjero que me recibió con el corazón en la mano y la sonrisa en los labios.

Hablamos mucho, y como es natural en estas circunstancias, el misionero aterrizó cuando le pareció conveniente en el campo misionero.

Ante mí se fué abriendo un horizonte de grandeza insospechada. Jamás había soñado que se pudiera derramar tanta luz sobre las sombras oscurecidas de una vida siempre derrotada. Pero aquel hombre alto y austero, aunque hablaba el japonés con manifiesta dificultad, iba enseñándome una serie de verdades —las católicas— que me llevaban a contemplar la vida a un prisma nuevo e insospechado.

Por primera vez en mi vida me sentía feliz. Me aferré con fuerza a mi dicha naciente, y para no perderla continué las instrucciones hasta que al año aproximado de hacerlo, recibí el bautismo. Para entonces Akira ya lo había hecho. Ambos, cada uno por su lado y en ciudades distintas, habíamos encontrado a Dios casi al mismo tiempo, sumergiéndonos en el gozo nuevo de la fe.

Los años que me quedaban para terminar los estudios preuniversitarios fueron tal vez los más felices de mi vida estudiantil. Mantenía un contacto continuo con la Iglesia y semanalmente asistía a la misa del domingo para recibir la Sagrada Comunión.

Al acabar mi último año de Kootoogakko me presenté en la universidad y logré aprobar con buena calificación. Mi vida parecía orientada pero...

Al ver al sacerdote sobre el altar y ser testigo de su trabajo en favor de los japoneses, se despertó en mí con más fuerza que nunca el deseo de años atrás cuando se sospecharon mis padres que había invadido. Sentía una necesidad íntima e inexplicable de hacer felices a los demás. Quería un Japón tan dichoso como yo lo era desde mi conversión. Y soñando, soñando cómo podría llegar a eso, se abrió ante mis ojos con sencilla sublimidad todo el misterio inefable del sacerdocio.

Fué un relámpago que iluminó mi alma. Y mi respuesta fué clara, terminante, decidida: "Seré sacerdote". Lo deseo. Consagraré a Dios mi vida en aras de mis hermanos. Y para que se abra al triunfo la esperanza de mi deseo rezaré todos los días la siguiente oración: "¡Oh Santa María: en mi pobreza te consagré mis ansias de trabajo por Dios y por las almas. Ayúdame tú, que eres madre del Amor y de la Misericordia. Hazme tú sacerdote. Si tú quieres que lo sea saltaré sobre cualquier obstáculo que se me cruce y haré el sacrificio más desgarrante que me exijas. Madre, no me dejes solo, ayúdame".

Esta oración ingenua y profunda a un tiempo fué la que había de llevarme a la victoria...

FIN DE LA HISTORIA DE UN ALMA

Me había decidido a ser sacerdote, pero nunca pude sospechar todo lo que me iba a costar realizar mi anhelo. Como imperativo de los tiempos lo primero

que hube de hacer fué someterme a un compás de espera.

La guerra había estallado. En aquel mar bravo de pasiones bélicas y de movilizaciones guerreras era una quimera pensar en entrar en el Noviciado. No me quedó otra alternativa que continuar mis estudios en Tokyo, bajo la catástrofe de todos los bombardeos, empezando a vivir en una casa y terminando por hacerlo en un refugio. Saltando sobre las llamas tuve que salir de aquélla para entrar, tan sólo con los libros que había salvado y un poco de ropa, en éste.

Fueron días penosos de vida subterránea. Los cadáveres, hacinados por las calles en piras gigantescas, me impresionaban —¡cómo no—! terriblemente. En los boquetes circulares abiertos por las primeras bombas se encontraban familias enteras que habían sucumbido bajo la metralla de las últimas. Y los cadáveres abrazados de padres e hijos que cayeron juntos mientras se brindaban la estéril protección de su cariño indefenso, se grabaron en mi alma con una intensidad imborrable.

Miles de personas se refugiaron bajo de los puentes para defenderse del fuego y de la metralla y en su inmensa mayoría murieron al hundirse estrepitosamente las toneladas blancas de cemento roto que se desgajaban en las sucesivas catástrofes que asolaron la ciudad.

Y junto a las bombas que caían implacables en una parábola de muerte, bajaban por el aire como una bandera de gaviotas que jugueteaba antes de aterrizar, centenares de miles de proclamas ofreciendo la paz a cambio de la rendición.

Yo no fuí a la guerra. Los estudiantes de letras fueron movilizados todos. Pero los de ciencias entre los que me contaba, quedamos en retaguardia continuando nuestros estudios con el fin de poder ser utilizados como técnicos militares.

Y precisamente porque me quedé en Tokyo, en esta retaguardia que sólo en la última guerra dejó de ser garantía de paz, tuve que sufrir los efectos de una campaña tan dura como en las primeras líneas de la más peligrosa retaguardia.

Solamente Hiroshima y Nagasaki, las dos ciudades heridas por la bomba atómica, pueden presentar un historial bélico más triste que el de la capital del Japón.

En medio de aquel llanto de sangre sentí que mis ansias de consagración se multiplicaban. Mi primer estímulo en ese camino de entrega había sido el aliviar a los que sufrían como yo había sufrido. ¿Y dónde ni cuándo pude encontrar tantas lágrimas juntas y tantos dolores apiñados como durante la guerra que nos condujo a la derrota?

Con una frase dolorosamente vigorosa solía resumir la situación de mi Patria al terminarse la contienda: "Está decidida la suerte de los que dejan a Dios". Y con deseo de levantar a mi pueblo, repetía una verdad que muchas veces se realizó en la historia de Israel: "Los pueblos que creen y aman a Dios, son amados por El".

Mi misión, era, pues, clara: Hacer que Japón le conociese y amase para ser salvado y redimido por El. Pero el camino era terriblemente áspero.

No sabiendo cómo llegar a mi fin, fuí a visitar a Akira, al hospital. Le encontré peor, mucho peor. Su palidez mortal auguraba un plácido y funesto desenloce. Sentí que se me hacía un nudo en la garganta al darme cuenta de que iba a dejar muy pronto la única persona de mi familia capaz de comprenderme. Hablamos mucho y dejé para el fin mi confesión:

—Akira, —le dije con esa emoción profunda que sólo conocen los que un día tuvieron que dar ese mismo paso— ¡quiero ser sacerdote!

—Yo te ayudaré —me dijo cálidamente al ver mi depresión—. Entre los dos ya verás cómo conseguimos que lo seas. Tú puedes poner en ello toda tu salud y todo tu coraje. Yo puedo añadir, y tal vez valga todavía más, todas mis oraciones y todos mis sufrimientos. Ya verás cómo si nos unimos somos invencibles.

—Pero, ¿quién va a cuidar de la familia? Kazuko se queda sola, mamá apenas tiene ya reservas económicas... Nos hemos gastado casi todo lo que teníamos al marcharse papá...

—Algo queda todavía.

—Muy poco. Hemos vendido la mayor parte de las tierras y ahora vamos a liquidar lo restante porque hace falta para los estudios de todos. Y después... ¿Qué?

Akira se quedó un momento en silencio y luego respondió:

—Después... ¡Dios dirá! No desconfíes nunca. Ya verás cómo él te lo arregla todo. Algo nos queda aún Kazuko se casará y yo dejaré muy pronto de gastar...

—Oh no. A ese precio, el de que tú te mueras, no quiero yo la vocación ni ninguna cosa. ¡Tú eres el único que me has querido siempre de verdad! —le grité violentamente, mientras las lágrimas se asomaban a mis ojos como no me había sucedido desde hacía mucho tiempo.

Mi hermano me acarició cariñosamente una de las manos que había apoyado junto a su almohada y continuó con suavidad:

—No digas eso, Fumio. Tú serás sacerdote por encima de todo. Hagas tú lo que hagas, yo me voy. Lo han dicho todos los médicos. Sería uno locura que por mí y para mí te quedases en el mundo. Además, ya verás cómo desde el cielo, mucho más cerca de Dios de lo que estoy ahora, te puedo ayudar mejor.

Caímos ambos en uno de esos silencios largos que alivian las penas. Y luego concluyó:

—Dentro de un par de días vendrán a verme todos. Yo les hablaré primero y ya verás cómo te dejo el terreno preparado. A ti no te quedará más que remachar el clavo. Mientras tanto, ya lo sabes: a rezar los dos juntos, a luchar los dos juntos y a conseguir el logro de tu vocación entre los dos.

Cuando salí del hospital, me sentía optimista. Las palabras de Akira, y el deseo de que así sucediese, me hacía creer con una convicción de esas que rechazan las reflexiones.

Cuando mi madre se enteró de mi propósito no tuvo al principio más que una objeción: la económica. Tal vez fué su inmenso pasmo lo que le impidió oponerse de un modo terminante. Pero cuando pasaron algunos días, y a fuerza de reflexionar en lo que aquella separación suponía, fué aumentando la hiel, que en su carácter violento abundaba siempre, dió un giro de 180 grados a sus opiniones y se inclinó al "no" lo mismo que pocos días antes había decidido por el "sí".

Para dejar las cosas bien asentadas, me llamó a su cuarto:

—Fumio, ven aquí que quiero hablarte.

La solemnidad de su tono no presagiaba nada agradable y, como la conocía bien, supe desde el principio a qué atenerme. Con todo, procurando suavizar las cosas, acudí solícito junto a ella.

Aquí me tienes, mamá. ¿Qué quieres?

—Hablarte de lo del otro día. De lo que nos dijo tu hermano.

—Me lo figuraba. ¿Alguna dificultad?

—Alguna, no, eso es poco. Algunas; o más bien, muchas.

Preparándome a la lucha por dentro, procuré sonreír por fuera y dije:

—A ver si pueden solucionarse todas.

—¿Estás completamente decidido a irte de religioso?

—Sí, completamente. Ya te lo dije...

—Ya está muy complicada, lo sabes bien. Si tú te marchas nos quedaremos en la calle. Tus hermanos y yo estábamos esperando con ilusión que terminases la carrera para ocupar el puesto que dejó tu padre, y ya sabes que necesita el enfermo muchos cuidados y mucho dinero...

—Del enfermo no me hables nada. Te aseguro que tendrá cuanto necesite.

Y con un tono apagado y triste continué: Ya sabes que está desahuciado. Déjale, pues, que viva en paz lo poco que le queda, y no te valgas de su enfermedad para arreglar un asunto que exclusivamente es de nuestra incumbencia. Sois tú y Kazuko las únicas que tal vez necesitáis de mí.

—Da lo mismo ¿Te parece que eso no es bastante?

—Para vosotras queda algo de dinero, y queda también el tío que os ayuda.

—¿Y te parece bien que cuando tú podrías mantenernos como debes, puesto que eres mi hijo, sea un tío tuyo el que me recoja de limosna como si fuera una pordiosera?— me gritó descompuesta.

Me contuve para no ponerme en el mismo plan de violencia por el que iba entrando ella. Acostumbrado a ver las reyertas con mi padre sabía muy bien de lo que era capaz, y no quería excitarla con una actitud violenta. Por eso la contesté suavemente:

—Mamá, no se trata de limosna. Vosotras le tenéis en casa, le cuidáis, le atendéis como se cuida y atiende a uno de casa. Y él, correspondiendo a vuestros desvelos y a vuestro cariño os ayuda para que podáis vivir decorosamente.

—Cállate. ¡No sigas por ahí! Tú, con tal de hacer lo que quieras, vistes las cosas como más te gus-

tan. Dales el nombre que quieras, disfrázalas como quieras, pero la realidad es que nos echas a la calle y nos dejas abandonadas, después de que con tus estudios has sido el que más ha gastado de toda la familia. ¡Mal hijo!

—Mamá.

—¡No me llames madre! En vez de eso págame todo lo que has gastado desde que ingresaste en la universidad. Págame ese dinero que es mío y de tus hermanos. A ti no te corresponde, puesto que cuando tenías la obligación de devolverlo ejerciendo la carrera que vas a terminar, te niegas a hacerlo con una excusa cualquiera que oculta tu egoísmo.

—¡Pero si sabes que no tengo un céntimo! —grité desesperado y saliéndome de mis casillas.

—¡Pues búscalo! eso no es cosa mía. Tú lo gastaste, luego tú debes ver cómo lo sacas si es que te quieres marchar. Ah, nunca hubiera esperado eso de ti. ¡Egoísta! Sí, mil veces egoísta! ¿Qué será de mí si caigo enferma? ¿Qué será de tu hermana si a mí me sucede algo? Como si tu padre me hubiera hecho sufrir poco, vienes ahora tú con tu conducta de hijo descastado a echar por tierra todas mis esperanzas y a demostrarme claramente que no me quieres. Eso es, óyelo bien. No me quieres, porque de quererme no te marcharías dejándome así.

—!Mamá, no sigas así! No digas eso que sabes tan bien como yo que es completamente falso! Si me voy no es porque tenga ganas de dejaros. No es porque no os quiera. Es que Dios me pide ese sacrificio y no puedo negárselo...

—¡Dios! ¡Dios! ¿Cómo puedes decir que Dios te manda eso? Acaso no te dice que ames a tus padres. Acaso no te dice que los socorras en la vejez, como ellos te ayudaron en tu juventud? Si amases a tus padres, es decir a mí que soy lo único que te queda, ¿acaso te marcharías cuando más falta me hace?

¡No, no te escudes en Dios! No me mientas so capa de virtud! No hagas decir a la religión solamente lo que tú quieres que diga...

—¡Si no te digo más que la verdad! Si no ha salido ni una palabra falsa de mis labios. Lo que pasa es que tú no conoces a Dios, ni sabes cuál es su doctrina. Por eso no puedes juzgar sin haberla oído antes...

—¿Para qué quiero oírla? Mala tiene que ser si en estas circunstancias te manda dejarnos. Falsa tiene que ser si con la excusa de salvar a todo el mundo te marchas sin preocuparte antes de salvarnos a nosotros. No hables más. ¡No me digas nada más que no quiero oírte! Vete y déjame sola... Pero oye bien claro que te niego el permiso.

Me retiré apenado. Habíamos llegado adonde me temía. Había comenzado para mí la calle de la amargura. ¿Cuál sería el final de todo aquello? Recé, recé mucho y me dispuse a sufrir en silencio la cruz que mi madre parecía dispuesta a cargar sobre mis hombros hasta el fin.

Un mes transcurrió de esta manera con una lucha continua, a la que tan sólo contestaba con mi silencio. Prefería callar. No quería hablar porque sabía que era peor hacerlo. Los argumentos se repetían continuamente apenas sin variación. Tan sólo hubo uno nuevo que vino a reforzar la serie.

Una noche tranquila en que mi madre parecía haber olvidado su disgusto, me habló de la grandeza de la carrera médica, y como quien sugiere inocentemente una idea, empezó a recalcar el bien inmenso que podía hacer si me convertía en un médico eminente consagrado al servicio de Dios, de la ciencia, y de los pobres... Desarrolló bien el tema, pero viendo la intención de aquel discurso, guardé silencio luchando intensamente en mi alma para vencer la tentación.

Cuando las cosas parecían estabilizadas en esta situación difícil, un nuevo aliento vino a luchar en contra de mí. Un día que estaba estudiando en mi cuarto, oí que mi hermana me llamaba desde el hall, diciéndome que saliese. Lo hice sin saber qué era lo que de mí quería, y me encontré frente con Yyoko San que venía a visitarme. Mi amistad con Yyoko databa de antiguo. Era una muchacha algo más joven que yo, con la que había intimado mucho durante mis años de estudios universitarios. Muy amiga de mi familia, venía continuamente a casa y nos pasábamos horas y horas entregados a juegos infantiles.

Ella era simpática y alegre, pero enfermiza. Nunca podía asistir al colegio durante el curso entero. Solía ir durante seis meses, y lo restante lo estudiaba en casa. Por eso uno de mis grandes placeres era darle clases. durante este segundo período, y ayudarla a pasar los exámenes. Entre mi interés y su talento, que sobrepasaba con amplitud la mediania, año tras año fué aprobando brillantemente.

Su madre se había encariñado extraordinariamente de mí, lo que hacía mucho más fácil la convivencia entre nosotros dos. Tanto era así, que para mí siempre estaba abierta la puerta de su casa, en la que me consideraba como su hijo.

Aquel encuentro después de varios años no pudo menos de agradarme, aunque no dejó de parecerme extraño. ¿Por qué había hecho un viaje sólo para verme? Muy pronto pude salir de dudas. Después de estar con nosotros un día entero, se fué a dormir a casa de unos tíos, y al día siguente volvió a visitarnos para charlar un rato más conmigo.

Ví con sorpresa que el contacto que habíamos tenido cuando niños había dejado en ella una huella muy profunda. Kyoko San me había seguido recordando siempre, y el cariño casi fraternal de antaño se había ido idealizando de tal modo que la llevó a

soñar en mí como en su posible compañero para surcar la vida.

Al terminar la segunda visita, mi madre y mi hermana pensaron lo mismo. Para ellas eso sería la gran felicidad, porque el matrimonio tiraría por tierra todos mis planes. Por eso, al llegar la hora de la cena, que era la de las tormentas, me plantearon el problema queriendo forzarme para que me decidiese a pedir a Kyoko San por esposa.

En favor de mi madre abogaba un hecho que lo explotó a maravilla. Kyoko San era también católica, y había llegado a serlo de una manera tan relacionada conmigo que su conversión encerraba un lazo de profundo sentimentalismo. Fué así:

Después de hacerme católico, iba todos los domingos a misa a la iglesia. Un día, con gran asombro, me encuentro en ella a Kyoko San. A la salida me acerqué a ella para preguntarla:

—Pero ¿tú eres católica?

—No, no lo soy. Me dijo ella un poco turbada.

—Entonces, ¿cómo es que has venido a misa?

Porque quisiera serlo.

—¿Y cómo se te ha ocurrido de repente?

—¡Oh, no ha sido de repente! ¡Como tú venías todos los domingos... —y se puso roja como una amapola.

Al fin se convirtió y meses después era una fervorosa católica.

Cuando Kyoko San se volvió con sus padres de nuevo, después de aquella visita que había durado varios días, no llevaba ninguna respuesta definitiva. Yo había procurado zafarme, y con la excusa de que, terminada la carrera, tendría que hacer dos años de doctorado, había dado largas al asunto. Pero ella se iba abrazada a las ilusiones que la hicieron concebir mi madre y mi hermana.

Al llegar a su casa me escribió para darme las gracias por las atenciones que habíamos tenido con ella durante los días pasados y añadía: "Fumio, no sabes lo que me alegro de haberte visto. He sido plenamente feliz". Y lo más duro del caso era que también yo... me había alegrado! ¡Al verla... también había sido feliz! ¿Me estaría equivocando de camino? ¿Habría nacido yo para ella y ella para mí? Sentí un terrible escalofrío. Cerré los ojos y no quise pensar... Entonces, como en un sueño, vi a Akira, en su cama blanca del hospital, que apretándome la mano me decía: "Mientras tanto ya lo sabes: a rezar los dos juntos, a luchar los dos juntos y a conseguir el logro de tu vocación entre los dos"... ¿Señor,.por qué entonces cruzaste a Kyoko en mi camino?

Con el corazón angustiado, escribí una carta al misionero que me había bautizado. El me conocía a fondo, y no ignoraba ninguna de las circunstancias que rodeaban mi vocación. Lo único que no sabía, porque hasta entonces lo había ignorado yo mismo, era que Kyoko San ocupaba un puesto en mi corazón sin haberme yo percatado de ello.

En la intimidad de estas cuartillas, que nadie verá mientras yo esté vivo, voy a hacer una sincera confesión. Hasta entonces siempre había deseado que todos los padres me reafirmasen en mi vocación. En cambio, desde ese momento, deseé ardientemente que me dijesen que no, que podía quedarme en el mundo, que siendo un buen médico católico podía hacer por la Iglesia católica tanto o más que siendo religioso... En una palabra, fuí un cobarde. Tan cobarde que ni siquiera me atreví por mí mismo a echarme atrás, y que me abriese la puerta de la huíada. Afortunadamente no encontré el aliado que mi debilidad buscaba.

Fueron pasando los días, y el misionero no me contestaba. Estaba preocupado, faltaban tan sólo

tres días para cerrarse el plazo de matrícula, y si antes de esa fecha no llegaba la respuesta a mi pregunta, no me quedaría más remedio que matricularme, y hacer esto, suponía envolverme en el doctorado que necesariamente retrasaría todo dos años. Y entonces, ¿qué quedaría de mis propósitos?

Pasaron los tres días y la respuesta no llegó. Cogí mis libros nervioso, y me dispuse a salir de casa. No podía esperar más. En mi alma se estaba desarrollando una lucha terrible. Me acordé de Kyoko San y me sentí feliz. Me acordé de Akira, y de la oración que hacíamos unidos, y me sentí humillado. Me pareció que estaba cometiendo una traición. Ciertamente que aquel día no me hubiese atrevido a ir a verle con los ojos altos.

Abrí la puerta de casa y salí. Ya iba a cruzar la calle, cuando me dí cuenta de que en el pequeño buzón, que pendía junto al timbre de llamada, había una carta para mí. La cogí con mano nerviosa, y en el acto reconocí la letra. Estaba escrita en kanjis, pero con esos trazos característicos que delatan al extranjero. Era del misionero.

Lo natural hubiera sido volverme y leerla para saber su contenido. Pero no me atreví a hacerlo. La estrujé entre los dedos crispados y me fuí a la estación para coger el tren que había de conducirme a la Universidad.

Estaba medio loco. Si me aconsejaba que no entrase en el Noviciado, me casaría con Kyoko, pero nunca podría ser feliz, porque me acompañaría siempre el remordimiento de mi traición. En mis momentos de mayor lucidez comprendía perfectamente que el solo hecho de haberla visto tres veces y haber recordado con eso dolorosamente que nuestra amistad de niños había dejado en mi alma unas raíces que ni siquiera sospechaba, no era una razón, en pura ló-

gica, que cambiase la naturaleza de las cosas. Y si me mandaba entrar en el Noviciado, lo haría con paz en la conciencia, pero con una nueva desgarradura en el corazón. Terrible era dejar la familia. Pero hay cosas que todavía cuestan más. Es imposible explicarlo. Hace falta haber querido para comprenderlo.

Me senté junto a la ventanilla y me dispuse a leer la carta. Estaba estrujada. Rompí el sobre y vi que no contení más que media docena de renglones, apretados y densos.

"Entra en el Noviciado cuanto antes. Lo he pensado durante varios días ysiempre he llegado a la misma conclusión. Debes hacerlo, es tu obligación. No pienses en tu familia puesto que les quedan bienes suficientes para vivir pobre, pero honradamente. No pienses en Yyoko; no es para ti. Es para otro hombre. Comprendo tu dolor y lo respeto, pero en este caso no puedo condescender; tú sabes que no es un capricho mío. Siempre he procurado tu bien y nunca te he hecho sufrir inútilmente".

Era lo que esperaba, lo que temía y lo que sabía sin querer. Me quedé anonadado pero en paz. Mi dolor fué sin olas, sereno, tranquilo, lleno de angustia mansa que exprimía el alma sin dejar que ni el menor reflejo se trasluciese al exterior.

Llegué mecánicamente a la puerta de la universidad... pero pasé de largo. Mi suerte estaba echada. Se cerraría el plazo de matrícula y mi nombre no aparecería en las listas de las carteleras. Aquel camino no era el mío...

Sin darme cuenta, fuí recorriendo las calles como un sonámbulo. Sin saber cómo, me encontré ante una tienducha vieja y pobre que decía: "Se compran libros de segunda mano. Se pagan bien".

Entré. Sobre el mostrador dejé todos los que llevaba. Era mi carrera que dejaba para siempre. Pe-

dí, regateamos, discutimos, y por fin, llegamos a un precio intermedio entre mi deseo y su avaricia.

Cuando salí de nuevo a la calle llevaba en mi mano el dinero para el billete.

Todavía era temprano. Me dirigí a una iglesia y entré. Me arrodillé junto al altar y en aquel momento vi salir a un sacerdote para celebrar el Santo Sacrificio. El reloj dió las ocho de la mañana.

De rodillas, con más fervor que nunca, recé la media hora de la misa sin moverme. No veía lo que sucedía a mi alrededor. El problema de mi vida me absorbía, y me sobraba todo cuanto no fuese Dios y yo.

Lloré, lloré mucho. ¡Qué dura es la vocación! Las primeras lágrimas que derramé en la vida siendo hombre fueron por ella. Y Dios sabe que fueron muchas.

Delante del Señor improvisé una oración que me dispuse a rezar durante una semana seguida. En ese tiempo haría todos los preparativos para el viaje. Mejor diría de la huída, porque ese carácter iba a revestir mi salida del hogar.

"Señor —repetía continuamente—, si es tu voluntad que entre en el Noviciado haz que mi familia no se entere de mis propósitos de fuga hasta que los haya realizado. Pero si mi inclinación es un engaño, si el misionero se equivoca, y si mi deseo es tan sólo un sueño, haz que descubran todo y me impidan realizarla". No veía claro y me daba miedo ver...

Llegó la última noche. Todos se fueron a la cama y yo me quedé en el cuarto que tantas veces me había servido para estudiar. Tenía que preparar un hatillo con lo indispensable, y escribir las tres últimas cartas. Una a mi madre y a mi hermana, para que se la encontrasen allí al desaparecer yo. Otra para Akira, que seguía empeorando en el hospital y

al que me resultó imposible visitar durante los últimos días (estaba en otra ciudad). La última era para Kyoko, para despedirme de ella. Era tarea larga que en menos de una hora no podía terminar.

Escondí una lámpara portátil, me subateé (sentarse a la japonesa) delante de la mesa, y acodándome en ella, me dispuse a escribir:

La pluma me quemaba entre los dedos.

Primero emborroné varios borradores, y al fin me dispuse a transcribirlos a limpio. Precisamente en este momentó oí a mi hermana Kazuko que me decía:

—¡Fumio!

—¡Qué quieres Neesan!

—¿No te acuestas todavía?

—¡Estoy trabajando! —y al pronunciar estas palabras sonreí con amargura.

—Es muy tarde ya...!

—Sí, pero no te preocupes, en seguida acabo...

Calló ella, y me dispuse a concluir las cartas.

"Querida madre y hermana: Sé que os vais a llevar un gran disgusto, —les decía en resumen—, pero no me queda más remedio que obrar así. Me despido de vosotras para irme al Noviciado. Es la voluntad de Dios y tengo que acatarla. Vosotras todavía no la conocéis y no sabéis cómo puede exigir semejantes sacrificios. Pero algún día se hará la luz en vuestras almas y entonces comprenderéis toda la sublimidad de mi vocación. Mientras tanto estad ciertas que no os olvidaré nunca en mis oraciones y que día a día iré rogando a Dios para que os ilumine y os haga ser felices en la dicha de una fe como la que hemos abrazado Akira y yo. Y nada más. Fumio".

La de Kyoko fué más sentida. De la herida manaba aún sangre... y se lo dije:

"Kyoko, ha llegado el día terrible de la despedida. Tenemos que concluir para siempre aun antes de comenzar. Cuando estuviste viéndome no quise comprometerme a nada. Tenía vocación. Dios me llamaba para el sacerdocio. Tú que eres católica comprenderás la grandeza de mi destino. Y tú que me conoces desde niño, penetrarás en todo el dolor de mi entrega. Tú soñaste conmigo y yo soñé contigo. He tenido que sufrir mucho antes de decidirme. Mil veces he recordado el día en que por primera vez te ví en la iglesia. ¿Te acuerdas tú? ¡Qué jóvenes éramos ambos! ¡Y qué lejos estaba yo entonces de pensar que llegaría un día como este, en que a muchos kilómetros de distancia, te estaría escribiendo una carta para decirte adiós.

Durante varios años estuvieron dormidos en mi alma muchos de los recuerdos de nuestros juegos de niño. Nuestros estudios juntos, cuando te ayudaba a preparar tu examen. Las charlas íntimas, como si fuéramos hermanos. El cariño con que siempre me trató tu madre...

Todo aquello pasó. Ha quedado reducido a un sueño. Hay momentos en que pienso que hubiera sido mejor no haber soñado, pero después me arrepiento. Me alegro de que aquello fuese así, porque gracias a eso te convertiste. Nuestros juegos de niños te llevaron a Dios, aunque ahora tengamos que separarnos para siempre. ¿No crees que ya dieron un fruto mucho más hermoso de cuantos pudiéramos haber soñado?

Termino ya. Reza por mí, que yo también lo haré por ti. Temo la lucha que todavía me espera. Mañana al amanecer saldré de casa a escondidas, y huiré como si fuese un malhechor. Mi madre jamás me daría permiso para hacerlo de otro modo. No me queda, pues, otro camino que elegir. Le acabo de

escribir una carta que dejaré sobre mi mesa de estudio. Ahora voy a despedirme de Akira, ¡Pobre Akira! Temo que le hagan a él sufrir por mi culpa, como si no tuviese bastante con su enfermedad, que casi le ha matado. Pero como es el único católico de la familia, y el que les dió la noticia de mi vocación, temo que se ceben en él buscando venganza.

Adiós, Kyoko. No sabes lo que me cuesta acabar. No me olvides nunca cuando vayas a esa iglesia que tantas veces nos vió entrar a misa juntos".

Febril me dispuse a escribir la tercera y última carta. Era para Akira. Entonces me dí cuenta más que nunca, de cuánto le quería. Siempre juntos, con sólo un año de diferencia, habíamos vivido en la mayor intimidad que imaginar se puede. Durante su enfermedad no había podido visitarle mucho, pero cuando lo hacía era un gran consuelo para él, porque le podía hablar en cristiano animándole en su enfermedad. En cambio los consuelos de mi madre y de mi hermana !eran necesariamente tan fríos!

Cogí la pluma y, en aquella carta que siempre pensé que iba a ser la última que podía escribirle, volqué todo el cariño que me invadía en aquella angustiosa jornada de dolorosos adioses. No poder verle al marcharme, Señor todo por ti...!

"Querido Akira: Por fin ha llegado el momento de mi vida que te va a hacer más feliz. Mañana a estas horas estaré en el Noviciado. Nuestra oración ha sido escuchada por Dios ¿Te acuerdas cómo me dijiste: "A rezar juntos los dos, a luchar los dos juntos y a conseguir el logro de tu vocación entre los dos"? ¡Si supieras el bien que me han hecho esas palabras que pronunciaste tanto tiempo atrás! En todos los momentos de desaliento, cuando el mundo me parecía que se hundía sobre mi cabeza para aplastarme, las recordaba siempre dándome valor. Y cuan-

do el desaliento me ponía a dos pasos de cualquier cobardía, tu figura dolorida en la blanca sala del hospital, me recordaba que no podía volverme a atrás estando respaldado con tus sufrimientos y tus oraciones.

Akira: déjame ser sincero contigo y desahogarme. Si mi vocación hubiera corrido por los cauces normales, si nadie se hubiera opuesto a ella, si todos me hubieran animado a cumplirla, no hubiera dejado de ser dura, porque las separaciones definitivas arrancan siempre sangre. Pero cuando encima de eso hay que luchar continuamente solo y contra todo, porque todo son oposiciones, disgustos y obstáculos cruzados en el camino que se ha de andar, hay momentos en que la calle de la amargura tiene demasiada cuesta y parece imposible seguir adelante.

Estoy destrozado. No tengo firme más que la voluntad. Y eso, no sé cómo ni por qué. Mejor dicho, sí lo sé. Porque tus oraciones y tus sufrimientos puestos por Dios en la balanza de mis debilidades, han logrado compensar toda mi mezquindad.

Perdóname que te hable así. No quiero entristecerte más, que bastante grande es la cruz que llevas encima.

Desde el Noviciado volveré a escribirte. A los demás, no. A ti sí, porque necesito tu ayuda como el aire que respiro.

He querido ir a despedirme de palabra, pero no me ha sido posible arreglar las cosas. Una visita repentina, les hubiera puesto en casa sobre la pista, y me tengo que marchar sin que nada sospechen. Es una huída, una huída franca, y esto es lo que más me duele. ¡Qué Dios perdone a mamá lo que nos ha hecho sufrir a todos! Yo sinceramente la perdono. No me quiero ir, ni quiero dejarla guardando para ella rencor y mucho menos odio.

Akira, ya no nos volveremos a ver en este mundo. Yo me voy al Noviciado y tú te vas al cielo. Cuando

yo termine mi corto viaje no me olvidaré de ti, y ante el Sagrario te encomendaré todos los días. Cuando tú termines el tuyo de eternidad y estés continuamente delante de Dios, pídele mucho por mí. Tú eres bueno y necesariamente tiene que escucharte.

Adios, Akira. Tengo que acabar para preparar las pocas cosas que puedo llevarme. Lo haré ahora que todos duermen, y cuando amanezca, no encontrarán de mí otro vestigio que la carta de despedida..."

De esta manera salí de casa, como un ladrón que escapa por la puerta falsa. Cuando me alejaba de ella no podía menos de recordar las palabras del Señor: "Quien no me ama a Mí más que a los suyos, no es digno de Mí".

Cuando entré en el Noviciado, se hundió mi alma en la noche del espíritu. Dejé de ver a Dios en mi camino. Cristo me parecía más lejos que nunca. Sus palabras huecas, sin sentido... Me parecía imposible que fueran dichas para mí, empecé a dudar...

Sentí haber entrado y quise salir... pero también temía ¿De qué habrían servido, si lo hacía, todos los sacrificios y oraciones de Akira? Por él, por el cariño que le tenía, me decidí a esperar. No quería yo también hacerle sufrir como los demás de la familia.

A los tres días recibí un telegrama de mi madre: "Vuelve inmediatamente". Al mismo tiempo había mandado otro al Vicario, diciéndole: "Duevuélvame a mi hijo". Y comencé a dudar de nuevo...

A los siete días de lucha me llamó el P. Superior.

—¡Vaya a la sala de visitas! —me dijo.

—¿Quién ha venido? —pregunté temblando.

—Su hermana.

—¿Mi hermana? y ¿qué quiere?

—No he hablado con ella, pero ya puede figurárselo. Viene para decirle que se vuelva a casa.

Me fuí aterrado. Me sentía débil y comprendía que iba a claudicar. Y no quería. Ni Akira ni yo

mismo podría perdonarme nunca. Debía quedarme, pero costaba hacerlo. No debía irme, pero sentía unos deseos apasionados de marcharme.

La entrevista con Kazuko no fué borrascosa, y la razón fué porque cuando empecé a hablar con ella estaba vencido. Ella misma se admiró de mi persistencia.

—¿Ves como este sitio no es para ti? —me dijo insinuadamente—. ¿Ves como te habías equivocado?

Me retiré para decir al P. Superior que me iba con ella. Al verme entrar en su cuarto se dió cuenta de que todo estaba perdido, y recurrió al único medio eficaz de esos momentos.

—Padre, me voy. ¡No puedo resistir esto! —le dije sin mirarle a la cara.

—Está bien, hijo —me contestó paternalmente—. Haga lo que quiera, pero antes vaya a la capilla para despedirse del Señor, y para pedirle consejo. Pregúntele qué debe hacer, y El le dará una respuesta clara.

Obedecí. Cuando me arrodillé ante el Sagrario sentía vergüenza. Me costaba decir a Cristo que iba a retirar todos mis sufrimientos y promesas.

No se el tiempo que estuve. Lo único que recuerdo claro es que cuando ya iba a marcharme aferrado a mi locura, recordé violentamente aquella frase de Akira que volvía a sonar en mi alma en cada vacilación que pudiera serme fatal: "Ya lo sabes, a rezar los dos juntos, a luchar los dos juntos y a conseguir el logro de tu vocación entre los dos".

Sentí un escalofrío. Vi a mi hermano moribundo en su cama solitaria del hospital, y recordé la sonrisa que esbozaron sus labios mientras apretándome la mano me decía esas palabras. Le sentí cerca y me agarré a él como a una tabla de salvación en el naufragio. Cuado salí de la Capilla estada decidido a quedarme.

Mi hermana se marchó llorando, y yo me creí libre ya de todas las trabas que hasta entonces me habían atado.

Pero me equivocaba. Todavía me quedaba la prueba final que iba a durar un par de meses.

Dos días más tarde, el P. Superior me llamó a su cuarto.

—¿Está Ud. completamente decidido a quedarse?, —me preguntó.

—Sí Padre, completamente decidido.

—¿Lo ha pensado bien?

—Sí. Es una decisión irrevocable.

—Me alegra verle tan bien dispuesto. Pero yo no estoy tranquilo. Todavía tengo miedo de su vocación.

—¿Todavía? ¿Quién cree Ud. que puede impedir ahora que la realice?

—Su familia.

—Padre, soy mayor de edad, y ya ha visto cómo no sucumbí a la tentación cuando vino mi hermana.

—Ahí está precisamente mi duda. No olvide que vino a mi cuarto decidido a marcharse. Y que de no haberle enviado a la capilla a pedir luz a Dios, a estas horas no estaría entre nosotros. Aquella vacilación que pudo ser de resultados funestos tengo miedo que vuelva a repetirse más tarde, en circunstancias todavía peores. Supóngase que esto sucede cuando tenga ya los votos hechos...

Bajé la cabeza... Comprendí que tenía razón y que no podía contestarle nada. Si me encontraba allí era por él, ya que yo estaba plenamente decidido a irme cuando pisé su cuarto el día que me visitó mi hermana.

—Entonces, —le pregunté con miedo— ¿qué le parece a Ud?

—Que tiene Ud. que darme una prueba clara de que es Ud. más fuerte que esa tentación, que muy bien puede repetirse. Antes de eso no le puedo admitir de una manera definitiva.

—¿Y cómo puedo hacer eso? —le pregunté sin saber a dónde se dirigía.

—Márchándose dos meses a su casa y volviendo después. Si tiene valor para vencer por segunda vez, puede estar cierto que lo hará siempre. Además, su familia, al ver que Ud. es dueño de sus actos, y de su voluntad, comprenderá que es inútil importunarle y le dejará en paz.

Me quedé frío. Aquella penitencia era más dura de lo que esperaba, pero no puede menos de comprender que era enteramente justa. Sin responder nada, me decidí a cumplir aquella orden, que me iba a arrojar otra vez al mundo, para continuar la lucha durante ocho semanas, y para terminar con el desgarramiento de un nuevo adiós.

Mi entrada en casa fué triste para todos. Viendo lo aplanado que llegaba no tuvieron valor para cantar victoria en mi presencia y durante los primeros días apenas cruzábamos palabras.

Al terminar la primera semana mi madre empezó su ataque porque quería ganar la victoria a toda costa. Nuestras conversaciones sobre el asunto eran más bien monólogos suyos, porque yo rara vez le contestaba nada. Con una monotonía aplastante, me repetía siempre las mismas razones:

—Te han engañado los religiosos.

—Eres un egoísta que sólo buscas tu bien.

—Tu hermano ha empeorado mucho, y es por los disgustos que nos das a todos.

—Paga todo el dinero que has gastado durante la carrera.

—Uno que abandona así a su familia no puede ser un buen sacerdote ni ayuda eficazmente a los otros para que se salven.

—Las órdenes religiosas son todas malas.

—Si tienes vocación demuéstramelo con pruebas. obedeciéndome en lo que te mando.

—Escribe al P. Superior diciendo que desistes.

—No hay necesidad de ir todos los días a Misa como lo haces.

—No hay por qué ir todos los días a ver al Padre.

A las dos semanas me sabía el disco de memoria. siempre era igual, sin tener siquiera las variantes que surgirían si yo le llevase la contraria y entrásemos en una discusión.

Al mes aproximado de estar en casa apareció en escena Kyoko. Tuvimos una entrevista tan sólo, pero... ¡qué dolorosa! No sé para qué vino. Estaba ciega. Le costaba dejarme más que a mi hermana y que a mi madre. Tal vez fué la que más sufrió con mi marcha, y la que más me hizo sufrir en los últimos días, porque ella representaba mucho en mi vida.

Quería retenerme, pero al mismo tiempo comprendía que debía marcharme. El amor divino y el amor humano luchaban en ella, y ponían en vibración los mismos sentimientos en mi alma.

En aquella situación difícil y triste, yo contaba en mi ayuda con el deseo de cumplir mi vocación. Pero ella, la pobre Kyoko, tenía que luchar contra su corazón solamente al amparo de una fe seca que la fortalecía, pero que no la consolaba.

Cuando comprendió que lo que entre ambos pudiera haber habido, si las cosas hubiesen seguido otro rumbo, había quedado zanjado para siempre, se retiró llorando, prometiéndome rezar por mí y pidiéndome mis oraciones como un lenitivo a su dolor, y como una fuente de fortaleza. Dios sabe lo sincera-

mente que le prometí esa ayuda, que era la única que en adelante iba a poderle prestar. Se lo merecía. Al fin y al cabo... yo había tenido tanta parte en su conversión.

Al mes y medio, mi madre y mi hermana dejaron de luchar. Vieron que estaba todo perdido para ellas, y se entregaron. Fueron suavizando más y más su trato conmigo, y dejaron de insistir en que me quedase. El único ruego que me hicieron, cuando ya sólo faltaban siete días, fué que retrasara un poco la entrada hasta que Akira, que estaba ya casi en la agonía, falleciese. Y en aquella súplica creo que fueron sinceras. La hacían por él, ya que sabían que en el último momento a nadie querría tanto ver a su lado como a mí.

No me atreví a acceder. Era verdad que se encontraba muy mal, pero también era cierto que lo mismo podía durar una semana que un mes. Por eso le hice una visita en la que apenas pudimos hablar, porque su vida se apagaba, y me marché sabiendo que no volvería a verle hasta que nos encontrásemos en el cielo.

—Akira, —le dije en el momento que estuve con él—, Akira, quiero darte las gracias.

Me sonrió muy pálido, porque apenas podía hablar, y me apretó la mano. Entonces yo me acordé de aquella otra vez en que había hecho el mismo gesto, y le conté la historia de las palabras que entonces pronunció. ¡Cómo se iluminó su rostro cuando oyó de palabra lo que ya le había escrito antes tantas veces: que en todos los momentos difíciles habían sido ellas el faro que me daban luz, y la fuente de energía que venció mis dificultades.

—Desde el cielo te seguiré ayudando. Adiós.

Y reclinó su cabeza fatigada sobre la blanca almohada.

Al marcharme, llevaba los ojos húmedos y el corazón agradecido. Cuánto había hecho por mí aquel moribundo. ¡Nunca se lo iba o poder agradecer en esta vida!...

El día veinte de marzo entré definitivamente en el Noviciado. Y el veinticuatro recibí un telegrama diciéndome que Akira había fallecido. Y lloré... Desde que empecé a ser hombre sólo he llorado por la vocación... y por él. Se lo merecía.

Días después mi hermana me escribió una carta dándome noticias y copiándome las últimas palabras que él les había mandado con letra temblorosa.

"Me muero. Me voy al cielo. Desde ahora no os opongáis más a la vocación de Fumio. Ayudadle todo lo que podáis. Desde allí arriba rezaré mucho por vosotras y por él. Decidle que pediré continuamente por la plena realización de su vocación, y que cuanto hasta ahora he sufrido ha sido por él y por vosotras. Vosotras, también, rezad por él con alegría. Y a Fumio decidle que se haga un sacerdote digno del ministerio que va a desempeñar. Hasta el Cielo. Akira".

A partir de entonces, jamás han vuelto a insinuarme nada contra la vocación. Al contrario, cumpliendo el testamento de Akira, me han animado cuanto les ha sido posible. Y al escribir estas líneas, que terminan con mi vida, las dos se están instruyendo para recibir el bautismo.

—¡Gracias, Akira! ¡Qué bien has sabido hacer las cosas!

Así termina el diario que me remitió Fumio antes de morir.

Lo he traducido con emoción porque le había tratado íntimamente antes de entrar en el Noviciado y sentía como muy mía aquella lucha en la que tantas veces tuve que ayudarle.

Al ponerlo en castellano, he procurado que su alma quedase fielmente grabada en el papel, pero comprendo que no siempre lo he conseguido.

Fumio escribió volcando en su diario la esencia más íntima de su alma, exquisitamente sensible, y lo hizo en tal forma que usó para ello los moldes y troqueles puramente orientales. Al traducir, me ha sido imposible atenerme a la forma. Si hubiera sido traducción literal, no hubiese sido castellano. He tenido, pues, que prescindir de ella en muchas ocasiones, para ceñirme fielmente a la idea y al sentimiento, con frases puramente españolas.

El no escribió como yo he escrito. Pero si consiguió que mis lectores sientan lo que sintió él, y les embargue la pena mansa que en él es tan desbordante, habré logrado lo que me propuse al traducir su diario.

Esto por lo que toca a la felicidad.

En todo caso, y sean cuales sean mis desaciertos, la lectura del diario de Fumio creo que resultará interesante y aleccionadora. Hay lucha, hay valor. Hay sufrimiento y hay energía. Y junto a los perfiles violentos de muchas de sus situaciones, la figura siempre igual, siempre tranquila, siempre noble de Akira, resuma paz de espíritu y sosiego sobrenatural.

¿Y quién pasa por el mundo sin necesitar valor para las situaciones de combate y calma para los amagos de inquietud?

En las cuartillas de Fumio todos encontramos sentimientos que han sido nuestros alguna vez y a lo largo del rodaje cansino de nuestra vida...

CON LOS BONZOS DEL "SHINGONSHU"

Me dijeron un día que los bonzos del "Shingonshu", una de las ramas más poderosas del Budismo, deseaban les diese una conferencia de sabor católico.

Me extrañó. El poderío del "Shingonshu" es manifiesto. Solamente en la provincia de Hiroshima tienen más de 750 templos.

Más tarde me enteré de que tenían verdaderos deseos de ver cómo hablábamos y atraíamos a la juventud. Esto me dió más luz.

Japón era un país profundamente religioso. Todo el mundo sentía un íntimo respeto hacia los bonzos, gracias a lo cual les era posible moverse entre las personas de la más alta consideración.

Aunque la moral budista es relativamente rígida si se atiende a su teoría, se suaviza mucho cuando se lleva a la práctica.

No voy a comentar ahora el género de vida de los bonzos. Los hay buenos con voluntad decidida de agradar a Dios; los hay medianos, con esa mediocre indiferencia de los tibios, y los hay vividores que quisieran tener ahora paz y después gloria.

La fe que en ellos tenía el pueblo ha muerto, hasta tal punto que en muy pocas regiones es un obstáculo para el Catolicismo. Y con ella se apagó la plegaria momentánea de esos corazones desilusionados, el incienso humeante de su fervor, y la limosna, la limosna que redimía... y que daba de comer a tantos bonzos.

Esta es la explicación de por qué deseaban saber cómo hablábamos a los jóvenes para atraerlos a Cristo. Porque se les ha ido el pueblo que les alimentaba. Y porque si no conquistan a la juventud, que mañana será quien empuje las riendas del dinero y del poder, su vida monacal está condenada a una extinción inevitable.

Los judíos fueron a Betania, no sólo por Jesús, nos dice el Evangelio, sino porque estaba con El Lázaro, el resucitado.

Los bonzos pedían unas conferencias non propter Jesum tantum sino para ver cómo resucitábamos los

católicos a los Lázaros muertos en un sepulcro sin fe.

No era todo pureza de intención, pero era una oportunidad para hablarles de Cristo, de su doctrina, del Catolicismo. No podíamos desperdiciarla.

El público iba a estar compuesto de 500 budistas "sacerdotes", todos. La mejor selección religiosa-pagana que me podía haber imaginado. Y la sala de conferencias, un templo espléndido perdido entre los montes, con toda esa poesía que suele recogerse en las postales de propaganda.

Belleza innegable de un ambiente montañoso y puro que parecía acercar al Creador...

Las conferencias fueron cuatro, de hora y media cada una. La atención, profunda. El silencio, expectante.

Recuerdo que después de hecha mi presentación por el Gran Prior de todos aquellos ilustres reunidos, me retiré un momento a la suntuosa tribuna. Estaba charlando con uno de los más conspicuos, fuera de la vista de los demás, cuando oí que en el salón se pronunciaba mi nombre.

Sin cortar la conversación de mi acompañante, agucé el oído para no perder ni una palabra de lo que se decía. Las paredes acartonadas de las casas japonesas, dejaron que el sonido atravesase nítido a través de ellas:

—Cuando termine de hablar —se oía decir— pueden hacerle todas las preguntas que juzguen convenientes. No ha puesto ningún límite a eso. Pero recomiendo encarecidamente a todos que usen una delicadeza extremada. No adopten tono de polémica, ni descuiden en lo más mínimo la cortesía que le debemos por ser nuestro huésped.

Desde aquí reconozco públicamente que le agradecí aquella delicadeza. Cierto era que no había puesto coto a las preguntas que quisieran hacer, ni en calidad ni en número. Pero siempre era más agrada-

ble saber de antemano que se hablaba a un público decidido a obrar caballerosamente.

Toqué todos los puntos esenciales de la religión y para ello no me quedó más remedio que atacar a fondo, aunque con delicadeza, las creencias religiosas que ellos profesaban. No empleé el tono agresivo del polemista, antes al contrario, como sabía que deseaban ver cómo enseñábamos los católicos tuve mis charlas como si ellos fueran mis catecúmenos. Y así, fui entreverando preguntas y respuestas que en su concatenación iban arrollando todas las falsedades que se cruzan en el camino de la vida moral.

Al fin de cada una de mis charlas me preguntaban respetuosamente las dudas que mis explicaciones les suscitaban. Siempre lo hicieron cumpliendo la orden recibida de ser corteses, y no hubo un solo caso en que se extralimitasen. Hasta tal grado acentuaron esta delicadeza que jamás volvió a insistir ninguno en una respuesta dada a sus preguntas, siendo yo el primero en saber lo difíciles que son de entender y las grandes controversias que suscitan hasta entre los autores católicos que se mueven en el mismo campo.

El terrible problema de la predestinación era de los más candentes. Preguntaban acerca de él, mirándole por los cuatro costados, y la pregunta que dejaba uno por hacer la recogía el siguiente de una forma clara, nítida, que presuponía ciertos conocimientos filosóficos.

En muchos de ellos se adivinaba, velado en la indiferencia aparente de su misma interrogante, el temor a tener un lugar prefijado de tormentos en la eternidad, del que en ningún caso se podrían librar, o la idea de que todo el sacrificio de su ascetismo era inútil si estaban destinados a una felicidad que con sus actos voluntarios, aunque fuesen decididamente perversos, de ninguna manera podían perder.

Es decir, que apuntaban clara la idea del problema: inutilidad del esfuerzo personal ante una salvación o condenación que ya estaba decidida por Dios, mucho antes de nuestro nacimiento.

Y bordeando este problema apasionante, rozaron el problema de la libertad del alma humana y de la Justicia de Dios, que a veces parece oponerse a su misericordia.

El problema del mal fué también largamente discutido. En sus preguntas parecía dominar una angustia psicológica, la de una experiencia vívida, la que todos llevamos dentro, y la que más nos interesa porque es la que fuera del mundo abstracto de la teoría, nos hace en la vida felices o desgraciados.

Si Dios es bueno, ¿por qué deja que el demonio nos tiene tan atrozmente? ¿Por qué nos pone en camino tan áspero para llegar al cielo? ¿Por qué nos crea con una tendencia tan clara al mal, que a pesar de conocer la ley, la mayor parte de los hombres descarrila en su vida religiosa?

Y tanto circunscribían a veces las preguntas que parecía más que una disputa filosófica, un grito del alma que pide solución.

San Francisco Javier hablando de los bonzos de su tiempo, viene a llamarlos demonios, tanto por la mala voluntad que manifiestan como por su vida llena de los pecados más vergonzosos.

Cuando delante de aquellos 500 hombres, recordaba yo sus palabras, pensaba que actualmente tal vez tengan también mucho de verdaderas, pero sentía el convencimiento pleno de que en medio de mucha ignorancia —tal vez como factor dominante—, había muchas y muy fuertes llamaradas de buena voluntad.

¿Han mejorado desde entonces?.

Tal vez. Eso solamente Dios puede saberlo.

Era evidente que un buen grupo de ellos seguía mis explicaciones y las respuestas, a todo lo que proponían, con un interés que se reflejaba en su postura y en la tensión de sus rasgos faciales.

Tal vez fuese admiración tan sólo, por la seguridad que nos da nuestra filosofía apoyada sobre la base inconmovible de la verdad, cuya certeza muchas veces nos consta, de una manera muy superior por la Teología.

Esta segunda ciencia no nos puede prestar sus argumentos para probar las tesis en un campo meramente natural, pero nos alienta extraordinariamente hasta encontrar, sin desfallecimiento, la verdad que ella en su campo nos asegura existe.

Pero me parece que había en alguno de aquellos bonzos mucho más que admiración por una doctrina filosófica abstracta. Era un interés vital que al tocar los puntos del mundo superterráneo se convertía en verdadera nostalgia de Dios.

En primera fila estaba sentado un joven de unos 28 años. Seguía la argumentación con interés tan manifiesto que desde el principio tuve ganas de establecer contacto con él.

Cuando me despedí de ellos después de la última charla, no había logrado verle en privado. No sabía su nombre. No había manifestado deseos especiales de verme. No tenía ninguna excusa para llamarme. Era tan sólo la corazonada de que sentía muy hondo el problema de Dios y de su alma.

Llegué a la estación y empecé a dar vueltas por el andén. Miré el reloj y faltaban todavía unos minutos.

Con una profunda reverencia de saludo oriental se me acercó uno de mis oyentes de aquellos días, que retornaba a su monasterio. Le devolví la profunda inclinación, y al erguirme y quedar frente a frente... vi que era el bonzo que me escuchaba tan atento des-

de la primera fila. Era Dios que quiso darle una ocasión de que hablásemos más a fondo. En su mano estaría el decir la última palabra.

No tardamos mucho en entrar en la materia que ambos deseábamos. Casi exabrupto, confiando en en que las largas charlas de la boncería eran una especie de introducción le pregunté con interés:

—¿Está Ud. contento con lo que les ofrece su Budismo para esta y la otra vida?

Me miró un momento con ojos de sinceridad y me dió una respuesta que esperaba llegase hasta sus labios:

—Cuando menos, yo no estoy contento. Y creo que los demás tampoco.

—¿Se creen depositarios de la verdad?

Era una pregunta de más audacia, pero que también fué respondida:

—Creo que no la poseemos. Precisamente ahora estoy estudiando el problema a fondo para hacer mi tesis doctoral, ý después de analizar todo lo que da de sí nuestra doctrina, en lo referente a los grandes problemas morales que ha tratado en las charlas de estos días, doy siempre la respuesta y la solución católica.

Entonces, si cree Ud. que nosotros tenemos la verdad, ¿admite también que Jesucristo sea Dios?

En este punto se mostró mucho más escéptico. No negó, pero tampoco se atrevió a afirmar nada. Tuvo un pequeño encogimiento de hombros y mirando por la ventanilla el paisaje que volaba fuera, me respondió:

Tal vez sea Dios, no lo sé. Para ustedes quizá sea claro. Para nosotros no, porque pensamos con argumentos que no son los suyos.

Y esa diferencia de lógica que palpamos tantas veces los misioneros, pero que con tanta dificultad lle-

gamos a saber en qué consiste, se volvió a cruzar una vez más entre la gracia de Dios y un alma que ha nacido para recibirla.

Nos separamos y cada cual se dirigió hacia su destino. Cuando me quedé solo no puede menos de reflexionar largamente sobre sus palabras.

Entre las muchas verdades que todos los días vivimos, tal vez ninguna sea más cierta que la resumida por San Agustín en esta sola frase: "Señor, nos creaste para Ti e inquieto estará nuestro corazón hasta que descanse en Ti". "Creasti nos ad Te, et inquietum est cor nostrum donec requiescat in Te".

No hay duda. Nuestro corazón no quiere ser tierra de nadie, territorio libre, dominio sin señor .Siente la necesidad vital, imperiosa, de darse a alguien infinitamente más grande que él. Siente la atracción de ese ser infinito sin principio ni fin, cuya existencia adivina hasta el último pagano en medio de su idolatría, y el más violento de los ateos que hace su profesión de fe en las filas de los sin Dios.

El mismo desventurado filósofo del Super-hombre, Nietzsche, confiesa en uno de sus pocos momentos de sinceridad: "Jamás he encontrado realmente "Gottlose" es decir, hombres sin Dios; pero en cambio, muchas Ruhelose, es decir, hombres sin paz, corazones sin sosiego.

Entre aquellos bonzos que me habían estado escuchando ¡cuántos habría que sin confesarlo paladinamente sentirían la vaciedad de sus doctrinas y la inquietud que produce el culto consciente a lo que no es verdad!

Pasaron un par de meses. Un día me anunciaron que cuatro señores deseaban verme. Bajé a la sala de visitas y me encontré a cuatro bonzos, uno de los cuales era el que tan paladinas confesiones me había hecho sobre sus creencias.

Hablamos mucho hasta que uno de ellos se decidió a entrar en materia. Aquella visita tan protocolaria tenía que encerrar algún fin determinado. Pero nunca pude pensar que me lo iban a exponer después de tantos rodeos, y al mismo tiempo tan de repente.

—¿Sabe Ud. lo que nos sucede?

Debí poner una cara que indicaba la más absoluta ignorancia, porque sin que hiciese el menor comentario ni diese ninguna clase de respuesta, me dijo el que llevaba la voz cantante de la comisión:

—Nos hemos convencido de que el Budismo es una religión falsa.

Tal vez excesiva crudeza, asentí con la cabeza al tiempo que decía:

—Sí, están en lo cierto. Tiene algunos valores positivos pero en el fondo no es más que un panteísmo completamente equivocado.

Al terminar de decir esto temí haber herido su susceptibilidad, porque aunque todos reconocemos muchas veces nuestros propios defectos, nos molesta que a renglón seguido alguien asienta a lo que terminamos de decir.

Con frecuencia nuestra humildad llega hasta el insulto propio, pero rara vez hasta resignarlos indiferentemente al ajeno.

Con todo, en aquella ocasión no sucedió así. No dieron mayor importancia a mis palabras y siguieron hablando por el carril en que se movían sus ideas y sus planes.

—Queremos organizar un budismo que sea una especie de rama reformada y para eso nos gustaría conocer la organización externa de la Iglesia Católica, desde el Sumo Pontífice de Roma, hasta el último de sus dignatarios.

Me quedé pensativo, porque no esperaba esta salida. Con todo, reaccionando pronto les contesté:

—¿No creen que toda la vitalidad y todo el valor de la Iglesia Católica radica en su fondo, mucho más que en su forma?

—Probablemente — respondió uno de ellos—. Forma sin fondo, acaba por derrumbarse.

—Así es. De modo que tengan en cuenta que si cogen la forma católica que es algo occidental, para revestir con ella un fondo que ya han reconocido como falso, el conjunto está fatalmente condenado a hundirse.

—¿Entonces...?

Y dejaron en suspenso su interrogante.

—Mejor sería que sin preocuparse demasiado de insignificantes superficialidades, cogiesen la esencia del catolicismo. Lo que tiene de verdad y lo que, por tanto, es inmutable.

—¿Esa ideología, podría dárnosla Ud. mismo?

—Encantado.

Y pasamos a discutir el modo y el tiempo de hacerlo.

No resultaba fácil. Vivían muy lejos. Se encontraban en distintos templos; no les unía más que un deseo sincero de verdad —como me dijeron más tarde—, y el sentirse víctimas perseguidas de los otros bonzos que había adivinado sus deseos reformadores.

—Sufrimos mucho. Nos tratan mal. Nos persiguen, —me indicaron en aquella memorable charla.

Y tenía que ser así. Buscaban el reino de Dios y de la verdad y les perseguían en el nombre de Cristo a que se dirigían sin conocerle.

Después de hacer y deshacer mil planes llegamos a un acuerdo. Vendrían a casa a pasar tres días, para que les diese una especie de Ejercicios Ignacianos adaptados a su estado de ánimo.

—¿Cuánto tendremos que pagar?

—Nada; yo les invito.

Y con eso quedó amistosamente zanjado el asunto.

Llegó la fecha indicada y se me presentaron dos de los cuatro bonzos. Habían pensado venir seis, pero los otros cuatro estaban ocupados por aquellos días. Por eso en nombre de todos venían ellos para hacerme la siguiente propuesta: o reunirse los seis, pasados un par de meses, en que tendrían más tiempo para ello, o prescindir de los cuatro que estaban ocupados y hacer los Ejercicios los dos que estaban libres.

Pensé un momento y di un resbalón que me llevó al fracaso. Imprudencia o falta de visión. El caso es que en lugar de dar el triduo a los dos que se me ofrecían entonces, me pareció mejor esperar las ocho semanas que proponían para dárselos a los seis. Se me olvidó el viejo refrán español: "más vale pájaro en mano, que ciento volando". Y por coger a los seis que veía en mis sueños como posibles, dejé escapar a los dos que tenía tan bien dispuestos y me quedé sin ninguno. Ya no volvieron más.

¿Qué pasó? No lo he sabido nunca. Conociendo las debilidades y las claudicaciones de la naturaleza humana, no me extraña que unos pobres perseguidos hubiesen flaqueado en sus propósitos. ¡Es tanto lo que se juegan! Viven de su profesión de bonzo y si se convierten lo pierden todo. Y en el momento supremo de las decisiones heroicas, no se atreven a ganar a Dios al precio de la fama, del dinero, y de la persecución que contra sí mismos se levanta.

Sin embargo, ¡cuánto bien se podría hacer entre estas almas bien dispuestas si hubiera operarios! Estoy seguro de que si alguien hubiese mantenido contacto con ellos, cuando menos alguno habría entrado en el redil de Pedro. Pero eso era imposible. Vivían lejos. Y somos pocos los misioneros y muchos los misionados de cada iglesia naciente.

Algunos de ellos, ¡quién lo duda!, tienen mucha culpa y mucha responsabilidad en la cobardía que les aleja de Dios. Pero no nos olvidemos de la parte que en ella tienen esas almas de otros continentes, que habiendo oído la voz del Señor que les dice: "Te esperan allí", se han hecho sordas a su llamamiento.

No gravemos con todo el pecado de su incredulidad a los que no se convierten, reservémonos la parte que les corresponde a los que no les quieren convertir.

Sin embargo, como contraste consolador para el misionero, que le hace olvidar sus propias deficiencias apostólicas y las debilidades paganas en los demás, está la fuerza indomable de esas almas que ven a Dios a distancia y rompen con todo hasta llegar a El.

EN UN NOVICIADO BUDISTA

La formación de los novicios me ha producido muchos quebraderos de cabeza. Como extranjero, me encuentro en muchas cosas sumamente lejos de su psicología. Y sin embargo, si quiero hacer una labor aficaz, tengo que salvar esos abismos a toda costa.

Dando vueltas a esta idea, que nunca me abandona, me di cuenta casi desde el principio, que una de las corrientes espirituales que más influencia ha tenido en la formación de la cultura y del alma japonesa ha sido el Zen-Budismo.

Sabiendo que, cerca de Hiroshima, vivía un famoso bonzo, procuré ponerme en contacto con él, pero mis esfuerzos resultaron infructuosos. En cambio, gracias a las orientaciones que medió el P. Lasalle, aprovechando un viaje que hice a Tsuwano, tuve ocasión de visitar el famoso templo, y al mismo tiem-

po noviciado del Zen. Uno y otro se llamaban Eimeiji.

Pregunté por el Maestro de Novicios, y al poco rato apareció un hombre de unos 60 ó 65 años, de aspecto ascético y sumamente fino. Era uno de esos bonzos de pura cepa que con su solo aspecto honraba su casta.

„Me enseñó el templo prodigando las explicaciones con amabilidad. A continuación recorrimos el Noviciado. Por todas partes podía apreciarse una pulcritud impecable y ese brillo mate característicamente japonés.

Era pobre, sencillo y muy austero, pero elegantísimo.

Cuando yo les hice la visita estábamos a mitad del invierno. La temperatura era muy baja, el frío muy intenso, y como el monasterio estaba metido entre montes, ni un rayo de sol lo templaba en los días claros.

Entramos en la sala en la que los novicios estaban haciendo su "Zazen" (meditación). Sentados en el suelo y verticales como si estuviesen enyesados, se hallaban orientados hacia la pared, dando todos la espalda hacia el pasillo. Por el centro, en inspección rígida, de la que nadie podía verse libre, se paseaba un bonzo con un grueso bastón de caña de unos setenta centímetros de longitud.

Su inmovilidad resultaba impresionante.

A media voz, procurando que mi murmullo no pudiese turbar el sosegado recogimiento de los orantes que nos veían, le pregunté:

—La postura que tienen todos igual ¿es obligatoria?

—Sı. Fíjese bien. Han de cruzar las piernas a modo que el pie izquierdo descanse sobre el muslo derecho, y el pie derecho lo haga sobre el muslo izquierdo. La espalda debe mantenerse recta y verti-

cal, como si la dirección estuviese trazada con la plomada. Y las manos unidas delante, y descansando encima de las piernas cruzadas, de modo que los pulgares queden unidos.

—¿Y están así todo el tiempo, sin moverse nada?

—Sí. En caso de que alguno lo haga para tomar una postura más cómoda, o porque el sueño le obligue a cabecear, el del bastón le descarga un golpe en el hombro, que de nuevo le pone en guardia.

Sentí ganas de preguntarle: ¿Y da fuerte?, pero no me atreví a hacerlo. Por otra parte no me fué necesario, porque me dijo sonriendo:

—No puede Ud. figurarse la de bastones como ese que se han roto ya en esta sala...

Nos quedamos un momento en silencio mientras que yo pensaba en lo agradecido que debían estar mis novicios por no haber implantado esta costumbre en nuestro noviciado, para ayudarles a hacer la meditación.

En vista de que no nos movíamos de allí, le seguí preguntando:

—¿Cómo hacen la meditación? ¿Cuál es la esencia de la misma?

—El espíritu debe estar en completa inactividad, —me contestó—, sin pensar en nada. Todo pensamiento es un estorbo para llegar a la Iluminación (Satori). De ahí que tanto la imaginación como la inteligencia deben estar en absoluto reposo. El esfuerzo, pues, está en no pensar. O mejor dicho, ni pensar ni hacer esfuerzo. Tiene que ser un estar sin lucha, sin violencia, sin extorsión. Y así una hora u hora y media. Cuando tenemos "Zazen especial" estamos siete u ocho horas sumidos en esta meditación.

—¿Y el "Satori" (iluminación) en qué consiste y cómo se llega a él?

—Esta iluminación —continuó explicándome— es algo muy especial: consiste en un conocimiento intuitivo de las cosas. De ordinario se explica como una intuición de la esencia de las mismas. En realidad se trata de algo indescriptible: solmente el que lo experimenta sabe lo que es.

—Y los efectos de esa iluminación ¿cuáles son? —seguí preguntando para penetrar cuanto pudiese en la filosofía budista.

—Algo magnífico. Por ella se comunica al sujeto una libertad del alma y un dominio total sobre sí mismo y sobre todas las situaciones de la vida. Se deja de ser un esclavo de las circunstancias exteriores y de las pasiones internas, para remontarse en alas del señorío sobre todo lo que puede turbar al alma mientras peregrina en esta vida.

—¿Y se tarda mucho en llegar a la adquisición de la iluminación?

—Oh sí. ¡Muchísimo! Tienen que pasar años, se tienen que hacer mil tanteos y experiencias, y hay que estar incontables horas en meditación para lograr el espíritu de la iluminación.

—¿Llegan todos a él?

—Todos... no. Afirmar eso sería faltar a la verdad. Tan sólo las almas selectas que saben luchar siempre con vigor, pueden posesionarse, o tal vez mejor, ser posesionadas por ese espíritu. Pero aun los que parecen quedarse a mitad del camino no pierden el tiempo. Sin tener la perfección absoluta, llegan a un dominio y a una paz interna y externa que no puede pagarse con dinero.

Debí poner cara de no comprender bien todas sus largas e interesantes explicaciones, porque, con esa sonrisa simpática y benévola que ya había visto varias veces en sus labios, me dijo a continuación:

—No le admire no entender bien todo lo que oiga. El Zen odia las palabras, los raciocinios y las expli-

caciones verbales. La lengua con sus sonidos externos, no hace más que engañarnos, desfigurando la esencia de las cosas. Nuestro mundo interno debe prescindir, con precisión total y absoluta, del mundo exterior de las palabras para regirse con la luz de las experiencias íntimas. Hay veces que guardamos demasiado consideración con las palabras y las ideas, y al hacer eso, nos olvidamos que la realidad espiritual de la iluminación no se consigue más que por la sucesión progresiva y anudada de experiencias anímicas. El Zen quiere y busca la experiencia de la Gran Realidad. Aspira a penetrar en la vida, no por vía de explicaciones, o meros conceptos adquiridos leyendo, o escuchando, sino por el procedimiento que ya le he indicado, de las experiencias.

—Pero, —le repliqué—, ese conocimiento de las cosas cree Ud. que no debe ser adquirido por un raciocinio que complemente las experiencias sin excluirlas.

Mientras me pasaba a otra sala, para no molestar a los novicios que oraban me respondió:

—Me parece que no. Y la razón es la siguiente: La verdadera iluminación nunca se logra por vía auditiva o de raciocinio. Le voy a decir una comparación muy usada entre nosotros. En un desierto en que no había ni fuentes ni pozos, caminaba un peregrino sediento en dirección oeste-este.

A mitad de su trayecto se encontró con un viajero que iba en dirección contraria.

—Estoy terriblemente sediento. ¿Dónde podré encontrar agua —preguntó el peregrino.

—Andando hacia el este se encontrará con un camino que se bifurca. Siga por la derecha y pronto encontrará un oasis con árboles y agua —le contestó el viajero.

Este es el ejemplo escueto, me aclaró el bonzo. Ahora viene la explicación que hacemos nosotros al

explicar la doctrina de la iluminación. ¿Cree Ud. que por haber oído dónde se encontraba el agua se habría calmado la sed del peregrino?

Esa es nuestra manera de pensar, —prosiguió—. Sin experiencia no se puede entender la realidad de la esencia de las cosas. El desierto representa el nacimiento y la muerte. El hombre que viene de occidente son todos los fenómenos sensibles: el calor, las formas de confusión, la sed, nuestras pasiones y apetitos. El viajero de oriente es el hombre iluminado que, prescindiendo de todo conocimiento, ha bebido por experiencia en la esencia de las cosas. El apagar la sed es la realización de esa experiencia que se obtiene en la iluminación.

—¿Y qué es lo que se consigue con esa experiencia de la esencia de las cosas? —le pregunté.

—Llegar a la última verdad interna, que está muy por encima de todas las explicaciones verbales y los procesos de raciocinio. Por eso leemos en nuestros "o-kyoo" (libros sagrados): "La última verdad es la misma mente, libre de toda clase de formas, tanto internas como externas".

Y tomando un aire profundamente meditativo, añadió:

—Según el Zen-Budismo, la antítesis, "A" y "No-A" es, en el mundo de nuestra ignorancia, la última razón de nuestra existencia. El querer pensar y esclavizarnos a la reflexión es meternos en el torbellino del nacimiento y de la muerte. Y mientras estemos envueltos en su vorágine, es imposible emanciparse y llegar a la iluminación.

—Pero ¿no podría decirme en qué consiste el fundamento de esta ideología tan interesante y tan distinta de la nuestra? —le urgí en mi deseo de entender cuanto me fuera posible este mundo budista que ante mí estaba descorriendo.

—Oh no... Un día un discípulo preguntó a Dogo (famoso maestro budista): "¿Cuál es el fundamento del Budismo?". Como puede Ud. ver se trata de una pregunta parecidísima a la suya.

Dogo no contestó. Llamó a otro discípulo, y reposadamente le mandó que llenase la jarra de agua. Momentos después, volviéndose hacia el primer discípulo le dijo: "¿Qué me has preguntado hace un momento?" El interpelado volvió a repetir la pregunta. Entonces el maestro Dogo se levantó y se marchó.

Con este modo de proceder que a Uds. les parecerá tan extraño, —creo que esta explicación se debió al gesto que hice— quiso Dogo mostrarle que las palabras, explicaciones, etc., no sirven sino para engañarnos, pensando que vamos entendiendo cuando en realidad no hemos hecho sino complicar lo que en sí era sencillo.

Los lectores coincidirán conmigo en que el ejemplo del maestro Dogo no resulta claro para nuestra mentalidad. Con todo, buscando una benigna interpretación a su conducta, deducimos que le pareció tan fuera de lugar la pregunta de su discípulo, cuando mil veces le había ya explicado que la esencia del budismo es indescriptible por medio de palabras, que no encontró una respuesta más aceptable que el silencio. ¿Y el jarro de agua? Es verdad que no se ve claramente el lugar que ocupa, pero podemos considerarlo como un inciso plástico que interpuso entre la pregunta del discípulo y la que él le hizo, para darle tiempo a que se arrepintiese de haberla hecho, y reflexionando en su error, no la repitiese. Por eso en vista de que insitía, el maestro Dogo se retiró negándose a explicar lo inexplicable.

En vista de que aquella interesante conversación se había prolongado excesivamente y se había hecho tarde, me levanté para despedirme. Pero mi huésped sin moverse, me obligó a sentarme de nuevo y,

con exquisita amabilidad, me ofreció el "lunch" que en aquel mismo momento traía un novicio.

Era sencillo, pero admirablemente preparado: arroz y unos platillos diminutos con diversas clases de legumbres, algas, etc... todo en cantidades homeopáticas. Comimos en el más absoluto silencio, interrumpido tan sólo por los rítmicos sorbos del té.

Debo reconocer que el silencio lo guardamos gracias a él. Yo intenté varias veces entablar conversación, pero sus respuestas eran siempre monosílabos:

"Ah", "Um", "Soo", "Aa"...

Luego me explicó la razón de ello.

Al terminar, según uso del país, alabé la comida con una frase que ya está consagrada para eso: "Gochisoo sama deshita" (esto ha sido un banquete).

Entonces me dijo cómo para ellos la preparación de los manjares es un punto de gran importancia. Hace ya mil años que el célebre bonzo Dogo escribió un tratado sobre el espíritu con que se debe preparar y tomar la comida. De ahí el porqué de su silencio cuando yo le hablaba. No podía prestar atención a mis palabras; siguiendo las indicaciones del afamado maestro, tenía que ver en cada grano de arroz un como resumen y símbolo de todo el universo. Para poder hacer esto sin perturbaciones y concentradamente, era necesario revestir la comida de toda solemnidad y respeto.

Ya de sobremesa toqué con interés el punto de la formación de los novicios. Como precisamente les había encontrado meditando, ese fué el principio de mis preguntas.

—¿No le parece que ese continuo no pensar en nada puede traer grandes peligros? —le dije.

—Sí, y no —fué su respuesta—. Según como lo hagan y qué dirección se les dé. Desde luego una abnegación total de todo pensamiento, a la larga, les

hundiría en un estado de sopor y de imbecilidad que casi les equipararía a seres anormales. Pero eso entrañaría una aberración que está muy lejos del espíritu budista.

En esa abnegación de todo pensamiento, no hay que perder de vista, de una manera que no turbe al espíritu, lo que pueda hacer felices a los demás, y lo que en nuestro trato con ellos pide comprensiva compasión. Esta es la parte que podríamos llamar activa, de la contemplación. La dificultad está en conjugar ambos factores en equilibrio perfecto de manera que ni la falta de toda actividad conduzca al embotamiento, ni el exceso de ella origine un disgusto.

La doble idea de cesación y actividad no es contradictoria, sino complementaria. Si falta uno de los dos aspectos, es imposible llegar a la perfección. Si entre ellos se rompe el equilibrio tampoco es posible la adquisición de la sabiduría. Cuando el fiel de la balanza permanezca inalterablemente entre los dos, se habrá llegado a la meta ansiada.

Resuelta esta primera dificultad teórica, pasé a la segunda.

—Supuesta la meditación, —le dije— ¿qué medios se han de tomar para llegar al "Satori".

—Todos pueden compendiarse en tres: el primero consiste en reglas prácticas de conducta; el segundo estriba en la concentración intelectual, y el tercero se reduce a la sabiduría.

Todo el mundo, los ascetas como cualquier creyente, debe seguir una serie de preceptos que regulen su buena conducta. Debe controlar lo mismo su cuerpo que sus facultades mentales, y para ello debe guardar cuidadosamente las puertas de los cinco sentidos. Debe temer los más insignificantes olvidos y continuamente debe estar imbuído de un deseo incesante de hacer obras buenas.

Sus palabras no siempre me resultaban claras, por eso le pregunté:

—¿Qué se entiende por concentración intelectual?

—¡Oh, muy sencillo! No se trata más que de no apegarse a los pensamientos y deseos que continuamente se despiertan en el alma, sobre todo en los principios, y al mismo tiempo procurar que en lo sucesivo reine en el alma una paz libre de nuevos pensamientos y deseos que deben quedar totalmente controlados.

—Y la sabiduría de que ha hablado antes, ¿qué es?

—Comprender y aceptar lo que llamamos las Cuatro Verdades Nobles: conocer el sufrimiento, y su naturaleza; conocer la fuente del sufrimiento; conocer el fin del sufrimiento; y conocer el camino que conduce a su fin. Solamente los que llegan a este cuádruple conocimiento pueden llamarse discípulos de Buda. Los demás no.

Figúrese Ud. que un asno fuese siguiendo a una manada de vacas, al mismo tiempo que gritaba: "Mirad, yo también soy una vaca". ¿Le creería alguien? La misma estudipez cometería el hombre que, sin seguir estos tres métodos, por el mero hecho de estar entre los discípulos de Buda, se quisiera considerar, y así lo pregonase, como uno de ellos.

—Muy dura me parece que es la lucha que exige esta doctrina. ¿No le parece que hay peligro de un rápido agotamiento nervioso por parte de los que la practiquen?

Volvió a sonreírse con la misma beatífica expresión de tantas veces:

—Siempre estamos en lo mismo. Depende de cómo se haga. La práctica de la iluminación es lo mismo que tocar el arpa. Es imposible llegar al "satori" si se deja llevar uno por la pereza, pero tampoco se alcanza ese objetivo con una tensión violenta. Los

dedos que tocan el arpa, y la mente que busca la iluminación, tiene que ser ágiles, atentos y vivos, pero sin una concentración excesiva que rompería las cuerdas del arpa... y del alma.

—En la práctica, es decir, en la vida ordinaria, ¿por qué camino se llega a la iluminación?

—Por seis, —me respondió.

Y ante el temor de olvidar cosa tan interesante, mostré deseos de tomar algunas notas. El, complaciente, se dispuso a dictarme.

—Por seis. Todos ellos conducen a la ribera de la iluminación. Son el camino de la Caridad, el de la Conducta Recta, el del Sufrimiento, el del Esfuerzo, el de la Concentración Intelectual, y el de la Sabiduría. Siguiendo estos caminos se puede pasar sin temor a errar, de la orilla del Engaño a la de la Iluminación.

La Caridad nos libra del egoísmo; la Conducta Recta, nos hace respetar los derechos ajenos; el Sufrimiento nos hace controlar el temor y el enfado; el Esfuerzo nos mantiene en tensión de diligencia y fidelidad; la Concentración nos hace señores de nuestra imaginación; la Sabiduría cambia las sombras en luz diáfana.

La Caridad y la Conducta Recta, son como los fundamentos del gran Castillo. El Sufrimiento y la Fidelidad, son los muros roqueros que nos defienden de todos los enemigos exteriores. La Concentración y la Sabiduría son la armadura personal que nos protege de las asechanzas de la vida y de la muerte.

Al verle exponer estas ideas con toda sinceridad, no dejé de admirarme de su hondo sentido moral. Cualquiera de estos seis caminos, y mucho más todos ellos combinados, podría llevar a un cristiano a las más altas cumbres de la perfección si les pusiese un sólido cimiento ascético y de fe.

Es verdad que el budismo, como todas las religiones falsas, tiene muchos errores; pero hay que reconocer también que entre ellos brillan nítidamente llamaradas de la Ley Natural que su fundador recogió y seleccionó después de un profundo análisis de su propia alma que le iba enseñando el camino de la verdad.

Caridad... buena conducta... esfuerzo y lucha... ¡Parece que es nuestra propia doctrina de amor y abnegaciones!

—¿Cuáles son las principales dificultades que se encuentran a su paso los auténticos discípulos budistas? —le pregunté para terminar. Sentía curiosidad por conocer su respuesta a este punto, ya que un ascenso tan difícil como el que pretendían, sin la ayuda sobrenatural de la gracia, tenía que tropezarse con obstáculos sin cuento. Se quedó un momento pensativo, y por fin me contestó escogiendo los pricipales.

—Podríamos reducirlas todas a dos. Una es lanzarse voluntariamente al sacrificio activo. La otra, permanecer impasible ante el dolor pasivo. Ambas deben salvarse para llegar a la iluminación.

Ser generoso siempre en todo y con todos, seguir un camino de renuncias voluntarias, abandonar bienes y riquezas para pisar la senda dura de los pobres, sacrificarse por sistema, consagrarse asiduamente a estudios difíciles, que por su mucha profundidad resulten costosos... Todo esto exige del discípulo de Buda una fuerza de voluntad dinámica constante. Con resistencias pasivas al sufrimiento no se hace eso, porque en todos los casos indicados, el dolor es una consecuencia de un acto libre que lo origina no como un fin, pero sí como un medio para una meta suprema que colma todas las aspiraciones.

En el otro grupo de dificultades, es decir en el de aquellas en que ha de tomarse una posición pasiva de costosa resistencia, podemos apiñar los esfuerzos

por contenerse puros frente a los instintos de la carne, la lucha por desechar las tentaciones imprevistas, el control interior para no ensoberbecerse en el triunfo ni aplanarse demasiado en el fracaso, el intento continuado de comprender a los demás, perdonando sus defectos que tantas veces nos molestan, y reconocer en su justo valor cuanto de bueno tienen.

Como ve Ud., esta doctrina puede ampliarse mucho más, pero en resumen estos son los puntos esenciales.

Al terminar de hacerme esta explicación me levanté para marcharme. Era ya muy tarde. Cuando salí de la puerta del noviciado y me despidió desde allí el maestro de novicios, iba francamente impresionado.

Nunca hubiera creído que los budistas hiciesen un esfuerzo tan terrible para encontrar lo que ellos creen ser la verdad. Austeridad, penitencia, meditación, en condiciones durísimas... todo ello en un camino equivocado que no les podía conducir a la verdad.

Sin apenas darme cuenta de lo que hacía, me encontré rezando: "Señor, ten misericordia de ellos. Mira su esfuerzo y su buena voluntad. Perdónales sus pecados que encierran más debilidad que malicia... y envíales a quien les ponga junto a la Cruz de tu Mesías, de tu Cristo, de tu Redentor..."

LOS UNIVERSITARIOS

Merecen capítulo aparte tanto por su número, que en Japón es asombroso, —en 1938 era de trece millones—, como porque forman ese bloque compacto en que la alegría de la vida y la esperanza del futuro campean con derecho propio. Románticos, con ese romanticismo sano de toda juventud, viven intensamente esa vida que muchos hemos dejado ya atrás como un grato recuerdo del pasado.

En Japón hablar de los estudiantes es hablar de la juventud entera, global, porque es una nación en la que todo el mundo estudia. A los 18 años sienten los muchachos una necesidad imperiosa de ir a la Universidad.

Después de un esfuerzo tan enorme como el que supone entrar en una Universidad que no recibe sino el 20% de los que se presentan, se encuentran con que sus estudios no son una solución de su porvenir. Después de estar varios años en la Universidad, como el número de graduados en sus aulas es el doble o el triple de los pueblos viables de la nación, casi la midad de ellos se encuentran con que tienen que dedicar su vida a trabajos completamente inconexos con su carrera. Sin llegar a serles una carga molesta, les resulta perfectamente inútil.

Son muchos los que después de sacar pomposamente el título, se colocan en cualquier oficina o se dedican al comercio. ¡Cuántos graduados de Universidad vi, incluso en Sudamérica, conduciendo coches! Como es natural ninguno lo hace por su gusto, pero es tan dura la lucha del más fuerte para poder ejercer la carrera, que todas las medianías quedan automáticamente eliminadas.

Todavía no se ha extinguido la fiebre que se extendió hace 50 años en el Japón de asimilarse todo lo extranjero. Se abrieron al mundo, pero se convencieron pronto de que para ponerse en cabeza necesitaban estudios sistemáticos que formasen técnicos de primer orden. Con eso las universidades recibieron un impulso inaudito, y la cultura, que era privilegio de unos pocos, se desbordó en una riada asombrosa sobre la multitud. Desde entonces todos estudian y todos quieren saber. Las posibilidades para el futuro se determinan de un modo ineludible por el grado de reputación del grado docente en que cursaron sus estudios.

Los estudiantes, en su mayor parte, son pobres. De los que cursan en la universidad de Tokyo, más de un 70% tiene que trabajar para vivir. Esto puede darnos idea del esfuerzo continuo a que les somete su amor al estudio.

En otra nación cualquiera, a ese precio habría muy pocos muchachos que estudiasen. Sin embargo, en Japón lo sacrifican todo a esa ansia febril que les inspiran los libros. Es verdadero magnetismo. Claro que decir que los estudiantes japoneses andan mal de dinero no es decir nada nuevo, pues igual suele suceder con los estudiantes de casi todo el mundo; pero con todo, hay que reconocer que en Japón, sobre todo en la postguerra, el problema reviste proporciones que podríamos calificar de alarmantes. Son muchos los que tienen que abandonar la carrera sin poder concluirla. Los estudios japoneses son alegres, pero las manifestaciones externas de esa alegría no son como en otros países; ríen y charlan indefinidamente, fumando y bebiendo tazas de té, dándose bromas, pero todo ello sin subir el tono de voz, sin perder en lo más mínimo su compostura.

Eso mientras la fiesta se haga con té, que podríamos decir que es la bebida nacional. En cambio, si entra el alcohol por medio, todo está perdido. Como caso curioso que hará sonreir a cualquier muchacho occidental quiero indicar el siguiente:

Recibí en cierta ocasión dos botellas de vino generoso español. Todo el mundo lo conoce. Bueno y fuerte, pero del que se pueden aguantar varias copas permaneciendo impertérrito.

Aprovechando que tenía una reunión con una docena de estudiantes, descorché una de ellas y bebieron una ronda en las diminutas copas que ellos utilizan para el "sake" (vino de arroz), equivalente a las nuestras pequeñas de licor. Al catarlo, se les animaron los ojillos.

Volvieron a beber de nuevo, y al darme las gracias, subieron ya un poquillo el tono de voz.

Llené por tercera vez las copas y los muchachos comenzaron a hablar en diagonal con el que tenían más lejos. Como todos hacían lo mismo, sus gritos se agudizaron hasta el último tono del diapasón.

Les ofrecí la cuarta vuelta, para concluir la botella... y tuve que esconder la otra, que pensaba abrir, para evitar que alguno de ellos viese dos padres Arrupe donde tan sólo había uno.

Una botella y diez muchachos y los efectos de esos para los que ya hace falta tomar precauciones.

Cuando concluyó la fiesta de aquella tarde, se fueron retirando todos. Tan sólo quedaron conmigo dos amigos íntimos, que eran compañeros de universidad y de milicia, que nunca se separaban.

Uno de ellos era católico y el otro pagano. Tal vez cuando más habían intimado fué durante la guerra, en que ambos sirvieron en el mismo cuerpo de paracaidistas.

No sé cómo cayó la conversación sobre este tema, todavía tan candente, y sumamente interesado les pregunté:

—¿Hay muchos accidentes?

—Bastantes, padre, —me contestó uno de ellos—. Algunas veces los paracaídas o no se abren o lo hacen defectuosamente. En cualquiera de estos dos casos ya puede Ud. figurarse las consecuencias. La muerte segura. Otras veces funcionan bien, pero si el viento es fuerte, resulta muy peligroso lanzarse porque el peso del armamento resta agilidad, y al tomar tierra es fácil ser malamente arrastrado con peligrosas consecuencias. Rara es la vez que no hay ningún accidente. Y si esto sucede en las prácticas, calcule lo que será cuando el enemigo está debajo disparando a placer, haciendo nosotros de diana.

—Entonces, al tirarse, ¿hay cierta... emocioncilla?

—Quizá sea más que eso —me contestaron sonriéndose.

—¿Más? ¿Entonces?...

Les miré a los dos para ver quién me contestaba, y ambos lo hicieron dándome su opinión.

—Padre —me dijo el que era pagano—. Yo no podría describirle lo que sentí antes de arrojarme al espacio... "Kimochi ga warui". Es terrible "oshoroshii"... La noche anterior, uno no puede dormir. Le aseguro que si antes no hubiera bebido mucho "sake" hubiera sido incapaz de dar el salto. Por el Emperador y por la patria se da la vida con gusto, pero ¡impone tanto el no saber lo que se va a encontrar uno al otro lado de ella! Una cosa es que le maten a uno de un balazo, sin pensar, y otra es ser uno mismo el que se pone a dos pasos de algo que es muy parecido al suicidio.

Se calló como recordando sus emociones pasadas. Entonces insistí dirigiéndome al otro.

—¿...tú qué dices?

—Yo poco, Padre —me contestó con toda naturalidad—. En parte es verdad lo que ha dicho. El peligro es grande y la emoción intensa. Pero yo nunca bebo antes de tirarme. Sé lo que me juego y lo hago a sangre fría. En el peor de los casos me matarán, o me mataré pero es porque la Patria lo pide. Y detrás de ella que me pide el sacrificio, está Dios para recibirme después de la muerte. Con todo, añadió en tono de simpatía, comprendo el punto de vista de los demás. Si yo no fuese católico y si no creyese lo que creo, no podría menos de sentir y hacer lo que ellos hacen y sienten. ¡Qué bien se entiende en estos momentos lo que ayuda la fe para ser patriota y buen soldado!

Razón tenía para decir eso. Su fe le lanzaba al peligro con la esperanza de una vida mejor. Pero la

incertidumbre ante el futuro que sienten los paganos, tiene que hacerles muy duro el ir a enfrentarse con él, los que no crean en el mañana eterno, podrán sentirse tranquilos. Pero afortunadamente son muy pocos los que consiguen arrancarse esa creencia que Dios ha puesto en todas las almas.

De acuerdo con la manera tranquila que tienen de divertirse los estudiantes japoneses, según indicábamos antes, está la afición extraordinaria que tienen a la lectura. Actualmente, el aumento de precio en los libros, y el número de caracteres que estudian, muy inferior al de antes de la guerra, son dos factores que luchan en contra de las posibilidades de lectura. Con todo es increíble el número de páginas que devoran durante los años de su carrera.

En los trenes, en los autobuses, durante los días de vacaciones, en los ratos libres en sus días de clases, los estudiantes siempre están con un libro debajo del brazo, que lo abren a la primera oportunidad.

¿Y qué leen? Todo lo que pueden y sin ningún orden. Les falta sistema. Carecen en absoluto de criterio. No hacen la menor distinción entre bueno y malo, útil e inútil. En su lectura desembriagada, llegan a leer lo mismo si entienden que si no entienden.

Recuerdo que en cierta ocasión se me acercó un muchacho preguntándome si sabía alemán.

—Para salir del paso, desde luego, —le respondí—. He vivido tres años en Alemania.

—No sabe lo que me alegro, —me contestó —porque yo no sé mucho. Lo estoy estudiando ahora y me he leído en dos días las Estéticas de Hegel, que me ha dejado varios puntos oscuros.

—¿En dos días toda la estética de Hegel?

—Así es, Padre. Y como no entiendo bien el alemán...

—Eso es lo que me extraña, que sin dominar la lengua hayas podido leer en dos días lo que cualquier alemán necesitaría quince, para hacerlo a fondo, sacando algún provecho.

Ni qué decir tiene que no había entendido nada. Le indiqué que debía volver a leer todo el libro despacio, apuntando las dificultades concretas, y que volviese entonces para resolver las dudas. Todavía estoy esperando. Estoy cierto de que ni siquiera empezó a hacerlo.

Esta lectura loca, sin el menor control, les hace adquirir una serie de conocimientos sumamente extraños. De todo saben algo sin saber mucho de nada. Por eso en la conversación lo picotean todo sin profundizar nunca en lo que dicen.

Su cultura superficiel, que abarca mucho sin echar raíces sólidas en ningún terreno, les hace con frecuencia escépticos, soberbios y con marcadas tendencias nihilistas. Una vez que han llegado a esto, son materia sumamente rebelde para la evangelización, porque Dios no da su gracia más que a los humildes que le buscan con deseo sincero.

Aunque esto sea cierto, para ser justos y objetivos, no conviene que desquiciemos las cosas. Hay bastantes estudiantes que, sin criterio, es cierto, pero también sin soberbia, pese a sus muchas lecturas, son campo apto para la fecunda siembra cristiana.

Entre los muchos ejemplos que podría elegir para demostrar esto, voy a limitarme a uno, algo posterior a la visita del muchacho que en dos días se había infatuado con la Estética de Hegel.

Inopinadamente se me presentó un universitario pidiéndome instrucción religiosa. Hablamos mucho de Dios, y con fervor de espíritu y claridad de mente, se empapó en la doctrina vivificante del catolicismo. Todo marchaba como sobre ruedas, cuando un día vino con el rostro fruncido.

—¿Qué te pasa, Tanabe, que vienes con esa cara?

Y Tanabe —por ponerle algún nombre que oculte el suyo verdadero—, me expuso todo el laberinto en que se hallaba metido.

—Mi padre se ha enterado de que me estoy instruyendo, y a gritos descompuestos me ha prohibido que reciba el bautismo. No me ha pegado, aunque parecía que iba a hacerlo, pero ya me ha anunciado un trato que promete ser duro.

En efecto, las relaciones entre padre e hijo se fueron agriando cada vez más hasta que llegó el momento en que pareció que iban a saltar como un bambú violentamente forzado.

Malas palabras y peores obras. Rabia, una rabia intensa porque él era budista de raigambre y su hijo se le quería ir a la nueva religión de los extranjeros.

Al fin, con un rasgo que en el fondo mostraba buena fe, le mandó que estudiara el budismo, y que si en él no encontraba la verdad, entonces sería tiempo de hablar de nuevo.

Tanabe San vino a casa a consultarme qué había de hacer. Lo cité para un par de días más tarde y mientras tanto planeé la campaña futura.

Cuando volvió de nuevo reforcé unas cuantos puntos de apologética, que en general tenía muy bien apuntada, gracias a las discusiones continuas que mantenía con su familia, y le aconsejé que fuese a hablar con el bonzo budista de la "Tera" (Templo) al que solía asistir su padre.

Al día siguiente se fué allá a "instruirse". Sabiendo que aquel sacerdote de Buda no tenía más que estudios filosóficos muy elementales, había preparado un silogismo de por lo menos cuatro pies.

El budismo de Shuigon-shu tiene una teoría muy parecida a la de Lutero en lo que se refiere al perdón

de los pecados. Este dice: "Crede firmiter pecca fortiter" . Cree firme y peca fuerte, porque la fe es lo que justifica. Aquéllos dicen: "Ten mucha confianza en Buda y peca fuerte", porque la confianza es lo que limpia el alma.

Barajando estos conceptos, de una falsedad teológica manifiesta, y al mismo tiempo opuestos al buen sentido de la razón, Tanabe San comenzó a interrogar al bonzo con aparente deseo de instruirse.

Cuando ya la conversación se había encarrilado debidamente, empezó a acorralarle con una dialéctica sofismática.

—Entonces, —le dijo— quedamos en que es bueno y conveniente hacer méritos para la vida eterna, ¿no es así?

—Así es, —respondió el bonzo—. Cuantos más méritos mejor.

—¿La confianza en Buda es el procedimiento de hacer esos méritos?

—Sí, porque es la mayor de las virtudes. No hay otra que se pueda comparar a ella en eficacia.

—¿Dónde estriba el valor de esa eficacia de que habla?

—En la certeza de que es el único medio para que se nos perdonen los pecados. Si confiamos, nos salvaremos; si no confiamos nos condenaremos.

—Esa confianza, ¿la ejercitamos cada vez que pecamos y buscamos perdón?

—Esa es la doctrina budista.

—Y, ¿conviene que la ejercitemos en mayor número de veces posible?

—Sin duda.

—Entonces parece claro que debemos pecar todo lo que podamos, para poder tener más y más motivos de confianza.

Al llegar a esta absurda conclusión de que no sólo se puede pecar, si tenemos confianza, sino de que conviene hacerlo para aumentar los méritos de la vida eterna, el bonzo se dió cuenta de que había ido concediendo conclusiones silogísticas que le habían llevado a un callejón sin salida y a un punto en que no podía ya defenderse. Su formación no le ponía en condiciones de deshacer el enredo, y optó por tomar una postura farisaica. Algo así como la de los Sacerdotes de Jerusalén ante la supuesta blasfemia de Jesús.

Por eso, en vez de buscar la verdad con sinceridad, y ver quién de los dos estaba equivocado, prefirió levantarse, extender un brazo hacia la puerta en mayestático ademán de expulsión y decirle con voz de trueno:

—No vuelvas por aquí en tu vida. "Namaiki mon' da" (Impertinente).

Y en la solemnidad de aquel gesto y aquel tono de voz quiso sepultar la humillación que le producía la ignorancia.

Verdad es que en buena lid siempre tenía que ser vencido, porque de un panteísmo absoluto, como es el budista, que tiene además esas analogías luteranas nunca se puede sacar conclusiones verdaderas. Pero, adonde habría podido llegar en su derrota, era a conocer el fondo de su error, la certeza de la verdad, la doctrina de Cristo y la necesidad de entrar en su Iglesia.

No quiso andar ese camino de oportunidades que se le presentaba, pero con su réplica adusta abrió las puertas del catolicismo a Tanabe San, que hasta entonces las había encontrado siempre cerradas por la oposición de su padre.

Cuando contó a éste el resultado de la entrevista, Dios puso una extraordinaria eficacia en sus pala-

bras. Se rindió sin condiciones y en toda la línea. Fué una entrega absoluta, total.

—Puedes hacer lo que quieras.

Han pasado varios años y Tanabe San está dando un nuevo paso en su ferviente catolicismo. Se está preparando para el sacerdocio.

Resulta muy interesante analizar el espíritu con que se acercan al misionero los estudiantes que buscan su contacto. Claro está que a ellos no se les puede preguntar nada acerca de esto, y que hay que deducirlo por sus conversaciones y por la orientación que van dando a ese trato nuevo para ellos.

Muchas veces, tal vez sin habérselo dicho a sí mismos en un acto reflejo, van buscando solamente cariño.

La familia japonesa, que exteriormente se mantiene siempre dentro de los límites de la más exquisita corrección, encierra con frecuencia, en su intimidad, el germen de un desamor que lo enfría todo.

El matrimonio, estipulado más por los padres de los contrayentes que por ellos mismos, hace que muchas veces el marido y la mujer se miren y tranten como extraños entre los que no ha saltado la chispa de la comprensión y del afecto.

Antes o después, esa frialdad interna va rompiendo la dura corteza de las formas sociales, y dentro del hogar, sin testigos importunos, termina por aflorar abriendo un doloroso mundo nuevo desconocido para los hijos.

La historia de Fumio, traducida con toda la amplitud que él usó al escribirla, e incluída en estas memorias, nos da un ejemplo claro, aunque extremo, de lo que vamos diciendo.

Y peor, todavía, cuando al desamor se unen los celos, o el odio naturalmente despierto en el corazón de la madre, por la conducta desarreglada del padre.

El paso de la inconsciencia feliz de la infancia, en que todos estos matices no suelen captarse, al de la juventud en que los ojos se abren, resulta extraordinariamente duro para los muchachos. Precisamente cuando su corazón tiene más ilusiones, es cuando se encuentra con ese fango que es materia, es prosa y es negación de toda ilusión.

Y entran en un período de nostálgicas tristezas que les hace débiles ante el pesimismo, y anhelantes ante el espectro de la felicidad.

Si entonces establecen contacto con el misionero, están bien dispuestos para convertirse, porque junto a él, y en su trato, encuentran un cariño y una simpatía que inútilmente buscan en su hogar. Entonces, por vía del corazón, la luz llega a sus entendimientos y encuentran a Cristo a través del desengaño de una familia rota.

Es increíble lo que el corazón y el sentimiento pueden en esa edad para iluminar la razón.

Solía visitarme con frecuencia uno de esos muchachos con el alma triste. Llevaba dentro una pena mansa que le hacía pensar mucho y le hundía cada vez más en el abismo de la soledad.

Después de horas interminables de abstracción, despertaba al mundo para tirar por tierra en un momento todos los castillos que en su ilusión había forjado, en pos de lo desconocido... Y en su familia no encontraba el calor que su alma joven necesitaba para expansionarse con un desahogo.

Tocaba el piano maravillosamente. Tendría unos 18 años, y su temple de artista se encontraba al mayor rendimiento de sensibilidad.

Era un muchacho que me daba pena. Bueno a carta cabal, no se me presentaba la ocasión de ganarlo, porque cada alma ha de seguir un camino, y yo no sabía cuál era el que Dios tenía decidido para él. Al fin lo descubrí.

Para un concierto que íbamos a organizar, necesitaba una pianista. Yo iba a cantar un par de canciones, japonesa una —Flor del Prado, de Yamada— y alemana, —El Peregrino, de Schubert— la otra. Pero no tenía quien me acompañase. Entonces me acordé del gran pianista, mi amigo Nakayama. Le llamé.

—Nakayama, quisiera pedirte un gran favor.

—Ud. dirá, padre, si estuviera en mi mano, cuente con él.

—En tu mano, no, en tus manos, —le dije bromeando—. Se trata de que me acompañes al piano algo que pienso cantar dentro de unos días.

—¡Encantado! —me contestó sin titubear—. Por mí podemos comenzar a ensayar cuando quiera.

—No hará falta hacerlo mucho, porque yo me he estudiado bien las canciones y tú podrás tocar el acompañamiento a primera vista. Es tan sólo la labor de acoplamiento lo que falta. ¿Te viene bien mañana por la tarde?

—Sí, Padre, fije Ud. la hora.

—¿A las seis?

—A las seis.

—Entonces, hasta mañana.

Y se retiró para volver como un clavo a la hora indicada del día siguiente.

Le puse la música delante, y antes de cantar nada, le dejé que recorriese dos o tres veces la partitura. Sus ágiles dedos volaban sobre las teclas blancas, mordiendo con frecuencia las notas tristes de una melancólica clave en tono menor.

Cuando vi que dominaba la materia de tal forma que aun sin papel hubiera podido acompañarme, empecé a cantar.

Lo hice poniendo toda mi alma en el canto, porque me había dado cuenta de que para aquel muchacho la música era la suprema cristalización del arte, y de

que, consiguientemente, a través de ella podría encontrar a Cristo, realización de toda belleza y compendio armónico de toda estética.

Al terminar estábamos los dos emocionados.

—Padre, —me dijo— ¿tiene inconveniente en traducirme la letra? Quisiera aprendérmela.

—¿Inconveniente? Ninguno. Ahora mismo lo hago. Vamos a sentarnos allí.

Nos acercamos a una mesa. Saqué papel y lápiz y comencé a traducir del alemán:

Der Wanderer, de Shubert

Vengo de la montaña,
el valle humea.
Y mientras el mar brama
yo voy peregrinando, silencioso,
felicidad buscando entre mis ansias.

¿En dónde, en dónde estás,
oh tierra de la dicha deseada?

¡Qué frío está aquí el sol!
¡Y qué secas las flores marchitadas!
Las palabras, ¡qué acentos tan vacíos!
La vida, ¡qué gastada!
¿En dónde, en dónde estás,
oh tierra de la dicha deseada?

Te busco entre suspiros,
terruño en que dejé mis esperanzas,
en que mis rosas a tu luz florecen,
y mis amigos por el monte vagan.
Donde mis muertos volverán a vida,
donde mi lengua todo el mundo habla.

¿En dónde, en dónde estás,
tierra del alma?

Y un como hálito fugaz de espíritu
me responde, callado, estas palabras:
"¡Donde nunca estás tú,
está el gozo impalpable de tus ansias!"

Cuando terminé de escribir la última de estas palabras, le pasé el papel, que ya había ido leyendo sentado frente a mí y con las letras al revés, y volvió a pasar su vista por toda la traducción.

Cuando terminó, sonrió tristemente.

—Padre, ¿por qué a todos nos pasa lo mismo? —me preguntó en voz muy baja.

—¿Qué nos pasa a todos? —le pregunté para aclarar sus pensamientos.

—Que vamos buscando la felicidad y nunca está ella donde nosotros estamos.

¡Cuántas veces me podrían decir a mí las últimas palabras de ese canto:

"¡Donde nunca estás tú,
está el gozo impalpable de tus ansias!"

Viendo la impresión que le había hecho esta canción, me dispuse a subir río arriba por las corrientes de sus nostalgias, con la seguridad de que en la fuente de ellas me encontraría a Dios. La otra canción que ensayamos, de música japonesa triste y emotiva, me brindaba también un magnífico argumento afectivo para ganar aquella alma. La letra era la siguiente, de Miki, convertido japonés:

Bella rosa del campo,
rosa de Ezo.
Sin que nadie lo sepa
floreces con esmero.
¡Qué hermosos tus colores,
rosa de Ezo!

Rosal silvestre,
sigues al florecer el rumbo nuevo
que Dios te va marcando con su dedo.
y en tu flor, que corona un tallo erguido,
adivino al Señor que lo hizo bello.

Nakayama se compenetró con la letra y también adivinó, en las armonías deshojadas de la música, al Señor que las hizo bellas.

En la música encontró el arte, y en el arte encontró a Dios.

Yo creo que nunca canté con tanto sentimiento; cantaba para un alma... la del que me acompañaba con el piano. Sobre todo al notar que dos lágrimas corrían por sus mejillas sin poder ser cogidas por sus manos pegadas a las teclas.

Cuando terminado el concierto, en que actuamos juntos, la gente se retiró, nos quedamos los dos solos. Nos miramos y nos dimos cuenta de que estábamos pensando lo mismo.

—...¡fué providencial que te invitase a que me acompañases!

—Así es, Padre. ¿Quién hubiese sospechado que entre las notas de una canción puede estar Dios tan cerca de nosotros?

—Todavía no lo sabes bien. Deja que pasen varios días, y lo verás cara a cara en tu alma pletórica de fe.

Nos despedimos y quedamos citados para el día siguiente. Ibamos a tener el primer ensayo... de catecismo.

Poco después se bautizó. Había encontrado al Dios de sus nostalgias.

Cuando los estudiantes buscan al misionero, hay que descubrir para qué lo hacen. Con frecuencia tan sólo quieren practicar la lengua extranjera, y con ese

fin son capaces de oír cualquier sermón religioso. Pero entonces rara vez se convierten, porque no llevan en el alma ansias de Dios.

En cambio, cuando lo hacen de buena fe buscando algo que ni ellos saben lo que es, es muy fácil que descubran la vena siempre viva de la fe. En este caso aunque la cosa vaya despacio, no queda otra alternativa que seguir adelante hasta conseguir encarrilar con paciencia sin fin esa buena voluntad que aspira inconscientemente al bien supremo para el que todos nacimos.

Un ejemplo claro de esto es lo que me sucedió con un grupo de preuniversitarios de Yamaguchi, que habían terminado ya su "bachillerato".

Por aquella Misión, la predilecta de S. Francisco Javier sentía yo el atractivo natural que inspira un primer puesto de apostolado. Había sido mi primer puesto misionero y era lógico que no perdiese fácilmente el contacto con aquella cristiandad.

El P. Ruiz, que por aquel entonces estaba de misionero allí, me escribió una carta hablándome de un grupo de muchachos paganos a los que apenas podía atender. Les instruía una sola vez cada cuatro semanas. A ese paso era evidente que tardarían años en terminar su formación cristiana. Y como en ese tiempo dejarían el Colegio para irse a la Universidad, probablemente lejos de Yamaguchi, quedaría esta instrucción cortada por medio y, por lo tanto, no llegarían nunca a la conversión.

Después de carteárnos bastante llegamos a la que nos pareció la mejor, y por entonces la única, solución. Me mandaría los más selectos y yo les daría tres días de Ejercicios Ignacianos, en absoluto silencio...

Idea peregrina: Ejercicios Ignacianos a unos muchachos sin bautizar...

Vinieron. Se habían comprometido con gusto, porque tenían positivo interés en conocer el catolicismo, y fueron fieles a su palabra.

Tuve que ir adaptando ligeramente los temas. A un auditorio como aquel era forzoso insistirle mucho más en la doctrina que en la ascética, porque ésta se hunde si le falta en absoluto aquélla.

Me encontré, como presupuesto inicial, con que tenían fe. Esto me permitió no tener que probarles la existencia de Dios. Su conciencia les decía que había un Ser Supremo, y ninguno de ellos lo había puesto en duda. Por tanto, no eran católicos, pero tampoco ateos.

El horario era más o menos el de cualquier tanda de Ejercicios a jóvenes universitarios de España. La edad, unos 17 a 18 años. A la noche teníamos unas charlas en las que cada uno hacía las preguntas que se le ocurrían y yo me dedicaba a resolverlas. Ni siquiera esto es una novedad, porque precisamente el tener esa oportunidad de plantear diversos problemas vitales, es lo que más atrae a los muchachos de España, y lo que más agradecen que les concedan los Directores de Ejercicios.

Empezamos con el principio y fundamento. Es la primera andanada que S. Ignacio lanza contra el orgullo humano. No somos nada. Dios nos hizo, y por ello le debemos honra y servicio. Nuestra independencia es un mito, un grito de soberbia, una irrealidad.

Venimos de Dios y vamos a Dios. ¡Con qué ojos me miraban mientras les explicaba esto! Para ellos es un problema vivencial que presenta aristas mucho más agudas que para nosotros.

Lo que nosotros escuchamos rutinariamente, lo que desde niños nos han dicho centenares de veces, es para ellos algo nuevo, con los rasgos salientes de una

epifanía real, sin metáforas. Es conocer a Cristo como otros Magos nacidos en Oriente.

Una de las mayores inquietudes paganas se cifra en la incertidumbre de esta doble pregunta: "¿Para qué he nacido? ¿Dónde iré después de muerto?" Y el principio y fundamento Ignaciano derrama sobre las sombras de esas ansiedades la luz diáfana, blanca, que ilumina las almas con la paz de las grandes verdades eternas.

¡Había que ver cómo preguntaban, cuando al anochecer llegaba "su hora", la que tenían a su disposición, y en la que yo no tenía derecho más que a contestar! Todas las dudas que las pláticas del día despertaban, toda la inmensa marejada que se levantaba en su conciencia, con virtudes naturales y vicios sin talar, se reflejaba en sus ojos brillantes y en sus rostros tensos.

Cuando se empaparon con el origen y fin de su existencia, llegó el momento de hablarles del pecado. Para nada se puede hacer mención del Decálogo y de los preceptos eclesiásticos. Pero no importa, no hace falta. Tienen muy clara la idea sustancial de lo que es ofensa divina, y matizan, a veces, con rara delicadeza.

Las pláticas de esta materia son todavía más duras que las anteriores; el principio y fundamento nos dice que ni somos libres, ni dueños de nosotros mismos. Ciertamente que es un golpe al orgullo, pero nos consolamos porque en ello vemos limitación, no maldad.

En el pecado el panorama cambia. Se recarga de sombras... y nos humilla, porque en él vamos revolviendo todo el fango que en la vida hemos ido amasando con el barro de nuestra carne y la malicia de nuestros pecados. Allí no hay nada digno, nada sano, nada glorioso, nada de lo que podamos jactarnos. Todo es miseria, podredumbre, cieno...

¡Cómo escuchan esto y cómo les duele! Bajan la cabeza, no tienen valor para resistir una mirada de frente la primera vez que alguien les dice: "Habéis pecado". Su conciencia ha sido hasta entonces un arca cerrada. Nadie se ha asomado para ver sus méritos... ni sus responsabilidades. Y les deslumbra el fulgor metálico y frío de la afirmación: "¡Habéis pecado!"...

Y ni callan, ni afirman; luchan.

Es el punto crucial. La balanza se va inclinando muy pronto hacia Dios o hacía el demonio. Si en una charla privada se les consigue arrancar la confesión sincera de su debilidad, si se les hace decir con voz velada, de vergüenza y de dolor: "¡Padre, yo también he pecado!", aquel muchacho está a salvo. Ha tirado por tierra la torre de marfil de su soberbia. Ha bajado los puentes. Ha abierto las exclusas para que el fango represado de su mala vida deje limpios los posos con que se aislaba. Ha quitado las barreras que le apartaban de Dios. Ha entrado en el camino insondable de la Resurrección de su espíritu...

Un paso más y Cristo aparece junto al Jordán para ser bautizado por Juan. ¡La vida de Jesús, cómo les interesa! Dios y Hombre. Maestro y Taumaturgo. El gran milagro con que dejó la tumba es la prueba que les convence de su divinidad. Ante un milagro semejante, cuya aprobación se asienta en los mismos enemigos de Jesucristo, que su insistencia ha hecho más evidente la realidad del prodigio, no hay buena voluntad que se resista.

Y llega la meditación del Rey Temporal, una de las cruciales en los Ejercicios. Cristo se nos presenta como un Monarca que desea conquistar todo el mundo y subyugar por amor, a todos sus enemigos. Para su gran empresa, de Héroes y de Santos, busca

compañeros. Llama, invita, estimula... pero nunca obliga.

Los japoneses, para quienes su Emperador es un ideal, se embeben en estas reflexiones; ellos que llegaron a sacrificios incomprensibles por su Jefe, más aún que por su Patria, están en condiciones espléndidas para entregarse a Cristo, el Rey supremo que domina sobre todo Imperio.

Hay una doble razón. No es sólo que comprendan la magnitud de la empresa para la que son llamados, mirada ésta como una correspondencia a la vez invitante de Cristo. Es, además, que llevan en el alma una experiencia aleccionadora y terrible: La de sus propias tinieblas del pasado, la de sus dudosas inquitudes, la de sus ansias de luz.

Nadie como ellos sabe todo el valor del contraste, porque nadie como ellos ha vivido en los dos hemisferios: el del paganismo y el de Dios.

Unos Ejercicios como aquellos que estaba dando entonces, siempre impresionan a los jóvenes que por primera vez los escuchan. No puede ser de otra manera. Pero, además, el ambiente se les clava muy hondo. Y el que entonces les envolvía era el de un noviciado.

Alegría, mucha alegría en los rostros, y, circundándolos todos con la suave gracia de su sosiego, la paz de Dios que supera a cuanto decir se puede.

Han pasado varios años entre el tiempo en que di aquellos ejercicios y el que estoy empleando en escribir estas líneas. Pero ha querido Dios que, tan sólo hace una semana, haya dado otra tanda a unos veinte muchachos con vocación posible, seleccionados entre todas las cristiandades circunvecinas en un radio de mil trescientos kilómetros.

Vi dos caras conocidas. Eran viejos amigos de antaño. Pertenecían a aquel grupo que, un quinque-

ño antes, había pasado por las mismas emociones en un ambiente de juventud pagana.

Cuando vinieron, todos eran budistas o shintoistas. Poco después se convirtió el grupo entero, ni uno por excepción dejó de recibir el bautismo y en un avance de espiritualidad vigorosa y joven, un par de ellos había llegado a rozar las alturas de la elección divina. No sé si al fin llegarán a ser Sacerdotes de Cristo. Tal vez sí, porque ¡son tan maravillosos e insondables los caminos del Señor!...

Audacia parece dar unos Ejercicios a paganos. Pero cuando se ve en qué puede acabar una corazonada como esa, no queda más remedio que perdonar a quien la tuvo.

"EXTRA ECCLESIAM NULLA SALUS"

Conforme iba dominando la lengua, las posibilidades de apostolado se me multiplicaban. Procurando aprovecharme de todas ellas sin desperdiciar ninguna, me puse en contacto con muchos japoneses que sentían en su alma las inquietudes desazonantes de la duda.

Sabiendo que el trabajo en grandes grupos es en Japón infructuoso, fuí dividiéndolos en pequeños núcleos de cuatro, para comenzar las instrucciones.

Como la historia se repite con esa tranquila monotonía que permite al pasado convertirse en maestro del presente, voy a recordar la historia de uno de los grupos, porque en esencia, todos recorrieron más o menos el mismo camino antes de alcanzar la cimas iluminadas por la fe.

Fuí desarrollando el catecismo en el orden cíclico acostumbrado. La existencia de Dios les hizo sentir la ley de una amorosa dependencia, la realidad impalpable, pero consoladora de su alma inmortal, les abrió un

horizonte infinito de eternidad; la oración les enseñó el modo filial con que podían ponerse en unión íntima con su Padre y con su Dios; la Divinidad de Jesucristo les convenció de que toda su doctrina se asentaba sobre el fundamento roquero de una verdad inconmovible, avalada por la palabra de Dios y la prueba convincente de sus milagros.

Todo iba sobre ruedas, con una paz y una alegría que me envolvía con el mayor de los optimismos.

Pero llegó un momento, que pudo ser fatal debido a mi inexperiencia. Aquel en que me tocó demostrarles que tan sólo hay una Religión verdadera, la Católica, y que fuera de ella no hay salvación.

Con todo género de detalles, sin darme cuenta de que estaba pisando un terreno falso por el que iba a despeñarme, les demostré con argumentos irrebatibles que el catolicismo contiene el único Credo verdadero y que cuanto cae fuera de él son religiones falsas, basadas en principios equivocados, o sostenidas sobre derivaciones erróneas.

Cuando concluí, mis cuatro oyentes parecían plenamente convencidos.

No me hicieron la menor objeción y se despidieron hasta el día siguiente, de la misma manera que otras veces, pero con la iluminación confusa de un vago presentimiento, adiviné que algo extraño había sucedido y que en la atmósfera flotaba un vago fantasma de hostilidad y desconfianza.

Llegó el día siguiente. Dió el reloj la hora convenida y me dirigí hacia la salita en que ya me esperaba uno de mis oyentes. Era una muchacha que no faltaba nunca y que se distinguía por su matemática puntualidad.

Empezamos a hablar mientras esperábamos a los otros tres. Pasó media hora, pasó una hora, y todos ellos seguían sin aparecer. Mi extrañeza por aquel re-

traso en masa se fué convirtiendo en inquietud primero, y en positivo malestar después, cuando las agujas del reloj marcaron los sesenta y cinco y setenta minutos de retraso.

—¿Sabe Ud. por casualidad qué ha sucedido a sus otros compañeros de grupo?

—Soo...

Y después de pronunciar este monosílabo, arrastrado con esfuerzo, se hundió en un silencio embarazoso que sin quererlo, hizo más tirante la situación.

Momentos después, más en un diálogo conmigo mismo que con intención de preguntar nada, dejé caer las siguientes palabras:

—Tal vez la lluvia no les haya permitido venir, está tan malo el tiempo...

Como una respuesta insincera a la propia insinceridad de mi comentario, contestó la japonesa:

—Soo deshoo no... Tal vez sea así.

Y caímos ambos de nuevo en el silencio.

La espera resultaba cada vez más desagradable. Con gana de averiguar lo que me fuera posible le pregunté de frente:

—¿Le parece a Ud. que estarán ocupados hoy?

—Soo deshoo no... —me contestó igual que antes, evadiendo decir nada que fuese más claro.

—¿Se les habrá olvidado?, —añadí en un último gesto interrogante.

—Soo deshoo no... —respondió como siempre.

Mi nerviosismo llegó a su límite. Aquel vacío en bloque y aquella respuesta siempre igual "tal vez sea así", me hacía comprender que había algún motivo por el que no habían asistido a la catequesis, pero todos mis esfuerzos de reflexión no eran capaces de hacerme ventear la causa con acierto.

Nos despedimos, ambos molestos, y sin haber tenido instrucción, y quedamos citados para el día siguiente a la hora acostumbrada.

Con una exactitud desesperante volvió a repetirse todo como el día anterior. Cuando ya llevábamos mi interlocutora y yo un mano a mano de hora y media le planteé una serie de preguntas que poco a poco me llevaron a ver claro como la luz del día.

—¿No ha visto Ud. a ninguno de los otros tres?— le pregunté abordando la cuestión sin paliativos.

—Sí, he estado con ellos, pero...

Y poniéndose como la grana, cortó la frase sin atreverse a responder más.

Con nuevas preguntas le fuí animando hasta que al fin se decidió a decirme todo lo que sabía. Se los había ido encontrando y habían hablado entre ellos de mi última instrucción. En ella estaba mi equivocación y la causa de su huída. Inexperiencia de mi parte. Cerrazón espiritual de la de ellos.

"Yo no vuelvo más", fué la declaración de uno de ellos. "Una religión tan estrecha que no reconoce las demás, no es para mí".

"No puedo comprender" —fué el obstáculo de otro—, cómo Dios ha podido tener tantísimos siglos al Japón sin enseñarle la Religión verdadera y única. Esto es imposible. La religión que proclama para sí estas prerrogativas, tan en contra de la bondad de Dios que no nos la ha revelado es necesariamente falsa".

"Me puso de muy mal temple —fué la confesión del tercero—, cuando dijo que nadie podía salvarse fuera de la Religión Católica. Porque si es así, ¿qué habrá sucedido de todos mis antepasados?..."

Comprendiendo el modo equivocado en que había expuesto una serie de ideas por otra parte verdaderas, quise conocer el efecto que habían causado en la única superviviente del grupo.

—Y Ud. ¿qué piensa de todo ello?

—Osoroshii. Espantosa, me contestó.

—Osoroshii... qué?

—El pensar que todos mis antepasados se hayan condenado.

Y al concluir esta dolorosa confesión, rompió a llorar con un desconsuelo y unos sollozos que me partieron el alma.

Ya no habló más. No pudo hacerlo.

Entonces le dí una explicación larga, muy larga, de todos aquellos pavorosos problemas, suavizándolos cuanto podía, pero conforme avanzaba me iba dando cuenta de que aun hablando mucho, apenas decía nada, porque aquel monólogo sin fin era, más que nada, un diálogo conmigo mismo. Un esfuerzo continuo por convencerme de que se podía exponer integramente la religión católica, sin herir, como yo lo había hecho, las fibras más íntimas de los japoneses.

Cuando me quedé solo me vinieron a la memoria las siguientes palabras de S. Francisco Javier: "Un desconsuelo tienen los cristianos del Japón y es que sienten en gran manera lo que decimos de que los que van al infierno no tienen ningún remedio. Sienten esto por amor de sus padres, madres, mujeres, hijos y otros muertos antepasados, teniendo lástima de ellos..."

Allí tenía yo la prueba experimental de que aquello era cierto cuatro siglos después de haber sido escrito por el gran Apóstol.

"Sienten ellos este desconsuelo, continuo, pero a mí no me pesa, porque no se descuiden de sí mismos y porque no vayan a parar con sus antepasados. Pregúntanme si Dios los puede sacar del infierno y la causa de por qué han de estar en el infierno. A esto les respondo suficientemente. Ellos no dejan de llorar por ver a sus antepasados sin remedio. Yo también recibo algún sentimiento por ver a mis ami-

gos tan amados y queridos, llorar cosas que no tienen remedio". (Carta 29 enero 1552.—Cochin. núm. 48 y 49).

Caí en un mar de dolorosas reflexiones: ¿Qué debería hacer en casos semejantes? La doctrina católica es terminante y clara en lo que se refiere al "Extra Ecclesiam nulla salus". "Fuera de la Iglesia no hay salvación". Pero la interpretación de estas palabras no resulta fácil ni clara. Es un nudo terrible que no puede cortarse de un tajo y que ha de deshacerse despacio analizando una a una las teorías interpretativas de los teólogos.

Y aun en el caso de ser duramente clara la doctrina teológica, ¿cómo debía proceder pastoralmente? En mi interior comenzó una lucha terrible entre la claridad y las medias tintas, porque la razón se inclinaba a dar soluciones nítidas, tajantes, y el sentimiento prefería decidirse por las respuestas equívocas que sonando, tal vez a un laxismo extremo, pudiesen interpretarse también en un sentido ortodoxamente aceptable.

El hombre "nutritus in selvis" (criado en las selvas) se me presentó en la imaginación de un modo mucho más real y vivo que en los años ya pasados de mis estudios teológicos. Pero poco a poco aquellas selvas se fueron desvaneciendo y entre sus contornos vaporosos que se perdían pude percibir un panorama íntimamente japonés.

No hay que encerrarse en la cárcel vegetal de un trópico selvático para encontrar almas que no han tenido contacto con el catolicismo. O con otras que lo han tenido de una manera indirecta, que por haberles despertado sospechas y prejuicios ha sido contraproducente.

"Katorikku (Católico). Ah, sí, el Jaso-kyoo, esa doctrina extranjera que produjo los levantamientos antipatrióticos como el de Shimabara...

Esos jáijin (extranjeros) que vienen a preparar, bajo capa religiosa, una invasión militarista del Japón para convertirlo de soberano en colonial...

Esa doctrina retrógrada y oscurantista, causa de la decadencia cultural de la Europa medieval...

Y como estos, otros mil errores satánicamente inventados para desprestigiar al catolicismo.

El aldeano japonés, criado en las selvas de un espíritu sin fe, nace en una isla, no salvaje; pero culta de un modo acatólico, si no anticatólico y con una ignorancia en puntos religiosos realmente invencible.

Y al escribir esto no me refiero tanto a los japoneses actuales, cuanto a los de hace dos o tres siglos y más aún a los de antes de la llegada de S. Francisco Javier.

Con todo, y en plena justicia, podemos extender esta situación a miles y miles de japoneses de antes de la guerra última, de su postguerra y del mismo día en que estoy escribiendo estos renglones.

"Extra Ecclesiam nulla salus". El problema de la voluntad salvífica de Dios me pareció más espantoso que nunca.

Con una viveza nunca igualada fueron surgiendo recuerdos hasta entonces sepultados, muchos de los cuales los creía yo muertos. Oña, Valremburg, Saint Mary's... las cátedras de Teología, los círculos, las disputas mensuales: aquellos distingos y subdistingos: Voluntas divini signi et beneplaciti, de Durando; voluntas absoluta et condicionata, antecedens y consequens...

Estaba sumido en estas altísimas elucubraciones teológicas cuando sentí fuera que alguien me llamaba:

—Gomen kudasai.

Cuál no sería mi sorpresa cuando tras estas palabras de saludo, me encontré frente a uno de los del grupo "apóstata".

Le saludé poniendo en mis palabras toda la simpatía que su problema y su sufrimiento me inspiraban. Nos sentamos y comenzaron a llover las disculpas con que intentó justificar su ausencia de varios días. Ni qué decir tiene que sus dificultades doctrinales no hicieron acto de presencia en aquella amigable charla de justificaciones. Me enristró una serie de razones que yo sabía eran totalmente falsas, y se las escuché con una cara beatífica, como si creyese que eran verdaderas. Había tenido un huésped, me dijo, y había estado un poco resfriado. Por tanto no me quedó más remedio que interesarme vivamente por su salud, que era tan buena como la mía, y después de aquel primer tiroteo de frases convencionales nos sumergimos en una placentera conversación.

Puesto que aquella visita tenía necesariamente un fin, le dejé a él que fuese marcando los distintos temas para que cuando juzgase conveniente aterrizase en el que había ocasionado su aproximamiento.

Al fin lo hizo.

Del catecismo en general fuimos derivando hacia el beneficio inmenso de la fe, y de allí a la diferencia enorme que hay, a los ojos de Dios, entre el alma que cree y el alma que no cree.

Todo el rato estuve sobre la maroma, haciendo equilibrios dogmáticos-apologéticos. Cuando me pareció que estaba mejor dispuesto pasé a un delicadísimo ataque en el que no hubiese la menor acritud. Al mismo tiempo cerraba cada vez más el radio de mis evoluciones, pretendiendo tomar tierra de la manera más airosa en el punto álgido, y con la inocencia de quien se deja caer...

Al cabo de mucho rato tocó en el tema de las dificultades familiares. Cuando me lo expuso con sencillez me pareció había llegado el momento oportuno para lanzarme a fondo.

—Es natural, —le dije— que tenga esas dificultades que apunta. Los suyos se oponen. No me extraña; pero no quiera Ud. ver en ellos mala voluntad porque en realidad no la hay. Sus padres no quieren que Ud. se bautice porque creen que la Religión Católica es antijaponesa y extranjera y falsa. Y como buscan su bien se oponen terminantemente a lo que les parece ha de ser fuente de su infelicidad.

—Sí, —me respondió—, lo que Ud. dice es cierto. Pero la principal razón que aducen es que nuestros antepasados fueron todos ellos budistas y que el romper con esa tradición que siempre hemos respetado como cosa sagrada es hacerles traición.

—Oh no, de ninguna manera, —añadí viendo que estábamos llegando a lo más profundo del problema—. Le aseguro que su antepasados se han de alegrar de este cambio que Ud. quiere hacer. Y le voy a decir por qué. Ellos tuvieron la religión budista por la verdadera, y por eso, con una buena voluntad que nosotros tan sólo podemos alabar, la practicaron, procurando ceñirse perfectamente a cuanto en ella se manda. Pero hoy día, en el otro mundo, estarán viendo que la Religión únicamente perfecta es la católica. Por eso, como ese cambio no supone más que un afianzarse en el camino hacia el bien en que ellos creían andar, desearon llegar a él con todas sus fuerzas, y ahora tienen necesariamente que sentirse felices al darse cuenta del avance espiritual que supone el paso que puede Ud. dar en este momento.

—¿Ah, soo desu ka? Pero la tradición... romper la tradición...

Viendo su lucha procuré ayudarle.

—La tradición es una cosa santa, que debemos respetar y continuar cuanto sea posible... Pero eso, siempre dentro de los límites racionales, y en cuanto no sea retrógrada y opuesta al desarrollo conquistador del progreso...

Me callé. Vi que mi interlocutor me miraba sin escucharme. Sus ojos se habían clavado en el infinito. Su alma se había alejado, para sumergirse en la dolorosa tormenta de las oposiciones y de los recuerdos familiares.

Esperé un minuto... dos... Por fin, como quien despierta de un sueño me dijo rápidamente:

—Ud. perdone, me he distraído...

Le volví a repetir lo anterior. Entonces me oía, devoraba mis palabras, asentía con exclamaciones y gestos, seguía, sin perder una, todas y cada una de mis explicaciones.

Animado por la comprensión con que iba cogiendo mis palabras me fuí entusiasmando.

—¿Qué diría Ud. si alguien se empeñase en usar todavía el "Jinrikiska" (silla de mano) en lugar del tren y del automóvil, porque sus antepasados no lo habían usado?

—Sí, sí, ya comprendo, asintió sonriendo mi interlocutor.

—Pues eso que nos parece un absurdo ridículo en el orden de lo material, lo es aún mucho más y de más funestas consecuencias en lo espiritual y religioso.

—Entiendo... sí, pero no entiendo...

Veía la lucha que se estaba librando delante de mí. Por eso me encomendé a nuestro Señor.

Con una intuición que ciertamente no era mía, descifré aquellas exclamaciones contradictorias.

Entiendo: lo que de un modo tan sencillo me ha explicado.

No entiendo: el problema de la salvación de sus antepasados, la famosa cuestión que le han mantenido apartado varios días de mí.

Durante unos momentos le ví pensar con la cabeza, pensando los argumentos de la lógica. Fué mientras pronunciaba su "entiendo".

Pero en seguida se dejó arrastrar por el sentimiento, el afecto, y se inclinó insensiblemente al "no entiendo".

De continuar en esa dirección, pronto estaría todo perdido. Por eso le atajé de un golpe:

—Ya le he dicho que sus antepasados que tuvieron fe en el budismo, se alegrarán muchísimo del avance que quiere Ud. marcar en su línea familiar. Y sus padres, cuando vean y sientan lo que Ud. está ahora viendo y sintiendo le considerarán como el mejor hijo de la familia. Esperar que hagan eso ahora, cuando caminan a ciegas. es un contrasentido y una locura. Dé tiempo al tiempo.

Piense Ud. en su responsabilidad. Sobre Ud. ha recaído una especial predilección divina que quiere conducirle por el camino de la verdadera, de la auténtica fe. Y por su medio quiere arrastrar a toda su familia, que por Ud. debe encontrar a Dios. La salvación de todos aquellos que Ud. ama está en sus manos y en su decisión de ahora.

No se me oculta que en el fondo de su corazón queda un gran problema que resolver y un gran vacío que llenar. Su pregunta angustiosa es esta: "¿Qué habrá sido de mis antepasados? Si no han tenido la verdadera fe se habrán condenado para siempre..."

Al llegar aquí me detuve un instante y le miré fijamente. Levantó sus ojos admirados y cruzándolos con los míos dijo con cierta admiración:

—Padre, ¡qué bien ha leído en mi alma!

—¿No es cierto que tenía Ud. esa preocupación? —le dije sin indicarle cuál había sido mi fuente de información.

—Sí, así es. Hay en esto algo que no comprendo... Hasta me da miedo pensarlo, y sin embargo no puedo dejar de hacerlo.

—No se preocupe. Es natural que eso le suceda. Todo el que se plantee con sinceridad estos problemas tiene que caer en las mismas dudas y temores.

Psicológicamente iba ganando terreno; pero tenía que abordar el problema a fondo y no sabía cómo hacerlo. Recordé una vez más al gran teólogo P. Ripalda con sus "fides late dicta" (fe en sentido lato). Le Compte y Le Gobien con sus virtudes de los infieles... y hasta Rousseau con sus posibilidades absurdas de salvación...

En el torbellino de dudas que me envolvía opté por seguir a Santo Tomás.

—De la salvación de sus antepasados no debe preocuparse demasiado: Sabemos ciertamente que Dios da todos los medios para salvarse, siempre que el hombre no ponga obstáculos por su parte. De modo que puede estar seguro que a todos y a cada uno de ellos, les dió las gracias suficientes para que se pudiesen salvar.

—¿Pero cómo puedo saber que no están en el infierno?, —me preguntó con enorme ansiedad.

—¿Y cómo puede saber que están en el infierno? Contésteme Ud. primero.

La pregunta le desconcertó totalmente. Aprovechándome de ello remaché:

—No quiera atormentarse sin razón. Es una ansiedad dolorosa y estéril. Solamente nos consta con certeza la condenación de un hombre: Judas. Sabemos que está en el infierno, pero de nadie más podemos afirmar lo mismo, por muy mala que haya sido su vida, y por muy desastrosa que haya sido su muerte.

Sabemos que Dios quiere la salvación de todos los hombres. Sabemos que cuenta con medios, para lograr ese fin, que están fuera de nuestro alcance... confiemos en El. Es nuestro Padre, y también el de sus antepasados.

El modo de proceder de Dios ya lo dijo San Agustín: "Lo que hace Dios con los hombres nadie lo sabe fuera de El y de esos mismos hombres". Y así es. Su conducta cae fuera de nuestro campo de comprensión.

Al oír esto no arguyó más. Calló, y dentro del dolor manso que su pena le producía, debió quedarse satisfecho porque cambió de conversación y seguí instruyéndole hasta el final.

Cuando reflexionó sobre aquel caso, que es uno de tantos, vulgar si se considera como uno más, interesantisimo si tras él se viven las angustias de un alma que lucha por convertirse, me doy cuenta de los misterios que ha de alumbrar la luz blanca de una fe naciente.

Muchos son intelectuales, que ciertamente no son los peores. Muchos otros son morales, y tienen su origen en unas costumbres, en una ambientación y en una tradición de siglos. Y los más dolorosos son los familiares, que rodean a las almas con un cerco de hierro casi irrompible.

A nosotros, que hemos nacido, crecido y vivido en un mundo diametralmente opuesto y esencialmente cristiano, nos resulta difícil darnos cuenta de todo lo que tiene que hacer la gracia de Dios en cada una de esas almas. Pero esta incapacidad nuestra para juzgar las cosas en su verdadero valor no impide que cada aurora de fe sea una portentosa maravilla y cada conversión un estupendo milagro.

—

Antes de cerrar este capítulo quiero insistir en la interpretación de su título "Extra Ecclesiam nulla salus". : "Fuera de la Iglesia no hay salvación".

Ya hemos indicado que la claridad de la teoría no disminuye en nada las dificultades de la práctica. Esto, que puede ser difícil de comprender para los que

nunca hayan convivido con paganos, les resultará mucho más claro después de leer lo que a continuación expongo.

Conocía a una mujercita de pueblo que tenía fervorosos deseos de convertirse. Por ser lavandera de casa, habíamos tenido algún contacto, pero era otro Padre y otra parroquia donde estaba recibiendo instrucción.

Con todo, un día me mandó llamar. Cuando llegué al recibidor me la encontré sumamente nerviosa y con una cara de honda preocupación. Se había puesto de gala para la entrevista y llevaba uno de esos kimonos que muy pronto serán tan sólo historia, largos hasta el suelo, muy ceñidos por los tobillos, y con unos colores de oscuros contrastes conforme a su edad.

Creo que era domingo.

—Nuiko San, ¿qué se le ha perdido por aquí tan de mañana? —le pregunté bromeando.

Nuiko San, de psicología fina a pesar de su humilde origen, siguió la conversación manteniendo la misma línea figurada:

—De momento nada, —dijo—, pero si continúo por el mismo camino me parece que en seguida voy a perder la cabeza.

—¿Qué le pasa?

—Sólo esto: que no puedo entender ni una palabra del Padre que nos da el catecismo.

Y recalcó estas últimas palabras con un poco de rencor contra ella misma.

—¿No entiende el japonés? —pregunté.

—¡Oh, no es eso! —respondió rápidamente—. El japonés se lo entiendo todo y perfectamente. Lo que me pierden son las ideas.

—Vamos por partes, y yo le explicaré los sitios que le resulten oscuros. Tal vez entre los dos consiga-

mos lo que él solo no puede hacer. Además, como aquí la explicación será sólo a Ud. podrá hacer todo género de preguntas.

Pareció quedarse tranquila.

—¿Ahora mismo podemos hablar? —preguntó dudosa.

—Por mí sí. Puede empezar por la primera y la mayor de todas sus dificultades.

—Tengo sólo una, y es la siguiente: Como Amida Batsu y Dios son completamente iguales, ni sé cómo puede ser uno mayor que el otro, ni las diferencias que ustedes ven en ellos, ni por qué es mejor adorar al uno que al otro. Como ve mi duda es sólo una, pero tan importante que el Padre se refiere a ella siempre en sus explicaciones.

Me quedé como quien ve visiones porque ya hacía bastante tiempo que asistía al catecismo. Para resolverle su problema me pareció que lo mejor era usar como siempre el método de preguntas y respuestas. Así, mientras hablan ellos, van poniendo sobre el tapete muchas dificultades que a nuestra mentalidad occidental ni siquiera se nos ocurren.

—Dígame quién es Amida-Batsu, —le pregunté—

—Un dios que vive en el Cielo.

—Está bien, pero explíqueme cómo es.

Sin vacilar, como quien mentalmente ha repetido muchas veces una lección, me dijo:

—Es un dios tan bueno, que no puede pensar, querer, ni hacer nada malo.

Como aquella definición descriptiva no estaba completa, insistí:

—¿Qué clase de poder tiene?

—Es tan poderoso que puede hacerlo todo, sin que le ayude nadie y sin tener medios especiales para ello. Basta que él lo quiera para que se haga cualquier cosa.

—Amida, ¿es justo cuando juzga a los hombres en la otra vida?

—Más que ningún juez de la tierra. A los buenos les da un premio que durará siempre. A los malos un castigo que tampoco tendrá fin. Y nunca juzgará a nadie más que de acuerdo con sus actos.

—Y, ¿no puede equivocarse?

—No, porque lo sabe todo. Lo bueno y lo malo. Lo que hacemos delante de los hombres y lo que hacemos a escondidas. Lo que hablamos y hasta lo que pensamos. Padre, concluyó con convencimiento, a Dios no hay nada que se le escape.

Siguiendo adelante con mis preguntas le hice la siguiente:

—¿Quién ha creado todas las cosas, por ejemplo el mundo, las estrellas, los primeros hombres y plantas?

—Amida y nadie más que Amida, fué su decidida respuesta—. No hay hombre que tenga poder para ello, aunque sean poderosos como para tener la bomba atómica, —añadió con cierta ironía.

—¿Y para qué las ha creado? ¿Cuál es el fin de todas ellas?

Se quedó un momento dudosa. Fué la única vez que vaciló. Al fin rompió con rapidez.

—Sobre las otras cosas no lo he pensado nunca. Pero a los hombres los tuvo que hacer para premiar a los buenos en un cielo sin fin, en el que estén con él, y a los malos para condenarlos en un infierno creado como castigo de sus pecados.

—De modo que, según Ud. —dije resumiendo sus respuestas— Buda es un Dios infinitamente bueno, justo, poderoso, principio y fin de todas las cosas?

—Así es, esa es la idea que tengo.

—Pues entonces no le admire no comprender al Padre en la catequesis. Porque Ud. no cree en el

Dios de los budistas, sino en el nuestro, en el de los católicos. Eso que llama Amida, no lo es, porque ni siquiera él dijo que fuese tan bueno, ni tan sabio, ni tan poderoso, ni tan justo, ni principio y fin de todas las cosas.

—¿A Ud. quién le enseñó esto?

—Propiamente nadie —respondió después de pensar un momento—. Decía que Amida tenía que ser así, porque es la única manera en que puedo comprender a Dios. De otra forma, y sin esas prerrogativas, dejaría de serlo. Se parecería demasiado a uno de nosotros.

—Es verdad que Dios tiene que ser como Ud. dijo. Pero, es nuestro Dios, el que le ha puesto en el corazón esa idea, a la vez que todas las otras de su vida moral El se lo ha dado a conocer, como también ha sido El quien le ha dicho, por medio de su conciencia, que matar y robar es malo, y que tener caridad y rezar es bueno.

Sepa que con seguir creyendo en ese Dios, amándole con todas sus fuerzas, va por el camino seguro de la Ley Natural, que El mismo irá perfeccionando con su gracia. Mientras tanto, rece, rece mucho a ese Dios que quiere hacerle muy santa...

Se marchó. Mientras la veía perderse por la cuestecilla del jardín me quedé pensando otra vez en las palabras de antes: "Fuera de la Iglesia no hay salvación".

Siempre que encuentro almas como estas dos de que he hablado, que sin abundar tampoco son excepciones, me quedo pensando: "¿Qué hará Dios Nuestro Señor con estas almas que tienen un buen deseo tan manifiesto, que le conocen hasta tal grado máximo que la sola Ley Natural les permite y, que sin embargo, viven, y al parecer mueren lejos de su Iglesia?

CUALIDADES DEL MISIONERO

Al terminar la guerra me pidieron que escribiese sobre las cualidades de los que viniesen como Misioneros a Japón. No conservo copia de lo que entonces escribí, pero todavía algunas de aquellas ideas flotan en mi memoria.

A muchos por estar tan desarrollada la cultura en estas islas, y por haberse remontado en pocos años hasta la cumbre del adelanto científico les parece que misionar aquí es cosa fácil. Creen que es lo mismo que hacerlo en cualquier nación civilizada, por el mero hecho de que hay tranvías, autobuses, estadios y aeroplanos. Se equivocan. Todo esto no varía en lo más mínimo el concepto de la Misión.

Hay otros que se van al extremo opuesto. Recuerdo que hace algunos años recibí una carta de España. La enviaban las niñas de un colegio y las monjitas que las educaban. Dentro del sobre venía una limosna y una lista con los nombres de los japonesitos que habíamos de bautizar. Cuando los empecé a leer me quedé estupefacto porque habían elegido los más extraños del martirologio. Al ver el contenido de la carta me expliqué todo, pero no disminuyó mi asombro. "Queremos que pongan esos nombres, decían, y así, cuando los martiricen, los podremos reconocer fácilmente porque no habrá muchos que los tengan tan raros".

Creo que no hacen falta comentarios.

El misionero del Japón, como saben, es necesario esté adornado con todas las cualidades que se piden a los misioneros de todas partes. Hay un fondo común que es el mismo para todos y que aquí no experimenta ninguna variación.

De él no vamos a decir nada porque no hay en ello ningún dato peculiar. Lo único que queremos indicar sobre eso, es la necesidad de que sean extraordinariamente sobrenaturales los que aquí vengan.

En Japón, sobre todo antes de la guerra y aun ahora hasta cierto punto, el avance es muy lento. No hay esas conversiones en masa que animan tanto al misionero y le hacen olvidar sus innumerables fatigas; nada de eso existe.

El avance de la Iglesia era antes lentísimo. Ahora, lento. El progreso actual lo más que puede hacer es eliminar el aumentativo de la lentitud. Basta recordar que habiendo entre misioneros y sacerdotes nacionales más de mil operarios, sin contar en ellos muchas religiosas, las conversiones del último año han sido doce mil. Es decir, sólo un promedio de doce por cada uno de los que aquí trabajan. Poco ¿verdad? Pues con esta realidad desalentadora tiene que batallar a diario el misionero.

Esto supone un desgaste moral enorme. Mucho más que el estar sobrecargado entre el vértigo del triunfo, porque en este caso la psicología suple lo que a las fuerzas falta y en éste resta y anula lo que de vigor tiene.

Sin un espíritu sobrenatural muy intenso hay peligro —un peligro tristemente real— de echarse al surco y quedarse en él sin atreverse a hacer nada. ¡Son tan deprimentes los fracasos cuando se almacenan uno tras otro en una dolorosa sucesión sin fin!

Pero no debemos olvidar que el misionero es un hombre de carne y hueso, ligado a todas las miserias que de ello se desprenden, y rendido en muchas cosas a su humillante servidumbre.

Por eso hay cualidades naturales que influyen mucho en el alma y sus operarios, pudiendo servirle de valioso auxiliar o de anulante rémora. Entre ella una de primer orden es el carácter.

Y el carácter del Misionero del Japón ha de ser optimista. Porque un Misionero que ha de luchar siempre contra corriente, el optimismo le ayuda en todo. El sabe cambiar el color de las cosas y cuando los

consuelos sobrenaturales no abundan y la sequedad de espíritu se confabula en contra suya, con la resistencia de los paganos, solamente un temperamento que por naturaleza vea siempre la parte esperanzadora de las cosas puede prestarle su cooperación.

En cambio, si hay pesimismo, la vida se ennegrece más y más. A la objetividad demoledora de una misión en la que hay pocos bautismos hay que añadir el tinte lúgubre de esa enfermedad de carácter —ya que así puede llamarse—. Y de la unión de esas dos facetas negativas no puede engendarse más que una amargura creciente que repercute en toda la vida del misionero.

Si hay amargura hay tristeza, si hay tristeza los catecúmenos y los cristianos ven en él, más que al heraldo de una vida feliz, al pregonero de una existencia funeraria. Y a esto, que ya es malo, se añade la desmoralización interior que va apoderándose de su alma, y que es lo peor.

Una persona psicológicamente derrotada es ya inútil. No está en condiciones para la lucha. No ayuda en ningún sitio. Y al rumiar más y más su estado de depresión aumenta su mal en vez de remediarlo.

Por eso, la primera cualidad de los que vengan a Japón como misioneros, ha de ser el optimismo. Que sea alegre. Que sea vivo... Todo está bien con tal de que al mismo tiempo sea sobrenatural.

El dominio de sí mismo es otro punto de importancia vital. Si es violento, terco, dominante en el mal sentido de la palabra; si apuntan estos defectos, aunque sea tan sólo en un grado que no llamara mucho la atención, ya es una nota suficiente para poner en cuarentena su aptitud para trabajar aquí.

Un dominio relativo es necesario al apóstol en todas partes. Porque en todas partes una cara hosca y un gesto desabrido hiere a los fieles. Pero si como en otras partes, se puede perdonar eso porque es un

defecto común de la raza y, por lo tanto, de todo el mundo, aquí en Japón sería un triste patrimonio de los misioneros, considerado casi como imperdonable. Los cristianos, por educación, nunca caerán en la grosería de ser violentos en su trato. Y lo mismo que ellos, cualquier japonés, porque su cortesía tradicional no se lo permite.

Ya pueden calcularse los efectos lamentables de un carácter poco dominado en medio de un pueblo que tiene eso como virtud esencial.

Resulta paradógico que precisamente el misionero, que es quien viene a predicar la doctrina de la caridad y de la mansedumbre, esté en estas virtudes, al menos externamente, a menos altura que aquellos a quienes pretende evangelizar.

Y no es el único perjuicio que así mismo se hace con eso el de herir a aquellos a quienes trata con cierta brusquedad. Es el ambiente que a su alrededor se forma.

Los japoneses más que por la doctrina que les predican se dejan convencer por la autoridad del que lo hace. Si ven en él un hombre superior que sus mismas virtudes raciales las tiene elevadas al último grado, están desde el principio mejor dispuestos a dejarse convencer. Si en eso se entiende por encima se hallan en el polo opuesto porque nunca seguirán una doctrina que es ineficaz para lograr lo que ellos consideran como más importante y digno: un absoluto autodominio.

Por eso hay peligro de echar a rodar en un mal momento la labor de muchas semanas y aun meses. Un grito extemporáneo, un tono duro, incisivo, reflejando mal humor, basta para echar atrás a un catecúmeno que ha tardado mucho en acercarse porque dudaba del recibimiento. Y no digamos nada de una riña pública para desahogar con ella un momento de mal humor.

Este dominio general del carácter está en íntima relación con la paciencia que ha de tener el occidental que trata con los japoneses.

Esto es lógico. Miramos el mundo casi siempre bajo distinta perspectiva. Es natural, pues, que saquemos distintas conclusiones y que, por lo tanto, las cosas discurran, frecuentemente por cauces que no son de nuestro agrado.

Una de las grandes torturas del misionero es la lentitud con que rodean toda su vida. Parece que la tiene asegurada contra prisas. Y como nosotros nos hemos acostumbrado a vivir con cronómetro y a pasar el día con la tensión de una carrera a contra reloj, su cachaza nos parece incomprensible e irritante. ¡Cuántos planes se nos caen por tierra debido a sus impuntualidades y a su falta de seriedad en este orden!

Un ejemplo que dará alguna luz a esta tranquilidad paradisíaca es el siguiente:

Vivíamos en un edificio de tres pisos.

Un día en que estaba yo en mi despacho con una visita, llamó a la puerta alguien:

—Entre, —respondí.

Se abrió la hoja y apareció la cabeza de uno de los cristianos. Como el asunto que estaba tratando era de importancia, antes de dejarle hablar le dije:

—Espere ahi afuera un momento, que en seguida acabo.

El cristiano, sin hacer ningún comentario, cerró cuidadosamente la puerta, procurando no molestar con su ruido y se retiró. Se sentó en una silla que había fuera y esperó que le llamasen.

No habrían pasado más de dos o tres minutos cuando terminado el asunto que tenía entre manos le llamé:

—Pase Ud. ahora y dígame qué es lo que quiere.

—Pues nada, —me contestó con toda tranquili-

dad—, que en el tercer piso me parece que ha empezado un incendio...

Subimos corriendo y vimos que en efecto así era. De un futón que había tirado sobre el "tatami" se levantaba una densa humareda.

En el momento en que lo retiramos para ver qué había debajo, una llamarada se levantó amenazadora, con peligro de extenderse rápidamente por el edificio de madera. Después de un rato de esfuerzos, con la ayuda de todos, logramos sofocar el incendio.

No quiero decir que todos los japoneses tengan una tranquilidad semejante. Es tan sólo un ejemplo, como se dan pocos, en tan alto grado, pero que no viene mal si se lo considera tan sólo como marcando una directriz muy japonesa.

Esta calma infinita de que viven poseídos hace que para plantear un problema que a nosotros nos llevaría diez minutos, a ellos les haga falta dos horas. Y es porque antes de aterrizar en él tienen por costumbre andar planeando durante mucho tiempo.

Ya puede figurarse el lector cuántas veces le quemará esto la sangre al misionero. Es natural que así sea, cuando sabe que hay tantas y tantas almas que no oyen hablar de Dios. Si cada japonés les hablase a la europea en cuanto a la expedición de plantear los problemas en lugar de atender a dos en cuatro horas, podría hacerlo a doce. Diferencia notable que continuamente está pesando en las impaciencias de su espíritu que quiere llevar a todos a Cristo.

Unida a esta paciencia y vivificándola tiene que ir la comprensión. Quien no tenga facilidad para comprender el punto de vista de los demás, no sirve para Misionero del Japón. El ideal de lograr siempre la identificación de miras es muy difícil, pero la tendencia a ello es necesaria.

Nuestros problemas son distintos que los de los japoneses. Sus problemas son distintos que los nues-

tros. Y por si esto es poco, con frecuencia pasan de diferentes a antagónicos.

Cosas que entre nosotros no tienen importancia, entre ellos son vitales. Ycon la misma frecuencia que esto, sucede lo contrario.

Ya he hablado antes, al tocar el punto del carácter japonés, de lo difícil que es sintonizar siempre con él. El ejemplo del viejecito que no asistía a misa los domingos, haciéndolo entre semana, porque ese día tenía huéspedes, no viene mal recordarlo ahora.

Sin un espíritu de comprensión que siempre y en todo procure empaparse de sus puntos de vista, los roces tienen que ser continuos y los disgustos por ambas partes incesantes. Y todo ello repercute en el apostolado.

Participando de matices parecidos a estos que venimos señalando está la suavidad que debe tener el misionero. El japonés, más que por razón, se deja ganar por el cariño, por el "kimochi".

Si hay brusquedad está perdido el caso desde el principio. Si hay dulzura, suavidad, delicadeza, hay grandes esperanzas de éxito.

Ciertamente que esto no es algo exclusivo del Japón, aunque sí se da en mayor grado que en otras partes. Pero quién no recuerda la frase de San Francisco de Sales: "Más moscas se cazan con una gota de miel que con un barril de vinagre".

¿Violencias...? Quien las tenga no sirve para Japón. En cambio, quien posea la dulcedumbre que Cristo nos enseñó cuando dijo: "Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón" puede ocupar muy bien su puesto de vanguardia.

Pero esta dulzura de que venimos hablando no debe confundirse con la debilidad. Hay que ser fuerte en la delicadeza. No nos engañemos en los términos.

La razón es obvia. El misionero es el todo de la misión que funda. Trabajando sobre paganos, para

quienes es nuevo, cuanto tenga de sabor católico, es lógico que sea él, y no ellos, el promotor de casi todas las empresas. Si no tiene empuje, si carece de iniciativas, es muy difícil que la cosa marche porque los cristianos se las habrán casi siempre de un modo meramente pasivo. En cambio, si él les da su espíritu y les contagia su entusiasmo y su energía, se entregarán al trabajo y colaborarán con él.

Esto no tiene que extrañarnos. Los recién convertidos que nunca han oído nada acerca de cómo se trabaja en otros sitios, es casi imposible que "creen" esas formas de apostolado que nosotros conocemos ya, muchas veces por experiencia propia, pero que a ellos les exige el esfuerzo de una auténtica invención.

Y no basta con que el misionero tenga este empuje exterior que redunda en la vida general de la cristiandad. Es preciso también que sea un hombre de tacto que sepa insinuarse en las almas para obligarlas a dar la arrancada en medio de sus vacilaciones.

Ha de ser un oportunista, en el buen sentido de la palabra. Precipitarse o retrasarse es perder la partida. El momento apto para dar el empujón a quien lo necesite no puede decidirse en fría lógica por medio de medidas. Ha de provenir de esa sintonización en que se encuentran las almas que se comprenden y durante la cual se está cierto de que caerá y será bien recibido todo cuanto se diga.

Tampoco esto, en términos generales de psicología práctica, es algo peculiar del Japón. En todas partes hay quienes saben decir las cosas en el momento en que los ánimos están bien dispuestos, y el éxito acompaña continuamente a sus palabras. Su poder de insinuación no es oratorio, es espiritual y nace de la armonización afectiva de caracteres.

Y también en todo el mundo hay personas esquinadas que dicen cuanto deben decir pero fuera de lugar y en los términos del más incongruente inoportunismo.

En Japón este tacto que hace leer en las almas de los demás para adivinar con una especie de sexto sentido, cómo será recibido lo que se le diga, es algo necesario. Y la razón es que los japoneses son tímidos y necesitan muchas veces que se les ayude a dar el paso definitivo. No hacerlo es dejarles a merced de sus vacilaciones, sin que resuelvan nada. Hacerlo antes de tiempo es asustarlos y cerrarles el paso de la confianza.

Esto sucede especialmente en el campo vocacional y en el de las conversiones.

Hace ya algunos años, tal vez cinco o seis, que al salir de la capilla me encontré con un muchacho católico excelente. Le conocía a fondo, le había tratado desde su bautismo y le había seguido continuamente la pista mientras cursaba en la Universidad.

Al acabar su carrera de ciencias químicas, había tenido ocasión de buscarle un empleo junto a Hiroshima, en una fábrica que estaban montando. Como yo entonces estaba de Maestro de Novicios, le veía con frecuencia cuando venía a la Capilla del Noviciado, que entonces era Parroquia.

Su vida al principio fué dura. Con una mentalidad que a nosotros nos resulta difcilmente comprensible, al salir de la Universidad con sus grados académicos y colocarse en un cargo equivalente más o menos a uno nuestro, de ingeniero, se encontró con que la fábrica no estaba todavía construida y durante mucho tiempo, con los obreros y el personal técnico que iba a formar en ella, estuvo acarreando sacos de cemento y trasladando vigas para el montaje del armazón.

Aquello le debió hacer pensar mucho en la "gloria" humana de su carrera... Cuando nos saludamos aquella mañana en que salía él de nuestra Capilla tuve una especial corazonada. Aquel muchacho era bueno a carta cabal, honrado como el primero, pareciendo tener todo lo que exige la vocación. ¿No servira para Jesuíta?

Empezamos a hablar. Poco a poco le fuí llevando al campo que me interesaba. Al cabo de un buen rato habíamos entrado en ese terreno cálido de intimidades en que comprendí estábamos sintonizando. En sus palabras, en sus ojos, en todo lo que me iba diciendo sentía que la chispa había saltado, que buscaba ese apoyo moral que todos necesitamos muchas veces, aunque rara vez lleguemos a pedirlo, y que mi situación privilegiada de Misionero de Cristo le tenía completamente dominado.

¡Es tan agradable encontrarse a Dios cerca, aunque sea a través de las mezquindades de sus ministros.

Tomé la palabra y empecé a hablarle largo, muy largo.

Eliminé todo cuanto fuese tópico, insulsez de conversación estándard, y llegué a su alma que se me abrió franca, limpia, correspondiendo con su confianza a mi desinterés.

Cuado llegué al punto culminante le dije:

—¿No has pensado nunca que tú podrías ser jesuíta?

Y dejé que un silencio suave, de esos que entrañan el fruto de una meditación, siguiese a mis palabras.

—Nunca lo había pensado —me contestó—, pero ahora lo estoy haciendo.

Pasó otro rato de agradable intimidad y nos despedimos.

Un mes más tarde... estaba admitido en el Noviciado.

Si le hubiese dejado solo nunca se hubiese arrancado. Había terminado la carrera. Estaba colocado. No le faltaba más que formar una familia. Pero bastó un empuje suave, más bien diría un ponerle en la pendiente en uno de esos momentos en que él era el primero en estar dispuesto a dejarse caer, y se entregó de veras siendo hoy un magnífico jesuíta.

Y como él ¡cuántos hacen lo mismo en la vocación como en el bautismo!

Un último factor de capital importancia para el misionero japonés es el espíritu de adaptabilidad. Adoptación al país y adaptación a los otros misioneros. De esto, por su importancia, hacemos capítulo aparte.

Sobre la salud de los aspirantes a misioneros del Japón se ha hablado mucho. Se ha extendido la idea de que tiene que ser férrea. Sin embargo, no es así. Basta con que no sea positivamente mala. El que puede trabajar en occidente puede trabajar aquí. Las diferencias externas no son grandes aunque la adaptación a la comida y al clima, que en ciertos lugares es más fuerte, castiguen algo al cuerpo. Con todo no es algo insoportable.

De recalcarse algo en cuestión de salud, creo debe ser lo que se refiere al sistema nervioso. Los veranos de aquí son agotadores. Duros, calurosos, húmedos y deprimentes. Si hay marcada tendencia al desequilibrio nervioso bastan unos cuantos años para que la excitación aumente y despunten en el carácter algunos rasgos de violencia que están en oposición reñida con lo que hemos indicado del dominio.

Pero todavía más que sobre la salud se ha fantaseado acerca del talento que han de tener los misioneros que aquí vengan. Y eso ha dado el triste fruto de que muchos que podrían estar trabajando maravillosamente en el Japón, se hayan quedado en su patria, sin atreverse a pedir una misión que a ellos les parecería fuera de su alcance.

Estaban equivocados.

Japón no es tan sólo para los grandes talentos. Teniendo en cuenta la manera en que estudiamos la lengua, por encima de la capacidad intelectual está la constancia. Es pues, ante todo, problema de voluntad.

En un par de años, que es lo que suele darse al estudio serio, no hay talento capaz de hacer otra cosa que

chapurrear malamente el japonés aun con un estudio de diez horas diarias. Y desde luego, tampoco podrá leer más que cosas muy sencillas.

Al empezar después a trabajar en la misión, pueden tomarse dos posturas: la del que cierra definitivamente los libros, y la del que sigue estudiando todos los días una hora, que sin ser mucho es lo suficiente para avanzar algo.

Esto es duro y difícil. Porque las múltiples ocupaciones y preocupaciones de la misión en que se encuentra uno completamente sólo no le dejan tener la tranquilidad suficiente que necesita para estudiar con fruto. Por eso, sin una fuerza de voluntad muy grande no se consigue eslavar el escollo de la desambientación.

Si uno menos inteligente pero más constante sigue durante varios años un estudio fraccionario y metódico, muy pronto se encontrará muy por encima de otros más inteligentes que él, que corrieron mucho al principio y luego cortaron en seco el estudio.

Quede pues claro, que para aprender el japonés mucho más que una inteligencia poderosa con poca constancia, vale un talento mediano acompañado de una voluntad tenaz.

Relacionado con esto podemos poner el estudio del inglés que es importantísimo para todos los que vienen a Japón.

Y esto por dos razones: una para poder colaborar bien con otros misioneros extranjeros, y otra para no perder autoridad con los japoneses. Hoy día, casi todos los japoneses estudian inglés. Rara vez llegan a hablar ni siquiera con relativa expedición, porque les resultan las construcciones tan difíciles como a nosotros las suyas. Al fin y al cabo es el mismo camino andado al revés. Pero tienen la idea de que todos los extranjeros sabemos hablarlo, hasta tal punto que si se enteran de que no lo sabemos se llevan una positiva mala impresión. Al revés, por cada lengua que nos oyen

hablar además del japonés, sube diez quintales la estima que de nosotros tienen, y no hay que olvidar que lo que ven en nosotros es el misionero. Es algo, pues, que muchas veces se reduce a aureola, pero que lleva consigo frutos de aproximación y facilidades de apostolado.

Al acabar quiero remontarme hasta el principio y volver a recordar que el fundamento de todas estas cualidades debe ser una vida de intensa espiritualidad. Con ella todas las demás fructificarían. Sin ella, serán estériles, porque la labor de evangelizar está cimentada en la gracia que Dios derrama sobre las almas y en la correspondencia de estas a sus llamadas. Y nosotros con nuestra santidad, en correlación de relatividad perfecta, podemos hacer que el Señor derrame más bendiciones y que los infieles respondan a ellas con más generosidad. Cuanto más logremos esto, más misioneros seremos.

"ADAPTESE"

Sobre el problema de la adaptación se oye hablar a cada momento en las conversaciones de los misioneros. Sobre todo, cuando llega uno nuevo desde occidente, se puede resumir en esta palabra el legado de experiencia de los antiguos: "Adáptese". Y adaptarse es costoso. El agua que cae en un vaso no tiene problema de adaptación: la suma agilidad de su cuerpo lo hace apoderarse sin esfuerzo de los últimos rincones del recipiente. Pero la chapa de metal que tiene en sus manos el orfebre, ¡cuántos golpes de martillo ha de sufrir antes de copiar los relieves del modelo!

El misionero no es agua fácil que cae en el molde oriental. Es más bien una chapa de metal que se resiste a desprenderse de todo ese férreo esqueleto de cultura, tradición, costumbres, modo de pensar, etc.,

para sustituírlos sin esfuerzos por nuevas valorizaciones. Tenía razón aquel misionero cuando al acordarse de sus primeros años en Japón decía: "Tenía la impresión de que me habían arrancado la piel y me habían metido en otra mucho más pequeña en la que no podía moverme".

La adaptación es del todo necesaria. Nosotros traemos a los paganos una Fe que es indispensable para la salvación de los hombres. Pero junto a esa Fe traemos una teoría de cosas occidentales, hechas en nosotros jugo y sangre. Son los modos, usos y costumbres con los que traducimos esa Fe necesaria en nuestra vida de cada día. Y al abrir nuestra maleta y al sacar las dos cosas juntas: la fe única y el modo minucioso de vivirla, nos encontramos con que ellos tienen también estas dos cosas: una fe más o menos vivida, y unas costumbres hechas también en ellos jugo y sangre. Este es el problema. La fe la hemos de entregar íntegra: suavizar una sola de sus aristas, sería mutilar la verdad. Pero lo occidental, por íntimo y nuestro que nos parezca, hay que sacrificarlo. Lo contrario sería hacer más empinado aún, injustamente, ese camino de renunciaciones que para un pagano adulto supone la ascensión a la fe. Sólo con esa generosa renuncia de todo lo suyo que no está esencialmente unido a la fe, podrá el misionero romper no pocas de las barreras infranqueables que le separan de los infieles.

En el camino de la adaptación, la consigna está dada ya hace muchos siglos por S. Pablo: "Hacerse todo a todos".

El primer paso es desprenderse de esa estrechez de miras que lleva consigo el amor excesivo a la propia nacionalidad. Cuando en la pasada guerra unos prisioneros japoneses heridos preguntaron llenos de asombro a la religiosa que les cuidaba: "Ud. ¿de qué nacionalidad es?". Oyeron esta respuesta: "Yo soy de la Iglesia Católica"; es decir, enseña a sus hijos de las

cuatro partes del globo a mirar al cielo diciendo: "Padre Nuestro". Pero este sentimiento nacional está tan fuertemente arraigado en nosotros, que esta bisección mutilante, injertadora al mismo tiempo de nuevos y hasta entonces insospechados sentimientos, resulta sumamente costosa. Por eso es triste el ver a veces personas humildes, sacrificadas hasta lo sumo en lo que toca a su vida privada, pero que en cuanto se las toca a su modo de proceder nacional u occidental muestran una absoluta incomprensión y la falta del más remoto deseo de adaptación al modo de ser japonés. Trabajan en Japón, pero quieren seguir en sus criterios y procedimientos, lo mismo que si estuvieran en Madrid, Nueva York, París o Berlín. Esto se manifiesta aún exteriormente en el continuo repetir: "En España hacíamos así... En América se procede de otro modo... En este caso, en París tomaríamos esta resolución... Los alemanes no hacemos nunca eso... etc."...

Es más: no basta un conato superficial: porque con tal que esta superestima nacional quede oculta en el fondo del alma, por más dormida que nos parezca saldrá de pronto afuera en uno de esos momentos en que el misionero tiene que aflojar un poco la tensión del arco y dar un respiro a su modo de ser natural, no adaptado. Entonces será el estallido doloroso, siempre de funestas consecuencias, porque deja entrever un abismo de incomprensión; o al menos ese detalle, ese gesto o comentario que el fino sentimiento de los japoneses capta en seguida, y en el que nota un dejo de desprecio por su modo de ser japonés. Ponderaba uno una vez los desvelos y fatigas de cierto extranjero sin poder explicarme el poco resultado práctico que obtenía. Un japonés me dijo con toda confianza: "Sí, Padre, se mata trabajando por nosotros, pero en el fondo nos desprecia". El japonés dijo estas palabras de un modo terminante, como no admitiendo el contrasentido de los dos términos "matarse tra-

bajando" y "despreciar"; pero a pesar de eso creo que dijo más de lo que sabía: el "quid" está en la palabra: "en el fondo occidental". Su corazón no tenía aún nacionalidad japonesa. Y esto me hizo entender un punto básico del carácter de este pueblo. El japonés es sumamente agradecido, pero se resiste a recibir lo que no venga envuelto en sincero cariño.

Este despojarse de ese amor excesivo a lo nacional, viene en seguida acompañado del despojo de todo lo que es modo propio de pensar y de sentir, en todas aquellas cosas que chocan, con el modo de pensar y sentir de los japoneses. En este punto, siente el misionero una tendencia innata a hacerse concesiones: viene de occidente con el corazón sangrando: la familia, la patria, la lengua, amistades, labor apostólica, etc., etc., se han ido quedando allá lejos y han dejado en su corazón la señal de la desgarradura; los últimos recuerdos de su vida premisionera, se le agarran al cerebro, martillando inquietos, intentando formar esa cabeza de puente que le una al pasado que quiere cortar. Y al llegar al Japón, aun siente ese ánimo que viene del fervor de adaptación, y prosigue su labor de renunciamiento y se abraza con entusiasmo con esa serie de detalles externos que más le chocan por lo extravagantes. Pero cuando comprende que eso no basta, lo difícil son sus ideas y sentimientos, llega la hora de la concesión: "Que se adapten ellos también un poco: que adelanten ellos también un paso". Concesión costosa que les obliga a hacer en su trabajo por la conquista de la fe.

Esta adaptación espiritual es también difícil desde otro punto de vista: en la práctica no es fácil captar esa serie de diferencias que hay entre nuestro espíritu y el de los japoneses. La impresión general de que se encuentra uno en un país completamente distinto, la recibe uno junto con la primera bocanada de aire japonesa que recibe al bajar del barco; pero cuando en la vida de cada día las dificultades por nuestra fal-

ta de adaptación nos salen al paso, cuesta trabajo reconocer que cada una de esas dificultades no es más que la manifestación concreta de una de esas diferencias. Instintivamente, sin la ayuda de un poco de reflexión que pusiera las cosas en su sitio, atribuimos el choque o la dificultad a ellos. "Por su modo tan raro de proceder", o "por su manera de pensar tan absurda", siendo así que nosotros les hacemos a ellos la misma o peor impresión. Nos olvidamos que en la mayoría de los casos, somos nosotros los que nos tenemos que acomodar a ellos en vez de exigirles a ellos que se acomoden a nosotros.

Cuando estaba en el Sttlement, me ocurrió un caso de estos, clarísimo. El procedimiento para trabar relaciones nuevas y atraerlas a la Iglesia, debía ser el visitar a las familias de los niños que acudían diariamente a nuestro "kinder-garden". En total eran más de cien, y se imponía una visita rápida para lograr un efecto de conjunto. Contra esta idea, había oído que las visitas en Japón requieren mucho tiempo: los saludos ceremoniosos, el entrar en materia, exponer, las largas frases de despedida, venían a exigir, por lo menos ,dos horas para cada visita. Y me decido cambiar un poco la costumbre japonesa: una mal entendida prisa por la salvación de las almas me hizo exigirles que ellos dieran también un paso de acercamiento. Hubo mañana en la que en dos horas había visitado a cinco o seis familias. En menos de un mes, alternando otras ocupaciones, quedaron todas visitadas. Y comenzaron a llegar a mis oídos, a pesar de la reserva natural japonesa, los comentarios que habían producido: unos, por medio de los cristianos, venían a enterarse a ver en qué me habían molestado, pues me marché tan pronto de su casa; otros estaban francamente molestos porque por la prisa no les había aceptado el té y los pastelillos que la más elemental cortesía exige ofrecer al huésped; otros se quejaron de que había ido sin avisar obligándoles a que no pudie-

ran atenderme; un niño me dijo a bocajarro: "Padre, Ud. anda siempre con prisas; yo creo que como es extranjero no puede resistir mucho tiempo sentado sobre los talones... mamá me ha dicho que cuándo va a ir otra vez para prepararle una silla..." Y es que quise oír a San Pablo "charitas Christi urget me", cuando lo que en realidad me decía es "Charitas vestra magis ac magis abundet in ascientis..."

El tercer paso es, por fin, la adaptación al modo externo de vida. En especial por lo que respecta a la alimentación, vivienda y etiqueta. Difícil en sí, no lo es tanto como esa adaptación a lo suprasensible de que hablaba antes. Además las circunstancias externas concretas le obligan a uno muchas veces aunque no quiera. Si entra en una casa japonesa y no encuentra una silla por ningún lado, y en vez de un tenedor le dan con toda naturalidad unos palillos, aunque sea sólo por educación, terminará sentado sobre los talones y comiendo a la japonesa. Además sacará la provechosa enseñanza de que nuestras posiblidades de adaptación al medio ambiente dan mucho más de sí de lo que creemos. Sin embargo, quizá por tratarse de cosas externas, nuestra misma naturaleza da la voz de alarma avisándonos hasta dónde llega el límite de adaptación. Por ejemplo, en la comida, es reconocido por todos que un occidental no puede resistir a la larga el régimen alimenticio japonés. No son uno ni dos los casos en que un fervor algo indiscreto por conseguir una adaptación rápida y total de la alimentación japonesa ha arruinado las energías y la salud de los misioneros, que tenían que unir a la falta de nutrición el esfuerzo ingente del estudio de la lengua.

En esto mismo, recordando mis primeros pasos en el Japón, reconozco que fuí al extremo. Acuciado por el deseo de hacerme cuanto antes un japonés perfecto en mi régimen de vida externa, pedí ser enviado al Settlement. Dejé el ambiente occidental de la Universidad y entré en uno japonés cien por cien. En la

comida hizo su aparición el arroz, rey casi absoluto de la cocina japonesa. Siguó... más arroz y unos vegetales cocidos, un poco de pescado, y unas salsas picantes, hechas a base de vegetales en fermentación. Creí sinceramente que me iba acostumbrando por días; lamento no haber conocido antes la cocina japonesa, que me sentaba mucho mejor que la europea. Me felicitaron porque incluso iba adquiriendo cierto color amarillo muy en consonancia con la raza que venia a salvar... Sólo que un día, los diminutos caracteres del periódico se ofrecieron borrosos a mi vista; una larga consulta con el oculista en la que le agotó todas las gafas y él toda mi paciencia, hasta que dí con los cristales apropiados; pero no acabé de dar el suspiro de alivio: El doctor con una característica sonrisa oriental asomada a sus ojos oblicuos, me dijo a media voz: Padre, esté tranquilo... En la vista no tiene absolutamente nada; estos cristales son neutros y nos dicen que lo que Ud. necesita son vitaminas y sobrealimentación... Perdone el haberle ocasionado esta venerable molestia. Tuve que escoger por orden del P. Superior entre ir a comer a la Universidad o añadir al menú del Settlement, carne, huevos, y fruta. Me pareció aquello una humillación, pero al curarme de la vista me curé también de otro defecto visual de otra especie: no había medido bien las distancias, en mi deseo de acercarme en todo a lo japonés.

Igual me ocurrió al querer adaptarme al modo de sentarse japonés. Renuncié a la silla y empecé a subatearme sobre los tatamis de paja. Al principio aquellas largas horas sentado sobre mis talones me parecieron insufribles por lo dolorosas; sólo el primer entusiasmo por lo japonés me hacía aguantar; pero al fin pudieron menos mis rodillas que mi buena voluntad, pues tuve que ir al hospital a que me operaran una bolsa formada sobre la rótula por la continuada tensión en aquella postura violenta.

Sin embargo, en estas cosas es de justicia recono-

cer que los mismos japoneses comprenden con suma delicadeza que nuestra constitución física o nuestros hábitos alimenticios son del todo distintos a los suyos. Lo comprenden y ven como lo más natural que necesitemos otros alimentos, u otro modo de estar en casa. Hasta se edifican si ven que esos deseos de adaptación se cimentan en un sincero cariño. Lo que irrita su fina sensibilidad hasta producirles escándalo es que el occidental les desprecie más o menos veladamente, por tener costumbres distintas, o se valga de las suyas occidentales para buscarse una vida cómoda.

Después de catorce años en contacto diario con los japoneses, acuciado continuamente por el deseo de parecerme lo más posible a ellos en todo, lo que ayudaría algo a mi trabajo apostólico, recuerdo con apacible alegría mis primeros pasos y las lecciones que me fué dando la experiencia. Un día fuí llamado a dar la Comunión a una enferma. Era una joven que acababa de entrar en la Universidad; había recibido el Bautismo seis meses antes y era la única católica en la familia. Como caso raro, el fervor budista de los suyos no se opuso en nada a las ideas católicas de esta chica; respetaban su modo de pensar y dieron gustosamente permiso para que el misionero le llevara a su Dios a su propia casa. Este mismo respeto por la religión de su hija les llevó a un extremo tan inesperado por mí, que me puso en un verdadero aprieto. Salí de nuestra capilla vestido de clergyman y con el Señor oculto en un pequeño portaviáticos. Me acompañaba un joven, Fujita San, fervoroso católico. Así atravesamos en silencio las calles de la ciudad, hasta llegar a la casa de nuestra enferma. Ya nos esperaban a la puerta. El padre y la madre y los hermanos estaban subateados en el tatami y al verme inclinaron sus frentes hasta el suelo. Así lo hacían siempre que entraba un huésped ilustre en su casa, aunque hoy no sabían el sentido real y profundo de

aquella ceremoniosa reverencia al paso de Jesucristo. Fujita San sacudió en un momento sus geetas y entró en la casa mientras yo me quitaba los zapatos. Iba ya a subir el escalón de entrada, cuando le ví venir hacia mí con una extraña expresión en su rostro. Yo no le dije, ni él me dijo nada, pero al avanzar hasta el cuarto donde estaba la enferma ,comprendí aquella rara expresión del mirar de Fuipita; ante aquel espectáculo quedó hecho una pieza: En la pared de honor de la habitación, junto al Tokonoma, se hallaba abierto de par en par el bustsudan o altar budista-shintoista de la familia. Abiertas sus puertas de laca dorada, iluminado espléndidamente por infinidad de luces de cera y bañado en los perezosos espirales de incienso budista. Sólo faltaba la imagen de Buda; echada un poco hacia atrás servía de respaldo a un hermoso cuadro del Sagrado Corazón. En la grada inferior, entre las tablillas con los nombres de los antepasados divinizados, quedaba justo el sitio para colocar al Santísimo. Una rápida mirada como midiendo la situación, me hizo ver que no había otro donde dejar mi portaviático. Junto a este extraño altar estaba acostada en el suelo nuestra enferma. No dudé un momento. Entronicé a Jesucristo en el centro religioso de aquella familia japonesa. Alargue cuanto puede la ceremonia pues quería dejárselo allí, para que El con una mirada eficaz disipara tanta tiniebla y premiara tan buena voluntad. Al volver a casa conté lo sucedido a los demás misioneros. Se dividieron las opiniones. Lo cual a unos parecía un disparate y casi una profanación, a otros pareció providencial revelación para el futuro: a mí entre ellos. Y es que teníamos aún fresco el recuerdo de aquel misionero que obligaba a sus cristianos a arrojar al fuego hasta el último trozo de madera del altar de sus antepasados. De hecho, a muchos detuvo eso en su camino hacia la fe. Y este episodio me dió luz. ¿No se podía compaginar bien la verdadera fe con el res-

peto a costumbres y tradiciones seculares? ¿No sería magnífico ideal de la vida misionera el convertir el centro budista de la familia en trono del Corazón de Jesucristo?

Algo parecido me ocurrió en la misma capilla del Noviciado. Me sorprendió ver a una pobre anciana rezando el Rosario ante la inmagen de la Santísima Virgen usando para ello el rosario budista. Llegué a dudar de si estaba rezando de verdad o estaría repitiendo al Amidabutsu que atrae las bendiciones de Buda. Pero pronto me dió la explicación: "Como soy catecúmena y aun no he recibido el bautismo, el padre no me ha querido dar un rosario católico. Yo uso este sólo para llevar cuenta de las Avemarías". Miré el Rosario; estaba formado de preciosas cuentas talladas en marfil. Cada una era una verdadera obra de arte. Ella se complació en mi admiración: generaciones enteras habían ido cargando de historia familiar las cuentas de aquel rosario. Le pedí me lo dejara unos días y al cabo de ellos se lo devolví trasformado por unos religiosas en un preciso Rosario mariano; antes de entregárselo apretando entre mis manos tanta tradición, lo bendije y le apliqué todas las indulgencias... por si acaso todavía había superstición budista. La pobre anciana, desde aquel día, seguía todas las tardes contando las Avemarías con su Rosario, desgranando temblorosamente sus cuentas entre sus dedos octogenarios.

Pero también, como pasa en tantas cosas, los deseos de adaptación pueden desenfocarse por insistir demasiado en ella. Por ejemplo, en lo que respecta a manifestaciones artísticas en el campo religioso. En Europa y América suelen gustar las imágenes o estampas que representan a Jesucristo o a la Virgen en estilo japonés. También se ven dibujos de iglesias católicas de tejados curvos como los de las Teras

budistas. Y sin embargo, aquí todo eso no gusta mucho a los japoneses. Comprenden perfectamente que Jesucristo no era japonés y prefieren por lo tanto verlo representado más con fidelidad histórica que con apariencias orientales faltas de fundamento. En especial esas representaciones de la Santísima Virgen como una señora de la nobleza japonesa, en el mejor de los casos no les dice nada, y en el peor les trae la idea que se ha tenido aquí siempre sobre la mujer, tan distinta de nuestra concepción occidental. En la Capilla del Noviciado había un precioso kakemono en el que aparecía la Virgen con rostro japonés, vestida de precioso kimono y sentada en cojines japoneses con el Niño Jesús en brazos. De hecho aquello les parecía a los japoneses un adorno más, pero nunca se les ocurrió ponerse delante a decir sus oraciones. Cuando llegó una imagen de España y se puso en lugar del kakemono japonés, empezaron nuestros cristianos a acercarse y a considerarla como una verdadera representación de María. La adaptación del arte japonés, y su transformación en arte cristiano, dentro de ciertos límites, les gusta a todos, pero a veces es contraproducente querer ser más japonés que lo son ellos.

En todo este problema de la adaptación con los mil detalles que encierra, tiene el misionero materia abundante de observación, enseñanza, y paciencia. Y puede ser que después de mucho tiempo o de esforzarse mucho le digan los japoneses lo que uno dijo a cierto misionero: "Ustedes, los occidentales tienen "hana ga takai", frase que tiene un doble sentido: "Ustedes tienen nariz larga", en sentido material o espiritual, en este caso quiere decir: "Soberbio". A lo mejor en este caso, no se refería a que los occidentales parecemos soberbios; basta el sentido literal, porque por muy buena voluntad que tenga el misionero, su nariz occidental le delatará siempre.

Epílogo

EPILOGO

Poco a poco nos hemos ido acercando al final. Porque ya tenemos delante, rozándonos el pie, esta línea divisoria entre el mundo de los recuerdos y el del presente.

En las páginas precedentes ha quedado registrado el cambio que la experiencia y la marcha natural de las cosas ha ido imprimiendo a mi actividad externa en estos doce años.

Si ahora en estos momentos finales nos acercamos un poco a ese otro mundo interno del espíritu, encontraremos también manifiesta evolución. Más lenta e impalpable, quizás no se pudiera captar muchas veces en el momento en que se producía.

Ahora, cuando pasados los años se busca un poco en esos recuerdos de ayer y se proyectan sus condensadas vivencias sobre nuestro estado de ánimo presente, vemos brotar de ellos una luz depurada y serena, limpia de toda niebla de subjetivismo. Con ella creemos poder acercarnos a juzgar ese pasado.

En la mano esta luz, miremos hacia atrás. Con un pie en el presente, sin podernos desprender de la impresión que el momento actual del Japón y las condiciones de nuestro trabajo nos produce, nos va a parecer un sueño lo que esa mirada nos descubre.

Y la primera sorpresa, es que ese pasado se aleja más y más de nosotros: han sido años desde aquel 15 de agosto de 1945 en que terminó la guerra y aquel Japón; pero han pasado en ellos acontecimientos tan nuevos y tan densos que, como las sombras al ir poniéndose el sol, se alargan desmesuradamente ante nuestra vista.

La sensación absorbente de entonces era la de encontrarnos aislados: un muro apretado e inabordable nos ceñía por todas partes. Nuestro trabajo era un desesperante derroche de energía, y el resultado práctico, cuando veíamos alguno, era a todas luces desproporcionado. Cursos de inglés, de gimnasia, conciertos, conferencias culturales... y unos cuantos bautismos cuyo número, si llenaba los dedos de la mano, llamábamos éxito sin precedente. Y ese fruto exigía el trabajo intenso de todo el día y parte de la noche. ¡Cuántas veces en esos momentos como fantasma tentador se nos presentaban a nuestros ojos las posibilidades de otro trabajo, no menos intenso pero mucho más provechoso en nuestro propio país!

Nuestra oración entonces era la de entrega absoluta a los planes de Dios. De ella brotaba la alegría de saber que estábamos en el puesto que El quería, y el convencimiento de la necesidad de una sobrenaturalidad, lo más grande posible con la que pudiéramos reconocer en ese fracaso externo la realidad de nuestro éxito sobrenatural.

San Pablo nos repetía una vez más: *Non veni baptizare sed evangelizare.* Y sentía consuelo al leer los fracasos del Apóstol en Atenas y Corinto.

También los Santos... Pero eso no bastaba: había momentos de desaliento que tenían un solo antídoto eficaz: ir avanzando hasta el fondo del problema, hasta la raíz de todo ese misterio de la salvación de las almas, hasta el mismo Corazón de Cristo: postrarme en el tatami de nuestra pobre Capilla, como El en el suelo de Getsemaní, buscando el consuelo, con Cristo, en la oración desconsolada: *¡Pater ¡Si possibile est... Sed non mea voluntas sed tua fiat!*

Pero la resignación a esta voluntad divina quizás no sea mayor problema en todo aquello que se refiere a nosotros. Al fin y al cabo hemos querido dárselo todo a Cristo. Pero ¿y la salvación de las almas? Este es el punto de verdad difícil para el que entiende algo de lo que valen. Pero San Francisco Javier, también en aquel Yamaguchi, pidió sólo almas: yo las pedía también, y sentí en el fondo del alma la consigna de lo alto: 'Hasta en esto de la salvación de los nombres hágase la Voluntad del Padre". ¿No fué ese también el sufrimiento más costoso de Cristo en el Huerto?

Pero, terminó la guerra. Todo cambió en pocos momentos; abierto el horizonte, se desperezaron de un estirón las posibilidades de trabajo. La anterior inactividad forzada, dejó paso a un activismo forzado también por las circunstancias favorables como nunca. Del Huerto de los Olivos, habíamos ascendido, en un abrir y cerrar de ojos, al monte también de los Olivos desde el que se ordenó la siembra evangélica: *"Ite et praedicate... qui baptzatus fuerit...*

Comenzaron a moverse en el Japón muchedumbres pidiendo luz. Nos llamaban de todas partes: lanzar las redes sería repetir las milagrosas pescas del Tiberiades. Por eso se pensó en métodos nuevos, en reajuste de valores, en acertada adaptación a las nuevas circunstancias.

Se hicieron planes en grande, porque el momento exigía una gran campaña de conquista. Sólo que al intentar poner todo aquello en práctica quedamos dolorosamente sorprendidos de lo débiles de nuestras fuerzas. Y los misioneros, deslumbrados sus ojos con los resplandores del inesperado amanecer sintieron el desaliento de la impotencia: *Hominem non habeo*... La escasez de operarios (no pasaban entonces de cuatrocientos los sacerdotes que había de convertir a 80 millones), producía en los misioneros otra serie de sufrimentos diametralmente opuestos a los anteriores, pero no menos intensos: era el ver después de muchos años de siembra baldía que la mies blanqueaba de pronto para la siega, sin que hubiera manos para llenar los graneros.

Pero nos parecía imposible que tanto fruto se fuera a malograr: y nuestra imaginación forjó sueños de optimismo; no sólo veíamos llegar legiones de misioneros, sino incluso, sin darnos cuenta abultábamos hasta el extremo la creencia de las buenas disposiciones del pueblo japonés; hasta hubo quienes pensaron en conversiones en masa y en un Japón, llave del Oriente, entrando en bloque en la Iglesia. También Javier habló de esto en sus cartas. El también soñó.

Los que pensaban así, habían trasladado su modo de pensar occidental al alma japonesa de la postguerra. El silogismo era aplastante: el vacío producido por el cambio de situación político-religiosa (este binomio es en Japón inseparable), trae consigo una terrible desorientación. Esta desorientación lleva a una sed inmensa de verdad. Es así que la verdad está sólo en la Religión Católica. Luego el pueblo japonés tiene sed de Catolicismo. La cuestión será ponérselo delante de los ojos; hecho esto las conversiones en masa no tardarán.

Pero esto es un raciocinio de fabricación y de lógica cristianas. Juzgándolo con categorías japonesas,

encontramos un fallo por el que se escapa toda la fuerza; es verdad que el mazo de la derrota arrastró los restos de ideal que quedaban después de una guerra tan desalentadora, y dejó al descubierto ese enorme vacío. Pero no se daban cuenta, por lo menos muchos, que ese vacío era desvarío de la verdad. Su ideal había desaparecido y querían sustituirlo por algo, lo que de modo más fácil y más pronto les llenara de nuevo el corazón. De ahí se seguía que no era tan grande la sed de Religión que algunos atribuían a los japoneses. Sencillamente porque no sabían lo que era religión. A lo más, era una solución más. Uno de tantos caminos por lo cuales llegar al fin. Y no sólo una solución como las otras; porque tenía el inconveniente de que si prometía mucho, exigía también mucho. El japonés sentía, ofuscado por el largo período de sufrimiento material, una sed de felicidad tanto más aprehensible cuanto más le faltaba de todo.

Pero, sin llegar al extremo de la conversión en masa, sí es cierto que muchos se acercaron a nosotros; teníamos absoluta libertad de acción y habían caído por tierra los seculares prejuicios contra el Catolicismo. Todos los que sentían en su alma el problema religioso, tenían libre acceso al misionero; el trabajo agobiada y pronto el número de conversiones llegaba al quíntuplo de las de antes. Aumentaban a 10,000 por año.

Sin embargo, 10,000 conversiones en un pueblo de 84,000,000 de habitantes, y con un aumento anual de un millón, significa muy poco avance. En parte se debía a la falta de personal misionero. En proporción, mucho mayor, a la falta de preparación de muchas almas japonesas para ser conquistadas rápidamente. Había aún mucha distancia entre ellos y Cristo para ser salvada de un salto, y así sigue hoy poco más o menos: se puede trabajar y se trabaja, sin duda sobre las fuerzas de los misioneros; pero el avance

sigue lento, no por las trabas exteriores, sino por la enorme dificultad radicada en un paganismo ancestral, reforzado además por el materialismo moderno, temible neo-paganismo que con todas sus consecuencias nos ha venido importando el Occidente.

En el terreno espiritual, el avance ha sido enorme: hasta la guerra, estaban en pleno vigor unos principios religiosos tradicionales, en los que se basaba el imponente nacionalismo japonés. Todo nacionalismo exagerado es soberbio, pero el japonés llegó a extremos inconcebibles que rozaban con la esfera de lo divinizado. Por eso, en ese nacionalismo, estaba la principal dificultad para un acercamiento a Dios. Al terminar la guerra todos estos valores religiosos han sido sometidos a revisión, y como consecuencia han perdido su valor, hoy en el Japón, lo que queda es el paganismo como tal, injertado, para pagar tributo al vicio de nuestro día, al materialismo moderno.

Este injerto, a primera vista sobrenatural de la conversión, supone un nuevo avance. Porque hay un abismo insondable entre un corazón que se cree limpio y tiene la lacra de la soberbia, y entre otro que palpa su suciedad y se siente humillado por ello. Y es que este puede ser abordado más fácilmente por esa gracia divina que se resiste a los soberbios y se acerca a los desgraciados que reconocen lo que son.

Queda otro grupo, de mucha más esperanza en la conversión del Japón: el de aquellos que habiendo dejado de ser soberbios, no se han contaminado aún con el lodo del materialismo. Pero por desgracia, tantos y tan repetidos ataques contra la moral en todos los órdenes, hacen que el número de los que entran en este grupo vaya siendo cada vez menor. La corriente del mal sigue avanzando; y si sigue con la velocidad que hoy dolorosamente percibimos, nuestro optimismo acabará por desvanecerse; habrá entonces que pen-

sar que sonó la hora del Japón, pero no se supo aprovechar.

Si esto llegase a suceder, ¿quién sería en realidad el responsable? Es quizás un misterio al cual sólo Dios pueda responder. Pero nosotros podemos asegurar que en el mundo católico hay posibilidades más que suficientes para que esa hora no pase baldía.

En el Japón de hoy, millones de almas se encuentran a una distancia enorme de Cristo. Y como es cierta la voluntad salvificada de Dios, deduce uno que aquí se necesitan unas gracias muy fuertes y eficaces. Porque sin la gracia, sin su valor vivificante, el alma humana es fría; así se explica que hablando uno con estudiantes cuyo corazón es un hervidero de problemas, de ideas y de entusiasmos, pueda más lo científico o lo cultural, o lo deportivo, mientras sólo sienten por el problema religioso una glacial indiferencia cuando no es un desprecio absoluto. Por una razón o por la otra, el hecho es que hoy, en el Japón no hay muchas gracias eficaces para la conversión. La prueba está en que hay muy pocas conversiones.

Ante este hecho, el corazón del misionero siente un poderoso acicate para todo lo heroico; palpa día tras día ese alejamiento de las almas, esa como imposibilidad de acercarse a Cristo, y desearía uno orar, sacrificarse y dar su vida a trueque de que la sangre de Cristo no se derramara inútilmente.

Y quisiera uno salir por esos mundos como San Francisco Javier, gritando como un loco que por culpa de muchos se pierden estas almas. San Francisco Javier no volvió a Europa. Si lo hubiera hecho ¿qué hubiera encontrado en ella? De mí sé decir que cuando el año pasado volví a Occidente y me puse en contacto con miles y miles de personas, quise gritar y grité... Pero mi voz sólo encontró eco en ese pequeño grupo de almas buenas, las de siempre... En cuanto

al paganismo moderno de Occidente, quizás tenga para estos problemas, sobre todo a tanta distancia, tan poca comprensión como el paganismo ancestral de Oriente. Por eso mi impresión global al volver de nuevo al Japón y postrarme en las soledades de mi sagrario de Hiroshima, fué desoladora: El mundo se va convirtiendo en un inmenso campo de Misión, y en él no sabe uno dónde es más fácil llevar las almas a Cristo; si entre los paganos orientales o entre los neo-paganos de Occidente.

Sin embargo, no crea el que lee esto que al escribir así siento pesimismo. Lo sentiría si esto fuera problema que debiera ser resuelto por los hombres, porque de los enormes problemas que hoy acucian al mundo, ellos han resuelto muy poco. Por el contrario, es problema en el que Dios interviene de un modo especial; y sé que Dios ama infinitamente al Japón: El suscitará en muchos, deseos de orar y sacrificarse por este pueblo. Esa oración y sacrificio es la gran palanca que moviendo toda esta masa pagana inerte, la levantará en vilo hasta Jesucristo.

Quiera el Corazón de Jesús servirse de estas páginas para que muchos sientan esos eficaces deseos de ayuda espiritual: sacrificio y oración, junto con El, por la eterna salud de nuestros hermanos japoneses.

El Japón necesita sólo una gracia eficaz extraordinaria.

El Corazón de Cristo la tiene prometida a las almas que saben amarle e inmolarse con El.

—¿Quieres ser tú una de ellas?

INDICE

Pág.

UNAS PALABRAS AL LECTOR ... 5

Capítulo I

MIENTRAS FRAGUO EL IDEAL

Juventud ... 9
Una Calavera en el Patio ... 19
Lourdes ... 27
Loyola ... 38
Y habló Dios ... 44
Entre presidiarios ... 52
Hacia el Japón ... 66

Capítulo II

APRENDIZ DE MISIONERO

Rompiendo las primeras lanzas ... 73
Anécdotas ... 83
En el Settlement ... 90
Maravillas de la gracia ... 101

Capítulo III

EN LA MISMA PARROQUIA DE JAVIER

Yamaguchi ... 117
Visita de una comisión española ... 123
Primeros tanteos ... 134
Facetas de un puesto misionero ... 143
Músico y expositor ... 156
Los "Doo" ... 162
Los extraños caminos de Dios ... 170
¿Espía? ... 185
Catequesis e interrogatorios ... 193
No les guardo rencor ... 204
Mi adiós a Yamaguchi ... 215

Pág.

Capítulo IV

HIROSHIMA

En el Noviciado de Nagatsuka 227
Honradez japonesa 233
Nuevas sospechas 240
Un tifón 255
Luchando con el pincel 262
La Bomba Atómica 272
Hospital improvisado 283
Bajo el signo de la paz 295

Capítulo V

JUNTO A LAS ALMAS JAPONESAS

Buscando comprensión 311
Formando Novicios japoneses 323
Historia de un alma 346
Fin de la Historia de un alma 356
Con los Bonzos del "Shingonshu" 381
En un noviciado budista 392
Los universitarios 404
"Extra Ecclesiam nulla salus" 425
Cualidades del misionero 442
"Adáptese" 454
E P I L O G O 467

"MISION"

REINA 463

le ofrece:

COMO JESUS, es el devocionario más completo y acomodado, para los niños.

LOS CUATRO EVANGELIOS. Magnifica edición, en tela. Traducción directa del original griego por el P. S. del Páramo, Profesor de S. Escritura en la Universidad Pontificia de Comillas. ($0.80).

SAN FRANCISCO JAVIER, SU VIDA Y SUS CARTAS. Edición cubana de 1953 de 5.000 ejemplares. 256 páginas en papel satinado, con 74 grabados. Escribió la vida el P. Glz. Cutre, Rector de El Cobre; prólogos, cronobiografía y pies de grabados del P. Castro. Precio $1.00.

EL DIVINO IMPACIENTE, el inspirado drama javeriano de José Ma. Pemán a $0.80.

LA ESTRELLA CONTRA LA LUZ, por el P. F. Dufay, Misionero de China. El mejor libro para comprender las tácticas del comunismo internacional. Se estudia en China, pero es válido en cualquier parte del mundo. $0.90.

EN EL PAIS DE LOS ETERNOS HIELOS, $0.90; EN LAS LOMAS DEL POLO NORTE ,$0.60; ALASKA a través de las cartas del P. Llorente, $0.60; ALASKA Y ANKING, $0.50... Son los amenos y chispeantes libros del P. Llorente, el Misionero de habla española más leído, el que está haciendo vivir a cientos de miles de lectores su heroica aventura en el país de los Eternos Hielos.

MARIA, $1.00; LA IGLESIA DE JESUCRISTO, $0.20. Un libro y un folleto escritos por el P. Antonio Arias, S. J., con entrañable amor a la Virgen y al Papa.

EL BUEN CRISTIANO, $1.50. En piel, $2.50, por el P. Saturnino Junquera, Misionero Apostólico, S. J. Es un **manual razonado** de Oraciones, Meditaciones prácticas y devociones.

Ofrecemos también Misales, devocionarios, libros de aséctica, los tomos de la B. A. C., las famosas obras de Tihammer Toth. F. Sheen, Raymond y toda clase de libros católicos.

"JESUITAS-MISION" es la revista que le recomendamos a Ud. ($1.00 al año, suscripción de bienhechor $5.00 y perpetua $25.00).

PEDIDOS a "MISION" (Padre López), Reina 463, Teléfono A-6480, HABANA o Calle 23 entre J y K No. 356. Vedado.

Princeton Theological Seminary-Speer Library
1 1012 01038 8090